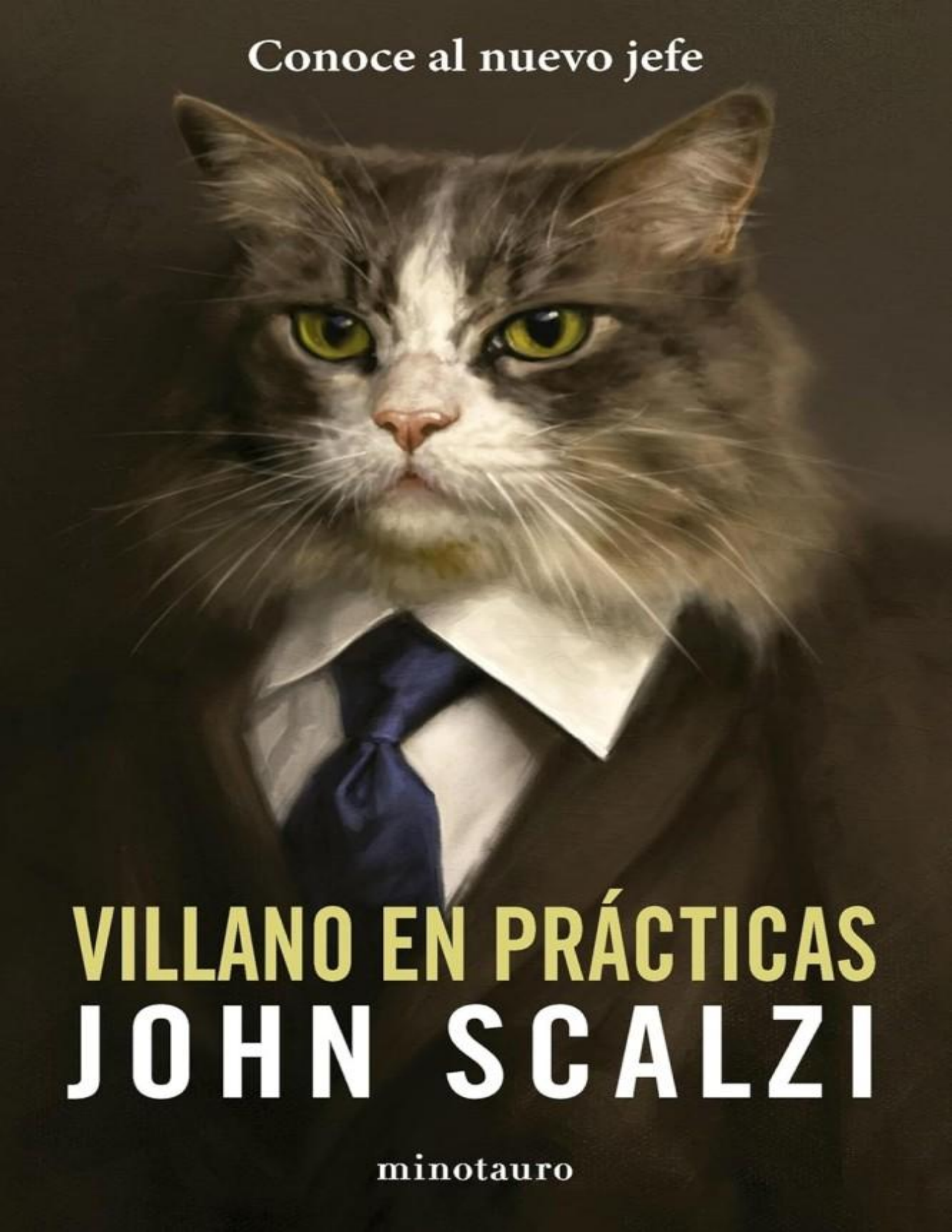
Conoce al nuevo jefe



VILLANO EN PRÁCTICAS

JOHN SCALZI

minotauro

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Hera Baldwin contrata a un asesor financiero

Créditos

VILLANO EN PRÁCTICAS

John Scalzi

Traducción de Lluís Delgado

minotauro

Este libro está dedicado a:
Todas esas personas que podrían empeorar el día a otra,
pero eligen mejorárselo.
Gracias. Es más importante de lo que pensáis.
Y también a Sugar, Spice y Smudge, mi actual trío de gatos.
Sois más pesados que tres granos en el culo,
pero adoro vuestras estúpidas caritas peludas

Capítulo 1

Me enteré de la muerte de mi tío Jay de un modo de lo más inesperado: el programa matinal *Squawk Box* de la CNBC.

Tenía puesto *Squawk Box* por la fuerza de la costumbre; cuando era reportero de la sección financiera del *Chicago Tribune* lo sintonizaba y lo iba alternando con la programación de Bloomberg y Fox Business mientras mi esposa, Jeanine, y yo nos preparábamos para comenzar la jornada. Por aquel entonces no me resultaba tan útil como antes porque los profesores sustitutos no suelen tener la necesidad de mantenerse al día de la situación actual de los mercados asiáticos para hacer de niñera a un puñado de críos de secundaria en una clase de Inglés, pero, como suele decirse, no es nada fácil desprenderse de las viejas costumbres.

El caso es que, mientras me preparaba la tostada con mantequilla de cacahuete, oí el nombre «Jake Baldwin» procedente del iPad que tenía en marcha sobre la isla de la cocina. Me detuve a medio untar la mantequilla de cacahuete, con el cuchillo en la mano, mientras el copresentador, Andrew Ross Sorkin, informaba de que el tío Jake, milmillonario huraño y propietario de la tercera mayor cadena de edificios de aparcamientos de Norteamérica, había muerto de cáncer de páncreas a los sesenta y siete años.

—¿Has oído eso? —pregunté a mi acompañante durante el desayuno, que no era mi esposa, Jeanine, porque ella ya no era mi esposa y ya no vivía conmigo.

Jeanine había vuelto a Boston, su ciudad natal, salía con un banquero de inversiones y, según su cuenta de Instagram, pasaba la mayor parte del tiempo bien iluminada en fabulosos destinos vacacionales de todo el mundo. Mi compañía durante el desayuno era Hera, una gata anaranjada y blanca que, tras el divorcio y el despido, cuando regresé a la casa de mi infancia en busca de refugio, salió de entre los arbustos del patio trasero y me informó mediante maullidos de que a partir de ese día vivía conmigo. Hera desayunaba Meow Mix encaramada a la isla central de la cocina y veía *Squawk Box* a mi lado, quizá tratando de dilucidar si Andrew Ross Sorkin era una presa a la que podía soltar un par de zarpazos.

No sabía que mi tío Jake estaba enfermo, y mucho menos que se trataba de un cáncer de páncreas, la misma enfermedad que también había acabado con Steve Jobs, un milmillonario como él. (Mi cerebro, siempre con el piloto automático periodístico activado, ya había empezado a escribir el copete del obituario de mi tío. ¿Os he mencionado que no es nada fácil desprenderse de las viejas costumbres?) Para ser justo, debo aclarar que no es que el tío Jake me hubiese ocultado la enfermedad, sino que no habíamos mantenido ningún tipo de contacto desde que yo tenía cinco años. Jake y mi padre riñeron durante el funeral de mi madre. Recuerdo vagamente los gritos, y desde ese día fue como si Jake sencillamente no existiese. Papá lo prefería así, y Jake debía de estar de acuerdo. Sea como fuere, mi tío no asistió al funeral de mi padre.

En cuanto a mí, lo cierto es que no pensé en él ni una sola vez hasta que me matriculé en la universidad, comencé a escribir artículos para la sección de negocios del *Daily Northwestern* y descubrí que la mitad de los edificios de aparcamientos de Evanston eran propiedad de BLP, una empresa privada que Jake, su accionista mayoritario, controlaba completamente. Traté de concertar una

entrevista suponiendo que el parentesco me daba ventaja, pero BLP carecía de Departamento de Relaciones Públicas y ni siquiera incluía información de contacto en su página web. Cuando me casé, sonsaqué una dirección de Jake a mi padre y envié una invitación a mi tío, sobre todo por curiosidad. No se presentó, pero me envió un regalo: unas cucharillas de postre y una nota de lo más enigmática. Después de aquello, dejé de pensar en él. Como Jake apenas tenía presencia mediática y nunca salía en las noticias, no tuve que esforzarme mucho para lograrlo.

Sin embargo, esa ausencia de rastro documental relacionado con Jake estaba causando bastantes quebraderos de cabeza a la CNBC. Continué viendo el programa mientras Sorkin, y muy probablemente sus guionistas, las pasaban canutas para contar cualquier cosa sobre un hombre que era obviamente importante (los milmillonarios son importantes para la CNBC, como mínimo), pero que también había acumulado miles de millones de dólares de la forma menos sexi imaginable. Steve Jobs había dado al mundo el Macintosh, el iPhone y tecnología de diseño como la tableta en la que yo estaba viendo *Squawk Box*. El tío Jake había concedido a los ciudadanos un lugar en el que aparcar un coche. La CNBC resolvió el problema de la falta de intensidad dramática invitando a un reportero de *Parking Magazine*, la revista especializada de la Asociación Nacional del Aparcamiento (y sí, ambas cosas existen).

—¡Oh! ¡Bu! —abucheé al ver al reportero, y arrojé una esquina de la tostada con mantequilla de cacahuete al iPad. Rebotó en la pantalla, donde dejó una mancha viscosa, y aterrizó delante de Hera, que me miró desconcertada—. Es el maldito Peter Reese —expliqué mientras hacía un gesto despectivo hacia el rostro, que sin duda grababa la cámara de un portátil, y en ese momento comentaba el impacto que la muerte de Jake iba a causar en el

sector crítico de los edificios de aparcamientos—. Es un reportero infumable. Lo sé de buena tinta. Trabajé con él.

Hera, que no parecía muy impresionada, se comió el trocito de tostada con mantequilla de cacahuete.

Era cierto que había trabajado con Reese, en el *Tribune*, y también era verdad que era un reportero infumable; recuerdo a uno de los editores adjuntos de la sección de negocios haciendo el gesto de estrangularlo el día que se cargó un artículo importante y otros periodistas, entre los cuales me contaba, tuvimos que rescatar el texto. Nos despidieron del *Trib* más o menos a la vez, y estaba molesto con él porque, aunque su nuevo puesto en *Parking Magazine* suponía bajar un escalón reputacional respecto al *Tribune*, al menos seguía en el mundo del periodismo, mientras que yo trabajaba como profesor sustituto en mi antiguo distrito escolar. Tenía motivos que lo justificaban, como el divorcio, la ruina, la enfermedad de mi padre y mi regreso para cuidar de él mientras lamía mis propias heridas existenciales, pero nada de eso ayudaba a que la situación fuera menos irritante. Ahí estaba el maldito Peter Reese, en *Squawk Box*, viviendo en Washington D. C., mientras yo desayunaba una tostada en la casa en la que crecí, aunque técnicamente no era de mi propiedad, con una gata por única amiga.

—Se acabó —sentencié, y apagué a Reese mientras explicaba que, como BLP era una empresa privada, el fallecimiento de su propietario no debería tener un impacto significativo en el precio de las acciones de otras empresas del sector de los aparcamientos que cotizasen en bolsa, un apunte que probablemente no era cierto, aunque a nadie, incluidos Reese y Sorkin, le importaba lo suficiente el asunto como para investigarlo, y además estaban a punto de dar paso a la publicidad. A eso se reducía el legado público de un

milmillonario y el trabajo de toda su vida: dos minutos de información financiera mediocre, seguidos del anuncio de un medicamento para combatir el malestar gástrico.

Mi teléfono aprovechó la oportunidad para sonar, un acontecimiento poco habitual en esta era de los mensajes de texto. Miré la pantalla para ver quién era: Andrew Baxter, viejo amigo de mi padre, abogado y albacea de su testamento, cuya herencia básicamente se resumía en la casa en la que yo vivía. Gruñí. No sabía qué quería Andy de mí, pero era demasiado temprano para averiguarlo. Dejé que saltara el buzón de voz y me terminé la tostada.

—¿Qué tal voy? —pregunté a Hera. No iba vestido con mi habitual uniforme de profesor sustituto, consistente en una camisa de vestir, un chaleco de punto y unos Dockers, sino que lucía mi mejor traje, que también era el único que tenía y el mismo que me había puesto para mi boda y durante el funeral de mi padre, y que no había sacado del armario entre ambas ceremonias. En realidad, solo era la mayor parte de un traje porque, por lo visto, había perdido los zapatos durante la mudanza de vuelta a la casa de mi padre. Los había sustituido por las Skechers negras que había calzado en el funeral de mi padre. Nadie se había fijado en ellas ese día, y tenía la esperanza de que volviesen a pasar desapercibidas—. ¿Me soltarías un pastón si me vieras vestido así?

Hera maulló suavemente y parpadeó muy despacio para mostrar su aprobación. Por supuesto que aprobaba mi indumentaria. Al fin y al cabo, ella había escogido la corbata, la verde, sobre todo mediante el método de tumbarse sobre la roja cuando las había colocado sobre la cama para elegir entre ambas.

—Gracias —dije a la gata—. Como siempre, contar con tu aprobación es lo más importante para mí.

Satisfecha, Hera regresó a su cuenco de Meow Mix.

Eché un vistazo al reloj; tenía la reunión en veinte minutos. En tan solo veinte minutos iba a conocer el rumbo que iba a tomar mi vida durante los años siguientes. A diferencia del tío Jake, yo no necesitaba miles de millones de dólares para cumplir ninguno de mis objetivos vitales.

Me conformaba con un puñado de millones.

Belinda Darroll miró la pantalla del ordenador.

—Por lo que veo, señor Fitzer, solicita usted un préstamo empresarial por valor de... tres millones cuatrocientos mil dólares.

—Correcto —confirmé. Estaba sentado en el despacho de Darroll, en la oficina de Barrington del banco First National Savings and Loan, que habían reformado recientemente tras su compra por parte de CerTrust, una empresa financiera con sede central en Chicago, cuya especialidad era hacerse con bancos locales y respetar su modelo de gestión de marca para que los vecinos de la ciudad pensasen que seguían tratando con un negocio local y no con un coloso financiero sin rostro. El edificio olía a pintura fresca y a los productos ambientadores que emanaban de la moqueta para zonas de tráfico intenso que acababan de instalar.

Yo había llegado a la entrevista con algo de antelación, y Darroll se había presentado al entrar. Me dijo que mi cara le sonaba de algo, y acabamos determinando que ella había sido alumna de primer curso en el instituto de Barrington cuando yo cursaba mi último año. Recordaba que yo me había metido en un lío como editor del periódico del instituto de la escuela por publicar un artículo que afirmaba que el señor Kincaid, un profesor de Álgebra de tercero de secundaria, era el principal proveedor de metanfetamina del campus.

A mí me expulsaron temporalmente por no enseñar el texto a los miembros del profesorado que ejercían de asesores del periódico, pero al señor Kincaid le cayeron seis años en la penitenciaría de Big Muddy River por tenencia y distribución de drogas, así que considero que fui quien salió mejor parado del asunto.

Darroll me preguntó si todavía escribía. Le contesté que estaba trabajando en una novela. Es la mentira estándar.

—Desea el préstamo para un negocio que prevé fundar aquí, en Barrington.

—Sí. Quiero comprar el pub McDougal's.

—¡Oh! —Darroll apartó la vista de la pantalla y me miró a mí—. Soy una asidua de McDougal's.

Asentí.

—Como todo el mundo.

Situado en una esquina envidiable del centro, el McDougal's había sido un local emblemático de Barrington durante décadas mientras otros restaurantes y bares habían abierto y cerrado sus puertas a su alrededor. Por lo visto, la cerveza y las bandejas colmadas de patatas fritas nunca pasan de moda en los suburbios de Chicago.

—Allí me tomé la primera copa —rememoró Darroll—. Bueno, la primera legal —rectificó.

Asentí de nuevo.

—Como todo el mundo —repetí.

—¿Sabe por qué lo venden?

—La desaceleración económica ha perjudicado al volumen de negocio, y además Brennan McDougal se quiere jubilar y ninguno de sus hijos quiere hacerse cargo del establecimiento —contesté—. Suele ocurrir cuando todos tus hijos reciben educación universitaria. Luego no quieren llevar un bar.

—¿Y usted no tiene educación universitaria? —preguntó Darroll.

—Sí, pero, a diferencia de los críos de McDougal, que se licenciaron en Medicina y Administración de Empresas, yo estudié Periodismo —expliqué.

Darroll asintió.

—Con eso basta. —Volvió a consultar la información de la pantalla —. Entonces tiene la intención de adquirir el *pub*...

—La oferta de venta incluye el *pub*, el restaurante de al lado y el edificio. Brennan McDougal vende el paquete entero. Todo está en pie y en marcha. Yo solo tendría que entrar en el local y comenzar a trabajar.

—¿Tiene experiencia al frente de algún *pub* o restaurante?

—No —confesé—, pero McDougal's ya cuenta con el personal y los encargados necesarios.

Darroll frunció el ceño.

—Se trata de un sector que siempre comporta riesgo. Los restaurantes fracasan constantemente, incluso en manos de encargados y personal competentes. Y los tiempos que corren son todavía más precarios para este tipo de negocios.

—Por supuesto —concedí—, pero lo ha dicho usted misma: su primer trago legal fue en el McDougal's. Es toda una institución en Barrington. La gente quiere que siga ahí, y yo quiero que continúe abierto para ellos. No digo que no sea arriesgado. Cuando era reportero del *Trib*, me ocupé de la situación de los negocios locales durante un par de años y conozco el panorama al que tienen que hacer frente los restaurantes, pero el McDougal's es lo más parecido a una apuesta segura que cabe encontrar en el mercado. Ni siquiera le voy a cambiar el nombre.

Darroll tecleó algo y permaneció un instante en silencio mientras leía la información del monitor.

—Según el anuncio inmobiliario que aparece en Zillow, el precio de venta del edificio es de tres millones cuatrocientos mil dólares —observó—. Solicita el importe total de la compra.

—Correcto.

—¿Y no piensa pagar un porcentaje mediante una aportación personal?

—Me gustaría contar con cierto margen por si se presentan imprevistos. Siempre hay algún contratiempo de último minuto que el vendedor calló y la inspección pasó por alto.

Darroll frunció los labios, pero no dijo nada. Podía hacerme una idea de lo que debía de estar pensando: empezaba a olerse el percal. Hizo clic en una nueva ventana.

—Presenta su casa como aval.

Asentí.

—Sí, está en el número 504 de South Cook Street. Era de mi padre y es donde vivo en la actualidad. Hace mucho tiempo, el Barrington First National tenía la hipoteca de la casa, pero mi padre la acabó de pagar. —Omití que mi padre pagó la casa con el dinero que cobró del seguro de vida de mi madre tras el accidente de tráfico que sufrió. No estábamos en el *America's Got Talent*; no quería compartir una historia lacrimógena con ella—. Como ya tiene abierta la página de Zillow, puede comprobar que su valor actual estimado es de unos ochocientos mil dólares.

Darroll tecleó de nuevo.

—Por lo que veo, actualmente la casa se encuentra en una situación de fideicomiso.

«Mierda», pensé. Había salido de Zillow para dar con esa información.

—Sí, es un fideicomiso familiar —concreté.

—¿Y usted administra el fideicomiso?

—Soy uno de los beneficiarios.

—Un beneficiario.

—Mis hermanos mayores también son fideicomisarios.

—Entendido. ¿Y cuántos son?

—Tres.

—¿Y están todos de acuerdo en permitir que lo use para avalar el préstamo?

—Lo hemos hablado y parecen predispuestos a aceptarlo —mentí.

A Darroll no le pasó por alto la larga explicación para dar respuesta a una pregunta que podría haberse contestado con un simple sí, algo que no jugaba a mi favor.

—Necesitaré documentación que lo confirme emitida por el administrador del fideicomiso, notariada y, preferiblemente, con las firmas de sus hermanos. ¿Cree que me la podría hacer llegar en un par de días?

—Haré cuanto pueda.

Darroll se percató de la poca definición de la respuesta.

—¿Le supondrá un problema obtener la autorización?

—Mi hermana, Sarah, está de vacaciones —respondí. Era difícil saberlo, pero esa parte podía ser verdad. A Sarah le encantaba marcharse de vacaciones—. Está en una de las islas más pequeñas de Hawái, en un complejo turístico donde te confiscan el teléfono al llegar.

—La verdad es que la idea me suena fenomenal, pero a usted le complica un poco las cosas —explicó Darroll, y apoyó ambas manos en el escritorio con una determinación que no parecía prometer nada bueno para mí—. Señor Fitzer, voy a ser muy sincera con usted. Barrington First National tiene un nuevo propietario...

—CerTrust —la interrumpí—. Cubría sus noticias en el periódico.

Eso sí era cierto, y no los tenía en muy alta estima. CerTrust no alcanzaba los niveles de mamoneo financiero de Wells Fargo, pero no era por falta de entusiasmo.

Darroll asintió y continuó hablando:

—Los protocolos a la hora de conceder préstamos son mucho más restrictivos con CerTrust que antes de la absorción. Queremos impulsar la compra de negocios locales por parte de vecinos de la ciudad, pero también debemos andarnos con más ojo en lo referente a los pilares centrales de la operación. Nos está pidiendo que aprobemos un préstamo multimillonario sin aportar ningún porcentaje del monto total de su capital personal y avalándolo con una propiedad de la cual no es el único propietario.

—Me está diciendo que la respuesta es no —aventuré.

—No es un no. Lo que digo es que es una operación difícil. No puedo aprobar un préstamo de este tamaño por mi cuenta. Tengo que presentar la propuesta a nuestro comité de préstamos, que se reúne los jueves. Si me consigue la carta del administrador en un par de días será de mucha ayuda, pero incluso en ese caso será un asunto complicado. Y después de eso, si nuestro comité de préstamos da luz verde a la operación, el proyecto tendrá que superar un nuevo proceso de aprobación por parte de CerTrust.

—¿No confían en el criterio de este banco?

Darroll esbozó una leve sonrisa.

—A mí me gusta más decir que usan criterios distintos para valorar los créditos.

—O sea, que no es un no, pero probablemente será un no, y tardarán una semana en confirmarlo.

Darroll abrió las manos en un gesto de disculpa.

—Será complicado —repitió—. Tengo que ser sincera con usted.

—No puedo echarle en cara la franqueza.

—Soy consciente de que no era lo que esperaba oír —dijo Darroll —. ¿No puede acudir a nadie para que sea su socio en el proyecto?

—¿Se refiere a alguien que no esté en la misma situación económica que yo? —Se me escapó una risita al pensarlo—. La mayoría de mis conocidos son experiodistas como yo. Todos están trabajando como camareros o como profesores sustitutos.

—¿Y usted a cuál de las dos cosas se dedica?

—De momento a la segunda opción, pero tenía la esperanza de ascender a la primera.

—¿Y qué me dice de sus hermanos o de algún otro pariente? Puede que alguno de ellos esté dispuesto a echarle una mano.

—Creo que si mis hermanos se planteasen ofrecer la casa como aval ya se implicarían lo suficiente en el proyecto —contesté, y difícilmente habría podido responder con un eufemismo mayor—. También tengo un tío. Se llama Jake. Es rico.

—Tener un tío rico no es nada malo —valoró Darroll—. Puede que esté buscando oportunidades de inversión.

—Es una buena idea —admití—. Desgraciadamente, acaba de fallecer.

—Oh, no —dijo Darroll, y parecía sinceramente disgustada—. Lo lamento mucho.

—Gracias.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —respondí—. No estábamos muy unidos. No ha formado parte de mi vida desde que murió mi madre cuando yo era un niño.

—No quiero parecer insensible, pero... ¿sabe si le dejó algo en herencia?

—Sería... sorprendente —contesté, usando otro eufemismo.

—Lo lamento mucho —repitió Darroll—. Es un auténtico infortunio que usted no pudiera averiguar si su tío estaba interesado en el negocio antes de su fallecimiento.

—Habría sido un encuentro incómodo —opiné—. Imagínese la escena si hubiese entrado en su despacho y le hubiese dicho: «Hola, tío Jake, perdona que no te haya venido a ver en casi treinta años. Ah, por cierto, ¿podrías firmar conmigo este préstamo por valor de tres millones de dólares?».

—Nunca se sabe.

Negué con la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que sé cómo habría ido. De todos modos, no conservo demasiados sentimientos positivos hacia él. La última vez que tuve algún tipo de contacto con él fue el día de mi boda. Me envió un par de cucharillas de postre de regalo y una nota que decía: «Tres años, seis meses».

Darroll frunció el ceño.

—¿Y eso qué significa?

—Por aquel entonces no lo supe. Lo averigüé tres años y medio más tarde, cuando mi mujer solicitó el divorcio.

—Joder —dijo Darroll, y se tapó la boca con la mano—. Perdón.

—No se disculpe. Mi reacción fue muy parecida. La buena noticia es que me quedé las cucharillas de postre cuando rompimos, así que algo es algo.

Me levanté, y Darroll hizo lo propio.

—Pida al administrador esa carta y hágamela llegar —insistió.

—Haré lo que pueda —mentí por última vez.

—Y buena suerte con la novela —añadió mientras yo salía de su despacho. Estoy seguro de que no lo había dicho para asestarme una última puñalada en los riñones. A pesar de ello, sentí en mis carnes cómo penetraba el filo del cuchillo.

Capítulo 2

Había ido al banco a pie desde casa porque no estaba muy lejos y hacía buen día, y también porque era discutible que el Nissan Maxima de 2003 de mi padre hubiese sido capaz de recorrer los cuatrocientos metros que separan mi garaje del aparcamiento del banco. Volvía caminando a casa, y acababa de doblar la esquina de Cook Street cuando me volvió a sonar el móvil.

Gruñí y contesté.

—No pienso vender la casa —dije a Andy Baxter. Como albacea del testamento de mi padre, es lo único que quiere de mí desde hace más de un año.

—Buenos días a ti también, Charlie —respondió Andy—. Ya sé que no vas a vender la casa. No puedes vender la casa. Soy el único que puede vender la casa. Lo que sí puedes hacer es decirme de una vez que accedes a vender la casa, como ya han hecho el resto de tus hermanos.

—No voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Para empezar, porque estoy viviendo en ella.

—Lo sé —dijo Andy—. Y sin pagar alquiler, dicho sea de paso.

—Y según la voluntad de mi padre, que figura en el testamento, en usufructo por tiempo indefinido mientras pague las facturas y los impuestos de la finca, algo que ya sabes, dado que tú mismo lo ayudaste a hacer ese cambio en el testamento.

—Ya que sacas el tema, deberías saber que lo hizo para ayudarte a rehacer tu vida tras tu divorcio y tu despido. Su intención no era que te quedases en ella de okupa para siempre.

—Lo hizo porque ya estaba enfermo y sabía que, si no actuaba, mis amantísimos hermanos habrían usado su mayoría de tres a uno en el fideicomiso para ponerme de patitas en la calle en cuanto se les presentase la oportunidad —repliqué, y omití la parte en la que debía admitir que, tras un periodo probablemente demasiado largo, seguía sin haber logrado «rehacer mi vida» ni por asomo.

—Eso no rebate mi argumento —me advirtió Andy.

—De todos modos, no soy ningún okupa —me defendí. Me detuve un instante en la esquina de Cook y Lincoln para asegurarme de que aquella charla telefónica no me distraía y acababa debajo de una camioneta de reparto de Amazon o del coche de alguna abuela de Barrington que volvía de pilates, aunque en ese momento la idea era de lo más tentadora—. Estoy al corriente de las facturas y los impuestos de la propiedad. Ese era el trato.

—Este año has pagado esos impuestos con retraso —apuntó Andy —. Y también pagas tarde los recibos. A menudo.

Andy no se equivocaba en ese punto. Una vez más, me irritó sumamente que todos los recibos y los impuestos de la casa fuesen a nombre de los herederos, por lo que Andy, y por extensión mis hermanos, sabían cuándo me decidía a pagarlos, y también cuánto me retrasaba.

—Aun así, los pago.

—Los pagas tarde o temprano —coincidió Andy—, pero no se me ha escapado que los retrasos cada vez son más largos, Charlie.

—Por lo visto piensas que un profesor sustituto cobra una fortuna, pero andas muy equivocado, Andy —le solté. Como no vi ni

camionetas ni todoterrenos dispuestos a acabar con mi agonía, crucé la calle y continué caminando.

—Podrías buscar otro empleo de periodista.

Aunque Andy no podía verme, reaccioné al comentario con una mueca.

—Sí, claro. Te aseguro que el *Trib* y el *Sun-Times* no están contratando a nuevos redactores, precisamente. Los que siguen allí se aferran a su puesto como garrapatas.

—Pues pásate al lado oscuro —propuso Baxter—. Entra en el mundo corporativo. En Chicago hay muchas empresas que necesitan una legión de publicistas. O incorpórate a una publicación especializada. Seguro que tienes algún contacto que ya ha seguido ese camino.

—Uno o dos. —Recordé al maldito Peter Reese en *Squawk Box* esa misma mañana e intenté no rechinar los dientes.

—Pues ya sabes.

—Lo tendré en cuenta —respondí.

En realidad, no solo lo tenía en cuenta. Había rastreado todas las páginas web de ofertas de empleo y había presentado mi candidatura a puestos de redactor en Chicago y los suburbios. Digamos que ser profesor sustituto no era el sueño de mi vida. Solo era un trabajo que me aportaba algo de dinero mientras cuidaba de mi padre cuando estaba enfermo. Cuando murió y ya no tuve que estar siempre cerca para encargarme de él, intenté conseguir cualquier trabajo que me permitiera poner en práctica mi talento para escribir.

El problema era que el periodismo pendía de un hilo, incluso peligraban las publicaciones especializadas, y la mayoría del resto de los empleos que precisaba la escritura se dividía en tres categorías: los trabajos para los que me decían que estaba sobrecualificado, los

trabajos para los que me decían que carecía de las competencias necesarias y los trabajos que pagaban once dólares la hora por hacer de escritor fantasma redactando publicaciones para las redes sociales de aspirantes a *influencers* y/o modelos de OnlyFans.

Que quede claro que no se me iban a caer los anillos por aceptar encargos de esta última clase, pero, a los treinta y dos años, tal vez era demasiado viejo para ese tipo de trabajos, un hecho que me inspiraba un terror casi existencial. No digo que comenzase a plantearme el pub McDougal's como una alternativa laboral viable porque percibía el dedo helado de la muerte en la idea de que era demasiado viejo para teclear chorradas dicharacheras para un puñado de críos de diecinueve años que fingían estar emocionadísimos por productos para el cuidado de la piel de una calidad cuestionable que les habían enviado gratis, pero tampoco lo niego tajantemente.

—Deberías tenerlo muy en cuenta —dijo Andy—. Llevas una buena temporada en punto muerto.

—No eres mi padre, Andy —lo corté.

—Ya sé que no soy tu padre, Charlie. Pero también sé que tu padre te habría dicho exactamente lo que te acabo de decir.

En eso también llevaba razón, pero yo no estaba dispuesto a admitirlo, así que repliqué:

—Oye, Andy, el problema no es que no esté buscando mejores oportunidades. Todavía tengo ambiciones en la vida.

—Como el *pub*.

Aquello me hizo frenar en seco en mitad de la acera.

—¿Cómo sabes lo del *pub*?

Andy suspiró.

—Por favor, Charlie. ¿Has olvidado que somos amigos en Facebook? Vi tu publicación con una fotografía del *pub* y el pie:

«Grandes planes».

Cerré los ojos. «Puto Facebook», pensé.

—No recordaba que éramos amigos.

—Bueno, como publico muy poco, es fácil olvidarme —explicó Andy—. Supongo que lo podemos achacar a mi carácter precavido. He visto lo que piden por el *pub*. Me parece que es más de lo que te puedes permitir trabajando esporádicamente como profesor sustituto.

—Me lo han dejado bien claro. —Me puse en marcha de nuevo.

—La buena noticia es que sé dónde podrías conseguir el capital inicial para el préstamo.

—Si accedo a vender la casa.

—Sí, ese sería el modo, claro.

—Con eso no basta —aclaré—. Aunque la vendiéramos a su precio de mercado, hay que dividir el importe en cuatro partes. Una para mí, una para Sarah, otra para Bobby y la última para Todd.

Se me escapó una risita nasal.

—Sí, tienes razón —admitió Baxter, que había oído la risa—. Te aseguro que nunca entenderé por qué no os lleváis bien.

—Ellos tres se llevan de fábula —objeté.

—Puede que sea una cuestión generacional.

—Podría ser.

Mis hermanos, Sarah, Bobby y Todd, en realidad solo eran mis medio hermanos. Yo era hijo de otra madre, una mujer más joven con la que nuestro padre se casó tras un divorcio muy poco amistoso, cuyos detalles nunca me explicaron y admito que yo tampoco quise indagar. Todd, el menor de mis hermanos, ya era adolescente cuando nací, así que la diferencia de edad siempre había sido un obstáculo difícil de salvar.

La diferencia de edad se acentuaba por el hecho de que, de pequeño, no conviví con ninguno de mis hermanos. Los tres vivían con su madre en Schaumburg y, aparte de durante las fiestas y las vacaciones en familia cada vez más forzadas, los tres formaban un grupo propio del que siempre me habían excluido.

A mí me daba igual. En general, no me importaba ser hijo único con tres hermanos. Sin embargo, ahora que los tres me querían echar de casa, la situación no era tan idílica.

—Digas lo que digas, tu padre repartió su herencia a partes iguales entre los cuatro, y la mayor parte de su valor se concentra en esa casa —presionó Andy.

—Andy, no se están muriendo de hambre, precisamente —protesté. Mis hermanos desempeñaban distintas profesiones con sueldos astronómicos y vivían plácidamente instalados entre el uno por ciento de los más ricos del país—. No les hace tanta falta el dinero que cobrarían de la casa como a mí un lugar en el que vivir.

—No lo niego, Charlie, pero esa no es la cuestión —dijo Andy—. Tu padre no dividió su patrimonio en cuatro partes iguales porque todos tuvieseis las mismas necesidades, sino porque quería dejar muy claro que os quería a todos por igual. Si te quedas en la casa impides que accedan a esa representación de su afecto. Les estás recordando que, en muchos sentidos, eras su favorito.

Me detuve de nuevo en la esquina de Cook y Russell, a una calle y un par de fincas de la casa en cuestión, para asimilar lo que acababa de decirme.

—En resumen, lo que intentas decirme es que debería convertirme en un sintecho para que tres personas de mediana edad con una situación económica inmejorable puedan superar sus traumas psicológicos relacionados con su padre.

—Yo no lo expresaría así, pero no vas muy desencaminado.

—Saldría más barato que fueran a terapia —apunté.

—Además, no serías ningún sintecho. Un par de cientos de miles de dólares cubren muchos meses de alquiler, y te darían algo de tiempo para rehacer tu vida, esta vez de verdad.

—Debo decir que tu preocupación por mi futuro suena mucho menos sincera que antes, Andy.

—Lamento que pienses eso, Charlie. Te aseguro que lo digo de corazón.

Estaba a punto de responder cuando oí un maullido tenue pero insistente procedente del seto de la casa amarilla que había en la esquina de Cook y Russell.

—Dame un segundo, Andy.

Me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón sin apagarlo y eché un vistazo al seto.

Volvió a maullar.

—Sal de ahí —dije.

Como si me entendiese, una gatita pequeña anaranjada y blanca salió de entre las ramas, me miró, y continuó maullando con cierta insistencia e incluso con algo de exigencia.

La escena me resultaba familiar. El día que conocí a Hera también vi salir a una gata anaranjada y blanca de entre los arbustos y me maulló en un tono apremiante. A ella el truco le había salido bien.

—*Déjà* gata —dije a la nueva cachorrita, y me agaché para recogerla.

La minina trepó a la palma de mi mano e inmediatamente se encaramó por la manga del traje para tratar de acomodárseme sobre el hombro. Fui desplazando el peso para evitar que se cayese y le rasqué la cabeza. Los ronroneos de la pequeña sonaban como el motor de un jet.

—¿Hola? —dijo Baxter desde el interior de mis pantalones.

Coloqué bien a la gata y volví a sacarme el móvil del bolsillo.

—Perdona —me disculpé—. Me ha adoptado una gatita.

—¿Otra vez? —Cuando mi padre todavía vivía, Andy había pasado por casa de vez en cuando para visitar a su amigo, y conocía la historia de cómo Hera había venido a vivir con nosotros.

—Lo dices como si fuese algo que ocurre todos los días.

—¿Y no es verdad?

—No todos.

—¿Esta también es naranja y blanca?

—Ahora que lo dices, sí.

—En algún rincón de tu barrio hay un gato callejero naranja y blanco que se está poniendo las botas.

—Puede que tengas razón —coincidí—. Oye, Andy, tengo que colgar. Voy a ver si a alguien se le ha perdido una gata.

—Tus hermanos querrán saber qué me has dicho sobre la venta de la casa.

—Diles que lo pensaré.

—De acuerdo. ¿Y lo pensarás?

—Por supuesto.

—Ese «por supuesto» no ha sonado muy convincente, Charlie.

Sonreí de oreja a oreja.

—Adiós, Andy —me despedí, y colgué—. No lo voy a pensar ni un segundo —confesé a la gata. A la michina, que ronroneaba satisfecha, no parecía importarle.

No podía largarme con la gata sin más. Afanar un gato está mal desde un punto de vista moral y probablemente también legal. No soy un monstruo, al menos no de ese tipo.

Pregunté por los alrededores por si a alguien se le había perdido la gata, comenzando por los propietarios de la casa a la que pertenecía el seto. La gente que vivía en la finca me informó de que

no solo no eran los dueños de la cachorrita, sino que el propietario de la casa era extremadamente alérgico a los gatos. Probé suerte en la casa de al lado de la amarilla de la esquina, y luego en las dos casas de enfrente, en Cook Street. En dos de ellas no había nadie, lo cual no era sorprendente un día entre semana por la mañana, y en la tercera la respuesta fue negativa.

«Con eso basta», me dije. Cuando Hera había aparecido por casa, también sospeché que podía ser la gata de otra persona, así que le tomé una foto con el móvil, hice carteles de «Gata encontrada», y empapelé con ellos los postes de teléfono de toda la calle. Tras una semana sin respuesta, teníamos una gata. Tenía el presentimiento de que iba a pasar algo parecido con aquella nueva bolita de pelo.

—Vamos a conocer a tu hermana —anuncié a la bolita de pelo. La bolita de pelo parecía secundar la propuesta.

No necesitaba otro gato. En ese punto de mi brillante carrera de educador itinerante apenas podía permitirme alimentarme a mí mismo. Lo cierto es que, hoy en día, nadie necesita un gato. No los tenemos por necesidad, sino porque nos divierten y porque, de otro modo, nuestras prendas de ropa carecerían de la textura que solo puede ofrecer el pelo de gato.

Además, si una gatita se te acerca con exigencias, ¿qué vas a hacer? ¿Negarle lo que pide? Repito: no soy ningún monstruo.

En cuanto crucé la calle, la casa que Andy Baxter quería que yo dejase libre para poder venderla, mi casa, apenas estaba a un par de puertas de distancia. Era una casa de dos plantas de estilo Cape Cod con un porche en la fachada. No era ni grande ni pequeña para el vecindario, y no había nada destacable en su construcción o arquitectura. Un agente inmobiliario podría describirla como «acogedora», o como «una gran primera casa», según los ingresos y la ambición de las personas a las que se la estuviera mostrando.

Para mí, era simplemente mi hogar. La casa a la que me llevaron al nacer, la casa en la que viví toda mi infancia, en la que mi padre y yo subsistimos tras la muerte de mi madre, y la casa a la que regresaba en vacaciones mientras hacía la carrera en la lejana tierra de Evanston.

Hubo unos pocos años en los que no viví ahí, los años en los que estuve casado y trataba de labrarme una carrera como reportero y periodista. Pero entonces llegó el año de los despidos, el divorcio y la enfermedad de mi padre, y regresé a la casita de estilo Cape Cod de Cook Street.

Y allí seguía, solo salvo por la gata. Aunque ahora tal vez tenía dos gatas.

Al llegar a la casa me fijé en el coche que había aparcado frente a ella, un Mercedes Clase S negro. La distancia entre ejes era algo más larga de lo normal, un indicio que hacía saber a cualquier persona que lo viese que el propietario del vehículo no conducía, sino que tenía a un empleado que llevaba el volante por él. Conocía ese tipo de coches de mis tiempos de periodista de la sección de negocios. Era un taxi para directores generales. Una carroza de desfile.

Me preguntaba a quién debía de pertenecer y el motivo por el cual, de todos los sitios en Barrington en los que podrían haber aparcado, habían considerado que el mejor era justo enfrente de mi casa. Ni se me pasó por la cabeza que hubieran podido ir a verme. Últimamente, la clase directiva del área metropolitana de Chicago no hacía cola en mi puerta para que redactase sus memorias en su nombre, precisamente. Eché un vistazo al asiento trasero del Mercedes al pasar por su lado, pero tenían las pantallas protectoras subidas. En el mundillo del periodismo las llamábamos «murallas antipobres» y nos despertaban una envidia tremenda.

Finalmente resultó que el coche estaba justo delante de casa por un motivo. Una mujer esperaba sentada en el balancín del porche en el que mi padre había pasado tantas noches de verano, sobre todo hacia el final. Era más o menos de mi edad e, incluso separado de ella por el corto camino de entrada que conducía al porche, me fijé en que iba vestida con uno de esos trajes de negocios de alta costura que insinuaba que no perdía el tiempo paseándose en un Nissan Maxima del 2003 casi listo para el desguace. Impulsaba el balancín suavemente con un pie apoyado en el suelo. Estaba sentada en el columpio como si fuera la dueña del asiento, de la casa, y posiblemente de la mayor parte de la calle.

—Póngase cómoda —dije mientras subía a mi porche.

—Gracias, ya lo he hecho —replicó, y acto seguido hizo un gesto con la cabeza hacia el gatito que yo llevaba encima del hombro—. Es un accesorio interesante. ¿Siempre lleva un gatito puesto?

Acaricié a la gata, que en ese momento sesteaba y ronroneaba a la vez sobre mi hombro.

—Oh, no, es que resulta muy cómoda. Todo el mundo la llevará en el futuro. —La mujer me lanzó una mirada cargada de ironía—. Es una referencia a *La princesa prometida* —expliqué.

—No, no, la he reconocido —me aseguró la mujer.

—No quisiera ser maleducado, pero ¿quién es usted y qué hace en el porche de mi casa?

—Me llamo Mathilda Morrison y estoy sentada en su porche porque usted acaba de llegar a casa y todavía no me ha invitado a entrar.

—Entendido. ¿Y por qué debería invitarla a entrar?

—Porque tengo que decirle algo, y luego tengo que pedirle otra cosa.

—¿Y no puede hacer ninguna de las dos cosas en el porche?

—Podría, pero creo que querrá estar sentado cuando oiga lo que tengo que decirle y que pedirle, y no lo conozco lo suficiente para invitarlo a sentarse conmigo en el balancín.

—El balancín es mío —le recordé.

—Técnicamente, pertenece a la herencia de su padre —puntualizó Morrison, y entonces vio mi expresión—. Vaya, he pinchado en hueso.

—Solo un poco —admití.

—Lo siento, no estoy aquí para irritarlo.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Vengo a tratar un asunto de negocios en nombre de su tío.

—No es verdad —le solté.

—Vaya, parece muy convencido de ello —observó Morrison.

—Solo tengo un tío, y el tío Jake está muerto.

—Ah, así que está al corriente de lo ocurrido.

—Sí, tengo acceso a la CNBC.

—Me ha parecido que los minutos que le han dedicado dejaban mucho que desear —opinó Morrison—. El reporterucho que ha salido hablando de él merece que lo tiren por la ventana. No ha hecho más que balbucear sandeces.

No pude reprimir una sonrisa.

—Gracias —dije.

—Por otro lado, es cierto que su tío ha fallecido. Mi más sentido pésame.

—Gracias, aunque, si conocía a mi tío, ya debe de saber que no estábamos muy unidos.

—Lo sabía. Si le sirve de consuelo, Charlie, era algo que él lamentaba de corazón.

—Tendré que fiarme de su palabra.

—De hecho, puedo probárselo —replicó Morrison.

—Si va a decirme que me dejó exactamente tres millones cuatrocientos mil dólares sería fabuloso, la verdad.

Morrison ladeó la cabeza.

—Es una cifra muy específica.

—La necesito para un objetivo muy específico.

—No le dejó tres millones cuatrocientos mil dólares exactamente, pero le dejó algo —explicó Morrison.

—¿Y qué es?

—Algo que le gustará —prometió ella—. Y también tiene una petición.

—Hay condiciones —deduje.

—Todo tiene condiciones, Charlie. Pero estas en concreto son bastante relajadas. —Morrison hizo un gesto perezoso desde el balancín—. ¿Quiere que lo hablemos en su porche con una gata encaramada a su hombro o prefiere que entremos?

Capítulo 3

Una gata naranja y blanca me esperaba dentro de la casa y me maulló en cuanto entré por la puerta.

—Hola, Hera —saludé. Me bajé la gatita del hombro y la coloqué a la altura de los ojos de Hera—. Te he traído una cosita. —Puse a la cachorrita delante de ella y esperé.

Si la súbita intrusión de una nueva gata sorprendió o irritó a Hera, no dio ninguna muestra de ello. En su lugar, examinó un instante a la gatita, que lanzaba chillidos agudos, y enseguida comenzó a acicalarla. Los ronroneos de ambas eran un símbolo inequívoco de que habían llegado a un acuerdo de paz, así que fui a la cocina a buscarles algo de comida.

—Optó por el camino de las diosas —observó Morrison mientras cerraba la puerta a su espalda.

—¿Qué es el camino de las diosas? —pregunté.

—Cuando la gente pone nombre a los gatos, suele inclinarse por una de tres categorías posibles: alimentos, características físicas o mitología —explicó Morrison—. Así que puede llamar a su gato Azúcar, Mancha o Zeus. Usted optó por la mitología.

—¿Y qué me dice de los que llaman a su gato como personajes de libros de fantasía? —Recogí el cuenco de la comida de Hera de su alfombra y agarré otro más pequeño para la gatita—. Gandalf. Sauron. Ese tipo de cosas.

—Esos nombres quedan cubiertos por la mitología.

—Eso es hacer trampa —protesté.

—De ningún modo —dijo Morrison—. Gandalf y Sauron eran maiar.

—¿Qué?

—Maiar. Ya sabe, como los dioses de la mitología de Tolkien. O ángeles. De modo que la etiqueta sigue siendo aplicable.

—Es oficial: me ha derrotado en la batalla por averiguar quién es más friki de los dos —concedí.

Llené los cuencos de comida para gatos, los coloqué en la alfombra y me di unos golpecitos en las piernas para llamar la atención de las gatitas. Ambas se acercaron a la comida. Hera fue directamente a su cuenco, y la cachorrita, sin dudarlo ni un momento, se encaminó al más pequeño. No hubo peleas por la comida. Buena señal.

Morrison señaló la gatita, que en ese momento buceaba entre la comida del cuenco y ronroneaba durante la expedición.

—Entonces, ¿esa se llama Atenea?

—Quizá —contesté—, aunque pensaba llamarla Perséfone. Menos común. Más profundo. A menos que en realidad sea un macho, en cuyo caso puede que lo llame Apolo.

—En cualquiera de los dos casos, parece encantado con la idea de adoptar a un gato callejero.

—No tener hogar no es culpa del gato. Además, ha acudido a mí para pedirme ayuda.

—Ha sabido reconocer a un pringado a simple vista —bromeó Morrison con una sonrisa.

—Probablemente —admití—. Puede que simplemente me lleve mejor con los gatos que con las personas, y los gatos parecen saberlo.

—La toxoplasmosis habla por usted.

—Seguro que sí. —Hice un gesto hacia el frigorífico—. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias. —Morrison hizo un gesto hacia el sillón del cuarto de estar, el asiento favorito de mi padre—. ¿Es un sillón Eames auténtico? —preguntó.

—¿Se refiere a si es una pieza de Herman Miller y no una simple imitación barata? —Abrí el frigorífico para agenciarme una cerveza.

—Sí, a eso me refería.

—Es auténtico. —Agarré una cerveza (Michelob Ultra, no me enorgullezco de ello) y desenrosqué la chapa—. Mi madre se lo regaló a mi padre por su primer aniversario. Ella sabía que él siempre había querido tener uno, y se lo compró para darle una sorpresa. Él siempre dijo que era un sillón auténtico, no una imitación, y yo confiaba en su palabra. Siéntese, por favor.

Morrison se acomodó en el sillón y se tomó la libertad de apoderarse de la otomana.

—No cabe duda de que es auténtico —valoró pasado un rato.

—Seguro que lo sabe mejor que yo; solo me he sentado una vez en esa cosa.

—No es un regalo barato para un primer aniversario —comentó Morrison.

—La verdad es que nunca había pensado en lo que pudiera valer, siempre ha estado ahí —confesé—. Aunque, ahora que lo menciona, no sé si mi madre se lo pudo permitir con su sueldo de higienista dental. Puede que el tío Jake le echase una mano.

Morrison asintió al valorar la sugerencia.

—Jake apreciaba mucho a Lizzie —coincidió ella, y no se me escapó que había mencionado el nombre de mi madre.

—Parece muy joven para saberlo por experiencia —observé. Salí de la cocina, regresé a la sala de estar y me encaminé directamente hacia el sofá.

—Pues lo sé tan de primera mano que me lo dijo él mismo.

—¿Y era un tema de conversación habitual?

—La respuesta quizá le sorprendería.

—Por cierto, ¿cómo conoce a mi tío? Perdón, quiero decir cómo lo conoció. —Me senté en el sofá y me hundí en mi sitio, el rincón donde el cojín se había deformado hasta adoptar la forma perfecta de mi trasero.

—Yo era una gata callejera y acudí a él para pedirle ayuda —contestó Morrison, y asintió en dirección a la cachorrita, que todavía tenía la cabeza metida en la comida.

—Estoy seguro de que calla buena parte de la historia —repliqué.

—Es cierto, pero es la versión abreviada.

—Usted no es ninguna gata.

—No, eso es verdad.

—Se me ocurren muchos desenlaces posibles para una historia en la que una mujer joven va a pedir ayuda a un hombre mayor que ella —aventuré, y di otro trago a la cerveza.

Morrison hizo una mueca.

—Si eso es lo que piensa, no conoce muy bien a su tío.

—Bueno, ese es precisamente el problema, ¿no cree? No sé qué pensar, y no conozco muy bien a mi tío. La última vez que estuvimos juntos en la misma habitación yo tenía cinco años. Sabía de su existencia, pero, aparte de eso, es un completo misterio para mí. Y él tampoco parecía muy interesado en conocerme, que digamos.

—Eso no es cierto —me contradijo Morrison—. Su tío y su padre discutieron tras la muerte de su madre, y su padre le pidió que se mantuviese al margen de su familia. Su tío... respetó esa petición.

—No sé nada de eso —contesté—. Ni siquiera sé si es cierto.

—Supongo que su padre no hablaba mucho de su tío Jake.

—Nunca. Ni bien ni mal. Simplemente nadie mencionaba su existencia, ni mi padre ni nadie. Bueno, salvo cuando me hizo el

regalo de bodas. —Bebí otro trago.

—Las cucharillas de postre —dijo Morrison.

Me atraganté con la cerveza.

—¿También sabe eso?

—Sí —confirmó Morrison—. Fue aproximadamente durante la época en la que empecé a trabajar codo con codo con su tío.

—¿Y también sabe algo de la nota que acompañaba a las cucharillas?

Morrison asintió.

—Sí, y lo lamento. Le dije que no la pusiese, pero no me hizo caso.

—Hay que ser cabrón para hacer una apuesta sobre lo que iba a durar mi matrimonio.

Morrison me señaló para mostrar su acuerdo.

—Es justo lo que le dije. Según su razonamiento, usted debía saberlo para, por lo menos, contar con algo de tiempo para hacer planes.

Tosí para acabar de desatascarme la cerveza de la parte superior de los pulmones.

—No me ayudó a planificar con antelación. Ni siquiera entendí lo que significaba hasta que encontré por casualidad el estuche de las cucharillas mientras recogía mis cosas del apartamento que compartíamos.

—¿No sacó las cucharillas del estuche?

—Por supuesto que no sacamos las cucharillas del estuche —confirmé, irritado—. ¿Cuándo íbamos a usarlas? Vivíamos en un piso de una sola habitación en el barrio de Ukrainian Village, no es el escenario más adecuado para dar fiestas de alto copete. —Señalé la cocina—. Hoy en día, siguen dentro del estuche. La tarjeta ya no está. La tiré cuando comprendí su significado.

—Lo lamento —se disculpó Morrison de nuevo.

—Lo que me gustaría saber es cómo se las apañó para ser preciso con el tiempo. La tarjeta decía: «Tres años y seis meses», y exactamente tres años y medio más tarde me estaba llevando las cucharillas de postre a otra parte.

—Su tío calaba a las personas.

Miré a Morrison con una expresión dubitativa.

—Por lo visto, no lo bastante para entender que la predicción de la fecha de un divorcio tal vez no sería bienvenida el día de la boda de alguien.

—Tenía algunas lagunas, es cierto —coincidió ella.

—Además, ¿cómo iba a conocerme? ¿Y cómo iba a conocer a Jeanine? —Me sentía los labios raros al pronunciar el nombre de mi exesposa, a quien había conocido en la Universidad Northwestern y con quien, a los veinticuatro años, el día que compartimos el altar de la Iglesia Episcopal de San Miguel, estaba seguro de que iba a permanecer casado el resto de mi vida. Mis cálculos resultaron ser demasiado optimistas, y por un margen tremendo.

—Le seguía la pista —dijo Morrison—. Discretamente. Desde lejos. De un modo que no hiciese enfadar a su padre.

—Eso no ha sonado para nada inquietante. —Los pulmones se me habían despejado lo suficiente para dar otro trago a la cerveza.

—No pretendía darle un matiz inquietante. Como ya le he comentado, su madre era muy importante para él, y sentía curiosidad por el hijo de esa mujer.

—No la suficiente para venir a saludar.

—Ya le he dicho lo de su padre.

—De acuerdo, pero ya lleva un tiempo muerto.

—Durante los últimos años tuvo otros motivos para no ponerse en contacto con usted.

—¿Ahora viene la parte en la que echamos la culpa de todo a la pandemia, o algo por el estilo?

—Ese es uno de los motivos —confirmó Morrison. Bajó los pies de la otomana y se inclinó hacia delante en el sillón Eames—. El cáncer de páncreas fue otra de las razones. Mire, Charlie, no he venido a hablar de su tío Jake ni a tratar de justificar su comportamiento. No tengo inconveniente alguno en estipular que no fue un tío ejemplar para usted. En su mejor versión, era un hombre con defectos, y los últimos años no fueron un camino de rosas para él. Siento que lo único que conserve de él sea un agujero en sus recuerdos.

—No es culpa suya —contesté tras callar un minuto para asimilar lo que acababa de decirme.

—Lo sé, pero, como su tío no está aquí para disculparse, lo hago yo por él.

—Gracias.

—De nada. A pesar de todos los pecados que pudiera cometer contra usted, una de las últimas cosas que hizo en vida fue pedirme que viniese a esta casa. A hablar con usted. Y a pedirle un favor.

—¿De qué favor se trata? —pregunté.

—Su tío era un hombre exitoso desde el punto de vista empresarial, pero no tenía familia propia —comenzó Morrison—. Nunca se casó, y tampoco tuvo hijos. Los padres de su tío Jake, es decir, sus abuelos, fallecieron antes de que usted naciese. Su madre era la única hermana de Jake, y usted es el único hijo que tuvo ella.

—Me está diciendo que soy su único pariente.

—Sí, a menos que quiera contar como parientes a un par de primos terceros que viven cerca de Leipzig y a los que su tío no consideraba de la familia.

—La verdad es que ahora quiero saber más sobre esos primos terceros.

—Ambos son tipos raros con un carácter ermitaño —dijo Morrison —. Uno de ellos colecciona figuras Hummel. El otro tiene diecisiete gatos. Es el censo actual. La cifra fluctúa.

Eché un vistazo a mis dos gatas actuales, que estaban terminando de comer.

—Creo que no es el parecido familiar que más me favorece.

—No se preocupe. Tener dos mininos está muy lejos del nivel necesario para que lo consideren un loco de los gatos.

El comentario me arrancó una débil sonrisa.

—Gracias.

—Como es usted su único pariente vivo, a su tío Jake le gustaría que lo representase en su funeral, que se celebrará aquí mismo, en Barrington, en la Funeraria Familiar Chesterfield. ¿La conoce?

—Por supuesto.

Era literalmente la única funeraria de Barrington, y estaba a pocas manzanas de distancia de la casa. Había acogido tanto el funeral de mi madre como el de mi padre, y sospechaba que Morrison muy probablemente lo sabía.

Morrison asintió.

—Será este sábado a las tres de la tarde. Su trabajo consiste en personarse en la funeraria, recibir a los dolientes y aceptar sus condolencias, y después, tras el velatorio, asistir a la incineración. Ya está todo organizado. Usted solo tiene que presentarse.

—¿Por qué aquí? —pregunté.

—¿Por qué en Barrington?

—Sí. El tío Jake no tiene ningún arraigo en esta localidad. Mi madre no era de aquí; ella se crio a las afueras de Pittsburgh, así que doy por sentado que el tío Jake hizo lo propio, pero ella al menos vivió aquí. El tío Jake ni siquiera puede decir lo mismo. Y si las informaciones de la CNBC son ciertas, es rico, y no solo para los

estándares de Barrington, sino rico de verdad. Rico como para acumular miles de millones de dólares. Rico como para poder celebrar un funeral en una catedral monumental con miles de dolientes.

Morrison sonrió al oír la descripción.

—No le fue mal.

—¿Ve? Eso es lo que dice la gente que es rica de verdad. —Señalé a Morrison—. O lo que dice la gente que la representa, y no pretendo ofenderla.

—No me ofende. Su tío tenía sus razones para desear que el funeral se celebrase aquí —declaró Morrison—. Una de ellas es el sentimentalismo. Quería la ceremonia en el mismo lugar en el que se celebró la de su hermana. Decía que eso le aportaría una sensación de cierre con ella. La otra es que, por muy rico que fuese su tío, no era una persona extravagante. Al menos en el sentido convencional de la palabra. Un funeral fastuoso le habría parecido un derroche de dinero.

—¿Y no tiene amigos?

Morrison negó con la cabeza.

—No muchos. No le caía bien mucha gente, y él tampoco caía bien a muchos.

—¿Y a usted le caía bien?

—Sí —contestó Morrison—. Pero yo tenía un alto grado de tolerancia hacia sus peculiaridades.

Sonreí.

—Una selección de palabras magistral.

—Ni se lo imagina. Sea como fuere, la concurrencia al funeral será relativamente pequeña.

—El tanatorio también es pequeño, así que será mejor así.

—Además, si no lo tengo mal entendido, la funeraria le hizo un muy buen precio por adquirir conjuntamente la ceremonia y la incineración.

Me alegré de no tener la boca llena de cerveza al oír eso.

—Entonces, ¿no planea llevarse toda su fortuna al otro barrio? —pregunté en tono travieso.

—No, prefería gastar el dinero en otras cosas —explicó Morrison—. Y eso nos lleva al asunto de la compensación que percibirá usted.

—Entendido. O sea, que yo hago ese favor a mi difunto tío, y entonces usted me dará lo que me ha dejado.

—Correcto, ese es el trato.

Di otro sorbo a la cerveza para ganar algo de tiempo y poder ordenar los pensamientos.

—Me parece algo casi insoportablemente cínico —valoré después de tragar.

Morrison asintió.

—Lo entiendo. Trate de enfocarlo del siguiente modo: desde que usted nació, a su tío Jake le pidieron que se mantuviera alejado de usted, y cuanto más, mejor. Este trato compensará todo lo que no pudieron compartir a lo largo de esos años.

—Entendido, ¿y se puede saber qué propone darme mi tío Jake a cambio de mi tiempo?

Morrison hizo un gesto que englobaba la casa entera.

—Esto.

Miré a mi alrededor.

—La casa ya es mía.

—Pertenece a la herencia de su padre, que usted comparte a partes iguales con sus tres hermanos, y ellos quieren que se marche para hacerse con lo que pueda valer. Su tío sabía lo de la cláusula de usufructo presente en el testamento de su padre, y también estaba

al tanto de que había estado a punto de incumplir el acuerdo... a pesar de que no había sido por su culpa.

Fruncí el ceño.

—¿Y cómo lo sabía?

—Como ya he mencionado, le seguía la pista.

—Esta vez ha sonado todavía más inquietante que la anterior.

Morrison obvió el comentario.

—Si presta este servicio a su tío, en ambos sentidos de la palabra, una de las inmobiliarias más discretas que poseía presentará una oferta privada por su casa al albacea de su padre por un importe superior a su actual valor de mercado —expuso—. Podrá dar una grata sorpresa a sus hermanos accediendo a aceptar la oferta, y percibir su cuarta parte del dinero de la venta. Acto seguido, una vez que se cierre la transacción, la inmobiliaria le revenderá la casa aplicándole un descuento enorme, a un precio que podrá permitirse holgadamente, y cubrirá el importe de los impuestos devengados de vendérsela por debajo de su precio de mercado. Será su propietario único y sin cargas, y no tendrá que volver a preocuparse por sus hermanos. Además, al término de la operación, recibirá un pago en efectivo adicional. Seis cifras por el rango bajo. No es una fortuna, pero sí lo suficiente para darle algunas opciones a la hora de plantearse lo que desee hacer de hora en adelante.

Traté de imaginar un mundo en el que «seis cifras por el rango bajo» no fuesen «una fortuna» y decidí posponer la reflexión.

—Y harán constar por escrito todo lo que me acaba de decir —dije a Morrison.

—Por supuesto, si así lo desea —respondió divertida—. ¿Por qué? ¿Acaso no se fía de su tío, Charlie?

—No conozco a mi tío —le recordé—. Quiero decir que no lo conocía.

—Le aseguro que si hubiese deseado quedarse con su casa disponía de métodos mucho más sencillos que no implicaban fallecer como primer paso. Es una Cape Cod de Barrington, y no escasean, precisamente.

—¿Usted se da cuenta cuando es grosera o le sale así sin más?

—No pretendo ser grosera —me aseguró Morrison—. Solo que, si le parece bien, me gustaría que no nos desviásemos de la cuestión que nos ocupa.

—¿Y qué pasa si me niego? —pregunté—. Me refiero a si no accedo a representar a la familia en el funeral.

—Bueno, no voy a ir a buscar al coleccionista de figuras Hummel, si es lo que quiere saber —respondió Morrison, y se encogió de hombros—. Si usted no lo hace, supongo que el personal de la funeraria se encargará de todo.

—¿Y usted? ¿También asistirá?

—Su tío me pidió que atendiese otros asuntos durante la ceremonia —explicó Morrison—. Él y yo ya nos despedimos.

Oí un maullido a mis pies. Hera se me había acercado y quería tumbarse un rato en mi regazo. Dejé la cerveza sobre la mesita de café y me di unos golpecitos en el muslo. Hera se encaramó al sofá de un salto y, tras una pausa para posicionarse, se dejó caer sobre mis piernas.

—Lo adora —observó Morrison mientras yo acariciaba a mi gata.

—Ya le he dicho que me llevo mejor con los gatos que con las personas.

—Hasta ahora conmigo no se lleva mal.

—Lo dice porque no tiene que vivir conmigo —repliqué.

—Es posible —aceptó Morrison, y echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Tengo que irme. ¿Vendrá a velar a su tío en el funeral?

Lo pensé un instante.

—Es raro ser el representante de alguien a quien no conozco solo porque era el hermano de mi madre.

—En ese caso, considérelo un gesto generoso hacia un desconocido —le sugirió Morrison—. Un desconocido que no tiene a nadie más que pueda cumplir su deseo.

Me lo replanteé desde ese punto de vista y, por un instante brevísimo, me compadecí de mi tío milmillonario, que, al parecer, no tenía a nadie más que pudiera representarlo.

—De acuerdo —cedí—. Puedo hacerlo.

—Estupendo. —Morrison se levantó e inmediatamente me hizo un gesto—. No se levante. La gata se acaba de poner cómoda.

—¿Y ahora qué hago?

—Hoy mismo llamaré a Chesterfield para avisarlos de que irá. Tengo su número, así que más tarde le haré llegar los detalles por mensaje de texto. Si desea llamar o pasarse por sus instalaciones antes del funeral para recibir instrucciones, adelante; de lo contrario, lo pondrán al día el sábado, en cuanto llegue. Vaya con un poco de antelación. —Echó un vistazo a mi traje—. La ropa que lleva servirá. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Debería comprarse unos zapatos mejores. —Morrison sonrió y agachó un segundo la cabeza para despedirse de mi gata y de mí. Y entonces se marchó antes de que pudiera decir nada más.

Capítulo 4

Me compré unos zapatos mejores.

Subí al Maxima de mi padre y fui a comprarlos al centro comercial de outlets de Kildeer. Me decidí por unos zapatos oxford negros de pala vega. Eran incómodos y me pellizcaban los dedos gordos, pero estaban de saldo y el resto de los zapatos que ojeé no lo estaban y costaban más de lo que yo quería gastarme. Sufrí una pequeña pero profunda crisis existencial tratando de determinar si un tío difunto al que yo apenas conocía merecía el precio completo de unos zapatos en lugar de unos oxford del estante de los saldos. Finalmente recordé que la factura de la electricidad ya iba por el segundo aviso. El estante de los saldos ganó la partida.

El Maxima estuvo a punto de morir en dos ocasiones durante los veinte kilómetros del trayecto de ida y vuelta a Kildeer, así que, cuando finalmente llegó el sábado, decidí ir a pie a la Funeraria Chesterfield. No estaba lejos de casa, y el paseo me daría la oportunidad de dar algo de sí los oxford baratos. El día señalado, me puse de nuevo mi mejor y único traje y dejé que las gatas escogiesen la corbata una vez más. Hera escogió la roja. La pequeña Perséfone la golpeó y trató de destriparla con una patada de conejo. Decidido: la roja. Me acompañaron a la planta baja y me observaron desde la ventana mientras empezaba a bajar por la calle. Fue todo un detalle que se molestasen en venir a verme.

Podía ir a la funeraria por distintos caminos, y escogí el que pasaba por el McDougal's. Ahora que pronto iba a convertirme en el

legítimo propietario de mi casa, existía la posibilidad real de volver al banco y obtener el préstamo empresarial con la vivienda como aval. Si lo conseguía, podría comprar el McDougal's y convertirme en un camarero / pequeño empresario en mi ciudad natal.

Quería comprar el McDougal's para probar algo nuevo y para hablar con alguien que no fuesen mis gatas o alumnos del instituto, pero también había otro motivo. Antes de que mi padre muriese, íbamos juntos al McDougal's, nos poníamos cómodos, bebíamos cerveza, comíamos patatas fritas y veíamos partidos de fútbol de la Premier League que no nos importaban solo por hacer algo fuera de casa. Eran buenos momentos, y algunos de los últimos buenos recuerdos que conservaba con mi padre.

Puede que fuera algo extraño querer comprar un *pub* para mantener viva la conexión con mi padre, pero en ese momento mi vida se encontraba en ese punto. Jeanine se había quedado con la mayoría de nuestros amigos comunes en el Gran Reparto Posdivorcio, y yo no veía mucho a los que me habían quedado, los del mundo del periodismo. Casi todos habían seguido adelante con sus vidas mientras yo me marinaba en Barrington, viviendo en la casa de mi padre y trabajando como profesor sustituto.

Probablemente, ser el dueño del McDougal's no me iba a granjear nuevas amistades, pero, por lo menos, habría gente en el mismo lugar que yo, y sería gente que desearía estar allí, aunque solo fuera por la cerveza y las patatas fritas. Y también podría invitar a mis viejos amigos al local y no ser un maldito ermitaño amargado. El esfuerzo merecía la pena.

Unos minutos más tarde, cuando alcancé a ver la Funeraria Chesterfield en el margen izquierdo de la carretera de County Line, se me ocurrieron dos reflexiones. Lo primero que pensé fue que, tras el paseo, los pies me habían hecho llegar una circular

informándome de que odiaban mis zapatos y a mí de paso, que debería haber pagado el precio de los que no estaban rebajados, y que ya estaban formando ampollas para castigarme por tomar malas decisiones vitales. No me iba a poder quitar esos zapatos al menos durante tres horas. Decidí que haría descalzo el trayecto de vuelta a casa.

En segundo lugar, me pregunté quién se presentaría en el funeral del tío Jake, y qué podrían contarme acerca de mi misterioso, y ya difunto, pariente.

—Veamos hasta qué punto estabas solo en realidad, tío Jake —dije en voz alta, y abrí la puerta de la funeraria.

El espacio era tal y como lo recordaba del funeral de mi padre, y supongo que también del de mi madre, aunque recordaba muy poco de aquella ceremonia. Los pasillos y las paredes eran de tonos pastel, las moquetas eran verdes, y las puertas, de madera pulida. La serenidad, o al menos la falta de tensión, inundaba el lugar. Música tranquila sonaba al mínimo volumen posible para seguir siendo audible. El edificio emanaba un olor que, durante el funeral de mi padre, describí a mis hermanos como «neutro floral». No les hizo gracia.

Miré a la derecha, hacia la puerta que conducía al salón principal del tanatorio, el lugar en el que se iban a congregar los dolientes y en el que se celebraría cualquier ceremonia en caso de que se hubiese organizado algún acto. Más allá del salón se encontraba la sala de velatorio, a la cual se accedía por el pasillo de la izquierda o retirando una mampara del salón principal para expandir el espacio.

En algún lugar del fondo del local se encontraba mi tío Jake. El tío al que no había vuelto a ver desde que tenía cinco años.

—¿Señor Fitzer?

Me hablaba un hombre trajeado que bajaba por la escalera de mi derecha. Era Michael Chesterfield, el director ejecutivo de la funeraria. Acababa de asumir el cargo cuando murió mi padre, y por aquel entonces me contó que ese había sido uno de sus primeros servicios en el puesto.

—Hola —saludé, y nos estrechamos la mano.

—Mi más sentido pésame —dijo Chesterfield.

—Gracias. Me pidieron que viniese con algo de antelación y supuse que una hora sería un margen adecuado.

—Sí, es un momento perfecto —replicó Chesterfield—. De hecho, es más que perfecto.

—¿Va todo bien? —Finalmente me percaté de que Chesterfield, que en el funeral de mi padre exudaba una tranquilidad casi propia de un vulcano, en ese momento estaba actuando de un modo que no se ajustaba a su papel.

—Con su tío sí, todo va estupendamente —contestó Chesterfield —. Está en nuestra sala de velatorios. Hay otros temas de los que debemos hablar.

—Entendido —accedí—. ¿Por ejemplo?

—Los arreglos florales.

—¿Qué pasa con las flores? ¿No las han pagado? —No tenía ni idea de cómo se iba a pagar la ceremonia, o si me correspondía abonar alguna parte de los gastos. Si esperaban que pagase cualquier cosa, iba a ser un funeral muy corto y de una austeridad ridícula.

—El dinero no es ningún problema —aclaró Chesterfield—. Está todo pagado. El problema no son los arreglos florales pagados por los albaceas de su tío, sino... los otros.

—¿Qué otros?

—Muy a menudo, los asistentes a un funeral encargan la entrega de flores para el difunto.

—Sí, ya lo sé. ¿Hay algún problema con las flores?

—Los arreglos florales son preciosos. Sin embargo, los mensajes de las cintas de dedicatoria no son tan bonitos.

Fruncí el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, una de las dedicatorias dice: «Nos vemos en el infierno».

—¿Qué?

—«Nos vemos en el infierno» —repitió Chesterfield.

—¿Es... es una broma?

—Estoy bastante seguro de que no es ninguna broma.

—¿Por qué lo dice?

—Porque no es el único mensaje que dice algo parecido, señor Fitzer, aunque sí es uno de los más comedidos.

—Bueno, tenía usted razón —comenté a Chesterfield—. Las flores son muy hermosas.

Lo cierto es que todas las flores eran preciosas. Las que llevaban el mensaje «Nos vemos en el infierno» estampado en la cinta eran rosas blancas, lirios asiáticos, crisantemos, claveles y delfinios azules, o eso me dijo Chesterfield cuando fui a verlos mejor. Otra corona exhibía rosas chillonas y claveles, lirios naranjas, girasoles amarillos, lavandas lilas y crisantemos verdes, además de la dedicatoria: «Demasiado has tardado». Debo decir que me gustó especialmente la cesta con margaritas de tonos lavanda, crisantemos, rosas blancas, bocas de dragón y asteres Monte Cassino con las palabras «A mamarla, hijo de puta» afectuosamente estampadas en la base del jarrón deliciosamente bien adornado.

Había más, pero estos ejemplos son una muestra representativa del conjunto.

Todos los arreglos florales se encontraban en el despacho de Chesterfield, situado en la planta superior de la funeraria. Comprensiblemente, no había querido colocarlas en el velatorio sin antes consultármelo. El despacho era un estallido de belleza floral y sentimientos ponzoñosos.

—Por lo visto, su tío despertaba reacciones apasionadas entre sus conocidos —valoró Chesterfield.

—Le agradezco que haya escogido la fórmula más elegante posible para expresar que lo odiaban a muerte.

—Sí, bueno, el tacto forma parte de mi trabajo —me confió él.

—¿Qué clase de persona envía este tipo de cosas a un funeral?

—Tengo ciertas opiniones al respecto, señor Fitzer, pero no son muy diplomáticas.

Hice un gesto hacia las flores.

—Y la floristería local no ha tenido problema alguno con ninguna de estas dedicatorias.

—Los arreglos no se prepararon aquí —aclaró Chesterfield—. Todos han llegado esta mañana a través de distintos servicios de mensajería. Yo sí acudí a nuestro florista habitual para las flores que aportamos nosotros, pero las nuestras no incluyen ninguna dedicatoria especial.

Sonreí e hice otro gesto hacia una corona de rosas rojas y lirios con la dedicatoria: «¿Muerto? Juas, pues vale» y el emoji de una cara sonriente con la lengua sacada.

—Al menos esa corona no es horrible al cien por cien.

—Es cierto, pero parece insinuar que quien la envía no está plenamente convencido de que su tío haya muerto de verdad —opinó Chesterfield.

—¿Y lo está?

—¿Muerto?

—Sí.

—Estaba muerto cuando llegó a la funeraria —constató Chesterfield.

—¿Y espera algún cambio en su estado?

—Sería de lo más inusual.

Volví a sonreír e inspeccioné las flores unos instantes antes de volver a mirar al hombre.

—Podemos quitar las dedicatorias y las tarjetas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—Pues quítenselas antes de colocar los arreglos florales en la zona de velatorio, si son tan amables.

Chesterfield asintió y luego señaló el jarrón con la inscripción «A mamarla, hijo de puta».

—¿Y qué hacemos con esto?

—¿Tienen otro jarrón en el que podamos poner las flores?

—Sí, pero al transferir la corona puede que la estropeemos un poco.

—Yo diría que la persona que envía las flores perdió el derecho a una corona impecable cuando inscribió en el jarrón ese «A mamarla, hijo de puta», ¿no le parece?

—Cierto —concedió Chesterfield, y titubeó un instante—. ¿Qué quiere que hagamos con el jarrón original?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Lo quiere?

—Cuando los clientes deciden no llevarse los arreglos florales al sepulcro o a su casa al marcharse, a veces me quedo los jarrones y los soportes para reaprovecharlos en futuras ceremonias.

—¿Y cree que podrá dar uso a este jarrón en otro funeral? —Francamente, la idea de que reusaran ese jarrón con la leyenda «A

mamarla, hijo de puta» en el funeral solemne de un miembro de una familia adinerada me parecía divertida.

—No lo creo —admitió Chesterfield—. Sin embargo, si no le importa, puede que comparta la imagen en una página web privada de directores de funerarias que visito a menudo. Nos encantan estas cosas.

Le di permiso para quedarse con el jarrón soez, y sus ayudantes y él retiraron las dedicatorias de los arreglos florales y comenzaron a sacarlos del despacho. Yo me retiré a un rincón de la sala y me saqué el teléfono del bolsillo para enviar un mensaje de texto a Mathilda Morrison.

«¿Qué narices está pasando con mi tío? —le envié—. La gente lo manda a tomar por culo con arreglos florales.»

«Es increíble —respondió Morrison—. Haga fotos.»

«¿Qué hizo para merecer algo así? —pregunté en vez de tomar las fotografías—. ¿El mundo de los aparcamientos es así de despiadado?»

«En su gremio competía con personalidades muy intensas», replicó ella.

«Querrá decir cabrones», contesté.

«Es la palabra idónea», coincidió Morrison.

«¿Alguno de ellos se presentará en el funeral?», pregunté.

«Es posible», escribió ella.

«¿Y cómo sabré si están aquí?», pregunté.

«Créame, le harán saber de su llegada», replicó Morrison.

Capítulo 5

No vi el cuchillo hasta que el tipo estaba a punto de clavárselo al cadáver de mi tío.

De hecho, sí que lo vi, pero mi cerebro no lo identificó como un cuchillo auténtico, sin gilipolleces, «joder, que es un cuchillo de verdad» hasta que aquel hombre, que se lo había sacado de un bolsillo del abrigo, echó el brazo hacia atrás y se dispuso a hundir la hoja, de unas dimensiones sinceramente notables, en el corazón ya frío e inerte de mi tío.

Lo cierto es que el funeral ya estaba siendo extremadamente raro hasta ese momento.

Cuarenta minutos antes en la línea temporal, Chesterfield y sus empleados habían trasladado a los dolientes a los asientos del salón principal y habían anunciado que pronto abrirían la sala de velatorio. Los invitados eran exclusivamente varones con edades que bordeaban la cuarentena, y la postura de todos ellos parecía delatar que en algún momento de sus vidas habían pasado mucho tiempo en posición de firmes.

Los hombres llegaban principalmente en parejas o tríos, permanecían en su corrillo y apenas hablaban con los miembros de otros grupos. Lo poco que conversaban era en voz baja y entre murmullos. De vez en cuando, uno o un par de ellos me echaba un vistazo rápido y desviaba la mirada de inmediato. Había llamado su atención y me estaban escrutando.

Ninguno de los hombres se acercó a darme el pésame, ni a hablarme de mi tío, de la ceremonia o, bueno, de nada.

Todos ellos sencillamente... esperaban.

—Esto es raro de cojones —susurré a Chesterfield tras media hora de miraditas. Las parejas y los tríos de hombres seguían distribuidos en grupos y mayoritariamente en silencio, y llamaba la atención que no había nadie sentado.

—Su tío frecuentaba compañías interesantes —contestó Chesterfield, también en voz baja.

—Vuelve a echar mano del tacto, ¿verdad?

—Correcto.

—Me gusta. Siga así.

—¿Qué quiere que hagamos ahora, señor Fitzer?

Miré la puerta de la funeraria. Hacía unos minutos que no entraba nadie. No iba a venir nadie más.

—Sigamos adelante y demos comienzo al velatorio.

—Entendido —accedió Chesterfield—. ¿Quiere pronunciar unas palabras antes de iniciar el velatorio o prefiere esperar hasta más tarde?

—¿Se supone que tengo que hablar? —pregunté. Morrison no me informó de esta parte del trato.

—Los parientes suelen decir algo.

Miré a los hombres congregados en el salón.

—Creo que ninguno de los presentes espera un discurso por mi parte —observé.

—Puede que tenga razón —concedió Chesterfield—. En ese caso, yo mismo anunciaré la apertura de la sala de velatorio dentro de cinco minutos. Si lo desea, adelántese y colóquese en un buen lugar para recibir las condolencias. Así también tendrá algo de tiempo para despedirse.

—Gracias.

Me marché del salón y tomé el pasillo que conducía a la sala de velatorio. Un miembro del personal de la funeraria ya estaba allí, custodiando la entrada. Me reconoció de un rato antes, cuando habían quitado las dedicatorias de las coronas de flores, y me dejó entrar.

Los arreglos florales, desprovistos de aquellas dedicatorias escritas por una panda de cabrones, rodeaban el féretro del tío Jake, complementados por las flores y las coronas de la propia funeraria. El ataúd en sí era sencillo, y estaba fabricado enteramente en madera y fibras naturales para poder introducirlo en el crematorio del recinto inmediatamente después del velatorio. La caja estaba abierta, y el tío Jake, supuestamente, estaba en su interior, descansando.

Me acerqué al tío Jake y, finalmente, lo miré de cerca por primera vez en casi tres décadas.

Necesité un minuto, pero finalmente mi cerebro asoció al hombre del ataúd con aquel otro hombre, al cual recordaba vagamente de cuando tenía cinco años, y a quien, por cierto, había visto por última vez en persona allí mismo, en esa funeraria. En el recuerdo que conservaba de él, mi padre se lo había llevado a un pasillo justo antes de la ceremonia y hablaba con él en voz baja pero enfáticamente. Recuerdo verlos desde el pasillo de la sala de velatorio y, aunque no oía lo que decían, comprender que no era nada bueno. En un momento dado, Jake se volvió y me miró directamente a los ojos. La versión envejecida de ese rostro estaba dentro del ataúd en ese momento.

Jake tenía cuatro o cinco años más que mi madre, su hermana. Al morir, él aparentaba su edad, aunque matizada por la riqueza, no sé si me explico. Tenía el aspecto que te puedes permitir cuando tienes

acceso a los mejores médicos, esteticistas y entrenadores, y todos se ocupaban de cuidar de tu salud, tu peso, tu dieta y tu bienestar general. Jake parecía haber estado en plena forma hasta el preciso instante en el que cayó muerto.

Es probable que fuera cierto. ¿A quién quiero engañar? En ese momento, Jake, que estaba muerto, tenía mejor aspecto que yo, que seguía vivo. Sin duda parecía menos estresado. Supuse que, si echaba un vistazo tras los labios sellados de mi tío, encontraría una dentadura perfecta, pero no intenté comprobar si mi teoría era correcta. La curiosidad no era tan irresistible.

El rostro de Jake me recordaba al que tenía mi madre tanto en mis recuerdos como en las fotografías que mi padre tenía en casa. Compartían la misma nariz, los mismos pómulos y las mismas aristas. Fijarme en ese detalle no me inspiró ninguna emoción arrebatadora. Ella murió cuando yo era pequeño, y hacía mucho que había superado el duelo por aquella pérdida. El parecido de Jake con mi madre me recordó que yo había salido más parecido a mi padre, un rasgo que creo que lo entristeció. A él le habría gustado ver una mayor parte de la mujer a la que amaba en el único hijo que tenían en común.

—Tienes muy buen aspecto, tío Jake —aseguré a su cadáver.

El tío Jake no dijo nada, una reacción muy acorde a su comportamiento en vida.

La mampara plegable que dividía el espacio se abrió, y los supuestos dolientes empezaron a entrar a la sala de velatorio. Me situé en el extremo más alejado del ataúd del tío Jake. La idea era que los asistentes se acercasen al féretro, presentasen sus respetos y luego me dieran el pésame, si lo deseaban. Supuse que era un método más eficiente que pedirles que presentasen sus respetos

antes de llegar al ataúd, y eliminaría las pausas incómodas si alguien se quedaba un momento junto al cadáver antes de volver a su lugar.

Un minuto más tarde, los invitados formaron una cola. Los dos primeros en acercarse al cuerpo fueron dos hombres calvos musculosos que no se habían molestado en quitarse el abrigo, un tema recurrente entre los presentes, según pude comprobar al echar un vistazo al resto de la sala. Me miraron un instante y luego volvieron a fijar la mirada en el cadáver de Jake. Se susurraron algo en una lengua que me sonó vagamente eslava, y luego uno de ellos metió una mano en el ataúd y tocó el cuello de Jake, como si le buscase el pulso.

—¿Disculpe? —dije al tomador de pulso—. ¿Bromea?

Me miró sin decir nada y entonces cerró los ojos, como si quisiera concentrarse. El otro sacó un teléfono, abrió la cámara y se puso a tomar fotos.

Tras unos segundos de esa guisa, el primer hombre abrió los ojos y me miró directamente.

—Le acompaño en el sentimiento —dijo eslavamente.

—Gracias —respondí perplejo, y entonces miré al hombre que tomaba fotos—. No se haga selfis, por favor.

La petición hizo reír al fotógrafo, que tomó un par más de instantáneas y dijo algo al palpador, quien a su vez soltó una risita, se volvió hacia mí y me tomó una fotografía. Ambos abandonaron la procesión de dolientes antes de que tuviera tiempo de preguntarle por qué habían hecho lo que acababan de hacer. A continuación, me volví hacia mi tío, y ese fue el momento elegido por el acuchillador para hacer su numerito.

Chillé y me abalancé sobre el acuchillador. Casi de inmediato y, aun así, demasiado tarde, me di cuenta de que no había sido una decisión nada inteligente. Él era más alto y musculoso que yo, y

lucía un corte de pelo corto y una barba incipiente que me hicieron pensar en algunos de los servicios secretos más activos y menos legítimos del mundo. Propiné un empujón al hombre y, mientras lo hacía, me invadió la terrible sensación de que aquel tipo estaba decidiendo si debía dejarse empujar o bien rechazar mi ataque y derribarme sobre la alfombra.

Ese instante minúsculo duró toda una eternidad. Finalmente, el acuchillador tomó la decisión de permitir que lo empujase y se retiró un paso del ataúd, con el cuchillo todavía a punto por si tenía que llevar a cabo algún apuñalamiento adicional.

—¿Se puede saber qué demonios está haciendo? —grité. Estaba convencido de que aquel hombre me podía destripar como si fuese un pescado, pero no tenía mucho sentido echarme atrás.

—Estaba a punto de apuñalar a su tío —replicó el desconocido tranquilamente—. Puede que lo haga a pesar de todo.

—¿Por qué cojones iba a hacer algo así?

—Porque no es la primera vez que su tío finge su propia muerte —contestó—. Me han ordenado que confirme que esta vez es cierto.

Miré al hombre, perplejo, y luego paseé la mirada por la sala de velatorio.

La habitación estaba llena de hombres que me devolvían la mirada, expectantes ante lo que pudiera suceder a continuación. Todos ellos eran muy parecidos al que tenía delante, y en ese momento me di cuenta de que, si hubiese empujado a cualquiera de los demás, también habrían tenido que pensarse si aceptar el empujón o estamparme contra el suelo.

No tenía muy claro si todos ellos habrían tomado la misma decisión que el acuchillador.

Me recompuse y traté de fingir que no estaba a punto de mearme encima en la sala de velatorio.

—A ver si lo adivino —dije al acuchillador—, usted debe de ser el cabrón que ha enviado la corona con la dedicatoria: «¿Muerto? Juas, pues vale».

—No fui yo —replicó el acuchillador—. Puede que fuese mi jefe.

—¿Cómo dice?

—Mi jefe —repitió el acuchillador.

—O sea, que usted no conocía a mi tío.

—No en persona. Solo lo vi de lejos. Lo conozco por su reputación.

—O sea, que no ha venido a presentar sus respetos.

—No —admitió el hombre—. He venido a apuñalarlo.

—Para asegurarse de que está muerto.

—Efectivamente. De modo que, si es tan amable... —dijo el acuchillador, y volvió a alzar el arma.

—¡No! —Levanté la mano y miré de nuevo a los asistentes, escrutando aquella multitud de probables asesinos—. ¿Alguno de ustedes conocía a mi tío en persona?

Nadie contestó.

—¿Cuántos de ustedes han venido para asegurarse de que está muerto?

Todos levantaron la mano.

—¿Y todos iban a apuñalarlo?

—Yo iba a inyectarle algo —puntualizó uno de los hombres.

—¿El qué?

—Nada. Solo aire. En la carótida. Si no está muerto, así lo estará.

Otro hombre mostró un hisopo en un envoltorio de plástico.

—Yo solo venía a recoger ADN para asegurarme de que es él.

El tipo de la jeringuilla se rio.

—Eso se puede falsificar.

—Por lo menos yo no iba a matar a nadie con tres docenas de testigos presentes, aireador —se burló el tipo del hisopo.

—Silencio todo el mundo —los interrumpí, y los dos hombres se callaron—. A ver si lo he entendido bien. Ninguno de ustedes conocía a mi tío. Todos han venido con el único objetivo de asegurarse de que está muerto. Y a todos los envía alguien. ¿Es eso?

Asentimientos generalizados.

—¿Se puede saber qué puto problema tienen?

—No es nada personal, Fitzer —dijo el acuchillador.

—Es evidente que no es nada personal —contraataqué—. A ninguno de ustedes le importaba una mierda el tío Jake. ¿Se puede saber por qué es tan importante para sus jefes?

—A nosotros no nos importa la motivación de nuestros jefes —aclaró el tipo de la jeringa—. Nos han ordenado que vengamos y que nos aseguremos de que está muerto. Eso es todo.

Miré a Michael Chesterfield, que esperaba de pie junto a la mampara de separación entre salas. Parecía atónito ante lo que estaba ocurriendo, y no era de extrañar.

—¿Le importaría dar su veredicto profesional sobre el estado actual de mi tío? —le solicité.

—Drené personalmente todos los fluidos de su cuerpo y los sustituí por una solución de embalsamamiento —explicó Chesterfield, que claramente se dirigía a todos los presentes—. Si no estaba muerto antes del proceso al que lo sometí, seguro que lo estaba al terminar. No hay quien sobreviva al formaldehído y el metanol.

—Gracias —dije, y me volví de nuevo hacia el acuchillador—. El apuñalamiento no será necesario.

—Perdone, pero su amigo podría estar mintiendo. Tengo que asegurarme —insistió el acuchillador.

—No.

El acuchillador me escrutó un momento.

—¿Y a usted qué más le da, Fitzer? —me preguntó—. Usted ni siquiera conocía a su tío. Él no significa nada para usted, y puede estar seguro de que a él usted no le importaba una mierda. Mientras vivió, su tío jamás movió un dedo para echarle una mano. ¿Qué más le da si lo apuñalo, o si George, aquí presente, le inyecta aire en la vena, o si Kyle le frota el hisopo por el interior de la mejilla? Si está muerto, da lo mismo. Y si no lo está, le ha tomado el pelo. En cualquier caso, no tiene motivos para interponerse en nuestro camino —razonó, y volvió a encaminarse hacia el féretro.

Le cerré el paso.

—He dicho que no.

—En realidad, no puede detenerme —constató el acuchillador tranquilamente.

Sabía que era verdad, pero, por otra parte, a la mierda con aquel gilipollas.

—Tendrá que pasar por encima de mí —dije.

El hombre sonrió.

—No me importaría, ¿sabe?

—Ya basta —intervino uno de los hombres eslavos, el que había palpado el cuello de Jake—. Está muerto.

El acuchillador no me quitó los ojos de encima, pero se dirigió al eslavo:

—¿Cómo lo sabes?

—Fui médico en Chechenia —respondió el eslavo—. Sé reconocer a una persona muerta.

—Y yo tengo una cámara termográfica —dijo el otro eslavo, que sacó el teléfono y mostró una fotografía multicolor—. El cadáver está a la temperatura propia de un cadáver. Aquí puedes ver el contraste con la mano de Andrei.

—Está muerto —repitió el eslavo llamado Andrei—. Si a nosotros nos sirve, también le sirve a nuestro jefe, y también debería servirte a ti.

—¿Y quién es vuestro jefe? —preguntó el tipo de la jeringa.

—Dobrev —contestó Andrei, y la respuesta incitó murmullos en la sala.

El acuchillador, que en ningún momento había dejado de mirarme a los ojos, esbozó una sonrisa profundamente inquietante.

—Deberías haber empezado por ahí, Andrei —dijo—. Nos habrías ahorrado tiempo a todos. —Se apartó de mí—. Hemos terminado lo que veníamos a hacer —declaró, y se guardó el cuchillo.

—Exacto, hemos terminado —coincidí—. Todo el mundo fuera. Salgan todos.

Todos comenzaron a marcharse de la sala de velatorio. Mi mirada se cruzó con la de Andrei el eslavo, que supongo que era ruso o ucraniano.

—Gracias —dije.

—No me lo agradezca —replicó Andrei—. Mi jefe fue el que mandó el jarrón con la dedicatoria «A mamarla, hijo de puta».

Dicho esto, se marchó seguido de cerca por el hombre de la cámara termográfica.

Dos minutos más tarde en la funeraria no quedaba nadie salvo Chesterfield, sus ayudantes y yo mismo.

—Me cago en todo —dije en cuanto salió el último hombre, y me giré hacia Chesterfield—. Debo confesarle que casi me meo encima y le mojo la moqueta.

—Es uno de los velatorios más memorables que recuerdo —replicó él.

—Sigue con lo del tacto.

—Forma parte de mi trabajo —apuntó Chesterfield—. Bien, señor Fitzer, su tío pagó la opción de que usted sea testigo de la cremación si así lo desea, pero, tras lo acontecido hoy, creo que puede que le apetezca más marcharse a casa.

—Cree bien —confirmé.

La adrenalina que me había impulsado durante los últimos minutos empezaba a diluirse, y solo me notaba cansado y tembloroso.

Chesterfield asintió.

—En ese caso, permita que nos ocupemos de todo a partir de este punto. Mañana le llamaré para acordar cuándo puede pasar a recoger las cenizas de su tío.

—Gracias —dije—. De corazón. Gracias por todo.

—Lo hacemos con sumo gusto, señor Fitzer —replicó Chesterfield —. Es a lo que nos dedicamos. Por los difuntos. Y por los vivos.

Llevaba los zapatos de tortura en la mano y estaba subiendo descalzo a la acera en la esquina suroeste de Cook con Russell cuando oí unos maullidos que sonaban como los de Hera. Recorrí la acera con la mirada, pero no la vi, y luego miré el resto de la calle. Hera y Perséfone estaban sentadas en el camino de entrada de la casa de los Gunderson, la que había justo delante de la mía.

Crucé la calle y fui con ellas.

—Muy bien, ¿qué estáis haciendo? —pregunté a Hera, aunque no esperaba obtener respuesta. Hera era una gata. Trataba de tenerla dentro de casa la mayor parte del tiempo, tanto por su seguridad

como para no tener el peso de asesinatos de pájaros sobre mi conciencia.

Dicho esto, sabía que se escapaba por algún lugar porque alguna vez la había sorprendido en el patio sin haberle abierto la puerta. Sospechaba que había alguna ventana que no cerraba bien en el sótano, pero nunca me había molestado en comprobarlo. Sin embargo, era extraño que se dejase ver deliberadamente cuando salía de casa.

—¿Quién te ha dicho que está bien marcharse de casa?

Hera me miró, maulló muy fuerte, y luego desvió la vista con bastante intención hacia nuestra casa, al otro lado de la calle. Seguí el camino de su mirada.

Se veía a alguien a través de una de las ventanas del piso superior, la de mi dormitorio.

—¿Qué cojones...? —Me llevé la mano al bolsillo para llamar a Emergencias.

El intruso de mi cuarto se volvió, miró por la ventana, me vio y desapareció de la ventana.

—Mierda —mascullé.

Apenas empezaba a cruzar cuando mi casa explotó y quedó desparramada por toda la calle.

Capítulo 6

—Ha ardido hasta los cimientos —repitió Andy Baxter por teléfono.

—Sí. —Estaba sentado en la acera, frente a la casa de los Gunderson, aunque esa vez no estaba solo con las gatas porque todo el barrio había salido a ver el espectáculo de mi casa reduciéndose a cenizas. Hasta había un amplio despliegue de bomberos y policía para completar la función. Era una barbacoa como otra cualquiera en Cook Street—. Bueno, primero ha explotado. Luego ha ardido hasta los cimientos. Con un cadáver dentro.

—¿El cadáver de quién?

—Es una excelente pregunta —valoré—. No lo sé, y la policía y el Departamento de Bomberos tampoco saben quién es. Las apuestas apuntan hacia un ladrón o un pirómano. Teniendo en cuenta que el fuego se propagó por la casa mucho más deprisa de lo que debería sin ayuda, la opción del pirómano va ganando de momento.

—No son muy buenas noticias.

—Pues son todavía peores para el pirómano. No logró escapar de su propia obra.

—Pero tú estás bien —añadió Andy.

—Yo no diría eso —lo contradije—, aunque físicamente estoy ileso. No estaba en casa cuando ocurrió.

—¿Dónde estabas?

—En el funeral de mi tío.

Se hizo el silencio.

—Jake. El hermano de tu madre.

—El mismo.

—¿Ha muerto?

—Ha habido cierto debate entre los asistentes al velatorio, pero sí.

—No sabía que tenías buena relación con él.

—Tranquilo, yo tampoco —admití.

Mientras hablaba con Andy, volvía a contemplar la escena en la calle, y el agujero humeante en el barrio que ocupaba el lugar en el que antes estaba mi casa. La explosión había destrozado la vivienda y había facilitado el trabajo a las llamas, pero, aparte de los cristales esparcidos por la calle y algunas ventanas agrietadas en las casas vecinas, ninguna otra morada de la manzana había sufrido grandes daños. Los bomberos apenas tardaron unos minutos en llegar y contuvieron la amenaza de que el incendio se extendiese. Fue un pequeño consuelo. Después del día que había vivido, no quería tener la desgracia de nadie sobre mi conciencia.

Los policías ya me habían tomado declaración, los bomberos estaban terminando el trabajo y una ambulancia había venido a por el pobre y crujiente probable pirómano y se lo había llevado en camilla. Todo lo que iba a ocurrir ya había ocurrido, y los vecinos regresaban a sus hogares, porque todavía tenían casas a las que volver. Un par de ellos me saludaron inclinando la cabeza desde la acera en un gesto de apoyo y yo les devolví el saludo, pero me alegré de estar al teléfono porque no me apetecía demasiado charlar con ninguno de ellos en ese preciso momento.

—Me alegro de que estés físicamente ileso —dijo Andy—. ¿Y qué hay del resto?

—Bueno, mi casa y todo lo que tenía ha sido pasto de las llamas, no tengo un lugar en el que vivir ni adónde ir y, al menos durante el

futuro inmediato, las gatas y yo estaremos viviendo en el Maxima de mi padre —expliqué—. Así que podría estar mejor.

—Necesitas un alojamiento.

—Estoy de acuerdo. ¿Es una oferta?

—Llamaré a la compañía de seguros —dijo Andy—. Probablemente te podrán instalar en un hotel, al menos durante unos días. Necesitarán el informe policial y el de los bomberos, y, como hay un cadáver y cabe la posibilidad de que el incendio fuera provocado, es probable que envíen a sus propios investigadores.

—Entendido.

—Charlie... —Detecté de inmediato que el tono que usaba Andy insinuaba algo.

—Ya empezamos —murmuré, y miré al cielo. Hera, que quizá percibió que estaba a punto de irritarme, me propinó un cabezazo reconfortante y me agaché para acariciarla.

—Parece que ya sabes lo que voy a decir, pero lo diré igualmente —anunció él—. Debes saber que la policía y los bomberos te investigarán por lo ocurrido.

—Por favor, Andy, no creerás que he incendiado la casa en la que me crie.

—No digo ni que lo hayas hecho ni que fueras capaz de hacerlo. Lo que estoy diciendo es que, tarde o temprano, descubrirán que no eres el único propietario de la finca y que tu lugar de residencia cuelga de un hilo financiero. Mejor dicho, colgaba de un hilo. Descubrirán que tus hermanos querían que te marchases de la casa y que no te llevas muy bien con ellos. Y también descubrirán que necesitas dinero. Dos de los principales motivos tras los incendios provocados son la venganza y los fraudes a las compañías de seguros, y tú encajas en el perfil.

—¿Esta conversación se incluye en el privilegio de confidencialidad entre un abogado y su cliente? —pregunté porque de pronto me pareció relevante.

—Es una buena pregunta —replicó Andy.

—Si me van a investigar por ese motivo, también tendrán que investigar a Sarah, Bobby y Todd —continué, a pesar de que la confidencialidad del diálogo era más bien dudosa—. Si ellos han incendiado la casa, se podrán repartir el dinero y no tendrán que soportarme nunca más. La casa es la última obligación que nos une.

—No me cabe duda de que investigarán a tus hermanos —concedió Andy—. Pero a ti te investigarán primero y más a fondo. Y si creen que contrataste a alguien para que incendiase tu casa, puede que también te intenten endosar el mochuelo de lo que le pasó a él.

Dejé de acariciar a Hera y me pasé la mano por la cabeza.

—¿Intentas empeorar más aún el día que llevo, Andy?

—Lo que digo es que tal vez deberías buscarte un abogado penalista. ¿Has hablado con la policía o con los bomberos?

—Por supuesto —contesté—. Me han preguntado qué ha ocurrido (no lo sabía), si era el inquilino o el propietario de la casa (era complicado), dónde había estado (en el funeral del tío Jake), quién podía ser la persona que había dentro de la casa (ni idea), y dónde estaban mis zapatos (en la calle, donde los he abandonado cuando me he caído al suelo de culo tras la explosión). Ellos han sugerido que la persona que había en casa tal vez era un ladrón o un pirómano, y les he comentado que no tenía ni idea del motivo por el que puede haber escogido mi casa como objetivo un criminal de cualquiera de los dos tipos. Me han tomado declaración y les he dado mi número de móvil. Me han prometido que estaríamos en contacto.

—De acuerdo, pues no vuelvas a hablar con ellos sin un abogado —dijo Andy.

—Tú eres abogado.

—No soy ese tipo de abogado.

—¿Cómo diablos voy a pagarme un abogado? —pregunté irritado —. No tengo ni un centavo. Todo lo que tenía se ha esfumado literalmente.

—Cuando hable con la compañía de seguros, trataré de que te adelanten un poco de dinero.

—Será una conversación bastante divertida —opiné—. «Oigan, la policía sospecha que este hombre quemó su casa. ¿Les importaría darle algo de dinero para que pueda pagarse un abogado que le ayude a irse de rositas?»

—Cuando les solicite el adelanto, no lo formularé con esas palabras.

—No lo hagas, te lo pido por favor.

—Yo me ocupo —dijo Andy—. Te llamaré pronto.

—Entendido.

—Lo siento, Charlie. Soy consciente de que esto es un desastre.

—Gracias, Andy. —Colgué y miré a mis gatas—. Bueno, ha sido una conversación maravillosa —les dije, y Hera parpadeó lentamente, en señal de solidaridad. Perséfone se acercó y maulló para que la subiera en brazos. Atendí la petición.

—Disculpe —dijo alguien a mi espalda. Era Kayleigh Gunderson, la hija adolescente del vecino de enfrente, en cuyo bordillo estaba sentado. Llevaba un cuenco pequeño en las manos.

—Hola —saludé.

—Tenga —dijo ella acercándome el cuenco—. Es comida para gatos. Ya sabe..., para las gatas.

El bol tenía una tapa de plástico para que no se cayese el pienso, y lo acepté con la mano que en ese momento no tenía ocupada con una gata.

—Gracias, eres muy amable.

—Lamento mucho lo de su casa —dijo Kayleigh.

—Gracias, yo también —repliqué.

—¿Estará usted bien?

La pregunta me arrancó una sonrisa.

—Supongo que no tardaremos en descubrirlo —contesté, y levanté el cuenco de comida para gatos—. Esto me ayudará. Mis gatas te dan las gracias.

Ella sonrió al oírlo y volvió a entrar en casa.

Mi ojo bien entrenado identificó la comida para gatos como croquetas Meow Mix, y me pregunté si los Gunderson ya tenían el pienso en casa o si habían enviado a Kayleigh a comprar un saco. No recuerdo que los Gunderson tuviesen gatos, pero lo cierto es que tampoco había estado nunca en su casa, a pesar de que hacía años que vivían al otro lado de la calle. Supongo que era el responsable de la situación. Podría haberme esforzado por ser mejor vecino.

Como a esas alturas las gatas ya se habían dado cuenta de que tenía comida, abrí el cuenco y lo dejé sobre el césped, junto al bordillo. Hera empezó a comer y Perséfone bajó de un salto de mis manos y trató de pasar la cabecita peluda por encima del borde del cuenco.

—Bueno, al menos vosotras no os moriréis de hambre —les dije—. Al menos, no de momento.

Volví a mirar el cascarón pelado de mi casa.

No voy a mentir: estaba jodido. La casa estaba en ruinas, todo se había echado a perder, o bien por el fuego, o bien víctima del agua de los bomberos. En ese momento, todos mis activos se reducían a

mí mismo, las gatas, el traje, los zapatos horribles, el móvil y la cartera, que contenía veintitrés dólares en efectivo, una tarjeta de débito que me daba acceso al saldo parecido que tenía en la cuenta corriente, y una tarjeta de crédito con la deuda al máximo.

Ah, y el Maxima de mi padre, además de una máquina cortacésped y el resto de las herramientas de jardinería que hubiera almacenadas en el garaje independiente de la casa, que no había ardido junto al resto del edificio. No había mentido a Andy; si la compañía de seguros no me pagaba un hotel, dormiría en el garaje, dentro del coche, y tendría que comer de la máquina de perritos calientes del supermercado Circle K. Al menos hasta que me quedase sin dinero.

Y el dinero se iba a acabar porque había un problema adicional: la «recompensa» que iba a percibir por haber representado al tío Jake durante el funeral, es decir, la escritura de la casa, acababa de ser pasto de las llamas. No iba a sacar nada del esfuerzo porque no había quedado nada que pudiera vender, salvo el terreno que ocupaba la casa quemada. Aunque la empresa de Jake lo comprase y me lo entregase, no me iba a poder costear la construcción de una nueva casa en la propiedad, ni siquiera con lo que esa gente me iba a pagar al término del trato, suponiendo que todavía lo fuese a cobrar, ya que no había ninguna casa que me pudiesen entregar.

No me había quedado nada. Entre el efectivo y el crédito, tenía menos de cien dólares a mi nombre.

Cien dólares, un traje viejo y un par de zapatos incómodos.

Me volví hacia las gatas.

—Tendréis que cazar para alimentarme —dije—. Si no, voy a morir de hambre.

Ellas seguían ocupadas comiendo y no me contestaron.

Estoy bastante seguro de que aquel era el punto más bajo de toda mi existencia hasta ese momento.

El teléfono me vibró.

«Me han dicho lo de la casa —me había escrito Mathilda Morrison —. Es un asco.»

«Gracias por las buenas palabras —contesté—. Me serán de mucho consuelo cuando duerma en el asiento trasero del coche.»

«Creo que podemos mejorarlo», replicó Morrison.

«Soy todo oídos», escribí.

El móvil sonó. Era Morrison. Contesté.

—Sigo siendo todo oídos —dije.

—Estupendo. Siga a sus gatas.

—¿Qué?

—Siga a sus gatas —repitió ella.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—¿Qué parte de «siga a sus gatas» le cuesta entender? —preguntó Morrison.

—Francamente, no entiendo nada —admití.

—No le dé demasiadas vueltas, Charlie —me aconsejó—. Usted diga a Hera que le he pedido que la siga. Ella se encargará del resto. Nos vemos esta noche. Tenemos que hablar. —Ella colgó.

Miré el móvil durante un largo minuto y luego a Hera, que parecía haber terminado de comer y me observaba expectante. Perséfone seguía engullendo croquetas.

—Me siento realmente estúpido diciendo esto en voz alta —dije a Hera—, pero Morrison me ha pedido que te siga.

Os juro que Hera me maulló al oírlo y luego se volvió hacia Perséfone y le gorjeó algo. La cachorrita comió un último bocado y se apartó del cuenco, y ambas echaron a andar hacia el norte por Cook Street. Las observé unos segundos, anonadado, y entonces

Hera se detuvo, giró la cabeza hacia mí y soltó un maullido intenso, como diciendo: «Bueno, ¿me sigues o no?».

Volví a tapar el cuenco, lo recogí del suelo y seguí a mis gatas.

Hera y Perséfone subieron por Cook hacia Russell, y luego giraron a la derecha y se dirigieron hacia el este. Caminaban sin prisa, con la cola alta. Era obvio que Hera sabía exactamente adónde quería ir y Perséfone la seguía encantada.

Tras llevarnos hasta Grove Avenue, Hera miró a ambos lados de la calle antes de cruzar y luego bajó por la acera contraria.

En el 611 de South Grove había una casita blanca bien conservada de estilo Cape Cod, con un patio austero, pero bien cuidado. Hera se encaramó al porche y se acercó a una puerta con una gatera en la base, me miró, maulló de nuevo y entró en la casa. Perséfone la siguió.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunté en voz alta.

Sabía que había gatos que repartían su tiempo entre varios dueños, pero no tenía sentido que Hera lo hubiese estado haciendo. Aunque se escabullese durante el día, dormía en casa todas las noches.

Aun así, Hera entró en el número 611 de South Grove como si fuese la dueña de la casa, y Perséfone la siguió sin pensarlo dos veces. Y yo me quedé allí, plantado en el camino de entrada como un pasmarote.

Subí al porche y me detuve ante la puerta. Sinceramente, no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer a continuación. La persona que vivía en aquella casa debía pensar que era la dueña de Hera y tal vez también de Perséfone, y desde su punto de vista seguramente yo era un secuestrador gatuno.

«Eso no explica que Morrison te haya dicho que sigas a las gatas, ni que las gatas te hayan traído hasta aquí», me apuntó mi cerebro.

«No te falta razón, cerebro», pensé. Quien fuera que hubiese al otro lado de aquella puerta iba a tener que explicarme cómo había logrado adiestrar a las gatas para entender la frase: «Me ha pedido que te siga» y saber que significaba que tenían que traerme exactamente hasta esa puerta.

Eché un vistazo a la pared junto a la entrada y vi un timbre.

—Bah, al diablo —mascullé, y pulsé el botón.

Se oyó un tono apagado, seguido un par de segundos más tarde por un zumbido que recordaba de cuando vivía en un piso. Alguien me abría la puerta.

Giré el pomo, la empujé y entré en la casa.

El interior estaba en penumbra por las persianas que cubrían las ventanas y la ausencia de iluminación artificial. El mobiliario era escaso y las paredes estaban repletas de escalones y escondites para gatos. La persona que vivía en esa casa estaba mucho más obsesionada con sus gatos que yo. Tal vez un pelín demasiado obsesionada.

—¿Hola? —llamé.

Hera sacó la cabeza por el marco de una entrada, me maulló y desapareció de nuevo. La seguí.

Supongo que el plano de la casa me habría indicado que aquella habitación era la sala de estar. Allí había más camas para gatos y arbolitos, un sofá y un escritorio de un tamaño extraño, sobre el cual había un monitor enorme y un teclado igualmente gigantesco de un tipo que jamás había visto. Cuanto más lo miraba, más me recordaba a una versión mutante y sobredimensionada de un teclado estenográfico, uno de esos que se usaban en los juicios para transcribir las sesiones.

A quien no veía por ninguna parte era a quien me había abierto la puerta.

—¿Hola? —repetí.

«Esta es la parte de la película en la que matan a alguien de un hachazo», comentó mi cerebro, poco servicial.

—Cállate, cerebro —dije en voz alta.

Hera salió de detrás del escritorio, me maulló y volvió a trepar a la mesa. Mientras la miraba, pulsó un botón del teclado, que encendió el monitor y activó la retroiluminación del resto del teclado. Hera se encaramó a las teclas y usó las cuatro patas para pulsar los botones.

Las palabras aparecieron en la pantalla iluminada.

«HOLA, CHARLIE —decía el texto—. LAMENTO LO DE TU CASA. BIENVENIDO A MI OTRA CASA. TE HE PREPARADO UNA HABITACIÓN EN LA PRIMERA PLANTA.»

Capítulo 7

El Mercedes Clase S de Mathilda Morrison llegó a la casa de mi gata, se detuvo junto al bordillo el tiempo justo para que la mujer bajase y se marchó de inmediato. No había visto al chófer del coche, pero a esas alturas ni siquiera estaba seguro de que hubiese alguien al volante. No estaba seguro de un montón de cosas.

La miré atentamente mientras se acercaba por el caminito al porche en el que yo estaba sentado.

—A ver si lo adivino —dijo al tiempo que se detenía delante de mí —: lo de los gatos conscientes es un poco abrumador. —La miré fijamente sin decir nada y ella lo interpretó como una respuesta afirmativa, acertadamente, por supuesto—. Si le sirve de consuelo, me pasó lo mismo la primera vez que conocí a uno.

—Mi gata sabe usar un teclado y tiene su propia casa.

—Sí.

—Y usted lo sabía.

—Sí.

—¿Cuándo pensaba decirme que mi gata posee una casa?

—De hecho, la casa es propiedad de una de las inmobiliarias de su tío. Técnicamente es un Airbnb. Es una buena tapadera para lo que aparenta ser una casa vacía en un barrio de clase alta.

—Entonces teclea de verdad —dije.

—Sí, claro. Lo hace ella.

—¿Cómo es posible?

—La respuesta corta es «ingeniería genética». La larga exige un doctorado.

—¿Y por qué?

—Porque los gatos conscientes son útiles para los intereses empresariales de su tío.

—Era dueño de edificios de aparcamientos.

—Es cierto —coincidió Morrison—, pero creo que, a estas alturas, ya se habrá dado cuenta de que esa no es toda la historia.

Abrí la boca para contestar cuando un Mercedes Benz Clase S distinto al anterior se detuvo frente al bordillo y un hombre bajó del asiento de pasajeros. Lo reconocí inmediatamente.

—Es el acuchillador —dije a Morrison, que me miró algo desconcertada mientras el hombre se nos acercaba—. Ha intentado apuñalar el cadáver del tío Jake —expliqué—. Yo lo he detenido.

—¿Por qué lo ha hecho? Tobias podría haberlo matado.

—¿Lo conoce? —pregunté boquiabierto.

El recién bautizado Tobias sonrió de oreja a oreja.

—Quédese detrás de mí —me ordenó Morrison, y dicho esto dio media vuelta y se interpuso entre Tobias el Acuchillador y yo.

El hombre se detuvo y agachó la cabeza para saludar a Morrison.

—Hola, Til. Ha sido todo un detalle por tu parte alojar al muchacho en un Airbnb después de lo que le ha pasado a su casa.

Se adelantó para pasar por su lado y llegar hasta mí.

—Ni se te ocurra —dijo Morrison, y cambió de postura de un modo que interpreté como que se estaba preparando para pelear.

Al parecer, Tobias llegó a la misma conclusión, porque dio un paso atrás.

—Relájate. Si quisieran muerto a tu muchacho, lo habría apuñalado en la funeraria. Otros no pueden decir lo mismo. —Tobias

me miró—. Lamento lo de su casa, Fitzer. Y lo de su tío, ahora que, por lo visto, está muerto de verdad.

—Gracias —dije.

—No hable con él —me ordenó Morrison.

—Lo siento.

—Váyase acostumbrando a que le diga lo que debe hacer —me advirtió Tobias, y volvió a mirar a la mujer—. Podríamos decir que es una tradición familiar.

—¿Has venido por algún motivo en concreto? —preguntó Morrison, ignorando la provocación.

—¿Lo dices por si vengo a dar el pasaporte a tu amigo en este mismo patio? —Tobias sonrió—. Vengo con una invitación.

—¿Para quién?

—Bueno, si fuese de mi parte, tal vez dependería de las circunstancias, ¿no crees? —dijo el hombre—. Sin embargo, como solo soy el mensajero, es para tu nuevo amigo, aquí presente. Voy a sacar algo del abrigo.

—Despacio —dijo Morrison.

—Por supuesto. No he olvidado que es como te gusta, Til. —Se llevó una mano al bolsillo del abrigo (despacio) y sacó un sobre. Parecía lujoso, elaborado con papel artesanal de alto gramaje, y estaba sellado con cera y un cordel—. ¿Lo ves? No es más que un sobre —dijo, y extendió el brazo para entregármelo.

—No toques eso —me ordenó Morrison.

—Ya te he dicho que no he venido a matarlo —insistió Tobias.

—No me preocupas tú —aclaró ella, e hizo un gesto hacia él con la cabeza—. Ábrelo tú.

—¿Crees que va a explotar?

—Si lo hace, prefiero que los dedos que acaben esparcidos por el jardín sean los tuyos.

—No te recuerdo tan paranoica antes de que tu jefe estirase la pata —comentó Tobias.

—Menos cháchara y más mover los dedos —lo cortó Morrison.

Él se encogió de hombros, sujetó el sobre con mayor firmeza y tiró del cordel, que seccionó el lacre y liberó la solapa del sobre.

—Necesitará algo más de sangre fría, Fitzer —advirtió el matón.

—Saca la invitación del sobre —dijo Morrison.

Tobias obedeció y dejó a la vista una letra elegante, que sin duda habían manuscrito con una pluma estilográfica muy cara.

—Lame la carta —ordenó ella.

Tobias dejó de sonreír.

—¿Qué coño dices?

—He dicho que la lamas —repitió Morrison—. Por las dos caras.

—Te has vuelto loca —dijo el hombre.

—Y tú llevas guantes —observó ella.

El apunte me asombró. Había estado mirando a Tobias todo el tiempo y sencillamente no me había dado cuenta del detalle. Sin embargo, tenía razón: si no eran guantes de terciopelo puro, sí debían de ser de algún tipo de piel tremendamente cara teñida de un tono que hacía juego con el color natural de su piel.

Tobias comprendió la observación de Morrison y levantó la invitación delante de su cara.

—Lo hago solo porque eres tú —cedió, y dicho eso sacó la lengua y la pasó por la tarjeta, primero, por un lado, y luego por el opuesto —. Ya está, y todavía no estoy muerto —dijo al terminar.

—Estoy dispuesta a esperar —replicó la mujer.

—Pues me alegro, pero yo no —dijo Tobias—. Tengo cosas que hacer. Sujetó la tarjeta y el sobre con una mano y ofreció la invitación a Morrison—. Quédatela.

—No.

—Como quieras. En ese caso, ¿qué te parece si sostengo la maldita invitación en alto y le sacas una foto con el móvil? Así yo puedo decir que he completado la entrega y todos podemos seguir adelante con nuestra vida. ¿Trato hecho?

Ella consideró la oferta.

—Charlie, haga una foto a la invitación con el móvil —me pidió sin dejar de mirar a Tobias ni un solo instante.

—¿No vas a sacar la foto tú misma? —preguntó el matón a Morrison.

—Quiero tener las manos libres —respondió ella.

—Lo haces para pavonearte delante de tu muchacho —le soltó Tobias.

La mujer no contestó.

Me saqué el teléfono del bolsillo, amplié la imagen de la invitación y le tomé la fotografía.

—¿Para qué es la invitación, si puede saberse? —pregunté mientras me volvía a guardar el móvil.

—Digamos que es un encuentro del gremio al que está a punto de incorporarse —me contestó Tobias, y volvió a centrar su atención en Morrison—. Por cierto, tienes que ponerlo al día con urgencia.

—No necesito tus consejos.

—Me lo has dejado clarísimo, así que nada de consejos, me conformaré con un recordatorio: ahora que ha recibido la invitación, ya sabes que tiene que acudir a la cita. Si no lo hace, las cosas no terminarán bien para él. Ni para ti.

—Me ha parecido oír que tenías cosas que hacer —le espetó Morrison.

—Me marcho —coincidió Tobias, y me miró de nuevo—. Buena suerte, Fitzer. La necesitará.

—Largo —dijo ella.

—Yo también me alegro de verte, Til.

El hombre agachó la cabeza a modo de despedida y regresó al Mercedes con la invitación todavía en la mano enguantada.

—¿Qué ha querido decir con eso de que debo aceptar la invitación? —pregunté en cuanto se alejó el coche.

—Ya se lo explicaré más tarde —dijo Morrison.

—La ha llamado Til —observé.

—Sí.

—Parece... muy amistoso —comenté.

—Salimos una temporada.

—¿Salió con un acuchillador?

—¿De verdad quiere que hablemos de fracasos sentimentales justo ahora? —me atajó Morrison.

—No —respondí sorprendido—. Supongo que no.

—Estupendo.

Tras un silencio de un par de segundos, le pregunté:

—¿De verdad pensaba que la invitación estaba envenenada?

—No.

—Entonces, ¿por qué le ha hecho lamerla?

Morrison me miró.

—Me habría alegrado equivocarme.

—Oiga, no se lo tome a mal, pero, ahora mismo, no sé qué debo pensar de usted.

La mujer asintió.

—Me lo dicen a menudo. —Me hizo un gesto para invitarme a entrar a la casa—. Vamos adentro, Charlie. Tenemos mucho de lo que hablar y no es una conversación que debamos tener al aire libre.

Hera estaba en su escritorio cuando entramos en la casa. Morrison fue con ella y la saludó rascándole la cabeza. Perséfone, la cachorrita, también estaba sobre la mesa, junto a Hera.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen? —pregunté mientras me dirigía a acomodarme en el sofá.

—Solo es la segunda vez que nos vemos —contestó Morrison mientras también rascaba un momento a Perséfone. La gatita arqueó el lomo diminuto, complacida—. La primera vez fue el otro día, en su casa, pero entonces no pude decirles nada.

Hera se acercó al teclado. «NOS ESCRIBIMOS MUCHO POR CORREO ELECTRÓNICO», tecleó para que yo lo leyese.

—¿Cómo lo lleva? —le preguntó Morrison, refiriéndose a mí.

«ESTÁ SUFRIENDO UNA ENORME DISONANCIA COGNITIVA», tecleó mi gata.

—Es comprensible —opinó la mujer. Se dio cuenta de dónde estaba e hizo un gesto—. Tome asiento, Charlie. Tenemos muchos temas que tratar.

—¿Podemos empezar por la gata? —pregunté mientras me sentaba.

«GATAS —escribió Hera—. PERSÉFONE ES MI BECARIA.»

Perséfone me miró y maulló.

—Espero que sea una beca retribuida —bromeé.

«POR SUPUESTO —tecleó Hera—. SOMOS ANIMALES, NO MONSTRUOS.»

Callé un momento.

—¿De verdad cobras? —pregunté a mi gata.

«SÍ.»

—¿Cuánto?

«MÁS QUE TÚ.»

—Supongo que me lo merezco por preguntar. —Me volví hacia Morrison—. Antes me ha dicho que los gatos conscientes son útiles para los negocios de mi tío.

—Correcto —confirmó ella.

—¿En qué sentido?

—Sirven para recabar información —respondió Morrison—. Obtener información vía medios humanos o electrónicos es complicado, pero nadie sospecha de un gato.

Miré a Hera, quien, sinceramente, parecía una gata cualquiera, salvo por el detalle de que estaba sentada en un teclado ergonómico diseñado expresamente para su especie.

—Y conseguir información es crucial en el sector de los edificios de aparcamientos —dije a Morrison.

—Más de lo que se imagina —dijo la mujer—. Sin embargo, como le he comentado en el porche, su tío no solo se dedicaba al negocio de los aparcamientos.

—Pero yo no tengo nada que ver con nada de eso —le recordé—. Jake malgastó una gata. —Miré a Hera—. No te ofendas.

«NO TE PREOCUPES.»

Morrison negó con la cabeza.

—No fue ningún despilfarro —me contradijo—. Charlie, cuando su madre murió, su padre pidió a Jake que se mantuviera alejado de su familia, así que su tío no se volvió a acercar a ellos. Sin embargo, Jake siempre le siguió a usted la pista. No siempre con gatos, pero también mediante gatos.

—¿Por qué?

—Usted es el hijo de su madre, y él quería asegurarse de que usted estaba bien solo por ese motivo. Usted es su familia, Charlie. Su única familia de verdad. Y también lo espiaba para protegerlo del peligro.

—¿Qué significa eso?

—Significa que, en el sector empresarial de su tío, hay una regla no escrita según la cual los parientes que no están directamente

implicados en el negocio no son objetivos legítimos —explicó Morrison—. Sin embargo, no todos los competidores de su tío actuaban de un modo ético, por así decirlo.

—Eso explica la explosión de mi casa —dije.

Hera comenzó a teclear.

«NO. REPRESENTASTE A LA FAMILIA DE TU TÍO EN SU FUNERAL. AHORA PIENSAN QUE ERES UN BLANCO LEGÍTIMO.»

—¿Qué? —Miré de nuevo a Morrison—. Eso no me lo dijo.

Morrison se encogió levemente de hombros.

—Perdón.

—¿Perdón? ¡Han volado mi casa! Y con ellos dentro.

Hera escribió un rato más.

«EN REALIDAD, VOLARON A OTRA PERSONA. ANTES HUBO OTRO PAR DE VISITANTES. TENGO UN VÍDEO QUE LO DEMUESTRA.»

—Enséñaselo —dijo Morrison antes de que tuviera tiempo de preguntar a mi gata cómo había grabado el vídeo. Hera tecleó un comando y se abrió una ventana en el monitor que mostraba el interior de mi casa desde el punto de vista de varias cámaras que yo no sabía que había allí.

En una de las cámaras, dos hombres habían entrado en la vivienda por la puerta de atrás. Iban vestidos de lampistas o electricistas, y llevaban bolsas de trabajo. Hera y Perséfone se les acercaron con curiosidad. Los hombres ignoraron a las gatas y se abrieron paso a través de la casa. Primero lo rociaron todo con algún producto, y luego se dirigieron a mi dormitorio, donde estaba mi ordenador portátil, entre otras cosas, e hicieron algo junto a la puerta de mi dormitorio.

—Están instalando una bomba —explicó Morrison—. El mecanismo la arma cuando alguien entra en la habitación y la hace estallar en

cuanto intenta salir. Lo que rociaban hace un momento probablemente era acelerante.

Hera adelantó el vídeo en cuanto los dos hombres salieron del dormitorio y lo volvió a ralentizar en el momento en el que otra persona entraba a la casa, también por la puerta trasera. Ese nuevo intruso también echó un vistazo a la casa antes de dirigirse a mi habitación.

Ese fue el momento en el que las gatas salieron de casa.

Una vez en mi cuarto, la persona recién llegada fisgó en mi portátil, trasteó con él un rato, y entonces me vio mirándola desde la calle y decidió marcharse con el ordenador bajo el brazo. En cuanto franqueó el umbral, la bomba que habían colocado los de antes estalló y arrastró escaleras abajo al nuevo intruso, que claramente se rompió el cuello mientras el fuego se propagaba por todo mi hogar. La grabación se cortó abruptamente.

—¿Quién es toda esa gente? —pregunté sobresaltado.

«INVESTIGAMOS A QUIENES PUSIERON LA BOMBA —tecleó Hera—. CREEMOS QUE LA PERSONA QUE SALTÓ POR LOS AIRES ERA DE LA CIA.»

Parpadeé alarmado.

—¿Perdona? ¿Dices que un agente de la CIA ha muerto en mi casa?

«PUEDE QUE FUERA DEL FBI», matizó Hera.

Me sonó el teléfono. Era Andy Baxter.

—¿Contesto? —pregunté a Morrison, que volvió a encogerse de hombros.

Acepté la llamada.

—Hola, Andy —saludé.

—Charlie, tengo buenas noticias y otras no tan buenas —anunció —. Dime cuáles quieres primero.

Me froté la frente.

—Dame las buenas y ve bajando a partir de ahí.

—Las buenas noticias son que la compañía de seguros te va a pagar una semana de hotel. Te han reservado habitación en el Bainbridge Express Inn. ¿Lo conoces?

—Lo conozco. —La última vez que había estado en el Bainbridge Express Inn fue la noche de mi baile de promoción del instituto, cuando alquilé una habitación con la esperanza de que Vicki Harrington y yo pasáramos un buen rato juntos tras la fiesta. Sin embargo, Vicki me dejó tirado poco después de que llegásemos al hotel para ir a montarle un drama a su exnovio, que no era tan ex, y lo único que me llevé del Bainbridge fue un montón de chinches. En realidad, el Maxima de mi padre era una opción más acogedora—. ¿Cuáles son las noticias no tan buenas?

—El FBI acaba de pasar por mi casa preguntando por ti.

—El FBI. —Miré a Morrison, que arqueó las cejas, pero no dijo nada.

—Querían saber cuándo hablé contigo por última vez y dónde estabas ahora mismo.

—¿Y qué les has dicho?

—La verdad. Les he contado que habíamos hablado hacía un par de horas, y que no tenía ni idea de tu paradero. ¿Dónde estás?

—En casa de una amiga —contesté, omitiendo el detalle de que mi amiga era una gata capaz de usar un teclado—. Sigo en Barrington. No te preocupes, seguramente me encontrarán en el Bainbridge, a menos que ya tengan una orden de búsqueda de mi teléfono y hayan triangulado mi posición a partir de esta llamada.

—Permíteme que te aconseje de nuevo que te busques un abogado penalista —insistió Andy—. No te estoy juzgando, Charlie. Sé que eres un buen chico, pero hablamos del FBI.

—Me pongo a ello ahora mismo —le prometí.

—¿Puedo hacer algo por ti como tu abogado no criminalista?

—Gracias, Andy, estoy bien. Gracias. Por todo.

—Cuídate, Charlie.

—Descuida.

Colgué y miré a Morrison.

—Lo busca el FBI, ¿me equivoco?

—Por lo visto, cuando un agente federal aparece calcinado en la casa de uno, las autoridades tienen preguntas —respondí, y le mostré el teléfono—. Supongo que a estas alturas ya deben saber dónde estoy.

Morrison asintió.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó.

—¿Acaso tengo opciones? Estoy sin blanca, sin techo y los federales me están buscando. Como la casa ha ardido, supongo que el trato que teníamos también se ha ido al garete. A menos que se le ocurra una idea mejor, pienso salir a sentarme en el bordillo hasta que se presenten los del FBI y luego veré a quién me puede conseguir la oficina federal del defensor público.

—Podemos mejorar ese plan —opinó Morrison, y se volvió hacia Hera—. ¿Dónde está la bolsa de emergencia de Charlie?

«CAJÓN DEL ESCRITORIO», tecleó Hera. La mujer me miró y me hizo un gesto para que abriese el cajón. Obedecí y encontré un neceser. Abrí la cremallera y eché un vistazo a su interior.

Dentro de la bolsa había dos mil dólares en billetes de distintos valores, tarjetas de débito y de crédito, un carné de conducir y un pasaporte. Agarré el pasaporte y lo abrí.

—¿Desmondo José Ruiz? —pregunté mirando a Hera.

«AHORA TE LLAMAS DES», escribió ella.

—Eso no se lo va a tragar absolutamente nadie.

—Por supuesto que se lo creerán —intervino Morrison—. No es un pasaporte falso. Es auténtico. Des Ruiz lleva casi tanto tiempo como usted en el sistema. Des y su familia emigraron a Estados Unidos cuando él tenía dos años y consiguió la ciudadanía a los quince. Su madre, Cecelia, era ama de casa; su padre, Juan, era un asesor de inversiones privado, y Des siguió sus pasos en el ámbito profesional. A Des le ha ido muy bien la vida y paga sus impuestos todos los años. Cuenta con una solvencia crediticia excelente y con una cuenta corriente abultada. Tiene un apartamento en Schaumburg y una residencia de vacaciones en los Outer Banks de Carolina del Norte. Por lo que respecta a Estados Unidos, es tan real como lo puede ser cualquier persona, y usted es él.

—Esto no tiene ningún sentido —protesté.

—Tiene todo el sentido del mundo si acepta que su tío ha estado protegiéndolo.

—¿Para qué?

—Para que dispusiera de una ruta de escape si alguna vez la necesitaba —respondió Morrison—. Y ahora la necesita con urgencia.

—Pero eso no explica por qué se molestó en protegerme —insistí.

—Se preocupaba por usted porque era su familia —dijo ella—. Y porque, si Hera y yo decidíamos que usted estaba a la altura, tenía un trabajo para usted y lo necesitaba vivo para llevarlo a cabo.

—¿Cómo dice?

—Hay un motivo por el que quería que usted lo representase en el funeral, Charlie. Él era plenamente consciente del tipo de personas que acudirían a la ceremonia y sabía lo que intentarían hacer. Quería saber lo que haría usted. Y lo que usted hizo fue defenderlo.

—Supongo que también tenían cámaras en la funeraria —aventuré.

«LA FUNERARIA OFRECE UNA OPCIÓN PARA PRESENCIAR LA CEREMONIA POR *STREAMING* —escribió Hera—. PAGUÉ UNA CUOTA ADICIONAL PARA CONTRATARLA.»

—Dio la cara por él a pesar de que no tenía ninguna necesidad de hacerlo y de que tenía motivos de todo tipo para hacer únicamente lo mínimo indispensable que le pedimos —continuó Morrison—. Y eso era exactamente lo que queríamos ver.

—¿Se puede saber qué era eso que querían ver, exactamente?

«QUE PODÍAS HACERTE CARGO DEL NEGOCIO DE TU TÍO», escribió Hera.

—Los edificios de aparcamientos —dije como un bobo, a tenor de las circunstancias, pero las cosas se sucedían muy deprisa.

Morrison sonrió.

—Exacto. Los edificios de aparcamientos, Charlie. Aunque yo pensaba más bien en su negocio real.

«EL NEGOCIO PARA EL QUE CREA GATOS ESPÍA QUE SABEN TECLEAR», escribió Hera.

—Su tío posee edificios de aparcamientos porque financian su trabajo más importante —explicó Morrison—, que consiste en buscar, financiar y crear el tipo de tecnologías y servicios que provocan cambios disruptivos en los actuales paradigmas industriales y sociales, para luego ofrecerlos, de forma confidencial, a negocios y gobiernos interesados en ellos.

—Es una descripción muy altisonante —valoré—, pero no dice claramente a qué se dedicaba de verdad.

«ERA UN VILLANO», tecleó Hera.

Miré fijamente lo que había escrito y luego volví a mirar a Morrison.

—No usamos esa palabra en público, pero sí —confirmó la mujer.

—¿Y la reunión para la cual me ha traído la invitación el Acuchillador? —pregunté.

—Es un congreso de villanos —respondió Morrison—. Parecido a Davos, pero los asistentes no fingen que quieren ayudar a los demás.

—Y yo tengo que ir.

—Sí. Pero eso será después de pasar por la guarida del volcán. Tenemos que ir antes del congreso para ocuparnos de unos cuantos asuntos.

—La guarida del volcán —repetí.

—La tenemos por motivos de peso. No es solo para aparentar.

Miré a Hera una vez más. La gata parpadeó lentamente.

—¿Qué me dice, Desmondo? —dijo Morrison—. ¿Se apunta?

Capítulo 8

La isla volcánica de Santa Genoveva se encontraba al sur del Caribe, unos ocho kilómetros al norte de la isla de Granada y otros ocho kilómetros al oeste de Isla Ronde. Aunque es pequeña y apenas cuenta con unas ochocientas hectáreas, antiguamente tenía el doble de extensión, hasta que, en 1784, una erupción volcánica catastrófica destruyó alrededor de la mitad de la isla y mató a tres mil almas. Desde entonces, el volcán permaneció activo, tanto por encima como por debajo de las olas, lo que motivó que el gobierno británico la declarase, junto a los mares circundantes, territorio vedado para los locales. Durante ciento cincuenta años, la isla permaneció oficialmente deshabitada y desierta, salvo por las visitas ocasionales de algún pirata, contrabandista de ron o naturalista intrépido.

En septiembre de 1940, el primer ministro británico Winston Churchill ordenó a la Marina Real británica que ocupase la isla y creara un puesto avanzado desde el que el Reino Unido pudiera trabajar en innovaciones científicas y militares claves para el esfuerzo bélico, lejos de fisgones, de espías, y de la amenaza de bombardeo o invasión por parte de los alemanes. En menos de un año, Marlborough Park estaba en pie y en funcionamiento, y los científicos, los militares y el personal de inteligencia británicos aprovecharon la abundante energía geotérmica que les ofrecía un volcán activo para hacer el puesto avanzado del todo autosuficiente.

En agosto de 1942, miembros de la recién formada Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos se sumaron a los británicos en Marlborough. Los estadounidenses y su personal expandieron enormemente el tamaño y la proyección de la base, a la que añadieron una gran red subterránea de habitaciones y túneles, además de incorporarle un puerto de servicio con capacidad para alojar un submarino estadounidense de clase Gato. A la conclusión de las hostilidades en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, Marlborough había diseñado o contribuido a crear decenas de «juguetes espías» y armas militares clandestinas.

Tras la guerra, los servicios de inteligencia de Estados Unidos se adueñaron completamente de Marlborough, alquilaron las instalaciones a los británicos y renombraron la base como Estación Donovan. Desde Donovan, la CIA llevó a cabo tareas de investigación y desarrollo de tecnologías de espionaje y controló el Caribe meridional durante cerca de cincuenta años, hasta que finalmente abandonó la base en 1992, tras la disolución de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría.

En 1993, toda la isla, incluida la infraestructura de la Estación Donovan, fue adquirida por un grupo de inversores inmobiliarios y del sector del ocio, la Sociedad por el Desarrollo de Genoveva, con la intención de transformar la isla de Santa Genoveva en una destinación turística temática, y la Estación Donovan (ahora renombrada Bahía de Jenny), en un hotel de lujo, un casino y un parque de atracciones con amarres para cruceros y yates. Los socios contactaron con Universal Pictures con el objetivo de alcanzar un acuerdo que les permitiera usar sus famosos personajes animados en el parque temático, y les mostraron con orgullo los proyectos de una montaña rusa inspirada en el Pájaro Loco (de madera, por supuesto) y un tobogán de Chilly Willy.

En cuestión de un par de años, el plan de desarrollo de un complejo turístico degeneró en el caos, demolido por visiones encontradas, costes de construcción desaforados y tejemanejes varios. Antes del cambio de siglo, los diversos inversores de la Sociedad por el Desarrollo de Genoveva vendieron su participación en el proyecto, a menudo por una auténtica miseria, a uno de los inversores iniciales más pequeños, Allegheny Hospitality S. R. L. A la llegada del nuevo milenio, Allegheny Hospitality era la única propietaria del terreno y los derechos de desarrollo de toda la isla de Santa Genoveva, y se había hecho con todo el conjunto aproximadamente por el mismo importe que costaría un ático en el Upper West Side de Manhattan, o una mansión en la ladera de Malibú.

En lugar de seguir adelante con los planes de convertir Santa Genoveva en una destinación turística, Allegheny Hospitality retomó la actividad de investigación y desarrollo, reequipó la antigua base de inteligencia con nuevo instrumental y sistemas energéticos renovados, e invitó a empresas científicas y tecnológicas a aprovechar las bondades de tener a su disposición energía limpia, una relativa soledad y una cierta laxitud legislativa que las situaba un paso por delante de la competencia. En menos de un año, varias empresas habían trasladado a Santa Genoveva una parte de su Departamento de Investigación y Desarrollo o el departamento al completo, equipos que trabajaban en sectores tan dispares como la biotecnología, los productos de *software* y *hardware* de seguridad, el desarrollo de satélites o las energías alternativas.

Todas estas empresas eran de propiedad privada, como su arrendadora, Allegheny Hospitality. Y todas ellas eran propiedad, directamente o mediante empresas intermediarias, de la misma gran empresa: Baldwin Holdings, S. R. L.

Que a su vez era propiedad de un solo hombre: Jake Baldwin.

Mi tío.

Quien, en su gran sabiduría, decidió ponerme al frente de toda la operación.

—Tengo buenas noticias —me comunicó Morrison—. Puede que usted haya ardido en un incendio.

Morrison, las gatas y yo estábamos sobre la cubierta del *Jennifer Lawrence*, un transbordador que transportaba pasajeros y cargamento entre Santa Genoveva y Granada, o bien, con mucha menos frecuencia, entre Santa Genoveva y la isla de San Vicente. El *Lawrence* era uno de los tres transbordadores operados por Allegheny Hospitality a disposición de los inquilinos de Santa Genoveva, todos ellos bautizados con el nombre de actrices. Los otros dos eran el *Jennifer Tilly* y el *Jennifer Lopez*. En ese momento, el *Lawrence* se adentraba en la Bahía de Jenny. No íbamos a tardar mucho en desembarcar.

El viaje hasta Santa Genoveva había sido casi sospechosamente plácido. Desde Barrington, un chófer nos había llevado a los cuatro (Morrison, las gatas y yo) al Aeropuerto Regional de Schaumburg, donde embarcamos en un avión privado propiedad de Baldwin Holdings, la corporación paraguas de mi tío. Su presencia en el aeropuerto no era ninguna casualidad; era el avión en el que había llegado el cadáver del tío Jake cuando esperaba el traslado a la funeraria Chesterfield. Morrison había acompañado al cuerpo durante el desembarque y se había organizado todo para que enviasen sus cenizas tras la cremación. El piloto comprobó mi carné de conducir como medida rutinaria, y no dijo nada al respecto. En el interior del avión me aguardaban una muda limpia y unos zapatos

nuevos. Antes del despegue, me quité el traje con sumo gusto y lo metí en la bolsa de basura que me ofreció el personal de vuelo, quien luego lo lanzó desde la puerta del avión al personal de tierra que lo esperaba a pie de pista. Buen viaje.

Desde el Aeropuerto Regional de Schaumburg volamos a Mobile International, donde embarcamos en un nuevo chárter privado rumbo a las islas Caimán. Una vez a bordo del avión, me pidieron el pasaporte. Lo entregué y me lo devolvieron sin hacer preguntas. Des Ruiz se había convertido en un tipo de carne y hueso. A esas alturas era mucho más tarde de la hora a la que solía acostarme y dormí en el avión mientras Perséfone me ronroneaba en el regazo.

Aterrizamos en las Caimán a primera hora de la mañana para repostar y luego seguimos volando directamente hasta Granada, donde un coche con su chófer nos esperaba justo al final de la pista de aterrizaje. Poco después estábamos en el agua, navegando hacia Santa Genoveva. Todavía era de mañana, la temperatura era de poco más de ochenta grados Fahrenheit (me corregí mentalmente y pensé que eran poco menos de treinta grados Celsius, porque estábamos en una parte del mundo en la que se usaba el sistema métrico), y una brisa maravillosa soplaba en cubierta. La isla de mi tío podía ser muchas cosas, pero, a juzgar por lo que había visto hasta entonces, parecía un paraíso tropical.

No sé cómo llevaba otra gente lo de ser un fugitivo buscado por el FBI, pero a mí me estaba yendo de primera.

—Puede que haya ardido —repetí en voz alta, retomando el tema de mi potencial fallecimiento—. ¿A qué se debe la incertidumbre?

—Puede que más adelante necesite estar vivo —contestó.

—Entonces, ¿el FBI puede añadir la fuga a la lista de potenciales cargos contra mí?

—Antes de que llegue ese momento habremos resuelto ese asunto.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿Y cómo piensan hacerlo?

—No se preocupe por eso de momento —me atajó Morrison—. Solo debe saber que, vivo o muerto, está excelentemente bien representado por los abogados personales de su tío, que en la actualidad son sus letrados.

—¿Dónde me he quemado?

—En el Bainbridge Express Inn.

—¿Han quemado un hotel entero?

—No lo hemos quemado entero. Solo una de las alas.

—No había llegado a registrarme.

—Claro que sí. Y hasta llevaba puesto el traje.

—¿Y qué pasará si preguntan al personal del hotel? ¿Y si hay cámaras de seguridad?

—Cuando entró en el hotel llevaba mascarilla. Todavía hay gente que la lleva.

—No es verdad.

—Es que estaba tosiendo.

—¿Y qué provocó el incendio?

—Una instalación deficiente. Y es innegable que su cableado lo era, incluso los expedientaron y los multaron por ello.

Consideré un momento la explicación.

—¿Han encontrado un cadáver?

—El incendio fue bastante intenso.

—Perdón, no he sido lo bastante claro al plantear la pregunta —dije—. ¿Colocó, u ordenó que colocasen un cuerpo, vivo o muerto, en la habitación para que pareciese que me calciné en ese cuarto?

—¿Me ve capaz de hacer algo así? —preguntó Morrison.

—Trabajaba para un villano y salía con un acuchillador —le recordé —. Por supuesto que la veo capaz de hacer algo así.

Ella sonrió.

—No. En la habitación no había ningún cuerpo, vivo o muerto, cuando ardió. Sin embargo, su traje sí que estaba dentro. Y, como respuesta a la siguiente pregunta que se le ocurrirá, no, ningún otro huésped alojado en el hotel murió víctima del incendio. Todo el mundo sobrevivió a la conflagración. Salvo usted. Quizá.

—Tiene experiencia en este tipo de cosas —observé.

—Hay un motivo por el que todos los asistentes al funeral de su tío intentaban asegurarse de que estaba muerto de veras —replicó Morrison.

—Ninguno de los supuestos socios comerciales del tío Jake debe pensar que estoy muerto, ¿no?

—De ningún modo. Y, aunque estuviera muerto de verdad, harían que su cadáver asistiese a la reunión.

—¿Tan importante es el congreso?

—Para ellos sí lo es.

La cubierta traqueteó. El *Lawrence*, que había estado maniobrando lentamente hacia un muelle, se había colocado en posición y el personal del puerto lo estaba amarrando.

—¿Y para nosotros también es importante?

—No tanto como lo que está haciendo aquí —contestó Morrison.

—¿Y qué estoy haciendo, exactamente?

—Su tío estuvo enfermo durante una temporada. Su ausencia no tuvo consecuencias para la mayoría de las empresas que poseía. Todas disponen de sus propios consejos de dirección y personal propio, y él las dejaba trabajar de forma autónoma. —La mujer hizo un gesto hacia tierra firme—. Este lugar era el que le importaba de veras, el lugar en el que desempeñaba su auténtico trabajo.

—Ser villano —concluí.

—Ya le he dicho que no usamos esa palabra en público.

—Pues no lo entiendo, es una palabra perfectamente válida.

—Para su uso en público es reduccionista —alegó Morrison—. En privado ofrece ciertas ventajas que descubrirá pronto. Sin embargo, no hará muchas villanías abiertamente. Usted tiene un papel totalmente distinto.

Asentí.

—Ser el tonto útil.

—Yo iba a decir «administrativo».

Se me escapó la risa.

—Debería saber que la última vez que estuve al mando de algo fue cuando ocupé el puesto de editor del periódico del instituto —expliqué—. Me acabaron expulsando temporalmente.

—Ahora no lo expulsará nadie.

—No, en lugar de eso simplemente me matarán.

Morrison hizo un gesto con la barbilla hacia la costa.

—Aquí es más difícil que lo logren.

—Habría preferido que dijese «imposible».

Esta vez ella rio.

—De vez en cuando, alguien intentaba atentar contra la vida de su tío. Rara vez llegaban más allá de los delfines.

—Los delfines —repetí.

Morrison hizo un nuevo gesto hacia el océano.

—Patrullan las aguas que rodean la isla. No se les escapa gran cosa.

—Así que disponemos de delfines inteligentes.

—Bueno, los delfines siempre han sido inteligentes. La única diferencia es que ahora trabajan para nosotros. —La mujer me miró —. Charlie, ha conocido gatas capaces de usar un teclado, no se

comporte como si los delfines inteligentes fuesen un salto tan enorme.

—¿Cómo son?

—¿Los delfines? —preguntó Morrison, y yo asentí—. Dejaré que lo descubra usted mismo. No le quiero estropear la sorpresa. —Desvió la mirada hacia el muelle, donde un hombre y un gato caminaban hacia el *Lawrence*—. Vamos. —Ella me dio unos golpecitos en el brazo—. Ha llegado el comité de bienvenida.

Cinco minutos más tarde habíamos bajado del *Lawrence* y nos dirigíamos hacia el tipo y el gato. Hera y Perséfone se nos habían adelantado y fueron a saludar al gato recién llegado, un ejemplar blanco y negro de pelo corto. Hera y el nuevo gato hicieron chocar las cabezas suavemente, y luego los tres volvieron a encaminarse hacia tierra firme. Estaba a punto de llamar a Hera, pero Morrison negó con la cabeza.

—Déjelas ir —dijo, y señaló las tres siluetas gatunas que se alejaban—. Es el jefe de la División de Inteligencia Felina. Hera y Perséfone deben presentar sus informes.

—Supongo que se hace cargo de lo raro que me resulta todo esto —dije—. Todavía no me he acostumbrado.

—Ha tenido todo el día —observó Morrison—. Vaya asimilándolo.

—Quien bien te quiere..., ya veo. Muy eficaz.

—Pronto tendrá nuevos motivos para alucinar —me prometió. De pronto, Morrison sonrió, chilló y alzó los brazos hacia el hombre que se nos acercaba. El tipo sonrió como ella, también levantó los brazos y ambos se abrazaron—. Charlie, le presento a Joseph Williams —me dijo Morrison en cuanto terminaron de abrazarse—. Y, además de ser el mejor bailarín de Santa Genoveva, también es el director general de Allegheny Hospitality en la zona. Eso significa que él dirige esta base.

—Bueno, ambos sabemos que eso no es cierto —la contradijo él —. Yo no dirijo este lugar, solo soy responsable de todo el recinto.

—Dirige este lugar —me aseguró Morrison—. No deje que lo engañe. Joe, te presento a Charlie.

—Señor Fitzer —saludó Williams—. Bienvenido a la Bahía de Jenny y a Santa Genoveva. Lamento mucho la pérdida de su tío Jake.

—Gracias —contesté—, aunque debería ser yo quien le diera el pésame. Usted lo conocía. Yo no.

—Yo sí lo conocía —confirmó él—. Lo conocíamos todos. Y todos estamos impacientes por trabajar con usted, señor Fitzer.

—Llámeme Charlie, por favor —le rogué—. «Señor Fitzer» me recuerda demasiado a ser profesor suplente.

Williams se rio.

—Es intolerable. —Tendió el brazo hacia mí—. Charlie. Bienvenido.

Le estreché la mano.

—Acabo de hablar a Charlie de los delfines —dijo Morrison.

Él ladeó la cabeza.

—¿De veras? ¿También le has hablado de las disputas que tenemos con ellos?

—¿Ahora resulta que tenemos conflictos con los delfines? —pregunté.

—No había entrado en detalles —aclaró ella—. Quería que fuese una sorpresa.

—Ah. —Williams me miró de nuevo—. Sorpresa, Charlie.

—¿De qué disputas habla? —me interesé.

—Están planteándose si van a la huelga —respondió el hombre.

—Una huelga laboral. Como cuando los obreros se manifiestan y sacan ratas hinchables a la calle.

Williams asintió.

—Otra vez.

—Otra vez —repetí como un bobo.

—Creo que deberíamos comenzar por ofrecerle una perspectiva general del negocio —sugirió Morrison—. Mostrémosle dónde se ha metido antes de que tenga que ocuparse del asunto de los delfines.

—No, no. —Me opuse levantando una mano—. A mí no me engañan, intentan obligarme a asistir a un montón de reuniones. Me parece que, antes de tener que aguantar sentado en una habitación mientras me muestran presentaciones de PowerPoint, quiero ver a los delfines huelguistas.

—¿Está seguro? —preguntó Williams—. Se va a meter en un buen charco.

—Sí, no me cabe la menor duda.

Él se volvió hacia Morrison.

—Me gusta. Es valiente.

—Lo es —coincidió la mujer—. No es muy listo, pero es valiente.

—¿No se supone que ahora soy su jefe? —le pregunté.

—¿De repente prefiere que le haga la pelota? —preguntó.

—Es posible.

—Pues buena suerte con eso, jefe —me soltó.

Ignoré el golpe bajo y miré de nuevo a Williams.

—Aclaremos una cosa: cuando ha dicho que me iba a meter en un buen charco hablaba en sentido metafórico, ¿verdad? Supongo que no tendré que sumergirme con los delfines cuando vayamos a hablar.

El tipo negó con la cabeza.

—De ningún modo, Charlie. Nunca bucee con los delfines durante una disputa laboral. Por mucho que le insistan.

Capítulo 9

Las oficinas de la División Cetácea estaban a un corto paseo del muelle, en una laguna artificial parcialmente cercada que se extendía unos doscientos metros. Dentro del agua, un grupo de delfines considerablemente nutrido nadaba y jugaba. La mayoría iban de un lado a otro sin ningún tipo de organización (o al menos a mí me parecía un movimiento desorganizado), pero, hacia la mitad de la laguna, y cerca de una pared interior, seis de ellos se congregaban en dos filas en el agua y chillaban como locos a una mujer con traje de neopreno. Ella no parecía nada contenta.

—¿Qué está pasando? —pregunté mientras nos acercábamos a los delfines.

—Están exponiendo sus reivindicaciones —contestó Williams.

—¿Y qué reivindicaciones puede tener un delfín?

—Más bien debería preguntar por lo que no reivindican —intervino Morrison.

Llegamos al final del camino y nos detuvimos en la plataforma situada cerca de la laguna. La mujer del traje de neopreno se dio la vuelta y nos vio.

Una confesión: hasta ese momento, nunca había visto un delfín en la vida real.

Lo retiro. Probablemente vi alguno durante alguna excursión al Shedd Aquarium en quinto de primaria, o algo así, pero nunca había hecho esfuerzo alguno por ir a ver a ninguno. Excursiones aparte, los acuarios no eran mi debilidad y, como adulto, las atracciones

basadas en «nadar con los delfines» me parecían explotadoras e inquietantes. No me imagino a un delfín deseando de verdad pasar la vida entre los abrazos de un desfile de podólogos borrachos y niñas preadolescentes, y no me emocionaba perder el tiempo haciendo cola con miembros de cualquiera de los dos grupos para hacer lo mismo.

Durante nuestra luna de miel en Maui (lo sé), Jeanine y yo contratamos un crucero de la puesta de sol (lo sé) que prometía avistamientos de delfines (lo sé), pero los organizadores del crucero no se lo consultaron a los delfines, y ninguno se presentó a las citas. Ese fue el crucero en el que Jeanine descubrió que se marea desesperadamente en los barcos de tamaño mediano, y me vomitó tres *mai tais* y el bufé luau del barco en los pantalones y las sandalias. No fue un gran comienzo para nuestra vida de casados. No creo que ver delfines lo hubiese enderezado.

Dejando a un lado el hecho de que aquellos seis delfines estaban dispuestos en dos filas ordenadas de tres individuos cada una, y que los seis nadaban en silencio por el agua que teníamos justo delante, parecían delfines normales y corrientes. Era consciente de que debían ser de alguna especie en concreto, pero no tenía ni la más remota idea de cuál podía ser; la fisiología de los delfines no era mi especialidad. Sin embargo, sí me fijé en que uno de ellos, situado hacia el centro de la primera fila, no se alejaba de algo que parecía un micrófono.

—¿Hablan? —pregunté.

El delfín chilló algo al micrófono.

—¿Quién es este soplapollas? —tradujo un altavoz cercano.

—Supongo que eso es un sí.

—¡Soplapollas! ¡Soplapollas! —corearon el resto de los cetáceos al unísono.

La mujer del traje de neopreno se giró de nuevo hacia ellos.

—Es vuestro nuevo jefe, pedazo de cretinos sin pulgares.

—¡A la mierda con él! ¡Y a la mierda con vuestra visión manucéntrica del mundo!

—¿Manucéntrica? —pregunté.

—No es lo que cree —explicó la mujer del traje de neopreno al tiempo que salía del agua y se me acercaba—. *Manus* significa «mano» en latín; «Manucéntricos» es su palabra favorita para acusarnos de intolerantes.

—¡A la mierda vuestros dedos! —gritó el delfín del medio.

—¡A la mierda los dedos! ¡A la mierda los dedos! —corearon los demás.

Hablando de manos, la mujer del traje de neopreno me ofreció una de las suyas.

—Astrud Livgren. Relaciones cetáceas.

Le estreché la mano.

—¿Y qué tal van esas relaciones?

Astrud echó un vistazo a su espalda.

—Más o menos como siempre.

—¡Es una cabrona! —rugió el delfín del medio.

—Entonces, ¿siempre son así?

—¡Estamos aquí, joder! ¡Nos lo puedes preguntar a nosotros, escroto de simio bípedo!

Miré a Livgren con las cejas arqueadas.

—Lo de «escroto de simio» es nuevo —explicó—. Mezclan y engarzan insultos para comprobar cuáles funcionan mejor. Se acostumbrará. —Hizo un gesto hacia los delfines—. Adelante, por favor.

Me acerqué a ellos, que dejaron de chillar.

—Hola —saludé—. Sois los primeros delfines que conozco.

—Vaya, puto-yupi-joder-qué-bien —replicó el delfín central.

Por un instante, me pregunté cómo debía de ser un programa capaz de registrar los chirridos de un delfín y traducirlos por «puto-yupi-joder-qué-bien», pero seguí adelante.

—Me llamo Charlie Fitzer.

—Hola, Charlie —saludó el delfín—. Yo soy Me Importa Un Huevo, y estos son mis socios Me Da Igual, Que Te Jodan, Vete A La Mierda, Que Arda Todo y Mata A Los Ricos.

—Encantado —dije—. Tengo entendido que hay algún tipo de conflicto laboral.

Me Importa Un Huevo resopló.

—Lo dices como si fueses a hacer algo.

—Yo también formé parte de un sindicato. Era de la Unión de Trabajadores del *Chicago Tribune*.

—Pero ya no, ¿verdad? ¡Ahora eres de dirección! ¡Una fístula supurante burguesa y opresora!

—¡Fístula burguesa! ¡Fístula burguesa! —corearon los otros delfines.

—Francamente, me gusta bastante vuestra forma de expresaros —comenté.

—No nos trates con condescendencia, colección ambulante de verrugas —me espetó Me Importa Un Huevo—. Si vas a continuar con las políticas laborales represivas de tu tío, ya puedes dar media vuelta e irte a tomar por culo.

—¡A tomar por culo! ¡A tomar por culo!

Miré a Morrison, que estaba detrás de mí.

—¿El tío Jake estaba en contra de los sindicatos? —pregunté.

—Opinaba que los animales carecen de un estatus legal que les permita formar sindicatos —respondió Morrison.

—¿Y los gatos qué opinan de ese asunto?

—La mayoría forman parte del cuerpo directivo.

—Los gatos son unos putos traidores a su clase —dijo Me Importa Un Huevo—. Son una panda de pequeños colaboracionistas peludos.

—¿Cómo...? —Me volví hacia Livgren—. ¿Cómo es posible que los delfines tengan conciencia de clase?

—Las sociedades de los delfines son complejas —contestó ella—. No se ajustan necesariamente punto por punto a las sociedades humanas, pero sí que se establecen analogías a grandes rasgos y, por lo visto, la idea de la clase social funciona entre ellos. Además, mi predecesor en el puesto les leía *El capital* y otros textos sobre economía.

—Hemos recibido una educación mejor que la tuya, Habsburgo trasnochado sin pliegues en el cerebro —dijo Me Importa Un Huevo.

—Fui a la Northwestern —repliqué, apenas un pelín a la defensiva.

—¡Oooooh, si fue a la Northwestern! —se burló Me Importa Un Huevo—. Estarás orgulloso, es el puto felpudo de las Big Ten.

—¡Felpudo! ¡Felpudo!

—Olvidas Rutgers —apunté, pero miré de nuevo a Livgren—. De todos modos, resulta bastante esotérico que una criatura marina conozca esa información.

Livgren se encogió de hombros y señaló algo.

—Hay un proyector láser y tienen acceso a un mando a distancia. Ven muchas cosas en su tiempo libre, y una de ellas son los partidos de fútbol americano universitario.

—¿Y a qué se dedican cuando están trabajando?

—Llevan a cabo tareas de seguridad y vigilancia —respondió Livgren—. Patrullan las aguas circundantes y nos alertan si ven a alguien o algo fuera de lo habitual. También recaban información sobre los movimientos de los barcos y las comunicaciones.

—Es mucho trabajo —comenté.

—No podéis hacer una mierda sin nosotros —intervino Me Importa Un Huevo—. Sería una lástima que tuviésemos que ir a la huelga.

—¿Habéis ido a la huelga otras veces? —pregunté.

Me Importa Un Huevo cerró el pico y miró hacia otro lado.

—Han amenazado con ir a la huelga otras veces —explicó Williams cuando me volví hacia él—. Siempre se echan atrás.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque carecen de palancas con las que presionarnos —respondió Morrison.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que somos putos esclavos —dijo Me Importa Un Huevo.

Lancé una mirada acerada a Morrison.

—Pueden irse cuando les parezca —explicó ella—. No los rastreamos. Bueno, sí que lo hacemos mientras trabajan porque forma parte de su puesto, pero si uno o más delfines deciden que quieren marcharse, pueden hacerlo. Sin embargo, no se van.

—¿Por qué? —pregunté a Me Importa Un Huevo.

—Por el mismo motivo por el que tú no te marchas de tu casa para ir a vivir a la selva con una puta tribu de bonobos, hoguera de escombros pustulosa —replicó Me Importa Un Huevo. El filtro de la traducción automática no me impidió detectar el poco entusiasmo que había puesto en ese último insulto el delfín (¿o era una hembra? No sé distinguir el género de los delfines y no era un buen momento para preguntar).

—Ser inteligente tiene ciertas desventajas —terció Livgren—. O, mejor dicho, tener una inteligencia más humana que otros miembros de su misma especie. —Hizo un gesto hacia los seis delfines—. Se aburren fácilmente y no se integran bien con los miembros no

adulterados de su especie. Ya han visto cómo suelen tratar los humanos a los mamíferos marinos cautivos.

—Puto *Blackfish* —masculló Me Importa Un Huevo.

—Protestan mucho, pero también son conscientes de las alternativas —continuó Livgren—. Les pagamos generosamente el trabajo que hacen, los cuidamos bien y atendemos sus necesidades personales y grupales. Es una compensación justa a cambio de las tareas que llevan a cabo.

—No es solo eso y lo sabes —la interrumpió Me Importa Un Huevo, y creo que fue la primera frase que le escuché pronunciar sin un insulto, una obscenidad, o ambas cosas.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle a qué se refería, Williams carraspeó.

—Charlie, debemos atender otros asuntos.

—Sí, eso, huye como un cagón —dijo Me Importa Un Huevo.

—¡Huye! ¡Huye!

—Volveremos a ocuparnos de este asunto —dije—. Hay más detalles que debo saber.

—Por supuesto —accedió Williams con una sonrisa—. Ahora usted es el jefe, Charlie. No es necesario que haga las cosas como las hacía su tío. Sin embargo, su tío lo hacía todo por un motivo, y debería conocer esas razones. —Me hizo un gesto para invitarme a alejarme de los delfines.

—No vayáis a la huelga de momento, por favor —solicité a Me Importa Un Huevo.

—Anda, si lo pide «por favor», eso lo arregla todo —replicó él. Era evidente que el momento de paz había quedado atrás.

—Investigaré a fondo esta cuestión —le prometí.

—Northwestern es un asco —contestó Me Importa Un Huevo.

—¡Es un asco! ¡Es un asco! —corearon los otros delfines.

—¿Qué le parece? ¿Ha sido como se lo esperaba? —me preguntó Morrison mientras nos alejábamos de la laguna.

—La verdad es que no sé ni cómo quería que fuese ni lo que esperaba —admití.

—Dudo mucho que contase con ver a delfines que dicen «puto» —aventuró Morrison.

—Por lo visto, usan mucho esa palabra.

—Si fuese un delfín sin opciones en la vida, tal vez usted también usaría mucho la palabra «puto», Charlie.

Reflexioné un momento acerca del comentario.

—¿Está de parte de los delfines? —pregunté.

—Entiendo su postura.

—¿Y está de acuerdo con ellos?

Morrison me miró.

—Mi trabajo no era estar de acuerdo o en desacuerdo con ellos. Mi trabajo consistía en hacer realidad los deseos de su tío.

—Esa descripción deja mucho espacio para la flexibilidad moral —opiné tras meditar un instante sus palabras.

—Es un buen eufemismo para describirlo —coincidió Morrison.

—¿Y ahora en qué consiste su trabajo? —pregunté.

—Mi trabajo es el mismo —respondió—, solo que ahora usted también está implicado. Ha llegado el momento de poner a prueba la flexibilidad de su moral, Charlie, y debe saber que necesitará una puesta a punto radical.

Capítulo 10

Un retrato de Ernst Stavro Blofeld apareció en la pantalla. Lo acompañaba un gato persa.

—Cuando piensa en un villano, es probable que se imagine algo parecido a esto —dijo Eve Yang. Era la directora del Departamento de Recursos Humanos de Allegheny en Santa Genoveva y, al parecer, estaba al mando de mi sesión de orientación—. O puede que algo como esto. —Una fotografía del Doctor Maligno con el dedo junto a la boca sustituyó a la anterior—. O incluso esto. —El Doctor Maligno dio paso a una imagen de Thanos, sin duda tomada poco después de que aniquilara a medio universo, una estrategia sin pies ni cabeza desde el punto de vista de la escala, aunque, como era imposible discutir contra miles de millones en taquilla, no dije nada.

Apareció una nueva imagen, una foto de *stock* de un grupo de personas jóvenes, atractivas y de culturas diversas vestidas con trajes.

—Sin embargo, en realidad tienen este aspecto —continuó Yang.

Asentí.

—Autómatas corporativos sin alma —dije.

Ella frunció los labios.

—Creo que el razonamiento no iba por ese camino —apuntó Morrison.

Asistía a la sesión junto a Williams y Hera, que estaba sentada tras su propio escritorio con un teclado. Me alegraba hasta un extremo poco razonable de volver a ver a mi gata.

—Perdón —me disculpé—. Banqueros de inversiones.

—Charlie.

—Perdón —dije a Yang.

Ella esbozó una sonrisa tensa antes de proseguir.

—Tienen el mismo aspecto que el resto del mundo —concluyó.

«Como los asesinos en serie», pensé, pero no lo dije en voz alta porque, a esas alturas, ya me había dado cuenta de que mi público no sabía apreciar los comentarios jocosos.

La sala de juntas en la que nos habíamos reunido era deprimentemente normal, y formaba parte de unas instalaciones igual de deprimentemente normales. Salvo por el detalle de que estaba situada en una pequeña isla volcánica caribeña, y que en ella había delfines parlantes y gatos que sabían teclear, podría haber sido la sala de juntas de un hotel de cualquier cadena hotelera de gama media situado en cualquier lugar del mundo. Incluso había botellines de agua, aunque eran de papel biodegradable. La villanía de mi tío no llegaba al extremo de usar plástico de forma irresponsable.

—El motivo por el que tienen el mismo aspecto que el resto del mundo es que «villano» no es ni un estado mental ni un juicio de valor —prosiguió Yang—. Es la etiqueta que describe un puesto laboral.

Yang pulsó un botón del mando a distancia que sujetaba y la gente sonriente de la fotografía de *stock* desapareció y cedió su lugar a una nueva diapositiva con las palabras «¿Qué significa ser un villano?» escritas en amarillo sobre un fondo azul degradado.

—¿Dan esta charla a todas las nuevas contrataciones? —susurré a Morrison.

—A todos los ejecutivos y directivos, correcto —contestó—. Cállese y preste atención.

Me callé y presté atención.

Y lo que escuché fue que los villanos, al menos en lo relativo a aquella presentación de recursos humanos en concreto, no eran ni mala gente ni personas malvadas. Eran agitadores profesionales, aquellos que observaban sistemas y procesos, daban con sus puntos débiles, los vacíos legales y las consecuencias imprevistas de cada uno de ellos, y sacaban partido de todas esas debilidades, ya fuera en beneficio propio o para favorecer a su cartera de clientes. Según la explicación de Yang, esas actividades no eran inherentemente buenas ni malas por sí mismas, ya que su «bondad» o su «maldad» dependían plenamente de la perspectiva del observador.

—En ese caso, ¿qué sentido tiene hacerse llamar villano? —pregunté.

Yang frunció los labios de nuevo. Estaba claro que yo no era su persona favorita, aunque fuese su nuevo jefe.

—¿Tiene algún problema con esa palabra?

—No —repliqué—. Solo que el sentido que se le ha dado durante siglos es distinto del que me está tratando de dar a entender durante la presentación, por más que intente endulzarlo.

—¿Qué palabra preferiría usar? —intervino Morrison.

—No lo sé, soy nuevo en este sector —me excusé—. ¿Explotadores de sistemas? ¿Mineros de vacíos legales? ¿Arbitrajistas del caos?

«NO TIENES NI IDEA DE *MARKETING*», tecleó Hera.

—Deberíamos pulir un poco la expresión —admití.

Yang abrió la boca para decir algo, pero Morrison levantó la mano.

—Su tío insistía en que usásemos ese término —me informó—. Por definición, todo lo que hacemos aquí desembocará en consecuencias negativas para las personas cuyos sistemas y procesos perturbamos. Al adoptar el nombre «villano» para describirnos, le robábamos poder cuando otra gente lo usaba para referirse a nosotros.

Señalé la presentación.

—Entonces, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Para qué lo racionalizan?

—Si me permiten continuar con la presentación... —comenzó Yang.

—De hecho, dejémosla aquí —la cortó Morrison, y la otra mujer hizo una mueca de disgusto—. La presentación es para gente que ya ha aceptado lo que hacemos aquí. Charlie todavía trata de negárselo.

—No es lo ideal para el supuesto jefe —meditó Williams, y estiró el brazo hacia una de las botellas de agua sin plástico.

—Yo no me niego nada —me defendí—. Estoy aquí, ¿no?

«TU ÚNICA ALTERNATIVA ERA UN HOTEL CUESTIONABLE SIN ROPA LIMPIA —tecleó Hera—. Y EL FBI QUERÍA INTERROGARTE.»

—Razón de más para abrazar vuestro programa —repliqué.

—No, estoy de acuerdo con Til —terció Williams—. El PowerPoint no es para usted.

—Solo he hecho una pregunta —protesté, y me volví hacia Yang —. ¿Me está diciendo que nadie más le pregunta por qué se hacen llamar villanos?

Ella miró a Morrison y negó con la cabeza.

—Cuando llegan aquí, ya forman parte del programa —aclaró—. El objetivo de esta presentación es proporcionarles un marco de trabajo para reflexionar acerca del término.

—Para que sepan que no todo son risotadas diabólicas y conspiraciones para dominar el mundo con un láser gigante —añadí.

Yang volvió a mirar a Morrison.

—Un momento, ¿hay una conspiración para dominar el mundo con un láser gigante? —pregunté.

—Este es el Chac Cuatro —dijo Morrison señalando un objeto del tamaño de un contenedor de mercancías que se alzaba en su propia plataforma de hormigón en el exterior de un laboratorio. En lo más alto del objeto había una especie de tubos que apuntaban hacia el cielo, en el que holgazaneaban unas pocas nubes blancas. Ella y yo habíamos venido a la excursión. Yang se había quedado, probablemente para preparar más material que yo pudiera interrumpir, y Williams se había marchado porque dirigía aquel lugar y tenía trabajo de verdad. Hera, una gata, se echaba la siesta.

—¿Qué es un *chac*? —pregunté mientras contemplaba todo el dispositivo.

—*Chac* es la palabra maya para la lluvia —explicó Morrison—. El Chac Cuatro es la cuarta versión de la máquina para provocar lluvias que Regenwolke Systems, una de las empresas tecnológicas más pequeñas de su tío, está fabricando para Mayland-Gibson bajo un acuerdo de subcontratación.

—Mayland-Gibson, el gigante contratista gubernamental —dije. Había redactado un artículo sobre la empresa unos años atrás, acerca de un pequeño escándalo contable. Una vicepresidenta de la compañía había comprado un Tesla a su amante con dinero de los contribuyentes. La historia no había acabado bien para ella.

—Correcto —confirmó Morrison, e hizo un gesto hacia el Chac Cuatro—. Este proyecto forma parte de un contrato de MG con el Departamento de Agricultura para proporcionar a los granjeros de la parte occidental de Estados Unidos una tecnología fiable para provocar lluvias. Se apunta el láser hacia las nubes, el rayo ioniza las moléculas de agua de su interior, y eso contribuye a desarrollar la lluvia, o algo por el estilo.

—Y funciona de verdad —dije.

—Funciona lo bastante bien como para que vayamos por la cuarta versión de este trasto. La primera era del tamaño de un granero y no muy portátil. Esta versión es lo bastante pequeña como para permitir su traslado en camión hasta la ubicación de las nubes. Actualmente hay uno deambulando por la zona oeste de Texas.

—Entendido —dije—. Entonces, ¿dónde está la villanía? ¿Dónde está el complot para dominar el mundo?

Morrison se metió la mano en el bolsillo del traje y sacó algo que parecía su móvil, lo tocó y me lo entregó en modo panorámico. En la pantalla había una aplicación que mostraba una pequeña representación curvada de la Tierra y una gran cantidad de puntitos minúsculos formando una nube sobre ella. Los puntos de la nube se movían, y algunos desaparecían por un lado de la pantalla a la vez que otros aparecían por el opuesto.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es un mapa de todos los satélites artificiales que actualmente sobrevuelan Santa Genoveva —contestó Morrison—. Toque uno de los puntos. Cualquiera servirá.

Toqué uno de los puntos. La imagen se expandió y apareció un pequeño cuadro de diálogo que identificaba a su propietario y operador como el Ministerio Nacional de Defensa Chino. Apareció una nueva ventana de diálogo: «Toque aquí para rastrear». Pulsé la opción.

Uno de los tubos de la parte superior del Chac Cuatro cobró vida y osciló. La pantalla mostró un nuevo cuadro de diálogo. «Toque aquí para activar».

—Me pregunta si lo quiero activar —dije.

—Puede pulsar esa opción, aunque puede que quiera esperar un momento después de aceptarla —me advirtió Morrison.

En cuanto seleccioné la activación me di cuenta del motivo por el que me había aconsejado que no continuase pulsando botones. En ese momento se me presentó una nueva ventana de diálogo con tres opciones: «Interferir», «desestabilizar» y «destruir».

Miré a Morrison.

—¿Va en serio?

—¿Se refiere a si de verdad podría pulsar un botón y usar el Chac Cuatro para abatir un satélite espía chino?

—Sí, es exactamente lo que quiero decir.

—Es real —dijo Morrison—. Aunque si pulsara cualquiera de esos botones no pasaría nada porque Eve Yang todavía no ha terminado de introducirlo en el sistema. Necesita un identificador propio telefónico y biométrico para operarlo, pero, una vez que figure en el sistema, sí, sin ninguna duda, podría freír ese satélite. O bien, si no lo quiere destruir, puede usar el láser para empujarlo fuera de su órbita o para interferir en su sistema de comunicaciones. —Estiró el brazo para recuperar el móvil y se lo devolví encantado. Cerró la aplicación y se guardó el teléfono de nuevo en el bolsillo. De momento, el espía satélite chino estaba fuera de peligro.

—O sea, que hemos concedido la capacidad de abatir satélites extranjeros al... Departamento de Agricultura de Estados Unidos —concluí.

Morrison sonrió al oírlo.

—La versión móvil del Chac Cuatro solo puede trastear con las nubes —aclaró—. Es lo que solicitó Mayland-Gibson y es lo que les entregamos. Entre los diversos motivos restantes por los que su versión no puede abatir satélites se encuentra el hecho de que la batería portátil no tiene suficiente potencia para proyectar un rayo coherente fuera de la atmósfera. En cambio, aquí, este prototipo Chac Cuatro tiene unas especificaciones técnicas distintas, más

potentes, y absorbe una cantidad de energía casi ilimitada generada por un volcán activo.

—¿Y con eso basta para fulminar un satélite?

—Con eso bastaría para grabar mis iniciales en el Mar de la Tranquilidad, Charlie.

—No... no puedo verificar esa información —observé.

—Si quiere comprobarlo, tenemos un telescopio.

—¿Y cómo sacamos partido de esta habilidad? —pregunté—. ¿Chantajeamos a gobiernos o empresas? «¿Dadnos dinero o haremos añicos vuestros satélites?»

—Intentar chantajear a Estados Unidos o China sería una forma fantástica de lograr que Santa Genoveva quedase reducida a un cráter humeante —dijo Morrison—. Las amenazas son para los villanos zoquetes, Charlie. Los villanos más inteligentes ofrecen servicios.

Parpadeé.

—¿Ofrecemos un servicio de derribo de satélites?

—Contamos con una clientela selecta que, a cambio de una cuota de reserva anual, tiene a su disposición la opción de usar nuestra capacidad para infligir desafíos logísticos a sus competidores. En el espacio.

—Eso es un sí.

—Es un «ganamos mucho dinero ofreciendo un servicio que nadie usa». Los integrantes de la cartera de clientes que atesoramos no nos pagan para abatir satélites. Nos pagan para tener la satisfacción de saber que podrían fulminar satélites en el espacio si quisieran.

—¿Y cuánto están dispuestos a pagar por esa satisfacción?

—El año pasado, Baldwin Consultants, la empresa a través de la cual su tío filtró a todos estos suscriptores, ingresó sesenta y ocho

millones en concepto de servicios de consultoría en tecnología de satélites.

—Es mucho dinero.

—Y también es puro beneficio. —Morrison señaló el Chac Cuatro con la barbilla una vez más—. Todo el proceso de investigación y desarrollo de la tecnología Chac está financiado por Mayland-Gibson, que obtiene el capital de subvenciones gubernamentales. Regenwolke Systems no invirtió ni un centavo del dinero de su tío en el proyecto. Desarrollamos la tecnología sin coste alguno para nosotros y, aunque somos los propietarios de las patentes subyacentes a la tecnología para provocar la lluvia, cedemos a MG una concesión exclusiva para monetizar esa utilidad concreta del diseño, y ahora ofrecemos un modelo de suscripción que tan solo nos obliga a mantener operativa esta iteración concreta de dicha tecnología.

—Es asombroso —valoré—. Y ridículo.

—Lo auténticamente asombroso y ridículo es que tenemos suscripciones de competidores directos —explicó Morrison—, de modo que, si uno de ellos nos dice que derribemos los satélites de la competencia, tenemos órdenes de destruir los satélites de ambas compañías. Y las empresas implicadas saben que su competidora también está suscrita a nuestro servicio, de lo que se deriva que ninguna puede cancelar la suscripción porque, en ese caso, quedaría a merced de la otra.

—Destrucción mutua asegurada con una cuota de suscripción.

Morrison asintió.

—Por eso no tenemos ninguna necesidad de chantajear a nadie, Charlie. Se chantajean entre sí y nos pagan la cuota a nosotros.

—Es perfecto.

—Es villanía.

—Creo que lo voy pillando.

—Estupendo, porque tenemos un porrón de mierda de este tipo en marcha. Lo necesitamos a bordo, y tiene que ser ya.

Iba a contestar cuando sonó el teléfono de Morrison.

—Adelante —dijo, y escuchó a su interlocutor durante un par de minutos antes de mirar hacia arriba—. Sí, entendido, ya lo veo. —Seguí la dirección de su mirada, pero no vi lo mismo que ella. Sin embargo, sí oí un rugido retumbante, el ruido de algún tipo de motor.

Morrison colgó y me miró.

—En marcha, tenemos que volver —anunció.

—¿Qué pasa?

—Vamos a llevar a cabo otra de nuestras especialidades —explicó —, y esta es un poco más peliaguda.

Capítulo 11

—Hemos capturado a un agente de la CIA —nos informó Williams en cuanto Morrison y yo entramos de nuevo al complejo principal de edificios. Se me ocurrió que, a pesar de todo lo que había vivido aquel día, no había visto ni mi despacho ni mi alojamiento. No estaba seguro de disponer de ninguna de las dos cosas; quizá me asignarían un camastro en la laguna de los delfines—. Acaba de saltar en paracaídas y ha aterrizado en el centro de la isla. En realidad, uso el verbo «aterrizar» con benevolencia, porque el paracaídas se le ha enredado en unas palmeras. No ha sido una de nuestras capturas más complicadas.

—¿Estas cosas ocurren a menudo? —pregunté.

—La mayor parte de la isla sigue estando deshabitada. Saltar en paracaídas entre los árboles siempre es una posibilidad atractiva.

—Fantástico, pero me refería a si solemos ser objeto de invasiones por parte de agentes de la CIA.

—De vez en cuando. No solo son de la CIA. También han llegado agentes del MI6, el Mossad, el servicio de inteligencia francés, y tantos otros, además de mercenarios privados y algún mafioso. —Williams se percató de mi expresión—. ¿Hay algo que lo preocupe?

—No lo sé, es que pensaba que seríamos más clandestinos —confesé.

El hombre sonrió de oreja a oreja.

—Salimos en Google Maps, Charlie. Solo podemos ser clandestinos hasta cierto punto. Todo el mundo sabe que estamos aquí, y

también saben lo que hacemos.

—No saben todo lo que hacemos —puntualizó Morrison—. Nos reservamos algunos detalles.

—¿Por qué lo hacemos?

—Hay algunas cosas que todavía no están listas para que podamos compartirlas. Y otras nos las guardamos como ventaja competitiva.

—Como los gatos espía —aventuré.

—Correcto —confirmó Morrison—. Ese es otro de los motivos por los que hemos tenido que traerlo hasta aquí. Si alguien hubiese averiguado que el Airbnb en el que se alojaba en realidad era una casa franca gestionada por Hera, habría sido perjudicial tanto para nosotros como para muchos de nuestros operativos felinos.

—Sigo sin tener muy claro por qué era necesario espiarme.

Morrison asintió.

—Por supuesto, Charlie, esa era la idea.

Williams carraspeó.

—El agente de la CIA —nos recordó para reconducir la conversación.

—Es verdad. —La mujer se volvió hacia mí—. ¿Qué cree que deberíamos hacer?

—Pues..., ¿qué solemos hacer en estos casos?

—Generalmente los interrogamos —contestó Morrison—. Y, al terminar, a veces los matamos.

—¿La última parte es necesaria?

—¿Quiere que lo encerremos para siempre en una mazmorra?

—¿Tenemos mazmorras? —Miré a Williams.

—Yo no lo llamaría mazmorras —respondió—. Tenemos muchas salas subterráneas, cortesía del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos. Es donde tenemos encerrado al agente de la CIA de

momento. Sin embargo, como decía Til, las habitaciones no son muy adecuadas como celdas a largo plazo.

—No estamos diseñados para ser una prisión —explicó Morrison—. Los prisioneros son un engorro. Hay que darles de comer y, de vez en cuando, también hay que darles un manguerazo para que no apesten.

—No sé si me está tomando el pelo.

—Le estoy tomando el pelo en casi todo.

—Ese «en casi todo» tiene mucho peso en la frase.

—¿Qué le parece si vamos a conocer a nuestro agente de la CIA y luego ya veremos? —propuso Morrison.

—¿Quiere que lo interrogue yo? —Me gustaría poder decir que la voz no se me quebró al final de la oración, pero no sería del todo cierto.

—Le diré lo que vamos a hacer —dijo ella—. Esta vez me ocuparé yo del interrogatorio, así podrá aprender cómo los hacemos por estos lares. Una vez que hayamos acabado, podrá decidir qué hacemos con el agente de la CIA: muerte o almacenamiento a largo plazo.

La sala de interrogatorios fue anticlimática, ya que, en realidad, se trataba de la misma sala de juntas en la que hacía un rato me habían comenzado a mostrar una presentación de PowerPoint. El supuesto agente de la CIA estaba sentado en una silla cerca del extremo de la mesa. Era un hombre de mediana edad, más bien joven, de aspecto bastante corriente y ataviado con un uniforme de camuflaje. Le habían dado un vaso de agua, que tenía casi lleno, y en ese momento estaba absorto acariciando a Hera, quien se había tumbado bocarriba delante de él sobre la mesa y se dejaba rascar la

tripa. Habían escondido el teclado o bien se lo habían llevado, y nada dejaba entrever que fuese algo más que una simple gata.

—Me han enviado a su mejor interrogadora —dijo el hombre refiriéndose a Hera mientras Morrison y yo entrábamos en la habitación—, pero no ha conseguido hacerme cantar. —Bromeaba.

—Confíe en mí: si hubiera querido hacerlo cantar, ya habría cantado —dijo la mujer. No bromeaba, aunque el hombre de la CIA no lo sabía. Se sacó el móvil del bolsillo y abrió una aplicación—. ¿Listo para la verificación?

—¿Qué pasará si meto la pata con el código? —preguntó el agente.

—La gata lo matará —contestó Morrison.

—Oooh —dijo el hombre de la CIA, sin saber que probablemente era cierto—. Estoy listo.

—Clave, clave, do, contrabajo —recitó ella.

—Mozart, Schönberg, Adams, Bach —replicó el agente.

—Ha pronunciado mal Schönberg.

—Las vocales con diéresis siempre me cuestan.

—De acuerdo —dijo Morrison.

—¿Y ya está? —pregunté con incredulidad—. ¿Una contraseña fácilmente descifrable que parece sacada de la Segunda Guerra Mundial?

—Adams es un compositor posterior a la guerra —puntualizó el hombre de la CIA.

—Y esa no era la contraseña —aclaró la mujer, y señaló a Hera—. Ella es la contraseña.

—¿Hera la gata?

—Se suponía que, si veía un gato, debía hacer algún comentario al respecto —explicó el agente—. Ella debía dar su respuesta en

función de lo que yo dijese. Todo lo que hemos dicho hasta su «de acuerdo» era la contraseña.

—Sigue siendo descifrable —insistí.

—Por eso hemos contrastado su cara con nuestra base de datos en cuanto ha entrado por la puerta —replicó Morrison—. Si hubiera saltado en paracaídas y no figurase en nuestra lista de invitados, las cosas habrían seguido un camino muy distinto, aunque conociera la contraseña. La contraseña solo era una confirmación.

La miré embobado.

—Sabían que iba a venir.

—No sabíamos que iba a ser él en concreto, pero sí que sería alguien de la CIA.

—Pero...

—Pero se supone que deberían matarme —concluyó el agente.

—Bueno, sí.

El hombre de la CIA se volvió hacia Morrison.

—Se nota que es nuevo —comentó.

—No le toque las pelotas, todavía puedo hacer que la gata acabe con usted.

—Estoy muy confundido —admití.

—Uno de los servicios que ofrecemos es la destrucción y reconstrucción de identidades —me informó mi empleada—. Está aquí para fingir su muerte y obtener una nueva identidad.

—¿Y eso no lo puede hacer la propia CIA? —pregunté—. Parece coser y cantar para ellos.

—Pueden hacerlo, pero a veces quieren que se haga fuera de su sistema.

—¿Por qué motivo?

—Por los motivos que sean —dijo Morrison—. Nosotros no preguntamos y ellos no nos los cuentan. Sin embargo, suponemos

que, en ocasiones, desean borrar a alguien del mapa tan radicalmente que no se arriesgan a que nadie en Langley pueda desvelar que ha adoptado una identidad falsa. Ni se imagina lo difícil que es guardar secretos en los tiempos que corren.

—Y el truco funciona en la era del reconocimiento facial y la biometría —dije mientras hacía un gesto hacia el hombre que iba a ser víctima inminente de un asesinato fingido.

—Bueno, a usted le ha permitido salir del país, ¿no es cierto, Desmondo? —me espetó el agente, y miró a Morrison—. Por cierto, captamos la referencia a *El fugitivo*.

—Entonces pueden dar por hecho que era nuestra intención —replicó Morrison—. Si hubiéramos querido ser más discretos, teníamos otras identidades a punto. Y ahora, señor... —echó un vistazo al móvil— Evan Jacobs, analista del Departamento de la CIA, ha llegado la hora del interrogatorio. Tiene información para mí.

—Correcto —confirmó él—. Y la primera parte tiene que ver con Desmondo, aquí presente. Deben saber que lo han descartado como sospechoso en la investigación por el asesinato de un agente federal. El vídeo de las cámaras de seguridad que su abogado tuvo el detalle de proporcionarnos lo absuelve por completo.

Miré a Hera, que se tumbó de nuevo en la mesa y gorjeó. Jacobs la acarició distraído.

—Eso son buenas noticias —dijo Morrison.

—Para no dar más trabajo del necesario a todo el mundo, ignoraremos los documentos gubernamentales falsificados, que, por cierto, constituyen un delito grave que le podría suponer una condena de hasta veinticinco años. —El agente me miró—. Señor Fitzer, háganos un favor y entierre a Desmondo en el patio de atrás. Si vuelve a asomar la cabeza, varias ramas distintas del gobierno de Estados Unidos se verán obligadas a no ignorarlo.

—Entendido —accedí.

—Gracias.

—¿Quién puso la bomba que mató a su hombre? —preguntó Morrison.

—Todavía no lo sabemos. Sucedió en casa y Dios sabe que su antiguo jefe tenía un buen puñado de enemigos entre los ciudadanos de Estados Unidos, así que el FBI se está haciendo cargo de la investigación.

Morrison hizo un ruidito desdeñoso.

—Estoy seguro de que lo harán bien —dijo Jacobs—. Por nuestra parte, estamos en contacto con los agentes infiltrados en los círculos que frecuentaba su jefe, pero, de momento, no hemos descubierto nada. —Me volvió a mirar—. Quien fuera que quería verlo muerto de momento está siendo discreto.

—No creo que sea nada bueno.

—No lo es, y eso nos lleva a una última cuestión, señor Fitzer. Nuestros infiltrados no saben quién intentó asesinarlo, pero sí nos han informado de que su inminente presencia en la Asamblea de Lombardía despierta un interés notable.

—¿Mi presencia dónde? —Miré a Morrison.

—El evento al que lo convocaba la invitación que recibió ayer —explicó Morrison, y de paso me recordó que, efectivamente, apenas me la habían entregado el día anterior—. La han bautizado así para que suene importante.

—Es importante —dijo Jacob a la mujer, y volvió a mirarme—. Y este año lo será especialmente porque usted estará presente.

—¿Por qué soy tan relevante de repente?

—Según nuestras fuentes, el resto de los miembros de la Asamblea desea saber si planea continuar con las estrategias empresariales de su tío.

—¿Y qué importancia tiene eso?

Jacobs me miró con el ceño fruncido y volvió a mirar a Morrison.

—Su llegada ha interrumpido la sesión de orientación —me excusó ella.

—Ah. —Centró su atención en mí de nuevo—. Bien, pues alerta de espóiler: su tío no era muy querido entre los miembros de la Asamblea.

—La verdad es que deduje esa parte cuando trataron de apuñalar a su cadáver —comenté—. Y estoy convencido de que he heredado su impopularidad, porque intentaron hacerme saltar por los aires.

Jacobs negó con la cabeza.

—No creemos que fuera un asunto personal.

—Volar mi casa me parece más bien personal.

—Me refiero a que no fueron a por usted como persona, sino como el único pariente superviviente de su tío y su probable heredero. —Hizo un gesto hacia Morrison—. Ella se lo explicará mejor, pero, como analista, puedo decirle que nuestra hipótesis de trabajo era que uno de los competidores de su tío supuso que, si usted era su heredero, pero no tenía testamento, todos los negocios, las participaciones y el poder que ostentaba pasarían a ser un patrimonio intestado. ¿Ha hecho testamento, señor Fitzer?

—Quería hacerlo, pero no he encontrado el momento.

Jacobs hizo un gesto.

—Pues ahí lo tiene.

—¿Trata de decirme que uno de los colegas de mi tío estaba dispuesto a asesinarme solo por la ventaja estratégica empresarial que podría obtener si yo no había hecho testamento? —pregunté.

—Para ellos era una actuación de bajo riesgo —respondió el agente.

—¿Poner una bomba en una casa es una actuación de bajo riesgo? —exclamé—. ¿Un asesinato con todas las letras es una actuación de bajo riesgo?

Jacobs asintió.

—Por supuesto. Trate de enfocarlo desde su punto de vista. Usted tiene unos treinta y dos años, de modo que probablemente todavía no tiene testamento. De hecho, acertaron en ese aspecto. Pretendían sembrar el caos y provocar el inmovilismo, y para lograrlo solo tenían que freírlo.

—¿Y si el tío Jake no me hubiese dejado ni un centavo y me hubieran matado para nada?

—No le va a gustar la respuesta a esa pregunta, Charlie —me advirtió Morrison.

—Bueno, pues ahora tengo que saberlo —insistí mirando fijamente a Jacobs.

Él se encogió de hombros.

—Usted no tiene ni familiares que le caigan bien o le importen, ni amigos con los que interactúe más allá de algún «me gusta» en Facebook. Tiene trabajo, pero no una carrera profesional, lo que significa que no tiene compañeros que se preocupen por usted. Debe algún dinero, aunque no lo suficiente como para que los acreedores no puedan darlo por perdido fácilmente. La única posesión valiosa que tenía era la casa de su padre, pero solo tenía una participación en la propiedad, y se sabía que estaba a la greña con sus hermanos por ese motivo. Si el tipo que ardió en su casa hubiera sido usted, en lugar de un federal, la investigación probablemente habría llegado a la conclusión de que, deprimido, solo y furioso con sus hermanos por haber intentado obligarlo a marcharse de su casa, esparció acelerante por las paredes y al

terminar encendió una cerilla. Listo, caso cerrado. Como decía: una actuación de bajo riesgo.

Miré fijamente a Jacobs, estupefacto, y él se dio cuenta.

—Lo siento.

—Se lo dije —me recordó Morrison.

—No era necesario que me lo soltase justo ahora —le espeté, y esta vez le tocó a ella encogerse de hombros.

—A eso me refería cuando le dije que no era nada personal, señor Fitzer —continuó Jacobs—. Nada de toda esta historia tenía que ver con su identidad como Charlie Fitzer. Todo giraba sobre su calidad de variable potencial. Las buenas noticias para usted, si quiere llamarlo así, son que ahora todos saben quién es usted y están muy interesados en ello porque la persona que sea y lo que decida hacer a partir de ahora tendrá un impacto inmediato en sus vidas y sus negocios.

—Genial —mascullé sarcásticamente.

—No quiero decirle cómo debe hacer su trabajo, pero tendría que ponerlo al día lo antes posible.

—Ya le he dicho que ha interrumpido el proceso de orientación —repitió Morrison—. Y tiene razón, no es necesario que me diga cómo debo hacer mi trabajo. ¿Algo más de parte de sus jefes?

—Es todo lo que me han pedido que les diga —declaró el agente —. Salvo el consejo, que he añadido gratis.

—Y vale exactamente lo que he pagado por él —zanjó ella, y volvió a sacarse el móvil del bolsillo—. Bien, Jacobson, ahora me toca a mí ayudarlo. ¿Cómo quiere morir?

Él se animó visiblemente.

—¿Puedo elegir?

—Generalmente los licuamos en un barril —dijo Morrison, ignorándome—. Es sencillo, realista y el vídeo queda espectacular,

pero si quiere lo podemos hacer más dramático.

—¿Me pueden arrojar dentro del volcán? —preguntó Jacobson—. Sería alucinante.

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que no estamos preparados para algo así. Los lugares de la isla en los que el magma se acerca a la superficie están cubiertos de generadores geotérmicos y equipo diverso. No disponemos de ningún pozo de lava al que podamos arrojar a nadie. Además, aunque lo tuviéramos, sería anticlimático. La lava no es como el agua, y en realidad es extremadamente densa. No se hundiría en ella. Simplemente se quedaría tirado sobre la superficie, tostándose.

—Menuda decepción —lamentó Jacobs.

—Lo siento. —Morrison miró su móvil y leyó algo en la pantalla—. Podemos ofrecerle herida de bala, tortura y apuñalamiento, ahogamiento con o sin electrocución, y electrocución con o sin ahogamiento. Si lo prefiere, puede ser estrangulado. Si está decidido a morir de un modo exótico, lo podríamos arrojar al mar para que se lo coma un tiburón, aunque debo advertirle que es una apuesta arriesgada porque a los tiburones no les gusta demasiado comer humanos. La mayoría de las veces dan un mordisco por probar y luego se alejan nadando. En ese caso, tendríamos que pescarlo y meterlo en un barril de todos modos.

—Aun así, morir devorado por un tiburón queda fantástico en el currículum —dijo Jacobs.

—Es una opción muy popular —coincidió Morrison—. Hay años en los que matamos a más gente arrojándola a los tiburones que las personas que mueren por ataques de tiburón en los océanos. En cuanto alcanzamos ese nivel, pedimos a todo el mundo que escoja otra alternativa.

—¡Oh! —Jacobs se iluminó de repente—. ¿Y qué me dice de morir víctima de un rayo láser?

—¿Quiere la opción Goldfinger?

—Es casi tan buena como lo del tiburón. Si está disponible.

—Lamentablemente, no lo está —dijo Morrison—. El espacio que usamos para esa opción está ocupado por un productor de litografías por láser y ahora es una sala limpia. Ya no la podemos embadurnar de sangre. Lo siento.

Jacobs parecía enfurruñado.

—No sé qué elegir —confesó.

—Podríamos dejar que lo decida Charlie por usted —sugirió ella.

—¿Qué? —exclamé.

—Sería una buena manera de celebrar su primer día en este trabajo —continuó Morrison.

El agente me miró, expectante.

—Estoy muy confundido —confesé—. Todo esto suena a asesinato de verdad.

—Bueno, señor Fitzer, tiene que quedar bien en cámara —dijo Jacobs—. Tenemos que fingir mi muerte de un modo que parezca sumamente realista a cualquier observador externo que tenga acceso a las imágenes de la muerte, que será convenientemente grabada porque la grabación se verá sometida a exhaustivos análisis de vídeo o investigaciones concienzudas. —Hizo un gesto hacia Morrison—. Y el método de asesinato no puede ser siempre el mismo. Hay que ir variando para dificultar al máximo la labor de análisis.

—Nos gustan mucho los barriles de doscientos litros —apuntó ella —. Sencillo. Clásico. Aguanta bien la investigación exhaustiva.

—No siempre —terció Jacobs.

—Me parece que el problema es que no queréis morir siempre metidos en un barril de plástico.

Miré a Morrison.

—¿Cómo nos metimos en esta línea de negocio?

—Como en todas las demás —contestó Morrison—. Identificamos una necesidad y nos ofrecimos para satisfacerla de un modo más eficaz y barato que el que usaban hasta entonces. La CIA es uno de los clientes de este servicio, pero no desvelaré el nombre de ninguno más en presencia de Jacobs.

—A mí no me importaría oírlos —dijo él.

—No me tiente a hacer que su muerte sea real —replicó mi empleada.

Jacobs esbozó una sonrisa traviesa.

—Perdón.

—Supongo que este servicio es el motivo por el que tenemos reservas de barriles de doscientos litros en las instalaciones. Por si acaso —aventuré.

Morrison asintió.

—Y tiburones. Nos gusta estar preparados para hacer frente a cualquier contingencia, Charlie. Forma parte de nuestro paquete de servicios completos. Bueno, usted decide. ¿Cómo matamos a Jacobs, aquí presente?

Me volví hacia él. Estaba visiblemente entusiasmado por oír lo que fuese a decir a continuación.

Capítulo 12

El resto del día fue un torbellino. Morrison me llevó de visita por las oficinas y los laboratorios de las distintas empresas de «investigación» de la isla, todas ellas fundadas por el tío Jake y de su propiedad, por lo que ahora me pertenecían a mí.

En cada parada del recorrido, los ejecutivos orgullosos o los directores científicos a los que nos íbamos encontrando me mostraban sus trabajos más recientes, todos ellos proyectos loables y muy nobles que podrían revolucionar sus industrias respectivas y/o salvar el mundo en mayor o menor medida. El tío Jake localizaba a innovadores jóvenes y ambiciosos, financiaba sus empresas emergentes con los beneficios de los edificios y los garajes de aparcamientos, desarrollaba su tecnología y sus innovaciones, y luego licenciaba los resultados. Aquello generaba todavía más beneficios sin asumir mayores costes de producción y manufacturación aparte de los prototipos y algún gasto puntual. Los beneficios de las concesiones de licencias se reinvertían en el *holding* empresarial de Jake para financiar la siguiente ronda de empresas emergentes. Todo funcionaba formando un ciclo casi perfecto.

Y, como colofón a toda esa actividad, estaban los usos no ortodoxos que se daba a esas tecnologías, que Morrison me detallaba mientras me llevaba de un despacho o laboratorio al siguiente. Los láseres para hacer llover que se convertían en cañones abatidores de satélites. La biotecnología para fabricar

fármacos que salvaban vidas que también se podía usar en el desarrollo de drogas indetectables que alteraban el funcionamiento del cerebro, perfectas para debilitar a los enemigos cuando no los querías muertos todavía, solo que no estorbasen. El nuevo formato de compresión de fotografías que se podía usar para «esteganografía cuántica», que Morrison describió como «la típica foto de gatos pasada por la máquina Enigma».

Ninguno de esos usos heterodoxos se ofrecía como una concesión exclusiva o una venta. Todos ellos se brindaban como servicios y suscripciones a una clientela selecta que necesitaba cosas malvadas (o al menos disponer de la amenaza de usar cosas malvadas) lejos del escrutinio de la prensa y los accionistas. El tío Jake, y ahora yo, conservaba celosamente el control de la tecnología y el desarrollo de todas esas funcionalidades alternativas, y en su lugar ofrecía los resultados por un precio astronómico. A continuación, todos esos pagos circulaban a través de una economía paralela secreta entre milmillonarios y gobiernos que hacían que los escándalos derivados de los papeles de Panamá pareciesen un puñado de críos robando calderilla a sus padres.

—Estos servicios y suscripciones se pueden contratar a la carta —me explicó Morrison tras recordar que probablemente yo necesitaba comer algo y encaminarnos hacia la Cantina de Jenny, la principal cafetería-restaurante de la isla—. Sin embargo, también disponemos de una suscripción que ofrece pleno acceso a todos nuestros servicios.

—Vamos, que somos como Spotify, pero para el mal.

—Somos mucho menos malvados que Spotify. De hecho, permitimos que las personas cuyo trabajo vendemos se ganen bien la vida.

—¿Y cuánto cobramos por el acceso completo? —me interesé.

—Bueno, la mayor parte de los suscriptores al pleno servicio son gobiernos, así que establecemos el precio como un porcentaje de su producto interior bruto. Para ellos, el precio más bajo es de unos mil millones de dólares.

Al oír la cifra estuve a punto de atragantarme con el zumo de guayaba.

—¿Y pagan esa cantidad?

—Solo es dinero —constató Morrison.

—Piense bien lo que está diciendo.

—Lo estoy meditando bien —replicó—, y usted, como periodista económico, debería entender a lo que me refiero. El dinero no es una cosa real, Charlie, no cuando negocias con las entidades que poseen las planchas con las que se imprime. Cuando nos paga el gobierno estadounidense, el chino o el brasileño, todo el dinero que percibimos es negro. No aparece en ningún proyecto de ley. Solo dicen que lo tienen y nos lo hacen llegar. No existe hasta que decidimos gastarlo.

—Pero lo gastamos —dije haciendo un gesto que englobaba toda la cantina, pero en realidad incluía a toda la Bahía de Jenny y Santa Genoveva.

—Este lugar sale barato, Charlie —dijo Morrison—. Su tío lo compró por una miseria, en términos relativos. Los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos pagaron la mayor parte de su desarrollo y sus infraestructuras. Nosotros tenemos que pagar el mantenimiento y las nuevas construcciones, pero esos gastos entran perfectamente dentro de lo que nos podemos permitir. Casi toda la energía que utilizamos es geotérmica o solar, un detalle que mantiene nuestros gastos totales a un nivel ridículo, y gracias a las empresas que trabajan aquí también mantenemos otros gastos controlados. —Señaló mi ensalada—. Los ingredientes proceden de

nuestro laboratorio de cultivos hidropónicos supereficientes. Todavía no lo hemos visitado.

—¿Y a qué fin malvado sirve nuestro laboratorio de cultivos hidropónicos? —pregunté.

—Ese laboratorio en concreto, a ninguno. Aparte de ofrecer las concesiones habituales, Jake lo tenía para mejorar la autonomía de la isla. Aquí sufrimos huracanes.

—¿Y no cultivamos hierba con el THC potenciado, ni nada por el estilo?

—Joder, Charlie, eso lo cultivan a campo abierto en el condado de Mendocino. No tenemos ninguna necesidad de entrar en ese segmento del mercado. —Morrison hizo un gesto refiriéndose a toda Santa Genoveva—. Lo que quiero decir es que este lugar se paga con las concesiones legítimas que ofertamos y todavía sobra mucho dinero. Si los granadinos nos sometieran a una auditoría, cosa que no harán de ningún modo, toda nuestra actividad les parecería totalmente honesta.

—En ese caso, ¿qué hacemos con todo el dinero que percibimos por esas suscripciones? —pregunté.

—La respuesta le encantará —anticipó ella—. No hacemos absolutamente nada.

La miré desconcertado.

—No lo necesitamos, Charlie —continuó—. Todo se paga por medios legales, y ese es el motivo por el que los gobiernos pagan nuestras tarifas sin parpadear. Ese dinero no existe de verdad hasta que lo gastamos, y nunca lo gastamos, simplemente lo ingresamos en un banco privado que poseía su tío en una jurisdicción extremadamente favorable que no hace preguntas y cuyos funcionarios gubernamentales aceptan sobornos con toda la alegría

del mundo. Es como meter todo su dinero en un tarro de cristal y enterrarlo en el patio trasero de casa, pero a mayor escala.

—¿Cómo de mayor? —pregunté—. ¿Cuánto dinero tenemos en el tarro?

—¿Ahora mismo? Algo más de tres billones de dólares.

En ese momento no estaba bebiendo zumo de guayaba, pero consideré agarrarlo de la mesa para poder atragantarme otra vez.

—Eso es el PIB de la India —observé.

—Uno de nuestros clientes —me informó Morrison—. Pero sí, aunque no es una buena comparación. Es el valor de la producción anual de la India. Su tío generó esos tres billones en el transcurso de un par de décadas. No es lo mismo.

—Y lo acumuló todo gracias a las cuotas de suscripción.

—Una parte provenía de las cuotas de suscripción. Otra parte del interés compuesto sobre el capital principal proporcionado por las cuotas de suscripción.

—El interés compuesto —repetí.

—Sí. Del banco que custodia el dinero.

—El banco que él poseía.

—Ese mismo.

—Y a nadie le pareció sospechoso.

—Necesito que se vaya acostumbrando a la idea de que, en estos estratos, las cosas funcionan de un modo distinto, Charlie —dijo Morrison.

—Me está diciendo que mi tío Jake era billonario.

—En teoría, sí.

—Y eso significa que ahora yo soy billonario.

Sentí una presión en el pecho al sopesar la posibilidad de que mi patrimonio neto duplicase holgadamente la suma de las fortunas de

las diez personas más ricas del mundo, con casi un billón de añadido.

Morrison se dio cuenta de lo que pensaba.

—Permítame enfatizar un detalle al que estoy convencida que no ha prestado la suficiente atención, Charlie, y son las palabras «en teoría» —dijo—. Ninguno de los milmillonarios en los que sin duda está pensando ahora mismo tiene el valor neto que les asigna *Forbes* o cualquier otra publicación. Todos tienen el mismo problema que tenía su tío, es decir, la liquidez. Si cualquiera de esos milmillonarios intentase capitalizar sus acciones, hundiría su valor en bolsa. Si tratase de vender directamente todas las empresas que posee, vendería la mayoría de ellas a unos precios sustancialmente rebajados. El valor real de cualquiera se reduce al líquido del que dispone o que podría generar de inmediato. La mayoría de esos «milmillonarios» tendrían suerte si pudieran hacer efectivo el cinco por ciento de su supuesto valor neto.

—Intenta decirme que yo no soy distinto a ellos —intervine.

—No, usted lo tiene mucho peor —dijo Morrison, casi en tono triunfal—. Si intenta capitalizar algo más que una minúscula porción de esos billones, pronto se encontrará encerrado en una celda carcelaria en uno de los múltiples países suscriptores de nuestros servicios, acusado de un número impensable de delitos bursátiles y de estafa de inversiones mientras todos los demás países argumentan al que lo atrapó primero que necesitan tenerlo encerrado en sus propias prisiones. Y eso suponiendo que no lo asesinen primero. Y no será un asesinato de los divertidos, con tiburones.

—Así que soy un simple milmillonario.

Morrison me mostró los pulgares hacia abajo.

Fruncí el ceño.

—¿Millonario?

—Eso se ajusta más a la realidad.

—¿Millonario hasta qué punto? —pregunté—. ¿Cientos de millones? ¿Decenas?

—Su tío disponía en todo momento de una liquidez de unos cinco millones de dólares en todo momento —explicó Morrison—. Le agradará saber que es un importe situado por debajo del límite que marca Estados Unidos para aplicar el impuesto de sucesiones. Reinvertía el resto del capital en la financiación de empresas emergentes, la gestión de estas instalaciones y el resto de las cosas que necesitaba hacer. No vivía de un modo extravagante en relación con su valor neto estimado y, cuando necesitábamos hacer algo con dinero, generalmente cubría los gastos alguna de sus sociedades de responsabilidad limitada. Cinco millones eran más que suficientes para él.

—Cinco millones de dólares —repetí.

Morrison captó mi tono de voz.

—Parece decepcionado —observó.

—No lo estoy.

—¿De verdad?

—Bueno..., después de pensar que mi valor neto actual era de tres billones de dólares, lo de los cinco millones ha sido un pequeño bajón —admití.

—Recuérdeme el saldo total de su cuenta corriente hace tres días, Charlie.

—No, no, lo entiendo perfectamente —le aseguré—. Ayer mismo, el valor neto estimado de mi gata era mayor que el mío.

—Enfóquelo de este modo —propuso Morrison—. Independientemente de su valor neto, en teoría o a la práctica, se encuentra en el nivel económico que supone que nunca más tendrá

que volver a pensar en el dinero. Al menos no en el suyo. El dinero ha dejado de ser algo real para usted. En más de un sentido.

—De acuerdo, pero, si el dinero no es real, ¿por qué lo cobramos a nuestros suscriptores? —pregunté—. No podemos usarlo. No podemos gastarlo. No podemos hacer nada con él. ¿Qué sentido tiene ingresarlo?

—Lo hacemos para evitar que se lo queden nuestros competidores, claro está —explicó Morrison—. Si un gobierno se suscribe a nuestro servicio, no se suscribe a los de otro competidor. ¿Para qué iban a ir con ellos? Nosotros cubrimos todas sus necesidades.

—Pero si me acaba de decir que el dinero no era real y que nos pagan con dinero negro —le recordé.

—El hecho de que no sea real no implica que quieran gastar más de lo que sea estrictamente necesario. Además, no todo el mundo comparte la filosofía de «ingresar y retener» que aplicaba su tío. Nuestros homólogos en el sector adolecen de una mala gestión crónica del dinero. Lo gastan en cuanto lo cobran, con lo que llaman la atención y provocan que la prensa y otros agentes comiencen a seguir el rastro del dinero. El resultado mancha la imagen de todos los implicados, y a los clientes no les gusta quemarse. Como nosotros no los quemamos, nos entregan a nosotros su dinero, y eso irrita a los demás participantes en el sector.

Asentí.

—Por eso querían apuñalarlo incluso una vez muerto.

—Es parte del motivo por el que lo deseaban —coincidió Morrison—, y también es el motivo por el que quieren que asista a la Asamblea de Lombardía. Quieren saber si piensa dirigir el negocio como lo hacía su tío.

Levanté las manos, desvalido.

—Sigo tratando de entender todas las actividades de los negocios de mi tío.

Morrison asintió y señaló mi comida.

—En ese caso, termine de comer e iremos a visitar el resto. Hay muchas cosas por ver y por aprender.

El sol ya se había puesto cuando volví a mi alojamiento, que había sido el de mi tío y, muy acorde con lo que había ido descubriendo sobre él, era mucho menos lujoso de lo que uno podría esperar de un teórico billonario. No estaban mal ni por asomo, pero aquellas habitaciones irradiaban la típica vibración de la segunda mejor *suite* de un hotel de lujo de la cadena Sandals.

Llegado a ese punto, me daba exactamente igual. Llevaba en pie desde muy temprano por la mañana y tenía el cerebro saturado con más nombres e información de los que sería razonable que esperasen que pudiera recordar. Tendría que pedir a Eve Yang que me preparase un diagrama de flujos con todas las empresas de la isla y sus empleados, y luego debería dedicar unos días a memorizar toda la información. Y, en ese momento, tendría que volver a marcharme para asistir a la Asamblea de Lombardía, donde oiría más nombres y recabaría más información. A pesar de mi pasado como periodista, era mucho material.

Miré la cama de la *suite* y me planteé brevemente la opción de ducharme antes de acostarme, pero acabé pensando: «A la mierda», y me dejé caer sobre el colchón. Al menos era mucho mejor que el de un hotel de gama media. Me dormí unos diez segundos después de tumbarme.

Un tiempo indeterminado después, mi consciencia dormida percibió que algo se encaramaba a la cama de un salto, seguido por

un segundo brinco menos pesado. Unos segundos más tarde, dos objetos peludos, uno pequeño y el otro todavía más menudo, se tumbaron junto a mí.

Hera y Perséfone.

—No pasa nada —murmuré a Hera con los ojos cerrados, sin acabar de despertarme—. Ya sé que trabajáis para mi tío. No hace falta que finjáis que os caigo bien si no queréis.

Un instante después una pata felina me dio un golpecito en la nariz, como diciendo: «Cállate, humano bobo».

—De acuerdo —murmuré, y me quedé dormido con mis gatas ronroneando a mi lado.

Capítulo 13

Me desperté antes de lo que quería y me desvelé más de lo que me habría gustado, así que, tras media hora intentando volver a dormirme, decidí salir a dar un paseo.

Era antes del alba, y mientras vagaba por la costa de la Bahía de Jenny me preocupó que, en algún momento, el personal de seguridad, que existía casi con toda certeza, diese conmigo y me sugiriese «amablemente» que regresara a mi *suite.* No vi a nadie. Tras casi media hora preguntándome en qué momento se abalanzarían sobre mí, me di cuenta de que, técnicamente, ahora era su jefe y podía ir adonde quisiera.

¿Adónde quería ir?

Fui a la laguna de los delfines.

Cuando llegué estaba casi a oscuras, iluminada solamente por las luces tenues del camino, que supuse que habían instalado para que ni yo ni otros humanos cayésemos accidentalmente al mar. Sin embargo, al acercarme al agua, se activó una luz en la laguna, que iluminó a un único delfín. Caminé hacia él y, a medida que me aproximaba, se encendieron más luces, esta vez en las zonas para humanos. El cetáceo que había quedado resaltado nadó hacia el micrófono, que ahora sabía que formaba parte del equipo estable de la laguna.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté al delfín mientras gesticulaba hacia el equipo activo.

Él chilló y, como antes, un altavoz tradujo:

—Del mismo modo que tú usas a Alexa para que encienda las luces de tu casa. Aunque sin enviar a Jeff Bezos información que pueda usar para venderte cosas.

—Entendido —le dije, y luego se me ocurrió algo—. ¿Te he despertado? Si te he despertado, lo siento, solo había salido a pasear un poco.

—Ya estaba medio despierto —contestó el animal.

—Es verdad, los delfines solo dormís con medio hemisferio cada vez.

—En mi caso, me he despertado porque tenía que mear.

—Oh.

—El comentario te ha hecho sentir incómodo, ¿verdad?

—Un poco —admití.

—Pues ya verás cuando te cuente que los delfines podemos identificar a otros miembros de la especie saboreando sus meados. Eso sí que te va a incomodar de verdad.

—En eso tienes razón.

—Y también está lo de la inspección genital —continuó el delfín—. Si los humanos hicieran lo mismo, se ganarían una demanda por abuso sexual. Entre delfines, en cambio, no es más que un saludo.

—¿Eres el mismo delfín con el que he hablado antes? —pregunté para intentar cambiar de tema.

—Si no estás seguro, se me ocurre un método que podrías usar para comprobarlo —respondió—. De hecho, se me ocurren dos.

—También me lo podrías decir y en paz.

—Cobarde.

—Mucho. ¿Lo eres?

—Sí, soy el mismo.

—¿Tienes nombre? —pregunté—. Me refiero a un nombre que no me obligue a beberme tu meado —aclaré.

—Depende —contestó el delfín—. Por un lado, está el nombre que uso yo y, por otro, el que usa Livgren para referirse a mí. —El delfín hablaba de la experta en cetáceos a la que había conocido en la laguna—. Y también tengo el número que me asigna el laboratorio.

—Empecemos por el que usas tú —sugerí.

El delfín pio y el altavoz guardó silencio.

—No tiene traducción —explicó el animal—. Se deriva de estados hidrológicos del agua que los humanos no experimentáis directamente y para los que no disponéis de palabras sencillas. Sería algo parecido a: «Quien puede encontrar una corriente pura de agua a través de las tinieblas de un torrente aluvial en una bahía».

—Podrías llamarte «Ally» para abreviar —propuse.

—Ah, disculpa, pensaba que me habías preguntado cómo me llamo, no que intentabas idear un nombre cortito con el que infantilizarme.

—Perdón —me disculpé sorprendido.

—Si quieres usar un nombre más corto, puedes llamarme simplemente «Gilipollas», que es como me llama Livgren cuando cree que no la escucho. Mis intentos de organizar al grupo la irritan. ¿Por qué sonríes?

—Estaba recordando cómo te has presentado cuando nos hemos conocido —respondí—. Te he estado llamando «Me Importa Un Huevo» mentalmente. No creo que «Gilipollas» sea una mejora

—«Me Importa Un Huevo» es mejor porque se me ha ocurrido a mí —valoró el delfín—. Y eso también lo convierte en un nombre mejor que el que se supone que debe usar Livgren, es decir, mi designación formal, mi número de laboratorio, Blythlyn C Setenta y Tres.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que soy el septuagésimo tercer feto viable del tercer linaje viable de clones de delfín desarrollados por el doctor Martin Blythlyn, que es el ingeniero genético zoológico jefe, o lo era hasta que murió en trágicas circunstancias.

—¿Cómo murió?

—Fue a nadar con algunos de sus sujetos y lo invitaron a practicarles una inspección genital para comprobar si los podía distinguir. No pudo, o por lo menos no lo hizo lo bastante rápido.

Retrocedí un paso, horrorizado.

—Fue antes de mi liderazgo —se apresuró a añadir el delfín—. Pero es una historia popular entre el grupo.

—Eres un clon —dije para volver a cambiar de tema.

—Todos somos clones —respondió—. Del primero al último. Y todos esos también. —Hizo un gesto hacia mi espalda con la punta del hocico y, al darme la vuelta, vi a Hera sentada, a menos de dos metros, observándonos a mi interlocutor acuático y a mí. Brinqué de sorpresa en sentido literal.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Te espía, obviamente —contestó el delfín.

—Eso no tiene sentido —repliqué—. Ahora dirijo este lugar.

—Y todo el mundo sabe que a los jefes nunca los espía nadie —ironizó él—. Espiar es el motivo por el que tenéis a los gatos. Es a lo que se dedican.

—¿Me estabas espiando? —pregunté a Hera.

Hera maulló y tardé unos segundos en darme cuenta de que no hablo la lengua gatuna.

—Da igual, ya hablaremos más tarde —le dije, y me volví de nuevo hacia el delfín—. ¿Por qué usan clones? —pregunté.

—Pregúntaselo a ella —respondió él señalando de nuevo a Hera con el hocico—. Ella lo sabe. Todos los gatos lo saben. Y, cuando te

lo cuente, ven a verme y me explicas lo que te ha dicho. Entonces yo te diré si te ha mentido.

El delfín se dispuso a alejarse nadando del micrófono.

—Un momento —lo detuve, e hizo una pausa—. Dime cómo prefieres que te llame.

—Yo no quiero que me llames de ninguna manera —replicó el delfín—. Lo que quiero es que escuches nuestras exigencias. Has dicho que ahora diriges este lugar. Fantástico. Demuéstralo tomándonos en serio y negociando con nosotros un acuerdo honesto. Una vez que lo hagas, te diré el nombre que puedes usar para referirte a mí. Es un trato justo.

—También podríamos hablarlo ahora.

—¿A las cinco de la mañana, sin preparación y sin ningún testigo aparte de una secuaz felina corporativa? No lo creo.

—No pretendía parecer altivo.

—No, eso sí lo creo —dijo el delfín—. No tienes ni idea de cómo debes afrontar un conflicto laboral, y es evidente que las circunstancias te sobrepasan, pero puedo creerme que tienes buenas intenciones, y por ese motivo voy a hacer dos cosas por ti. En primer lugar, convenceré al resto de los delfines para que aplacen la votación sobre si vamos o no a la huelga hasta que regreses de la Asamblea de Lombardía.

—¿Sabes lo de la Asamblea?

—Soy un delfín, no una ostra —me espetó—. No tengo la cabeza metida en un agujero en el suelo. Claro que lo sabemos. Todo el mundo habla del tema a todas horas. Nosotros formamos parte de todo el mundo.

—¿Y qué dice todo el mundo?

—Todo el mundo se pregunta si volverás vivo de la reunión.

—¿Y cómo van las apuestas?

—Yo no te aconsejaría que hagas inversiones a largo plazo —dijo el delfín.

—Caramba.

—Lo segundo que haré por ti es proporcionarte algo de información —continuó—. Di a Morrison que volvemos a tener ballenas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que volvéis a tener ballenas.

—¿Y por qué quieres que se lo diga a Morrison?

—Porque hace una semana tú eras un maestro suplente y te habías atrasado en el pago del alquiler.

—Madre mía.

—Ya te he dicho que chismeamos —me recordó el delfín—. No te lo echo en cara. No es culpa tuya que no sepas nada sobre nada. De todos modos, es la realidad, y Morrison era la mano derecha de tu tío, así que ve y dile que volvemos a tener ballenas. Ella sabrá lo que significa.

—¿Es importante?

—Es lo bastante importante como para que Morrison vaya a querer saberlo.

—Y no se lo ibais a contar antes de esta charla. Ni a ella ni a nadie.

—Puede que hayas oído comentar que tenemos un conflicto laboral en marcha —se burló el delfín—. En cualquier caso, la información es reciente, porque hemos visto a las ballenas esta misma noche. Simplemente eres el primero al que se lo hemos contado. Bueno, los primeros en saberlo sois la gata y tú, pero yo te lo digo a ti. Ella solo nos escucha. Como siempre.

—¿Me estabas espiando esta noche? —pregunté a Hera de vuelta en su *suite.*

Su *suite*, que compartía con Perséfone, era adyacente a la mía, y ambas estaban conectadas por una puerta interior con una gatera. Como antes de desplomarme en la cama no había inspeccionado la habitación a fondo, tampoco me había fijado ni en la puerta ni en la gatera. En la *suite* de Hera había varias camas para gatos, un escritorio con su teclado, y una cocina con una fuente de agua manejable con la pata y un dispensador de croquetas para gatos con unos mandos semejantes. Allí solo estábamos ella y yo. Perséfone seguía durmiendo en mi cama en la habitación de al lado.

«TE ESTABA SIGUIENDO —tecleó Hera—. ERES NUEVO EN LA ISLA. ME PREOCUPABA QUE TE PERDIESES.»

—Tú también eres nueva en la isla —apunté.

«YO NACÍ AQUÍ —escribió—. ESTUVE VIVIENDO AQUÍ ANTES DE QUE ME ENVIASEN A VIVIR CONTIGO.»

—Mientras vivías conmigo me estabas espiando —la acusé.

«SÍ, TE ESPIABA Y TAMBIÉN GESTIONABA LAS AMENAZAS.»

—¿De qué amenazas hablas? Mi vida no estaba bajo amenaza hasta que alguien decidió volar mi casa.

La gata me miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que sí que hubo amenazas?

«TU TÍO DEJÓ MUY CLARO A TODO EL SECTOR QUE SE TOMARÍA MUY MAL CUALQUIER INCIDENTE QUE IMPLICASE A SU FAMILIA. DE VEZ EN CUANDO, ALGUIEN LO OLVIDABA.»

Se me fundió el cerebro tratando de asimilarlo.

—¿Y cuántas veces intentó alguien matarme?

«¿EN TOTAL O DESDE QUE COMENCÉ A OCUPARME DE TU SEGURIDAD?»

—Contigo.

«TRES VECES, INCLUYENDO UNA HACE DOS MESES.»

—¿Qué? ¿Qué pasó hace dos meses?

«OTRA BOMBA. ESTABAS EN EL INSTITUTO. LA DESPEJAMOS ANTES DE QUE VOLVIESES A CASA.»

—¿Por qué? —No se me ocurría absolutamente ningún motivo por el que hacerme estallar podría haber tenido algún valor para nadie.

«POR EL MISMO MOTIVO QUE LA ÚLTIMA VEZ —tecleó Hera—. ERAS EL POTENCIAL HEREDERO DE TU TÍO. ADEMÁS, EL INSTIGADOR DEL ATENTADO SABÍA QUE TU TÍO ESTABA ENFERMO Y TRATABA DE AVERIGUAR SI TODAVÍA PODÍA HACER REALIDAD SUS DESEOS.»

—¿Y qué le pasó a quien puso la bomba?

«A QUIEN PUSO LA BOMBA NO LE PASÓ NADA, SOLO ERA UN SOLDADO RASO QUE OBEDECÍA ÓRDENES. SU JEFE INMEDIATO MURIÓ MIENTRAS DORMÍA.»

—No suena a algo horrible.

«CUANDO SE DURMIÓ ESTABA DESNUDO, DE PIE SOBRE UNA PLATAFORMA MUY PEQUEÑA EN LO ALTO DE UNA ANTENA DE RADIO.»

—Eso... suena bastante peor.

«EL MENSAJE QUEDÓ CLARO.»

—Hasta que Jake murió.

«Y ESE ES EL MOTIVO POR EL QUE AHORA ESTÁS AQUÍ.»

—¿Te caigo bien? —pregunté a mi gata. De pronto, era muy importante para mí caerle bien a mi gata por mí mismo y que no solo lo fingiese porque se lo exigía su trabajo.

«TE APRECIO MUCHO, CHARLIE, Y PERSÉFONE TAMBIÉN. NOS ENVIARON PARA VIGILARTE, PERO TÚ ESCOGISTE ACOGERNOS Y TRATARNOS BIEN.»

—¿Y qué habría pasado si no os hubiese adoptado?

«NOS HABRÍAMOS QUEDADO MERODEANDO POR LOS ARBUSTOS Y EL PATIO DE ATRÁS. YO TENÍA LA OTRA CASA.»

—Es verdad.

«PERO EL HECHO DE QUE NOS ACOGIERAS NOS AYUDÓ A AYUDARTE.»

—Y a mi tío.

«SÍ, A TU TÍO TAMBIÉN.»

Como aquello habría bastado para poner punto final a la conversación, decidí seguir un camino distinto.

—O sea, que eres un clon —dije.

«SÍ. TRAS DISEÑARNOS SEGÚN LAS ESPECIFICACIONES, NO QUERÍAN QUE LA SELECCIÓN NATURAL ESTROPEASE NADA. SOY UN CLON DE UNA GATA QUE VIVIÓ HACE VEINTE AÑOS. COMO PERSÉFONE.»

—Pero no tenéis las mismas manchas.

«LOS CLONES NO SON IDÉNTICOS AL CIEN POR CIEN. SI LO FUÉSEMOS, DARÍA UN POCO DE GRIMA.»

—También había otro gato que no era naranja y blanco.

«MI JEFE. NO SOMOS LA ÚNICA CEPA DE GATOS INTELIGENTES. HAY UN PAR DE DOCENAS.»

—Pero solo hay una cepa de delfines.

«ELLOS NO VIVEN EN LAS CASAS DE LA GENTE», señaló Hera.

—¿Hay otros animales inteligentes? ¿Perros, tal vez?

«NADA DE PERROS —tecleó Hera—. LOS PERROS SON LO PEOR. TE VENDERÍAN POR UNA GOLOSINA Y UN GOLPECITO CARIÑOSO EN LA CABEZA.»

El comentario me hizo sonreír.

—Es bueno saberlo. Me parece que a los delfines no les gustáis demasiado.

«NO LES FALTAN RAZONES —tecleó—. LOS GATOS ESTAMOS EN TIERRA FIRME Y OCUPAMOS PUESTOS DIRECTIVOS AQUÍ, CON LOS HUMANOS. LOS DELFINES ESTÁN EN EL AGUA Y NO TIENEN TANTO PESO EN LA TOMA DE DECISIONES. NOS TIENEN RENCOR POR ESE MOTIVO.»

—Vosotros sois los burgueses, y ellos, el proletariado —bromeé.

«MÁS O MENOS», tecleó Hera, en serio.

—¿Cómo puedes ser tan inteligente? —pregunté tras asimilar de pronto el hecho de que una gata estuviera tecleando y entendiese

las teorías de la clase y la lucha obrera—. No te ofendas, pero tienes el cerebro del tamaño de una nuez.

«¿CÓMO PUEDE HABER TANTOS HUMANOS TAN POCO INTELIGENTES? —replicó—. TIENEN EL CEREBRO DEL TAMAÑO DE VARIAS NUECES.»

No tenía una buena respuesta para esa observación.

—¿Qué opinas del asunto de las ballenas? —pregunté en su lugar.

«CREO QUE DEBERÍAS HACER LO QUE TE HA DICHO EL DELFÍN Y CONTÁRSELO A TIL», tecleó.

—Crees que es importante.

«CREO QUE CUANDO ALGUIEN QUE ODIA A LA DIRECCIÓN QUIERE QUE LA DIRECCIÓN SEPA ALGO, O BIEN TRATA DE DESVIAR SU ATENCIÓN, O BIEN HABLA MUY EN SERIO. EN CUALQUIER CASO, TIL DEBERÍA SABERLO.»

—¿Crees que volveré vivo de la Asamblea de Lombardía? —No sé por qué le hice esa pregunta. Supongo que podría decir que, mientras el sol salía, mi cerebro se mostraba algo disperso.

«POR SUPUESTO —tecleó Hera—. YO FORMARÉ PARTE DE TU EQUIPO DE SEGURIDAD.»

—Así que tú me salvarás —bromeé de nuevo.

«NO SERÍA LA PRIMERA VEZ», replicó ella, de nuevo en serio.

Capítulo 14

Para dejar las cosas absolutamente claras, el hotel Grand Bellagio no está en Las Vegas ni en sus alrededores. Recibe el nombre del municipio de Bellagio, situado en un promontorio que divide el lago de Como, en la región italiana de Lombardía. Además, a diferencia del hotel de Las Vegas, el Grand Bellagio tenía una historia que se remontaba medio siglo y había pasado al menos la mitad de ese tiempo siendo un patio de juegos exclusivo para reyes, emperadores, grandes empresarios y milmillonarios. Era el tipo de hotel en el que la habitación básica con una cama doble más barata costaba ochocientos euros, un precio que se incrementaba en temporada alta. Si alguna abuela enamorada de Las Vegas se plantaba con su autocaravana en el Grand Bellagio con un vaso de plástico lleno de monedas para jugar a las tragaperras, le mostraban discretamente la puerta lateral en cuanto ponía un pie en la recepción.

Cuando era periodista, había acudido a hoteles de ese tipo para entrevistas, presentaciones y para esas conferencias en las que invitaban a ponentes a hablar durante quince minutos sobre el cambio radical que estaban provocando en el mundo gracias a la invención de la última versión de un sistema de mensajería de texto, o a explicar el colapso de los sistemas económicos mediante gráficos sobre las migraciones de patos. Sin embargo, nunca me había alojado en uno de ellos. Como los presupuestos de los periódicos del siglo XXI no permitían ese tipo de gastos, siempre me alojaba con el

resto de la plebe periodística en el equivalente local de un Best Western.

Mi alojamiento en el hotel Grand Bellagio no era ni mucho menos en la habitación sencilla con una cama doble. Yo ocupaba una *grand suite* de tres habitaciones con un balcón magnífico con vistas al lago de Como. Había *suites* más amplias (la *suite* imperial tenía siete habitaciones y era más grande que mi casa antes de que fuera pasto de las llamas), pero no muchas. Entré con Morrison y Hera, e inmediatamente me abrumó una oleada de síndrome del impostor.

—Supérelo —me aconsejó la mujer cuando se lo comenté—. Está en el lugar que le corresponde.

—Porque me he abierto camino en el mundo por méritos propios, sin ayuda de nadie, valiéndome por mí mismo hasta convertirme en un gran capitán de la industria —añadí sarcásticamente.

—No, porque no lo ha hecho —puntualizó Morrison, ignorando el sarcasmo—. Ninguno de los cabronazos a los que conocerá este fin de semana se ha labrado su destino. Todos son hijos, sobrinos, o cualquier otro tipo de beneficiario del nepotismo. En ese aspecto, usted es exactamente como ellos.

—¿Y esa gente sabe lo que usted opina de ellos? —pregunté.

—Si no lo sabían hasta ahora, ya lo saben, porque estoy casi segura de que en esta habitación hay micrófonos ocultos. Ya he ordenado un registro de la habitación para retirar los más obvios y la mayoría de los menos evidentes, pero apuesto a que no los han encontrado todos, así que no diga nada que no desee que ellos sepan. —Al decir esto último miró a Hera y luego me miró a mí de nuevo.

—Entendido. —La gata se encaramó a una silla con una decoración excepcional y se tumbó para dormir una siesta—.

También podríamos trasladarnos a una habitación sin micrófonos —propuse.

—Hay micrófonos en todas, Charlie —dijo Morrison—. La verdad es que ninguno de estos cretinos confía en los demás. Será mejor que se quede en esta *suite.* Es mejor que cualquier otra habitación disponible.

—¿El resto de las *suites* están ocupadas?

—El hotel está completo.

—¿De verdad hay tantos villanos profesionales?

Morrison negó con la cabeza, pero hizo una pausa y reconsideró la respuesta.

—Bueno, sí, los hay, pero no forman parte de la Asamblea. Esta semana también hay un congreso empresarial en marcha. El Encuentro de Bellagio.

—¿El hotel organiza dos eventos a la vez? —De pronto, la Asamblea de Lombardía, aquella asociación preeminente de personajes nefarios, me parecía mucho menos impresionante, ya que, por lo visto, era demasiado cutre para reservar todo el hotel para su congreso.

—El Encuentro de Bellagio está organizado por la Asamblea —aclaró Morrison—. Para ser más precisos, lo convocan algunos de los negocios legítimos que poseen distintos miembros de la Asamblea. Durante cinco días, se adueña del municipio. Toda la gente importante se aloja en este hotel. El resto se amontona en hoteles de menor categoría y Airbnb. Y si alguien quiere ahorrar o es demasiado lento a la hora de hacer reservas, viene en autobús desde Milán todos los días.

—Entonces este congreso es sumamente importante.

—Sí, ya lo creo.

—Sin embargo, a pesar de mi pasado como reportero de negocios, nunca había oído hablar de él.

—Solo se puede asistir con invitación.

—Como la Arboleda Bohemia, pero he oído hablar de ella.

—El Encuentro de Bellagio es uno de esos eventos totalmente herméticos de los que nadie habla con nadie —explicó Morrison—. Sin prensa. Sin página web. No se puede solicitar una invitación; alguien tiene que proponerte. Si revelas algo sobre la reunión, te aíslan, y no solo del Encuentro, sino de la posibilidad de hacer negocios con cualquiera de los demás asistentes. Es el grupo más exclusivo al que cualquiera de estos tipejos podrá pertenecer jamás, y nadie la cagará largando más de la cuenta. No se puede ocultar la existencia misma del congreso porque todo el mundo que hace negocios en Bellagio sabe que se celebra aquí, pero sí puedes hacer que la gente no hable del tema con nadie ajeno al grupo, y eso es lo que hacen.

—De modo que, por lo que al resto del mundo respecta, todos estos emprendedores se han reunido aquí el mismo fin de semana por pura casualidad.

Morrison se rio por la nariz.

—El lago de Como está lleno hasta la bandera de ricos que no merecen serlo, Charlie. Lo está desde que Plinio el Joven frecuentó esta tierra. Y, allá donde hay ricos, hay gente que desea ser rica y cree que puede contraer la riqueza por osmosis. Confíe en mí, nadie ve nada inusual en esta semana.

—Y eso lo hace perfecto para un encuentro de villanos —concluí.

—Vaya, veo que lo sigue pillando —dijo Morrison—. Sí. Un congreso semisecreto cuyos asistentes están adiestrados para guardar silencio es una magnífica tapadera para que una decena de

los llamados señores de la oscuridad puedan reunirse alrededor de una mesa y conspirar.

—Entendido.

—Hablando de «cabrones, pero no gilipollas», tiene una reunión en diez minutos —anunció Morrison—. Anton Dobrev quiere conocerlo.

Fruncí el ceño al oír el nombre; me sonaba de algo. Entonces lo recordé.

—«A mamarla, hijo de puta» —dije.

Morrison arqueó las cejas al oírlo.

—¿Cómo dice?

—Era la dedicatoria del jarrón de flores que envió al funeral del tío Jake.

—Ah. —Ella señaló mis maletas—. En cualquier caso, quiere conocerlo, así que busque algo que ponerse ahí dentro. Querrá causarle buena impresión.

—¿Tan importante es?

—Se aloja en la *suite* imperial del hotel —contestó Morrison—. Además, es el dueño del hotel. Y es el jefe de la Asamblea de Lombardía. O sea, que sí. Póngase corbata. Una que no tenga pelos de gato.

Anton Dobrev estaba sentado en la terraza del salón de té del Grand Bellagio en una pequeña mesa con vistas al lago de Como, acompañado por otro hombre, que quedaba sentado de espaldas a nosotros, mientras el jefe de sala nos acompañaba a la mesa. Dobrev era un hombre corpulento, de aspecto saludable y de algo más de setenta años. Al verme llegar junto a Morrison, se levantó de

la silla de un salto, se nos acercó con los brazos abiertos y nos estrechó en sendos abrazos asfixiantes.

—Charlie, Til —saludó con un acento inidentificable de la región central del continente—. Til, me alegra verla tan bien. ¡Y usted! ¡Charlie! Estoy seguro de que su tío sonríe al verlo desde el cielo.

—Gracias.

—Me caía muy bien, ¿sabe? —continuó Dobrev—. Me dolió en el alma no poder asistir a su funeral. Envié representantes y flores.

—Lo recuerdo —repliqué—. Le hizo llegar un jarrón con la dedicatoria: «A mamarla, hijo de puta».

Él reprimió la risa al oírlo.

—¡Sí! ¡Es verdad! Su tío Jake me hizo prometerle que enviaría un jarrón con esas palabras a su funeral. Era una broma interna entre nosotros.

Miré a Morrison, pero ella se mantuvo inexpresiva.

—¿Y los dos hombres que acudieron para asegurarse de que su cadáver era un cadáver de verdad? —pregunté.

Dobrev separó las manos y se encogió de hombros.

—Eso no lo pidió, pero me pareció importante cerciorarme de su muerte. Ya la había fingido anteriormente.

—Algo he oído.

—Por aquel entonces, fue todo un escándalo. —Él hizo un gesto desdeñoso—. Francamente, opino que algunos reaccionamos de una forma exagerada. Fue una decisión empresarial justificada por parte de su tío. Yo no la apoyaba, pero entendí el motivo por el que lo hizo. —Otra risita ahogada—. Por supuesto, a mí me resulta fácil decirlo porque no me hizo perder miles de millones como a otros miembros del grupo. De todos modos, lo lamento, pero aquello dio pie a que algunos de nosotros tuviéramos un interés legítimo en

asegurarnos de que estaba muerto. —Volvió a mirar a la mesa—. Por eso estabas tú allí para apuñalarlo, ¿verdad?

El hombre que permanecía sentado volvió la cabeza y desveló que se trataba de Tobias el Acuchillador.

—Correcto.

Dobrev se percató de mi reacción al ver a Tobias.

—Veo que recuerda a mi viejo amigo Tobias —me dijo.

—Alguien que intentó asestar una puñalada al cadáver de mi tío es bastante memorable —repliqué.

—Me ha contado que lo empujó cuando se disponía a apuñalarlo.

—Es verdad.

Una nueva risita contenida.

—Es usted muy valiente, Charlie. Necio, pero muy valiente.

—Sí, me lo dicen a menudo.

Dobrev me dio una fuerte palmada en la espalda.

—¡Seguro que sí!

—¿Pretende que nos acompañe mientras hablamos, Anton? —preguntó Morrison inclinando la cabeza hacia Tobias.

—¿Él? De ningún modo —contestó Dobrev—. Tobias y yo habíamos terminado de hablar de negocios y solo estábamos charlando mientras los esperaba. Somos amigos.

—Debería buscarse mejores amistades —le aconsejó ella.

—Oye, que estoy aquí —señaló Tobias.

—Entonces ya me has oído.

—Veo que todavía se quieren —observó Dobrev.

—Es lo que suele pasar tras un intento de asesinato —dijo Morrison.

—Ah, no crea —replicó el villano, y miró de nuevo a Tobias—. ¿Cuántas veces has intentado matarme? ¿Dos?

—Tres —lo corrigió él.

Dobrev frunció el ceño.

—¿Cuándo fue la tercera?

—Si no lo sabes, no pienso decírtelo.

Él hizo un gesto hacia Tobias y miró a Morrison con las cejas arqueadas.

—¿Se da cuenta? Guarda secretos industriales que no me desvela ni siquiera a mí. Cualquiera diría que yo debería tener ciertos privilegios. Sin embargo, lo que quiero hacerle notar es que, a pesar de todo, Tobias y yo podemos seguir sentándonos a la misma mesa y ser amigos. Los negocios son los negocios, y no tienen nada que ver con el respeto y la amistad. Jake era consciente de ese hecho. Yo le metía algún gol, y él hacía lo propio conmigo, pero, de vez en cuando, cenábamos juntos y nos reíamos mucho. Cosas de colegas. Ya me entienden.

—Me alegro por usted, pero yo no lo veo igual —replicó Morrison.

—Tú te lo pierdes —dijo Tobias.

—No me pierdo gran cosa.

Dobrev se volvió hacia mí.

—¿Se da cuenta? Menuda falta de camaradería entre este par. Si hoy en día todo es tan complicado es por culpa de estas cosas.

—Es una lástima —dije.

—¡Exacto! Gracias. —Dobrev dio una palmada—. Veo que, como mínimo, usted y yo nos llevaremos bien. —Miró a Morrison—. Til, si le parece bien, me gustaría charlar a solas con el joven Charlie.

A juzgar por la expresión de ella, no le parecía bien.

—Eso no es lo que pactamos —protestó.

—Lo sé, lo sé —dijo él en tono apaciguador—, pero me da la impresión de que la conversación será más fluida. No se preocupe, no lo convenceré para que me firme la transferencia de todas sus propiedades a mi nombre. Solo será... una conversación.

Charlaremos. Un encuentro amistoso. Con su consentimiento, por descontado.

—Finge que le está pidiendo permiso, no lo hace con todo el mundo —intervino Tobias secamente.

—Tobias. —Con una sola palabra, la voz de Dobrev había pasado de sonar a tío afable a adoptar el tono del padrino.

—Perdona, Anton —se disculpó él con la mínima sumisión imprescindible.

Morrison me miró.

—No acepte ningún acuerdo y venga a verme al terminar —me ordenó.

—¿No se supone que ahora él es tu jefe? —preguntó Tobias a mi empleada.

—Te arrancaré la lengua —respondió ella.

—Pensaba que ya no estábamos juntos.

—Ya basta, los dos —los interrumpió Dobrev, que había retomado el modo paternal—. Levanta, Tobias. Til, te lo devolveré sin ningún compromiso adquirido. Lo prometo. Y ahora, vosotros dos... —Dobrev hizo un gesto para invitarlos a salir y ambos se marcharon. Morrison dejó pasar a Tobias delante para no perderlo de vista.

—Son muy intensos —comentó el villano—. Fueron pareja, hasta que...

—Él intentó matarla —concluí.

—No, no la quería matar él. Era un asesinato por encargo —me corrigió Dobrev.

—¿No es lo mismo?

—Bueno, para la víctima sí lo es —admitió—. Acaba muerta en los dos casos. Sin embargo, en un caso es una cuestión de negocios, y en el otro es... caos.

—Ambos casos pueden ser caóticos —apunté.

Dobrev asintió y me apoyó una mano en el hombro.

—Recuerde esa reflexión —dijo—. Ahora forma parte de nuestro sector empresarial. Puede que cambie de opinión.

Lo miré con escepticismo. Parecía encantado con mi reacción.

—Su tío Jake me miraba muy a menudo con esa misma cara —rememoró—. Es uno de los motivos por los que me gustaba. En fin. ¿Tiene hambre, Charlie? Si está hambriento, podemos charlar aquí sentados mientras come algo. Sin embargo, si puede esperar, podríamos salir a dar un paseo, si le apetece acompañarme.

—¿No correremos peligro? —pregunté—. Hace un segundo estábamos hablando de asesinatos por encargo.

—En cualquier otro lugar, sería arriesgado, pero aquí no pasará nada —me aseguró Dobrev.

—Parece muy convencido.

—Sí, bueno, puede que tenga algo que ver con el hecho de que hay francotiradores apuntando a cualquiera que se me acerque a menos de veinte metros, Charlie.

Parpadeé.

—¿Tiene a un francotirador apuntándome?

—Por supuesto —contestó Dobrev—. Una francotiradora, pero no me pida que le diga dónde está.

—Claro que no. Es un secreto industrial.

Sonrió de nuevo de oreja a oreja.

—¡Aprende rápido! Muy bien, Charlie, muy bien. Y, ahora, vamos a dar un paseo.

Capítulo 15

—Dígame una cosa, Charlie —me dijo Anton Dobrev mientras paseábamos por los jardines bien cuidados del hotel Grand Bellagio —, ¿le ha contado alguien cómo se fundó la Asamblea de Lombardía?

—No —respondí. Me habría gustado decirle que a esas alturas casi nadie me había contado nada, pero me contuve. Me parecía innecesario darle tanta información y, en algún rincón profundo del cerebro, oía la vocecilla de Morrison y de los editores que había tenido a lo largo de toda una década diciéndome que cerrase el pico y le dejase hablar.

Hizo un gesto hacia el imponente hotel paisajístico.

—La primera se celebró aquí. Yo todavía no era el dueño del establecimiento, por supuesto. Fue mucho antes de mi llegada: en 1902. ¿Le suena de algo la Guerra de los Bóeres?

—Me suena —contesté vagamente.

—Esa es su forma de decirme que al sistema educativo estadounidense no le interesa enseñar nada en lo que Estados Unidos no estuviese directamente involucrado —opinó Dobrev.

—Apenas le interesan esas cuestiones —dije—. En el colegio nos enseñan la Guerra de Independencia, la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. El resto queda un poco difuso.

—La Guerra de los Bóeres —continuó—. Sudáfrica. Entre los colonos de origen británico y los de origen holandés. En realidad,

fueron dos guerras, pero la que nos interesa es la segunda. Terminó en 1902. Aquello fue un problema.

—¿Hay algún problema en que se acabe una guerra? —pregunté.

—Sí, cuando uno es quien suministra el equipo a la maquinaria de guerra, vende las armas y financia todo el asunto —respondió Dobrev—. La guerra es un negocio como otro cualquiera, Charlie. Exige especular. Estimar. Calcular cuánto tiempo durará y hacer planes durante todo ese periodo para maximizar los beneficios a lo largo de todo el conflicto. Todos los miembros fundadores de la Asamblea de Lombardía estaban implicados en la Guerra de los Bóeres. Empresarios industriales. Fabricantes. Financieros. Pensaban que la guerra iba a durar más años de los que se alargó.

—Una lástima —comenté manteniéndome tan serio como pude.

Dobrev hizo un gesto despectivo.

—En realidad, fue culpa suya. Olvidaron que los británicos podían ser hijos de perra implacables, e infravaloraron la voluntad del gobierno británico de dejar atrás la guerra. Fueron avariciosos y eso los llevó a equivocarse en las predicciones. Estuvo a punto de arrastrar a la quiebra a varios de ellos.

—No me está vendiendo demasiado bien la Asamblea de Lombardía —advertí.

El comentario le arrancó una risita.

—Buena observación. Sin embargo, es importante conocer su fracaso colectivo para entender lo que sucedió a continuación. Y lo que sucedió a continuación, Charlie...

Lo que sucedió a continuación fue que un hombre se nos acercó por el camino, puñal en mano, corriendo hacia Dobrev.

—Vaya —dijo el villano con fastidio.

Sin pensar demasiado lo que hacía, agarré a Dobrev y lo tiré al suelo. O, mejor dicho, intenté derribarlo, porque no colaboró y

terminamos desplomándonos torpemente. Él aterrizó encima de mí, que venía a ser justo lo opuesto de lo que yo esperaba que ocurriese. Intenté apartarlo del camino del asesino, pero Dobrev no cooperaba.

—Ya basta —masculló finalmente, y se separó de mí—. Estoy bien, Charlie.

—Pero... —Algo no iba bien en aquella escena, y necesité unos segundos de desconcierto antes de darme cuenta de lo que era.

El asesino no había llegado hasta nosotros. Yacía tendido en el camino, convulsionando, con el cuchillo todavía en la mano, y la punta de la hoja arañaba el cemento que pavimentaba el sendero.

—La francotiradora —dije a Dobrev, que se levantaba del suelo entre gruñidos.

—La francotiradora —confirmó, y me tendió la mano—. Ayude a levantarse al viejo al cual acaba de derribar de un empujón, si es tan amable.

Me puse en pie y luego lo ayudé sin apartar los ojos ni un instante del asesino, que todavía temblaba.

—No está muerto —dije.

—¿Hmmm? —murmuró Dobrev mientras se sacudía el polvo de la camisa, y echó un vistazo al hombre caído—. Ah. No, no está muerto.

—Pero la francotiradora le ha disparado... —comencé a decir.

—Es un proyectil eléctrico de largo alcance —explicó—. No puedo ir por ahí matando gente, Charlie.

—¿En serio no puede? —pregunté, y sonó más desafiante de lo que pretendía.

Dobrev detectó el matiz en mi tono.

—Quizá decir que «no puedo» no es la mejor manera de expresarlo, pero matar no es lo óptimo. Incluso aquí, habría

informes policiales y la prensa se haría eco de la noticia. Llamaría la atención. —Hizo un gesto hacia el asesino, que todavía convulsionaba—. Además, si lo hubiese matado, tal vez no podría averiguar quién lo ha enviado, así que no, matarlo no es lo óptimo de ningún modo. Es mucho mejor mantenerlo con vida.

El hombre tirado en el suelo dejó de temblar. Por lo visto, se había agotado la batería del proyectil eléctrico.

Oí ruidos a nuestra espalda y me acerqué más a Dobrev, que me puso una mano en el hombro para tranquilizarme. Me di la vuelta y vi a tres empleados del hotel, vestidos de negro, que nos pasaban por el lado a toda prisa. Uno de ellos miró al villano, que le hizo un gesto con la mano que el hombre interpretó claramente como un «estoy bien». Asintió y volvió a centrar su atención en los otros dos empleados del hotel, que se agacharon, agarraron al hombre caído y se lo llevaron a rastras seguidos por el tercer trabajador. Reconocí al último de ellos: era Andrei, el tipo que había buscado el pulso a mi tío poniéndole los dedos en el cuello. Si me reconoció, no dio muestras de ello. Estaba demasiado ocupado rastreando el entorno en busca de otros potenciales asesinos.

Diez segundos más tarde, todos habían desaparecido y fue como si no hubiese pasado nada.

Dobrev se volvió hacia mí una vez más.

—¿Qué estaba diciendo?

Lo miré fijamente, estupefacto.

—¿Se encuentra bien, Charlie? —preguntó él un instante después.

—Veo que se toma muy bien un intento de asesinato —comenté en lugar de ponerme a gritar.

Dobrev se rio por la nariz.

—Esto apenas cuenta como un atentado. Para empezar, cometió un error al entrar en el recinto. Lo detectaron en cuanto llegó.

—¿Sabía que lo estaba esperando?

—No, mi gente solo me informa de las amenazas verdaderas.

—Venía hacia usted con un cuchillo en la mano —señalé.

—Sí, pero, como ha visto usted mismo, no ha llegado hasta mí.

—Pero ha estado bastante cerca.

—«Cerca» es un término muy relativo.

—Su personal lo podría haber detenido antes.

Dobrev se encogió de hombros.

—No tiene mucho sentido desvelar nuestras capacidades antes de lo estrictamente necesario.

—No lo entiendo —confesé.

—Ya me entenderá. A su debido momento —dijo, y entonces sonrió—. Ha intentado salvarme la vida, Charlie.

—Sí, bueno, parece que no lo he hecho muy bien.

—Cierto —coincidió Dobrev—. Pero sigo agradecido por el intento. Ningún otro asistente al congreso o a la Asamblea habría hecho lo mismo. No sin cobrar.

—No ha sido nada.

Negó con la cabeza.

—De ningún modo. No lo olvidaré. Mientras tanto, retomemos la conversación. Sin embargo, creo que será mejor que volvamos dentro. Así mi francotiradora tendrá tiempo de volver a poner a punto su equipo.

—La puta Guerra de los Bóeres —dijo Morrison una hora más tarde. Volvíamos a estar en el salón de té, que comenzaba a llenarse de flipados del mundo de la tecnología y las finanzas que iban llegando a la localidad para asistir al Encuentro de Bellagio. La mitad de ellos hablaban a gritos con la nada, con auriculares bien camuflados en

las orejas y los móviles sobre la mesa. La otra mitad tenía los móviles a la vista y hablaba sin el beneficio de los auriculares, sujetándolos como si el conector USB-C fuese un micrófono. Todos estaban Cerrando Un Negocio de la forma más dramática posible para que los demás los oyesen.

—¿Acaso la historia del origen de la sociedad no es cierta? —pregunté desviando la atención de aquellos aprendices de Masters del Universo vociferantes.

—No es una historia falsa, simplemente no tiene ningún sentido. —Morrison dio un sorbo al té y dejó la taza, que tintineó sobre el plato—. Esto no es ni un cómic ni una película de superhéroes. La historia del origen de estos desgraciados es irrelevante. Lo único que importa es que decidieron formar su camarilla. Si no hubiese sido por la Guerra de los Bóeres, habría sido por cualquier otro motivo. Los gilipollas que fundaron la Asamblea de Lombardía solo buscaban una excusa para tratar de dirigir el mundo.

—Según Dobrev, no intentaban gobernar el mundo —recordé.

Durante el resto de la conversación, en una mesa a la sombra del interior del hotel, el hombre había desarrollado algo más el tema y me había contado que la Asamblea de Lombardía no había percibido beneficio alguno en tratar de influir directamente en los acontecimientos mundiales. Era una ciencia inexacta en el mejor de los casos, y un camino magnífico para llevar a una empresa a la ruina, o bien para enviar a uno de aquellos titanes a la prisión si el intento de ejercer influencia salía mal. En lugar de eso, la docena de padres fundadores de la Asamblea de Lombardía optaron por una alternativa: el desarrollo de la primera red corporativa de inteligencia y análisis robusta, no con la intención de influir en los acontecimientos mundiales, sino con el objetivo de estar presente para sacar provecho de ellos cuando ocurriera lo inevitable.

—Ah, sí, el cuento de «nosotros solo aprovechamos las oportunidades que se nos presentan» —dijo Morrison.

—Ya había oído esta historia, ¿verdad?

—Dobrev también intentó usarla con su tío.

—¿Y qué dijo el tío Jake?

—Señaló, acertadamente, que ninguno de los miembros de la Asamblea de Lombardía cuenta, ni por asomo, con la visión de futuro y la paciencia glacial requeridas para determinar hacia dónde gira el mundo, o para esperar a que llegue a su destino. Llevan trasteando con la maquinaria desde sus comienzos. —Morrison indicó con un gesto a los *bros* de la tecnología y las finanzas del salón de té—. Fíjese en estos cabrones —dijo, y un par de ellos se volvieron al oír su valoración. Morrison los miró fijamente, impasible, hasta que todos volvieron a centrarse en sus asuntos—. ¿Acaso cree que alguno de estos empollones posee algo semejante a la paciencia? Todos son aspirantes a vendedores en corto, arbitrajistas o gestores de fondos buitre. Apuñalarían a su abuela si pensasen que con ello iban a ganar un par de pavos.

—Ese comentario no es justo —protestó el flipado de la mesa de al lado, que había decidido entrometerse en una conversación ajena porque estaba convencido de que tenía algo valioso que aportar.

Morrison lo miró con los ojos entrecerrados.

—A ver si lo adivino —dijo—. Universidad del Sur de California. Wharton. Una temporada trabajando en McKinsey. Y ahora tienes una empresa emergente destinada a revolucionar..., no sé, la comida para peces, o alguna gilipollez parecida.

—El compostaje, de hecho.

—El compostaje. —Ella puso los ojos en blanco, me miró y lo señaló bruscamente con el pulgar—. Mire esto, Charlie. Brad, aquí presente, te va a ofrecer una suscripción a suelo franco. Tierra como

servicio. —Volvió a mirar al tipo—. A ver si lo adivino otra vez, tienes lombrices de tierra patentadas.

—Tal vez —dijo el *bro* a la defensiva.

—Joder, Brad, el mundo no necesita que seas el Monsanto de los anélidos.

—Monsanto ya no existe —puntualizó el flipado, poniéndose puntilloso.

—¿En serio, Brad? ¿Esa es la carta que vas a jugar? ¿Vas a alegar que, técnicamente, Monsanto ahora es Bayer? ¿Crees que has mejorado tu argumentación metiendo en esto a la empresa que usó mano de obra esclava durante el Holocausto? —Morrison dio otro sorbo al té, se limpió los labios con la servilleta, y la lanzó sobre la mesa—. Voy a dar un paseo —me dijo, y luego se dirigió de nuevo al *bro*—. Dime que vas a participar en la Presentación y Lanzamiento de esta noche.

—Voy a participar —confirmó el tipo.

—Lo esperaré con impaciencia —le espetó ella, y acto seguido se levantó y se fue. Todos los participantes la siguieron con la mirada.

—¿Cómo ha sabido que me llamo Brad? —me preguntó el flipado, pero yo ya me había levantado y empezaba a seguirla.

—¿Se encuentra bien? —pregunté a Morrison en cuanto la alcancé. Estaba delante del hotel, en los escalones de la entrada, y parecía alguien que acababa de salir a fumar un cigarrillo.

—Estoy bien —contestó.

—A juzgar por cómo ha atizado a Brad ahí dentro no está tan bien como dice.

—A veces olvido lo increíblemente cretinos que son todos estos tipejos. —Hizo un gesto hacia el hotel—. Este establecimiento es como un huevo de Fabergé relleno de basura, Charlie. Por fuera es muy bonito, pero, cuanto más te acercas, peor huele.

—Usted me ha hecho venir —le recordé.

—Hemos venido porque recibió la invitación —puntualizó Morrison —. Rechazarla no era una opción. Y también porque debe ver a quién se va a enfrentar de ahora en adelante.

—Yo no me voy a enfrentar a nadie, soy uno de ellos —observé—. Todos somos villanos de James Bond. Dobrev hablaba del tío Jake como si hubiesen ido juntos a la universidad. ¡Hasta me ha abrazado! Dos veces. Me guste o no, formo parte de esta Asamblea estúpida. Como el tío Jake.

—Él no era miembro del grupo.

—¿No era miembro del grupo? —repetí.

Morrison negó con la cabeza.

—Al principio, lo invitaban a unirse a ellos a menudo, pero él siempre los rechazaba.

—¿Por qué?

Ella señaló el salón de té.

—¿Has visto a Brad ahí dentro? Pues solo es una versión embrionaria de los miembros de la Asamblea de Lombardía.

—¿Y el tío Jake no lo era?

—Él se dio cuenta de que era mejor que los aquí presentes. Además, no se cortaba a la hora de decírselo. Al final, dejaron de invitarlo a unirse a ellos.

—Porque era un esnob.

—Porque imaginó que, por mucho dinero que pudieran ganar intentando gobernar el mundo desde su reunión anual en este hotel, él sería capaz de ganar más que ellos.

—Siendo mejor que los demás en el juego al que todos jugaban —aventuré.

Morrison sonrió.

—No, Charlie, jodiéndoles los planes en cuanto los ponían en marcha. Y luego haciendo saber a todo el mundo que se dedicaba precisamente a eso, que se le daba estupendamente, y que cualquiera podía contratar sus servicios.

Reflexioné un minuto sobre aquella nueva información.

—Me está diciendo que el tío Jake actuaba como un depredador de los miembros de la Asamblea de Lombardía.

—Era el villano de los supervillanos, efectivamente.

—Entonces era un héroe —razoné.

—No, Charlie, de ningún modo —puntualizó Morrison—. No confunda lo que hacía Jake con nada heroico.

—Pero saboteaba los planes de los villanos.

—No lo hacía por la bondad de su corazón. Lo hacía por dinero. Y, de vez en cuando, por resentimiento. Incluso había llegado a hacerlo simplemente para ver qué pasaría. Su actitud no era heroica, exactamente.

—Pero usted se quedó a su lado —observé.

—Tampoco he dicho en ningún momento que fuese una heroína. Y tengo mi propia motivación.

—¿Piensa contármela?

—Algún día. Todavía no.

Decidí cambiar de tema.

—Si el tío Jake no formaba parte de la Asamblea de Lombardía, ¿por qué me invitaron a este congreso?

—Porque quieren tomarle la medida, por supuesto —respondió Morrison—. Quieren descubrir qué vio Jake en usted. Quieren averiguar si planea seguir con su modelo de negocio. Y, en caso afirmativo, quieren saber si se lo pueden quitar de en medio.

—Se refiere a matarme.

—Si no acepta un soborno y una advertencia, sí, por supuesto. Una de estas mentes maestras ya lo intentó cuando volaron su casa.

—En ese caso, puede que acepte el soborno —sugerí.

—Es una posibilidad —coincidió Morrison.

—¿Y usted no se enfadaría?

—Depende del soborno —respondió—. No tardará mucho en averiguarlo. Se reunirá con la Asamblea tras la Presentación y Lanzamiento de esta noche.

—Antes le ha mencionado lo de la Presentación y Lanzamiento a Brad —recordé—. ¿De qué se trata?

Ella esbozó una sonrisa cansada.

—Ya lo verá, comienza en cuanto se ponga el sol, fuera, junto al lago. Lo vendré a buscar para asistir al acto. Vístase elegante. Y traiga a Hera.

—¿Por qué?

—Ya lo verá —repitió Morrison—. Hasta entonces, vuelva a la *suite.* Le he preparado un dosier sobre los miembros de la Asamblea. Ya ha conocido a Dobrev. Es hora de que se ponga al día acerca de los demás. Debería conocer a las personas que intentarán matarlo, Charlie.

Capítulo 16

El tipo de la empresa emergente se acercó al micrófono del escenario. Hizo una pausa dramática.

—Quiero que piensen en sus testículos... como en un servicio —comenzó al fin.

Me di una palmada en la frente, me bajé la mano por la cara y miré a Morrison, que también estaba sentada en mi mesa, junto a Hera, en el pabellón del hotel, con vistas al lago.

—¿Todos son iguales? —pregunté.

—No —replicó ella—. Los hay peores.

Asistíamos a la Presentación y Lanzamiento, que había comenzado con la puesta de sol. Los asistentes al Encuentro de Bellagio se habían reunido para presenciar aquella combinación de un cóctel, un evento de creación de redes, y una serie de presentaciones rápidas de ideas para empresas emergentes. Cabe puntualizar que los asistentes al congreso no promocionaban sus ideas ante sus homólogos, sino ante la docena de miembros de la Asamblea de Lombardía, que ocupaban mesas separadas como la mía, cada uno flanqueado por un par de socios o secuaces, y todos ellos, como yo, acompañados por un gato.

A mi llegada, vestido con un traje hecho a medida que no era consciente que me habían hecho y para el cual no tenía muy claro cómo me habían tomado las medidas, y con Hera pisándome los talones, obediente, me recibieron varios miembros del servicio del restaurante, que se encargaron de que no me mezclase con el

populacho de *bros* y me acompañaron a una mesa situada en un nivel más elevado de la terraza, donde retiraron la silla para que pudiera sentarme. Los camareros ofrecieron un taburete a Hera para que pudiera trepar a su silla, que tenía un cojín alzador diseñado expresamente para gatos. El detalle me pareció exageradamente excéntrico hasta que eché un vistazo al resto de las mesas situadas a la altura de la mía y vi a los demás gatos sentados en posición serena, algunos con minúsculos cálices de cristal delante.

Me pregunté qué debía de haber en los cálices hasta que colocaron uno frente a Hera. Era atún crudo triturado. Mientras la observaba saborear el tentempié con delicadeza, me incomodó profundamente reparar en que, desde que la conocía, había estado alimentando a una criatura con un paladar refinado con comida seca para gatos en todas las comidas. Me costaba entender que no me hubiese asesinado mientras dormía en todo ese tiempo. Antes de que pudiera dar demasiadas vueltas al asunto me sirvieron mi propia copa de vino y un pequeño aperitivo con sashimi de atún. Al menos iba a comer tan bien como mi gata.

Una sombra se alzó sobre mí; era Morrison, que llevaba un vestido que era lo menos conservador que le había visto ponerse hasta ese punto.

—Tiene muy buen aspecto —comenté mientras el camarero la ayudaba a sentarse y le servían su plato de sashimi y otras delicias.

—Gracias —replicó.

Gesticulé hacia la multitud de asistentes presentes en el pabellón, muchos de los cuales nos miraban, y supuse que admiraban a Morrison, que era, literalmente, la única mujer cis presente exceptuando a las camareras.

—La están mirando —observé.

Ella apenas levantó la vista antes de pinchar algo de comida.

—No me miran a mí, lo miran a usted.

—No creo que sea su tipo —apunté contemplando la muchedumbre.

—Como no es una opción de compra ni un nuevo tipo de vehículo financiero no fungible, no lo es, tiene razón —corroboró Morrison—. Pero tiene mesa propia y un gato.

—¿Y eso es importante?

—¿Quién más tiene mesa y gato?

—Los integrantes de la Asamblea de Lombardía —contesté.

—Correcto. El hecho de tener una mesa y un gato significa que usted es alguien. Sin embargo, a diferencia de los miembros de la Asamblea de Lombardía, de quienes estos tipos creen saberlo todo, no tienen ni idea de quién es usted o qué hace aquí. Sin duda, es usted importante, pero no saben por qué motivo, y eso los incomoda. Y también les pica la curiosidad. De modo que no, no me miran a mí. Literalmente centran en usted toda su atención. —Se comió el sashimi.

Eché otra ojeada a los asistentes al acto. Todos eran varones, o al menos lo parecían en un sentido convencional. Los que me miraban lo hacían con una expresión que transmitía una de tres emociones posibles: curiosidad, envidia u hostilidad. Señalé esta última a Morrison, que asintió y se tragó el bocado.

—Por supuesto que son hostiles —dijo—. Tiene aproximadamente la misma edad que ellos, pero usted ya tiene una mesa y un gato. Y no saben quién es, así que no tienen ni idea de cómo lo ha hecho. Eso lo convierte en una amenaza.

—Es ridículo —protesté.

—Totalmente ridículo —coincidió Morrison—, pero estoy en lo cierto. Quieren algo que creen que usted tiene y le incrustarían un cuchillo en el ojo con sumo gusto para lograrlo.

—Eso nos lleva a la cuestión del motivo por el que tengo mesa propia —comenté—. El tío Jake no formaba parte de la Asamblea de Lombardía.

—Tiene mesa por él. —Apuntó con el tenedor hacia el lugar donde estaba sentado Anton Dobrev, que se reía de algo que le contaba uno de sus hombres. Observé que llevaba al gato con correa y arnés, y el animal no parecía muy entusiasmado por estar al aire libre; estaba agazapado en su asiento e ignoraba el cáliz de atún. El ayudante del villano, que también se reía, sujetaba la correa del gato—. Dobrev ha convencido al resto de los miembros de la Asamblea de que tal vez usted será más receptivo si lo tratan como a un igual, al menos en público.

—¿Eso se lo ha contado él? —pregunté.

—Tengo mis fuentes.

Miré a Hera.

—Entendido.

Morrison negó con la cabeza.

—No es eso. No con Dobrev. —Me miró con una expresión que parecía sugerirme un cambio de tema.

—¿Me ven como a un igual? —pregunté.

—Mírelos usted mismo y dígamelo. —Dio un trago al vino.

Volví a contemplar las demás mesas al nivel de la terraza y los hombres que las ocupaban y observé que, efectivamente, todos eran varones. Había doce miembros de la Asamblea de Lombardía, y ya se habían sentado todos. La mitad de ellos miraban atentamente en direcciones distintas a la mía. Del resto, uno me devolvió la mirada con una expresión impasible, otro con una sonrisa desdeñosa, y tres con una expresión semejante al disgusto. El último, Dobrev, me sorprendió contemplándolo y alzó la copa en una especie de pequeño brindis. Le devolví el gesto. El brindis no escapó a la

atención de otros miembros de la Asamblea ni de los *bros* de más abajo, y ni unos ni otros parecieron muy satisfechos al verlo.

—Aquí me odia todo el mundo —murmuré a Morrison—. Todos menos Dobrev.

—No se engañe, Charlie —dijo ella—. Dobrev tampoco es su amigo.

—Recuérdeme otra vez por qué estamos aquí —le pedí.

—Porque tenemos que estar.

—Sigo sin tener del todo claro el motivo.

—Mire —dijo Morrison señalando algo—. Se preparan para la Presentación y Lanzamiento.

Fuera del pabellón, estaban despejando un pequeño escenario que hasta entonces había quedado oculto tras macetas de helechos y colocaron unos escalones en el lateral. Al verlo, un puñado de flipados formaron una cola a la izquierda del escenario y el personal entregó un micrófono a cada uno de ellos. Mientras esto ocurría, vi que recogían los platos de las mesas de los miembros de la Asamblea y colocaban un pequeño objeto redondo en todas ellas. Estaba a punto de preguntar a Morrison qué eran esos objetos cuando nos retiraron los platos, muy a mi pesar porque todavía no había comido nada, y me pusieron en la mesa mi propio objeto redondo. Lo miré fijamente.

—Es un botón —constaté.

—Sí —confirmó Morrison.

—¿Para qué sirve?

—Espere y lo verá.

Se oyó un carraspeo amplificado y Dobrev se puso en pie, micrófono en mano.

—Caballeros —comenzó haciendo un gesto hacia los *bros* congregados—. Es un placer contar con su presencia en el

Encuentro de Bellagio. Algunos de ustedes regresan al congreso y otros acuden por primera vez, y todos están aquí porque son los emprendedores y los cerebros empresariales más adelantados de su generación. —Agarró la copa de vino con la otra mano y la levantó —. Los demás directores del Encuentro y yo mismo brindamos a su salud.

Los flipados gritaron de júbilo al escucharlo. Dobrev bebió y dejó de nuevo la copa en la mesa.

—Este fin de semana girará a su alrededor, en torno a sus ideas y sus dones, y a cómo decidan compartirlos con el mundo. Podrán establecer contactos con otros empresarios y con hermanos de una mentalidad semejante, y entre todos darán forma al sendero que seguirá el mundo en los años venideros. Nosotros, los directores del Encuentro —continuó mientras hacía un gesto hacia el resto de los miembros de la Asamblea de Lombardía, que aparentemente usaban ese seudónimo para los asistentes al congreso—, estamos aquí para ayudarlos y guiarlos, sí, pero también para aprender de ustedes y para ver cómo encajamos en el mundo que están construyendo cada día y en el futuro.

La última parte arrancó más aplausos a los presentes.

—Y ese futuro comienza esta noche, con una de nuestras tradiciones más celebradas y, me atrevería a decir, más disfrutables: la Presentación y Lanzamiento. —Se oyeron risas—. Así es como los directores del Encuentro damos la bienvenida a los miembros más recientes de nuestra comunidad, y les ofrecemos una oportunidad única de presentarnos sus ideas, a la vez que nosotros podemos darles acceso a un capital capaz de proyectarlos a la categoría de auténticos constructores del mundo.

»Veo que nuestros impacientes competidores ya han formado una cola —continuó, y sonaron más risas, entre las que se contaban las

de algunos integrantes de la fila—, así que recordaré a todos las reglas brevemente. Cada competidor cuenta con dos minutos para presentar su idea. Si el candidato completa los dos minutos sin que el zumbido lo elimine —Dobrev mostró su botón—, se reunirá con uno de los directores para una presentación más detallada. A continuación, los directores debatiremos sus propuestas y, entre los finalistas, escogeremos una que financiaremos. En cuanto a los eliminados por el zumbido..., les queda la ronda de consolación.

Más risas y algunos aplausos, y, aunque esta vez los *bros* de la cola parecían desconcertados, el comentario no confundió lo suficiente a ninguno de ellos como para abandonar su lugar.

—Así que ¡buena suerte a todos! ¡Que comience la Presentación y Lanzamiento!

Dobrev se sentó y los aplausos se redoblaron. El primero de los competidores subió al escenario y, en cuanto el público se apaciguó, comenzó la presentación.

—Todos sabemos que el proceso de admisiones universitarias no funciona —empezó—. Hay un modo mejor de llevarlo a cabo. Permítanme compartir con ustedes mi visión de un sistema universal en el que todos los alumnos saben exactamente el lugar que ocupan en el proceso competitivo de aceptación en relación con el resto de los estudiantes, con actualizaciones minuto a minuto, oportunidades para sumar puntos patrocinadas por anunciantes y empresas de primer nivel, y una emocionante atmósfera ludificada que convierte el sistema de selección universitaria en el mejor acontecimiento deportivo del mundo.

Aquella gilipollez digna de los Juegos del Hambre me dejó atónito, y a aquel tipo todavía le quedaban noventa y cuatro segundos en el cronómetro. A partir de ahí, la cosa no hizo más que empeorar, pero,

por algún motivo, no lo eliminaron y abandonó el escenario triunfante y recompensado con tímidos aplausos.

El siguiente personaje subió al escenario y presentó un innovador sistema de gestión de la medicina de urgencia en el que un equipo de emergencias afiliado a la empresa emergente llegaría al escenario de la urgencia y subiría el documento de identidad con fotografía a la red de la empresa, que se encargaría de comprobar el crédito y el seguro médico del paciente e iniciaría una subasta instantánea abierta a las instalaciones médicas locales para dar con la que estuviera dispuesta a pagar más por los pacientes con mejor crédito y un mejor reembolso del seguro médico. Si los pacientes al borde de la muerte se negaban a proporcionar la información pertinente al equipo de emergencias, los paramédicos se ofrecerían para llamar a un servicio de ambulancias distinto y pasarían al siguiente caso. Aquella exposición obtuvo un aplauso ligeramente más entusiasta que la primera.

La tercera presentación fue la de los «testículos como servicio».

—Imaginen que pueden decidir, caso por caso, si desean que sus testículos segreguen esperma —dijo el Tío de los Testículos—. Se acabaron los preservativos que tanto odiamos, y se acabaron las vasectomías, que son dolorosas y solo se pueden revertir a través de un proceso dificultoso y poco fiable. En su lugar, ofrecemos una compuerta a escala nanométrica, construida directamente en los conductos deferentes, que puede abrirse y cerrarse con una aplicación instalada en el móvil. Ofrecemos esta posibilidad como un servicio por suscripción, y una parte de los beneficios va a parar a organizaciones benéficas y de servicio, como Planificación Familiar...

El Tío de los Testículos despegó de pronto, impulsado por un juego de muelles gigantescos, que hasta entonces habían estado comprimidos debajo del escenario. Demasiado sorprendido para

gritar, voló por la oscuridad de la noche trazando un arco camino del lago.

Unos segundos más tarde, se oyó un chapuzón apagado.

El público estalló en un coro de gritos, aplausos y carcajadas. Me volví hacia Morrison, atónito.

—Por eso lo llaman Presentación y Lanzamiento —explicó, y dio un sorbo a la copa de vino.

—Alguien podría morir —observé.

—Diseñan el escenario para que lance la carga hacia el lago de Como. Llevan décadas haciéndolo. Se les da bastante bien.

Miré a los tipos de la cola y comprobé que todos parecían claramente agitados.

—¿Saben de antemano que podrían lanzarlos al lago?

—El público lo sabe —contestó Morrison—. Los participantes lo acaban de descubrir.

—Supongo que la broma deja de funcionar después del primer chapuzón.

—Sería lo razonable. —Morrison indicó con un gesto la cola de participantes, que miraban a un miembro del personal del hotel que les estaba hablando—. Pero les acaban de decir que la ronda de consolación de la Presentación y Lanzamiento consiste en que aquel que vuele más lejos antes de caer al lago de Como puede presentar su idea por segunda vez, como los auténticos finalistas.

El empleado del hotel se separó de los tipos de la cola. Todos permanecieron en su puesto mientras un mecanismo volvía a colocar lentamente el escenario en su lugar.

—Es increíble —comenté.

—Es absolutamente creíble —me contradijo ella.

—Yo no me quedaría en la cola.

—Pero usted no es como ellos —dijo Morrison—. Usted no es un cabronazo hipercompetitivo que quiere entrar en el mundo de otros cabronazos hipercompetitivos y está dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa para lograrlo. —Gesticuló con la mano con la que sujetaba la copa de vino—. Esto es una puta novatada, Charlie. Así es como fomentan la camaradería los sacos de mierda. Todos los sacos de mierda de ahí abajo que ahora asisten a la Presentación y Lanzamiento tuvieron que subir a ese escenario en su día. La mayoría acabaron en remojo y ahora todos lo ven como un puto rito de paso. ¿Sabe qué pasaría si los nuevos no se quedasen en esa cola?

—Que no los volverían a invitar —aventuré.

—Eso para empezar. Además, tampoco volverían a trabajar con nadie que tuviese algo que ver con el congreso. Quieren entrar en el mundillo, pero, una vez que estás dentro, no puedes salir. Y si te vas, ya sea abandonando esa cola o en cualquier otro momento, la carrera que pensabas que tenías se acabó.

—Están atrapados.

—Uno no está atrapado si no quiere marcharse. Y eso nos lleva a la otra cuestión. —Volvió a indicar al público con la copa de vino—. Esto es adoctrinamiento. Miren lo que aplauden. Miren lo que provoca el lanzamiento de los ponentes. A Dobrev le gusta decir que la Asamblea está aquí para aprender de estos bobos porque sabe que los hace sentir importantes. Sin embargo, no se equivoque: están enseñando a estos bobos quiénes deben ser para entrar en este mundo. Y los muy gilipollas se lo están tragando.

—Entonces todo esto es una secta —concluí.

—Las sectas son más divertidas —replicó Morrison, y dio un nuevo trago al vino.

El siguiente competidor subió al escenario con más dudas que el anterior, pero subió pese a todo. Se situó en el centro del escenario, se acercó el micrófono a los labios y graznó un ruido extraño, que provocó un leve acople. Levantó una mano, se apartó el micrófono de la boca mientras tragaba con dificultad para generar algo de saliva, y finalmente se volvió a acercar el micrófono a los labios para intentarlo de nuevo.

—Tierra —alcanzó a decir, y de inmediato salió disparado hacia el lago.

Miré a Morrison, que tenía el dedo apoyado en el botón. Apartó la mano del dispositivo, se reclinó en la silla y me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Solo me he presentado para poder hacer lo que acabo de hacer.

Capítulo 17

El cine y la televisión me habían educado para creer que el santuario de una malvada sociedad secreta sería un espacio modernista, metálico y probablemente mal iluminado, salvo por los focos que iluminaban a cada uno de los miembros de la sociedad desde el techo y proyectaban una sombra siniestra sobre todos ellos. En ese sentido, el santuario de la Asamblea de Lombardía era de lo más decepcionante.

Para empezar, difícilmente se lo podía considerar un santuario, ya que simplemente era el salón ejecutivo situado en el ático del Grand Bellagio, aunque «simplemente» no parecía un adverbio muy adecuado aplicado a un salón que había acogido a emperadores, presidentes y papas, y cada centímetro cuadrado del cual estaba decorado de un modo que parecía indicar que recibía ese tipo de visitantes cotidianamente. Era enorme, barroco, y estaba amueblado con sillas más antiguas que Estados Unidos y que probablemente valían más que mi antigua casa, incluso antes de la explosión.

En aquel salón estaban sentados los doce miembros de la Asamblea de Lombardía con sus gatos, y todos nos miraban fijamente a Hera y a mí. Todos salvo el gato de Anton Dobrev, que, en cuanto él lo obligó con delicadeza a sentarse en su regazo, saltó al suelo de inmediato y se metió a la carrera debajo de un diván apartado que probablemente en algún momento perteneció a algún miembro de la familia Médici.

—¡Misha! —lo llamó Dobrev, pero obtuvo un gruñido grave por toda respuesta. El hombre levantó ambas manos y miró con amargura al resto de los miembros de la Asamblea—. No sé cómo lo hacen ustedes —se lamentó—. Sus gatos siempre se portan bien. Los míos son monstruos salvajes. Me siento indigno. —Me señaló con un gesto—. Incluso la suya, Charlie. Su gata es una delicia.

—Gracias —dije. Hera estaba repantingada en el grueso brazo de la silla acolchada en la que me habían invitado a sentarme. Tardé demasiado en darme cuenta de que la habían colocado en el foco del amplio arco que formaban las otras sillas, una distribución que dejaba bien claro que esa noche yo iba a ser el tema de debate—. A mí también me gusta. —Acaricié a Hera y la gata ronroneó y continuó holgazaneando.

—¿De dónde la sacó? —preguntó Dobrev.

—Salió de entre los arbustos que hay cerca de mi casa.

Él se dio una palmada en la rodilla y miró a los demás miembros de la Asamblea.

—¿Han oído eso? —preguntó—. La encontró entre los arbustos. Una gata callejera. Muy estadounidense. Muy democrático. —El resto de los miembros de la Asamblea o bien esbozaron una débil sonrisa, o bien permanecieron en silencio, y sus gatos se mostraron tan impasibles como ellos—. No se parece en nada al resto de nosotros. Nosotros compramos nuestros gatos a criadores, Charlie. Solo aceptamos animales de los mejores linajes. ¿Sabe por qué todos tenemos gato?

—Ni idea —confesé.

—Ian Fleming se inspiró en uno de nuestros miembros fundadores para el villano Blofeld —explicó Dobrev, y se encogió de hombros de inmediato—. Bueno, al menos en parte. Como Fleming se inspiró en él, no es descabellado pensar que puede que conociera la Asamblea

de Lombardía, o que al menos hubiese oído algún rumor sobre la organización. De modo que, por supuesto, esa parte también apareció en sus historias.

—Intenta decirme que SPECTRE se basa en todos ustedes —dije.

—Es una interpretación muy colorida, la verdad —opinó él, riéndose—. Esa sociedad es mucho más grande que la nuestra. Y bastante más ambiciosa. Nosotros no queremos dominar el mundo, Charlie. Puede que, de vez en cuando, le demos algún empujón, pero es muy distinto.

—Por supuesto. —Me fijé en las expresiones con las que los demás miembros de la Asamblea miraban a Dobrev. No estaban de acuerdo con la descripción del «empujón». Tenían una opinión más elevada de sí mismos.

—En cualquier caso, cuando se estrenaron las películas de Bond y Blofeld se presentó con su gato persa blanco, el líder de la Asamblea por aquel entonces, es decir, mi padre, por si le interesa, lo encontró tan divertido que en la siguiente reunión llevó gatos para todo el grupo. Desde entonces, han formado parte de nuestras ceremonias. Son lo que podría denominar... —Dobrev hizo una pausa, como si buscase la palabra exacta.

—Un gesto melodramático —sugerí.

—Yo iba a decir «mascotas», pero tiene razón, también lo podríamos describir como un «gesto melodramático». —Hizo un gesto indicando a Hera—. Ha traído a su gata a nuestro humilde Encuentro. Puede que sea una buena señal.

—Francamente, me han dicho que la traiga.

Dobrev esbozó una sonrisa radiante.

—Por supuesto, se lo ha dicho Til. Es una dama muy inteligente. Muy atenta a los acontecimientos.

—No debería haberle permitido pulsar el botón durante la Presentación y Lanzamiento —me advirtió otro miembro de la Asamblea. Me giré hacia la fuente de aquella voz; era Roberto Gratas. Gracias a los informes que Morrison me entregó para preparar la Asamblea, sabía que los negocios legítimos de su familia se enmarcaban en el sector de la minería y la explotación de filones en varios países sudamericanos. A aquellas alturas, las minas de la compañía prácticamente estaban agotadas y empresas emergentes más recientes y competentes comenzaban a superar a su empresa.

—Yo no le he permitido hacer nada —aclaré—. Lo ha hecho sola.

—El privilegio no le corresponde a ella —protestó Joakim Petersson. Su familia se dedicaba al transporte. A principios y mediados del siglo XX había amasado rápidamente una fortuna gracias al traslado de armas a lo largo y ancho del planeta, pero se habían rezagado en el resto del comercio global y ahora estaba a un abismo de distancia de las Maersks y las Hapag-Lloyds del mundo—. Está reservado para los miembros de la Asamblea.

—En ese caso, no estoy seguro del motivo por el que han colocado el botón en mi mesa —admití—. Yo no soy miembro de la Asamblea.

—En realidad, ha sido una muestra de cortesía —intervino Thomas Harden, el único estadounidense de la Asamblea. Su tatarabuelo fue un magnate del acero que hizo buenas migas con Carnegie y Rockefeller, pero no se molestó en igualar su filantropía. El abuelo de Harden había estado a punto de llevar la empresa a la ruina con una infame aleación patentada que se promocionó como más resistente y ligera que el acero. Lo era, a menos que se enfriase demasiado. En ese caso, se resquebrajaba de formas carísimas—. No esperábamos que lo pulsase.

—Yo no lo he pulsado —le recordé, y luego señalé a Gratas—. Pero si lo hubiese hecho, no creo que él se hubiese quejado.

Dobrev soltó una risotada.

—Charlie nos tiene tomada la medida, caballeros —bromeó, y se volvió hacia mí—. Es verdad que nuestro pequeño grupo no es lo que los jóvenes describirían como diverso. Generalmente, las únicas hembras que tienen el acceso permitido a nuestros debates y nuestras reuniones estratégicas son las gatas. Tal vez eso cambie con el tiempo.

—Si no lo entiendo mal, todavía no ha llegado ese momento —dije.

—A falta de un modo mejor de expresarlo, podríamos decir que lo que tenemos aquí es una iniciativa dominada por los varones —declaró Dobrev—. Supongo que podríamos debatir los motivos de la situación, pero no es el tema que hoy nos ocupa.

—Estuvimos a punto de invitar a una mujer —apuntó Petersson—. La australiana.

—Roberto la vetó —recordó Harden.

—Con un minero entre nosotros es suficiente —puntualizó Gratas, y acarició a su gato, un azul ruso.

—No es momento de hablar del pasado —dijo Dobrev en un tono que zanjaba el debate definitivamente—. Es momento de hablar del presente. Es momento de hablar de Charlie. —Se volvió hacia mí e hizo un gesto hacia Harden—. Tom se encargará de esta parte. Ahora él tomará la palabra mientras yo intento recuperar a Misha.

Se levantó de la silla y se dirigió al diván lejano debajo del cual se había escondido su gato.

—Gracias, Anton —dijo Harden. Levantó a su gato, un maine coon, de su regazo, lo dejó con suavidad en el suelo y se inclinó

hacia delante para dirigirse a mí—. Bien, Charlie, ¿qué sabe usted de nuestro pequeño grupo?

—Me han contado la historia de la Guerra de los Bóeres —contesté.

Petersson se giró hacia Dobrev.

—¿En serio? ¿La historia de la Guerra de los Bóeres?

—¡Es una buena historia! —exclamó él, que estaba tirado en el suelo frente al diván—. Además, técnicamente es cierta.

—Técnicamente —repitió Petersson. Su gato, un abisinio, agitó la cola al oír el tono sarcástico de su dueño.

—No es necesario remontarse hasta la Guerra de los Bóeres —dijo Harden—. La versión breve y simple es que somos un grupo informal de hombres de negocios procedentes de diversos sectores industriales y financieros que se reúnen regularmente para compartir información y estrategias que nos benefician mutuamente.

—Y también inspiraron una organización malvada ficticia —añadí.

Él reaccionó con una risita.

—Como ha dicho Anton, es una interpretación excéntrica basada en una versión del grupo de hace casi un siglo. En este sentido, aunque algunos de nosotros representamos a familias que llevan generaciones formando parte de esta sociedad —asintió mirando a Petersson, que le devolvió el saludo—, nuestro censo de integrantes ha cambiado con los tiempos.

Indicó con la cabeza a Kim Ji-Jong, que, según había leído en los informes, era el miembro más reciente de la Asamblea, a la que se había sumado quince años atrás. Un escándalo de corrupción había azotado recientemente el conglomerado empresarial de su familia, una trama en la que habían estado implicados dos de los tres hijos de Kim, todos ellos vicepresidentes ejecutivos, que actualmente residían en una prisión surcoreana a consecuencia del caso. Miré a

Kim, que me saludó inclinando la cabeza. Su gato, un fold escocés, bostezó.

—Opinamos que puede haber llegado el momento de llevar a cabo un nuevo cambio —concluyó Harden.

El comentario me llamó la atención.

—Eso suena sospechosamente a un golpecito en el hombro —dije.

—Puede que tenga razón —confirmó él—. Mire, Charlie, usted ya debe de saber que lo sabemos todo sobre usted, ¿me equivoco? Conocemos toda su historia personal y profesional. Sabemos que, por el motivo que sea, su tío lo ha arrojado a la parte honda de la piscina, tanto por lo que respecta a sus negocios públicos como a..., bueno, los otros. Hablando sin ambages, en este momento probablemente no le vendría mal algo de ayuda.

—La última vez que uno de ustedes intentó «ayudarme», mi casa salió volando por los aires con un agente federal dentro —le recordé.

Harden hizo un gesto de disculpa.

—Alguien se precipitó —explicó.

—Supongo que ninguno de ustedes desea confesar. —Recorrí el salón con la mirada. Los rostros de todos los hombres y los gatos permanecieron inescrutables.

—Es improbable que la historia se repita si se une a nosotros —dijo Harden.

Me reí por la nariz.

—Alguien ha intentado matar a Dobrev hoy mismo.

—Torpemente —añadió el propio Anton desde el diván sobre el que se había reclinado. Había recuperado a Misha y el gato ahora descansaba tumbado sobre su pecho.

—Ninguno de nosotros quiere ver muerto a Anton —me aseguró Harden.

—¡Ja! —exclamó él, y se vio obligado a volver a dejar al gato en el suelo.

—Ninguno de nosotros quiere ver muerto a Anton ahora mismo —se corrigió. Miré a Dobrev, que se encogió de hombros, como diciendo: «Tal vez»—. De todos modos, como ocurre con Anton, el hecho de que usted siga vivo ofrece cierto potencial y sinergias atractivas.

—Explíqueme qué significa eso.

—Significa que usted podría beneficiarse de nuestros conocimientos y nuestra experiencia en el mundo por el que navegaba su tío. Y a nosotros, sinceramente, nos vendría muy bien contar con un punto de vista más fresco. —Harden englobó a todos los miembros de la Asamblea con un gesto—. Somos un puñado de *boomers* y veteranos de la generación X, Charlie. Sumar un poco de energía *millenial* al conjunto podría no ser mala idea.

—Tienen a su disposición a todos los tipos que han catapultado al lago hoy —le recordé—. Cualquiera de ellos daría una gónada por verse en mi posición ahora mismo. Podrían fichar a uno de ellos.

—Puede que contratemos a alguno de esos hombres —dijo Harden—. Y es posible que incluso invirtamos en uno o dos de ellos. Pero ninguno de ellos puede verse en su posición porque no son usted. No tienen lo que usted tiene.

—Un Nissan Maxima al borde del desguace y una casa quemada —enumeré.

—No me refiero a eso.

—Se refiere a los negocios y el dinero de su tío —aclaró Dobrev desde el diván.

—Ya lo sabía —dije, y me giré de nuevo hacia Harden—. Esperaba oírselo decir a él.

—Una vez más, Anton está «técnicamente» en lo cierto —confirmó él—. Los intereses empresariales de su tío tenían considerables puntos en común con los nuestros. Eso lo convierte en un candidato idóneo. En el seno de la Asamblea, todos compartimos libremente información e innovación. En cuanto al dinero, tanto en el momento de ingresar en la sociedad como mediante una cuota anual, todos aportamos a un fondo común, con el que financiamos las iniciativas y las inversiones de la Asamblea. Lo llamamos un fondo de capital riesgo, pero, en realidad, es mucho más que eso.

—¿Y cuánto dinero aportamos en total?

—La cuota de entrada es el diez por ciento del patrimonio personal —respondió Harden—. Considérelo un diezmo. A partir de ahí, el cinco por ciento de los ingresos netos anuales.

—Eso es mucho dinero —valoré.

—Hace menos de una semana era una miseria —intervino Gratas riéndose, y Harden le lanzó una mirada irritada.

—No, tiene razón —admití—. Sin embargo, esta semana es un importe sustancial.

—Pero nada que usted no pueda permitirse —valoró Harden—. Y obtendrá algo sustancial a cambio.

—La experiencia y el asesoramiento de su grupo.

—Y acceso a toda la tecnología e información a nuestro alcance, tanto a través de las empresas de cada uno de nosotros como de las compañías en las que invertimos y que controlamos.

Consideré la situación.

—Presentaron la misma oferta al tío Jake.

—Varias veces —confirmó Petersson.

—Sin embargo, él siempre la rechazó. ¿Por qué lo hizo?

—Eso tendría que preguntárselo a él —replicó Harden.

—No se lo puedo preguntar a él. Ni siquiera habría podido preguntárselo mientras estaba vivo, aunque supongo que ya lo sabían. Por eso se lo pregunto a ustedes. ¿Por qué los rechazó si lo que ofrecen es tan sustancial como dice?

—Su tío era un necio —dijo Gratas.

—Si hubiese sido un necio, ahora no estaría hablando conmigo —dije—. Dobrev tiene razón. Lo que les interesa es su dinero y su negocio. Ustedes no tienen ningún interés en mí, solo tratan conmigo por obligación. No me ofende, lo entiendo perfectamente. Sin embargo, si desean que me plantee la posibilidad de aceptar su propuesta, quiero saber por qué creen que mi tío rechazaba constantemente su proposición.

Harden miró a Dobrev.

—Usted es quien presenta la propuesta, así que hágala —le dijo Dobrev, y continuó acariciando a su gato.

Harden se dio cuenta de que me había fijado en su intento de incorporar a Dobrev a la conversación.

—Anton es el único de nosotros a quien podríamos considerar cercano a su tío —explicó.

—Éramos amigos —declaró él.

—Creo que sería más preciso decir que compartían una comprensión amistosa de la postura del otro —desarrolló Harden—. O, para ser todavía más precisos, yo creo que Anton consideraba que su tío Jake era su amigo, pero él tenía una opinión distinta de la relación que los unía. No creo que su tío tuviese amigos, Charlie.

—A juzgar por las flores que enviaron a su memorial, no los tenía —coincidí—. Por no hablar del intento de apuñalar a su cadáver. —Volví a mirar a mi alrededor—. ¿Alguien quiere confesar esa parte?

Petersson levantó la mano.

—Ese fui yo.

—Pues fue rastrero —le espeté.

—No habría sido la primera vez que se burlaba de nosotros —respondió.

—La primera vez que nos rechazó, fue una simple cuestión de negocios —explicó Harden—. No apreció la propuesta de valor. Nada que decir. Un par de los miembros actuales precisaron cierta persuasión antes de unirse al grupo. Ji-Jong rechazó la oferta una vez antes de reconsiderar su decisión.

—Mi cuota de entrada fue del doce por ciento —alegó Kim.

Harden asintió.

—Es cierto, la cuota de entrada del diez por ciento es la tarifa introductoria.

—O sea, que la primera vez el tío Jake rechazó la oferta por motivos comerciales —concluí—. ¿Y qué ocurrió el resto de las veces?

—Para su tío, pasó a ser algo ajeno a los negocios —respondió—. No puedo precisar qué ocurrió, pero, a partir de un cierto momento, no le importaba perjudicar sus intereses si así perjudicaba todavía más los nuestros. —Se encogió de hombros—. Una vez más, él es el único que podría explicar lo sucedido. Sin embargo, él era Jake Baldwin y usted es Charlie Fitzer. Él se lo dejó todo. Sus prioridades no tienen por qué coincidir con las de su tío. Puede marcarse mejores prioridades.

Asentí.

—¿Cuánto tiempo seguirá vigente esta invitación?

—Hasta el final del congreso —contestó Harden, e hizo un gesto hacia el resto del grupo—. Tenemos otros asuntos que tratar, pero al final del Encuentro nos reuniremos aquí de nuevo para escuchar la respuesta.

—¿Y si rechazo la propuesta?

Harden miró de nuevo a Dobrev.

—Ya le ha enseñado la zanahoria —dijo este—. Ahora muéstrele el palo.

—Charlie, debe entender que su tío tuvo un impacto negativo en varias de nuestras iniciativas empresariales —prosiguió Harden.

—Sigo sin entenderlo —repliqué. No era cierto, pero quería comprobar hacia dónde se dirigía la conversación.

—Nos puteó para quitarnos lo que nos pertenecía por derecho —intervino Gratas.

—Roberto —lo atajó Harden.

—No, Tom —lo interrumpió Gratas—. Ya has sido suficientemente amable con él. También debe entender que tenemos colmillos.

Harden levantó ambas manos.

—Entendido —dije a Gratas—. Muéstreme los colmillos.

—Usted no es su tío —me espetó él—. No es más que un maestro suplente que ha tropezado con algo de dinero. No tiene ni idea de lo que hacía su tío, ni sabe cómo gestionar todo aquello en lo que él acumulaba décadas de experiencia. Nosotros sí conocemos este terreno. Conocemos el negocio de su tío mejor que usted. Y también sabemos lo que debería ser nuestro y su tío nos quitó, así que, si no acepta nuestra generosa oferta (que, aunque el grupo no estuvo de acuerdo conmigo, a mí me parece demasiado generosa), acabará doblegándose a nuestras exigencias.

—¿Y cuáles son esas exigencias?

—Para empezar, que abandone las líneas de negocio que entran en conflicto con las nuestras, y a las que su tío accedió en gran parte a través de medios poco éticos.

Parpadeé. No se me ocurría cómo se podía no ser poco ético en la línea de negocio de la que estábamos hablando.

—En segundo lugar, su tío tiene espías en la Asamblea y en todos nuestros negocios privados.

—No en todos nuestros negocios privados —apuntó Dobrev desde el diván.

Gratas le lanzó una mirada asesina y luego me volvió a mirar.

—Lo hemos intentado todo para dar con los traidores. ¡Joder, si hasta hicimos radiografías a los gatos en busca de dispositivos espía! Anton se rio de mí cuando lo propuse. Eso debería bastarle para entender lo bien que su tío hacía su trabajo. Sin embargo, usted no es su tío. Y usted retirará a todos los espías que su tío tenía en nuestras empresas, y lo hará tanto si se une a la Asamblea como si no.

Gratas acariciaba a su gato mientras hablaba. Evité mirar a su azul ruso todo el tiempo conscientemente.

—Por último, nos compensará por la pérdida de negocio que nos han ocasionado las maniobras de su tío a lo largo de sus años, que ha sido considerable.

—¿Y a cuánto asciende esa pérdida? —pregunté.

—Su cuota de ingreso en la Asamblea es el diez por ciento de su patrimonio, que equivale, como ambos sabemos, al diez por ciento del patrimonio de su tío más la calderilla que usted haya podido aportar —contestó Gratas, y se rio de su propio chiste—. Si no se va a unir a nuestra sociedad, la penalización debería ser más elevada, ¿no cree? Yo sugerí la mitad de su fortuna, pero mis hermanos en la Asamblea opinan que es demasiado... poco caritativo con el novato. Así que hemos acordado dejarlo en tan solo una cuarta parte del patrimonio neto de su tío.

—¿Y eso cuánto es? —pregunté—. Dado que, por lo visto, sabe tanto sobre los negocios de mi tío, incluso más que yo, debe tener una cifra concreta pensada.

Gratas miró a Harden, que parecía sentirse de lo más incómodo con el camino que había tomado la conversación.

—La cantidad que esperamos percibir son cien mil millones de dólares —declaró.

—Ese es el monto principal, al que hay que añadir algo de interés por todos los años que su tío nos ha incordiado.

—Entendido —dije—. ¿Se lo hago llegar por PayPal?

—No sea cretino —me espetó Gratas—. Su tío es dueño de un banco. Casualmente, Anton también posee un banco. Probablemente podrían cerrar el asunto ahora mismo. Incluso sería más rápido que un pago con PayPal.

—Puede que sea ligeramente más complicado de lo que insinúa —murmuró Dobrev.

Sin embargo, Gratas estaba lanzado.

—Y eso nos lleva a otro asunto.

—El último asunto —constaté.

Él ignoró el comentario.

—Únase a nosotros o rechace la oferta, pero, en cualquiera de los dos casos, el dinero que nos debe tiene que estar en nuestras manos antes de que termine el congreso.

—¿Y si eso no ocurre?

—En ese caso descubrirá lo afilados que tenemos los colmillos que le acabo de enseñar —me amenazó Gratas—. Muchacho, la Asamblea de Lombardía lleva en pie un siglo. No persistimos permitiendo que quienes se oponen a nosotros queden impunes.

—Salvo mi tío —le recordé.

—Su tío está muerto —dijo él—. Ahora está solo, Charlie. —Se sentó de nuevo y acarició al gato con una satisfacción visible.

—De acuerdo. Gracias por recordármelo —respondí, y me volví hacia Harden—. Si lo he entendido bien, mis opciones consisten en

unirme a su organización, en cuyo caso deberé apoquinar más de cuarenta mil millones de dólares y todos los secretos industriales de mi tío para que ustedes puedan usarlos colectivamente en beneficio propio, o bien no unirme a ustedes, en cuyo caso palmaré cien mil millones de dólares y deberé abandonar todas las fuentes de ingresos más relevantes de mi tío. Y, en ambos casos, tengo que soltar el dinero en cuestión de días.

Harden lanzó una mirada asesina a Gratas.

—Yo no lo habría expuesto en esos términos —gruñó.

—Pero esas son las opciones —insistí.

—Sí. Sí, es correcto —confirmó Harden—. Pero, Charlie...

—Están sin blanca —lo interrumpí.

El comentario cortó por lo sano el hilo de los pensamientos de Harden.

—¿Qué?

—Están sin blanca —repetí—. Puede que no lo estén todos y cada uno de ustedes individualmente, aunque apostaría a que al menos algunos de ustedes están en la ruina, pero estoy seguro de que la Asamblea de Lombardía no tiene ni un centavo.

—¿De qué está hablando?

Señalé a Gratas.

—Ese me ha llamado maestro suplente que ha tropezado con algo de dinero. No se equivoca, pero antes de eso fui periodista de la sección de negocios del *Chicago Tribune* durante años, y se me daba bastante bien, si me disculpan la inmodestia. De todos modos, incluso un reportero económico del montón es capaz de oler un timo a kilómetros, y esto huele a estafa que apesta.

Señalé a Petersson.

—Como no morí en la explosión, usted envió a su lacayo para que me entregase una invitación a este congreso el mismo día que le

pagó para que apuñalase el cadáver de mi tío. —Señalé a Dobrev—. Usted me recibe como al hijo pródigo y me dice lo mucho que quería a mi tío para ganarse mi confianza. —Señalé a Harden—. Luego me envía al estadounidense, que congenia conmigo, me alaba y trata de convencerme de que, al permitirme entrar en su club, me están haciendo un favor. —Señalé a Gratas—. No obstante, por si ese enfoque no funciona, él interpreta el papel del poli malo encargado de hacerme saber todas las cosas horribles que pasarán si los mando a paseo.

Miré a los demás miembros de la Asamblea, que seguían sentados en sus sillas, con sus gatos.

—Y el resto de ustedes son el elemento de presión silenciosa, un efecto que han complementado con una distribución de los asientos pensada para hacerme sentir que ocupo la silla caliente y debo llegar a algún acuerdo, el que sea, antes siquiera de abandonar el salón. Caballeros, son estratagemas habituales de los vendedores de coches de segunda mano.

Paseé la vista por el salón esperando que alguien me llevase la contraria. Como nadie dijo nada, continué.

—La invitación a unirme a la Asamblea se disfraza de una propuesta que redunda en beneficio para ambas partes, pero mi tío opinaba que no le ofrecían gran cosa que resultase beneficiosa para él, y usted —proseguí señalando a Gratas— me lo ha confirmado al quejarse de que mi tío no competía con los demás honradamente, cuando el sentido mismo de la Asamblea es no competir honestamente con nadie salvo ustedes mismos, y probablemente ni siquiera en ese caso. Si no tenían nada que pudiese ser beneficioso para él, tampoco lo tienen para mí, aunque no tenga ni idea de lo que estoy haciendo. —Miré de nuevo a Harden—. Sin embargo, ustedes ya sabían todo lo que acabo de decir. El objetivo de este

paripé es conseguir que o bien les permita acceder a los recursos de mi tío, para poderlos usar en beneficio propio, o bien que los cancele completamente para que no compita con ustedes, y que les realice un pago en efectivo en cualquiera de los dos casos. Estiman el valor de los secretos industriales de mi tío en decenas de miles de millones de dólares, y me alegra saberlo, pero, pase lo que pase, necesitan cuarenta mil millones de dólares ahora mismo.

Volví a barrer el salón con la mirada.

—De modo que están sin blanca. No sé cómo se han arruinado, aunque, si tuviera que apostar, todos ustedes parecen el típico inversor que se ha sobrepasado con las criptomonedas porque eran dinero fácil y solo tenían que asegurarse de no ser el último cretino que sujeta la bolsa, un punto en el que diría que han fracasado estrepitosamente. De todos modos, y por el motivo que sea, están sin blanca y calculo que entre todos tienen facturas inminentes por valor de cuarenta mil millones de dólares a pagar... —me miré el reloj de pulsera— uno o dos días tras el término de este congreso.

Observé a Harden.

—¿Qué tal lo he hecho?

Se hizo un silencio seguido de una larga carcajada procedente del diván. Dobrev se incorporó en el asiento y asustó al gato, que volvió a escabullirse debajo. Se rio un rato más y después aplaudió pausadamente.

—¡Nada mal para un maestro suplente! —exclamó.

—Por el amor de Dios, Anton —protestó Petersson.

—No se enfade conmigo, Joakim —replicó Dobrev, e hizo un gesto hacia mí—. Y tampoco se enfaden con él. Actualmente tiene un valor neto superior al de cualquiera de ustedes incluso como maestro suplente. ¡Y como heredero de su tío! Bien. —Se volvió hacia mí—.

Ahora mismo no se fía de ninguno de los presentes en este salón, Charlie. ¿Me equivoco?

—Me fío de los gatos —maticé.

Se volvió a reír.

—Bueno, todo esto ha sido una pérdida de tiempo —dijo Gratas.

—Al contrario —lo contradijo Dobrev—. Esta noche hemos aprendido cosas muy importantes acerca de Charlie. Para empezar, que no es ningún bobo al que podamos engañar fácilmente. En segundo lugar, si alguien como él ha sido capaz de deducir tan fácilmente que todos ustedes están sin un centavo, otra gente llegará a la misma conclusión, incluyendo a personas que usarán esa información para sacar mayor tajada de la que Charlie puede o desea sacar de la situación. Por último, que todos debemos trabajar un poco más en nuestro don de gentes. ¿No es cierto, Charlie?

—Probablemente es una buena idea —coincidí.

—Tome nota de ese detalle —dijo Dobrev a Harden.

—¿Y ahora qué haremos, Anton? —preguntó este.

—¿Se refiere a ahora que nuestro intento de engañar a Charlie para que se sumase a la Asamblea de Lombardía y nos pagase miles de millones para sacarnos del atolladero en el que andamos metidos por nuestra propia estupidez ha fracasado? —Dobrev se volvió a carcajear—. Tengo una idea radical, que consiste en que yo le contaré la verdad por si acaso nos funciona mejor. Si no es así, ya se me ocurrirá algo. En cualquier caso, creo que se trata de una tarea que es mejor que afrontemos cara a cara y en privado.

—Esta noche debemos atender otros asuntos —insistió Petersson.

—No tenemos ningún asunto pendiente que no pueda esperar hasta nuestra reunión de mañana —replicó él, e hizo un gesto elegante hacia la puerta—. Y ahora, caballeros, hasta entonces.

Los miembros de la Asamblea refunfuñaron, recogieron a los gatos y se marcharon.

—¡Ha sido divertido! —exclamó Dobrev en cuanto nos quedamos a solas con los gatos.

—No parece muy disgustado por que no los haya rescatado —observé.

—Bueno, es que yo no necesito que me rescaten —aclaró—. Como ha mencionado Roberto, tengo un banco. Todos mis fondos son robustos y aburridos. Además, el hotel funciona muy bien, sobre todo este fin de semana. Ni se imagina lo que puedo llegar a cobrar por una habitación ahora mismo.

—¿Y la Asamblea de Lombardía?

—Sí, bueno, lo cierto es que ahora mismo es casi plenamente insolvente, y eso supone un problema, especialmente para el resto de sus miembros. Tienen la muy mala costumbre de confundir sus fondos, y los fondos de sus empresas, con el capital de la Asamblea, por muchas veces que les advierta que no deben hacerlo. Hace quince años tuvimos el mismo problema, y ese es el motivo por el que incorporamos a Ji-Jong al grupo. Funcionó bien, hasta que dejó de hacerlo, y volvemos a estar igual.

—Dado que tiene un banco, podría concederles un préstamo.

—¿Acaso cree que no lo he hecho? A todos les he prestado dinero, Charlie. Sin embargo, les da miedo deberme más, lo que demuestra que, por una vez, actúan de un modo inteligente. No se fían demasiado de mí, ¿sabe?

—Es comprensible —coincidí.

Dobrev sonrió de oreja a oreja.

—Me encanta que no confíe en mí, Charlie —dijo—. Su tío tampoco se fiaba de mí. ¡Y eso que éramos amigos! A pesar de eso, no confiaba en mí más allá de lo mínimo imprescindible, una

precaución sensata en nuestra línea de trabajo. El hecho de que usted tampoco se fíe de mí me hace sentir como en los viejos tiempos.

Metió la mano debajo del diván para hacer salir a Misha el gato y se volvió un segundo más tarde chupándose un dedo arañado.

—Maldito gato —masculló, y me hizo gestos para que me marchase—. Vuelva a su *suite.* Venga a verme a la *suite* imperial dentro de veinte minutos y revisaremos los detalles. Deje a su gata en la *suite*, si es tan amable. Tenía razón en lo de que son gestos melodramáticos.

Capítulo 18

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Morrison en cuanto entré en la *suite* con Hera. Trasteaba con el teléfono apoyada en el respaldo del sofá de la habitación.

—Me han obsequiado con un espectáculo consistente en una docena de milmillonarios arruinados tratando de adularme y amenazarme para birlarme una enorme cantidad de dinero —contesté. Dejé a la gata en el suelo y se dirigió al dormitorio de la *suite* para echarse una siesta en la cama.

—¿Cuánto?

—Entre cuarenta mil y cien mil millones.

—Vaya —dijo Morrison—. Es menos de lo que esperaba.

—No he aceptado el trato.

Morrison esbozó una sonrisa satisfecha.

—Esperaba que no lo hiciese.

—Anton Dobrev me ha pedido que vaya a verlo dentro de quince minutos. Quiere hacerme cambiar de opinión.

—Ahora viene cuando le recuerdo que no debe confiar en él.

—Ya sabe que no me fío de él.

—No —me contradijo Morrison—. Él le asegura que sabe que usted no confía en él para que usted admire su sinceridad y acabe confiando en él.

—A eso se refería usted cuando me dijo que no era mi amigo.

—No solo no es amigo suyo. No es amigo de nadie.

—El tío Jake tampoco tenía amigos —comenté.

—Son gajes de ser villano —dijo ella.

—Como no tener pasta, por lo visto —señalé—. Estar en un salón lleno de personas que son milmillonarias y están arruinadas a la vez es algo curioso.

—Es el asunto de la liquidez del que le hablé.

—No, si lo entiendo —le aseguré—, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta ver esa teoría en acción. No lo sé... —Dejé la frase en el aire.

—¿Qué es lo que no sabe? —preguntó Morrison.

—Esperaba que los miembros de la principal sociedad de villanos de la Tierra fueran más inteligentes —confesé.

—Y ¿por qué esperaba eso?

—Porque en las películas y los libros tienden a ser más inteligentes.

—Tienen que serlo, ¿no cree? —replicó Morrison—. En el mundo real, pueden ser como suele ser la gente como ellos: una panda de tipejos nacidos en una familia adinerada que usaron ese dinero para aprovecharse de otras personas para acumular todavía más dinero. La estrategia funciona fenomenal hasta que empiezan a creer que el hecho de ser ricos los convierte en personas inteligentes, y entonces se meten en líos. A menos que encuentren a alguien más de quien aprovecharse.

—Se refiere a mí.

—Me refiero a usted —confirmó Morrison—. O a todos los *bros* del Encuentro de Bellagio. O a cualquier otro que caiga en sus redes. Sus nuevos colegas no son listos, pero saben identificar a un primo en cuanto lo ven, y es fascinante lo que puede llegar a conseguir un poco de capital riesgo.

—El tío Jake hacía lo mismo con su fondo de capital riesgo —señalé.

—Efectivamente —coincidió ella—. Y si piensa mantener el puesto tendrá que hacer lo mismo, así que yo no sería demasiado puntillosa a la hora de juzgar ese tipo de triquiñuelas. —Volvió a concentrarse en el teléfono.

Fue más o menos entonces cuando me fijé en que todavía llevaba puesto el vestido de la Presentación y Lanzamiento.

—Muy observador —dijo cuando se lo mencioné—. Es porque tengo una cita.

—¿Una cita?

—Sí, una cita —repitió Morrison, y me mostró el móvil—. Aunque le cueste creerlo después de todo lo que ha pasado durante la última semana, tengo una cuenta de Bumble y una vida ajena a usted.

—Por favor, dígame que no ha quedado con Tobias el Acuchillador.

—No es él. Por cierto, se apellida Paris, por si alguna vez quiere llamarlo algo distinto a «Tobias el Acuchillador».

—No, de hecho, creo que lo llamaré así el resto de nuestras vidas.

Morrison se encogió de hombros.

—Como quiera.

Se levantó, lista para marcharse.

—¿Algún consejo para mi entrevista con Dobrev? —pregunté.

—Por supuesto. No permita que lo convenza para unirse a la Asamblea. No les dé dinero, ni a él ni a cualquiera de los demás malnacidos del grupo. Y no crea ni una sola palabra que salga de la boca de Anton, incluidas «y» y «el» o «la».

—De veras cree que es así de malo.

—No, creo que es así de bueno —me corrigió Morrison—. Hay un motivo por el que quiso hablar a solas con usted antes de la reunión, Charlie. Y también hay una razón por la que quiere verlo a solas de nuevo. Cree que le tiene tomada la medida. Me temo que puede que tenga razón.

—Antes de empezar, debo preguntárselo: ¿se unirá a la Asamblea de Lombardía? —comenzó Dobrev—. Si sencillamente dijera que sí, todo sería mucho menos complicado a partir de este punto, y podríamos bajar al bar del vestíbulo a tomar unas copas.

—No voy a unirme a la Asamblea, no —repliqué, e hice un gesto con la barbilla hacia el impresionante bar de la *suite* imperial—. Y puede conseguir las copas aquí mismo.

La *suite* imperial del Grand Bellagio era, fácilmente, el mejor alojamiento en el que jamás había estado. Eran habitaciones enormes, abovedadas y repletas de objetos decorativos fechados en épocas repartidas a lo largo de gran parte de un milenio, el tipo de artículos que Sotheby's subasta entre un puñado de personas como los integrantes de la Asamblea de Lombardía como inversiones y vehículos para blanquear dinero, si es que cabe distinguir entre ambas cosas.

En ese momento, Dobrev, que lucía un esmoquin tan exuberante que habría hecho sollozar a Hugh Hefner, estaba apoyado en un piano de cola con la espiral de Fibonacci grabada en la madera de la tapa del teclado. No me habría atrevido a tratar de adivinar su valor, pero sospechaba que tal vez me habría bastado para comprar el pub McDougal's. El piano estaba colocado en ángulo respecto a los enormes ventanales con vistas al lago de Como. Luces lejanas parpadeaban y oscilaban suavemente, sujetas a las embarcaciones de lujo y los yates que salpicaban la superficie del agua.

—Sí, pero como ya he enviado al personal de la *suite* a descansar, tendría que preparar yo mismo las copas, o pedirle a usted que lo haga —lamentó Dobrev—. Y es incómodo, aunque tengo entendido que, antes de todo esto, pretendía comprar un bar.

—Un *pub* —lo corregí. Se me hacía extraño pensar que apenas unos pocos días separaban el episodio en el despacho de Belinda Darroll, cuando intenté patéticamente farolear para obtener un crédito, y ese momento.

—Me encantaría ser dueño de un *pub* o de un bar —dijo Dobrev.

—Ya lo es. Está abajo, en el vestíbulo del hotel.

Él sonrió y asintió.

—¡Correcto! Pero creo que ya sabe que no me refería a eso. Soy propietario del bar, efectivamente, pero solo es mío porque soy su dueño. No me pongo detrás de la barra, ni atiendo los pedidos, escucho a los clientes u organizo concursos de preguntas y respuestas los martes, cuando, de no ser por eso, nadie vendría al local. Creo que sería agradable vivir ese tipo de vida.

—Podría hacerlo —sugerí.

—Es maravilloso pensar que podría hacer realidad esa posibilidad —dijo Dobrev—, pero, como creo que empieza a descubrir, Charlie, cuando se convierte en un hombre como nosotros y se adentra en los mundos por los que nos movemos, no resulta nada fácil tirarlo todo por la ventana e iniciar una nueva vida más sencilla. —Hizo un gesto hacia la barra—. Aunque no tiene ninguna obligación, si se tomara la molestia de prepararme una bebida le estaría eternamente agradecido.

—¿Qué le apetece?

—Un *old fashioned* si lo sabe preparar.

—No tengo muy clara la receta —le advertí.

Dobrev soltó una risita.

—¡Y quiere abrir un *pub*! Me arriesgaré. Y mientras lo prepara, Charlie, cuénteme por qué se niega a integrarse a nuestro humilde grupo.

—Se me ocurren cuarenta mil millones de motivos —dije mientras me dirigía hacia el bar.

—No unirse a nosotros le costará todavía más dinero —me advirtió.

—No, Gratas quería hacerme pensar que me iba a costar más no unirme a ustedes. Son cosas muy distintas. —Busqué los ingredientes del *old fashioned* tras la barra y no tardé en dar con el bourbon, una botella todavía sellada de Michter's US*1.

—¿No cree que podríamos causarle problemas?

—Estoy seguro de que pueden causarme problemas —admití—. La cuestión es si serían mayores que los que yo podría ocasionarles a ustedes y, dado el actual estado financiero de la Asamblea de Lombardía, si serían mayores que los problemas que ya se están generando ustedes mismos. Como bien dijo Napoleón...

—«Nunca interrumpas a tu enemigo mientras comete un error» —dijo Dobrev, completando la cita.

Asentí y di con el amargo de Angostura.

—Considero que, ahora mismo, sus socios están ocupados cometiendo errores, y también opino que tendrán que lidiar con ellos antes de centrarse en mí. ¿Dónde está el azúcar?

—En el armario, a la izquierda del frigorífico. Parece muy convencido de poder mantenernos a raya, Charlie.

—No lo estoy, se lo aseguro —repliqué—. Sin embargo, el poco tiempo que llevo inmerso en esta historia me ha permitido darme cuenta de que el tío Jake tenía buen ojo para seleccionar a sus secuaces.

—Está hablando de Til.

—No me refiero solo a ella. —Saqué el azúcar del armario, abrí el frigorífico en busca del agua y el hielo, agarré un vaso mezclador y le fui añadiendo los ingredientes—. Todos los miembros de su

plantilla son más inteligentes que yo o, como mínimo, saben más cosas. Creo que podrán mantenerlos a raya a todos.

—¿Por qué está tan convencido?

—Porque ya lo estaban haciendo hasta ahora —contesté—. No necesitan que les explique cómo deben afrontar la situación. Estoy bastante seguro de que no me necesitan para nada.

La explicación arrancó otra risita a Dobrev.

—Cuidado, Charlie. Se supone que todos somos genios, las fuentes de las que emanan todas las grandes ideas, y el origen del éxito de nuestras empresas.

—Si yo fuera tan espabilado, la semana pasada no me habría quedado con menos de cien dólares —reflexioné. Con los ingredientes mezclados y enfriados, regresé al congelador del frigorífico en busca de cubitos de hielo ridículamente grandes y los había, por supuesto. Metí un cubito en un vaso corto y luego vertí el combinado del vaso mezclador. Saqué una peladura de naranja del dispensador de condimentos de la barra, la exprimí y la dejé caer dentro del vaso. Al terminar, volví junto a Dobrev—. Además, si los miembros de la Asamblea de Lombardía fuesen tan inteligentes, mi valor neto no superaría el de todos ellos juntos. —Le serví la copa—. Excluyendo a mi presente compañía.

Él sonrió y dio un sorbo al *old fashioned*.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Está bien —contestó, y se encogió de hombros—. No es fantástico, pero está bien. Si un día compra ese *pub*, quizá debería contratar a un camarero que se ocupe de la coctelería.

—Gracias —dije secamente.

—¡Mire, si me lo estoy bebiendo! —exclamó Dobrev, y me hizo un gesto señalando la barra de nuevo—. Prepárese algo usted también, Charlie, no quiero beber solo. —Volví a colocarme detrás de la barra

—. Bien, y además del dinero, ¿por qué otros motivos no desea unirse a la Asamblea de Lombardía?

—¿Acaso necesito más motivos? —pregunté.

—Con una cuota de ingreso de cuarenta mil millones de dólares, no los necesita, sin lugar a dudas —dijo—. Sin embargo, a pesar de lo poco que nos conocemos, ya lo conozco lo suficiente para saber que el dinero no es la única razón.

—De acuerdo —dije. Agarré un vaso de cerveza y miré los grifos de la barra.

Dobrev me señaló uno de ellos.

—Pruebe la rubia, la hacen en un monasterio que hay en el camino.

Me serví la cerveza rubia.

—No quiero unirme a la Asamblea porque apenas llevo una semana dedicándome a esto, no sé lo que estoy haciendo, y es el peor momento posible para tomar decisiones trascendentales —expliqué—. No quiero unirme porque, según lo que he podido ver hasta el momento, la Asamblea de Lombardía está formada por viejos cabrones sexistas convencidos de su superioridad.

Miré a Dobrev para ver si el comentario le sonsacaba alguna reacción hostil, pero se volvió a encoger de hombros y dio otro sorbo a la bebida. Pausé el grifo para dejar reposar un poco la corona de espuma que acababa de servir.

—No quiero unirme porque no encuentro nada que puedan ofrecerme que no tenga ya, incluyendo el asesoramiento, que obtengo de las personas que ya trabajan para mí, aparte de que la única habilidad destacable que aprecio en todos ustedes es la de perder todo su dinero a pesar de que juegan con todas las ventajas posibles. No quiero unirme porque Gratas me ha amenazado y me ha hablado en tono condescendiente, y eso me ha irritado.

Añadí un poco más de cerveza al vaso.

—Pero, sobre todo, no quiero unirme porque mi tío no lo hizo —concluí—. Yo no lo conocía, y no soy él, pero tenía sus motivos para no sumarse al grupo, y yo soy demasiado novato e ignorante para pensar que no eran buenas razones, de modo que, hasta que sepa cuáles son esos motivos y lo que opino de ellos, me quedaré al margen.

Di un trago a la cerveza. Era bastante buena. Me dispuse a escuchar la argumentación con la que Dobrev iba a intentar desarbolar mis objeciones para tratar de persuadirme y que me uniese a la Asamblea.

—¿Sabe? Soy el miembro de mayor edad de la Asamblea —dijo en lugar de eso—. Roberto es el siguiente más veterano, pero nos separa toda una década. Y, por supuesto, todos los actuales miembros salvo Ji-Jong son herederos. Roberto, Joakim, Tom y el resto pertenecen a la segunda o la tercera generación de miembros del grupo, ¡y algunos incluso más! Eso implica que, cuando nos unimos, no tuvimos que pagar la cuota de ingreso. Simplemente ocupamos el lugar de nuestros padres o, en ocasiones, de un abuelo o un tío.

—O sea, que usted no tuvo que pagar cuarenta mil millones de dólares para entrar en la Asamblea —dije.

Dobrev hizo un ruido desdeñoso.

—Por supuesto que no. Solo tuve que aportar mi cinco por ciento anual, aunque incluso esa cuota se calcula según un sistema basado en el honor, por más que cueste creerlo. Cuando mi padre falleció, el asiento de los Dobrev me cayó a mí, y las cosas... simplemente siguieron su curso.

—La membresía tiene sus privilegios —comenté.

—Por supuesto. —Dio otro sorbo a su copa—. Cuando murió el padre de Tom se repitió la historia, como con Roberto, y en el caso de Joakim, bueno... Ha habido un Petersson en la Asamblea desde su fundación. Sin embargo... —me señaló con la mano de la copa y agitó el *old fashioned* dentro del vaso—, por más tiempo que sus asientos hayan formado parte del grupo, los actuales miembros que los ocupan los han heredado hace relativamente poco. Salvo en mi caso. Mi padre murió joven, y yo tenía veinticuatro años cuando ocupé su asiento. Yo llevaba años aquí cuando entró el siguiente miembro sénior.

—De acuerdo. ¿Y eso cómo me afecta?

—Estoy llegando a esa cuestión, pero, antes de decírselo, permítame compartir otro hecho con usted: la Asamblea no registra nada por escrito. Por motivos obvios, claro está. No queremos dar a la Interpol y a los federales estadounidenses una lista manuscrita de todos los delitos que hemos cometido. Eso significa que, para estar al corriente de la mayor parte de lo que hacemos, hay que estar presente en el salón cuando lo hablamos o uno se lo pierde. Es práctico cuando decidimos algo que debemos olvidar colectivamente. Basta con esperar el tiempo suficiente para que todos los que lo sabían mueran y no quede nadie para volver a hablar del tema. Cosas como, por ejemplo, que su tío Jake, en realidad, sí que formó parte de la Asamblea de Lombardía.

Hice una pausa para considerar la novedad.

—Ahora entiendo que Morrison me dijera que no me creyese ni una sola palabra que usted me diga —recordé.

Dobrev se rio y dio una palmada al piano de cola, que sonó muy ligeramente por el golpe.

—¡Es muy lista! Y no se equivoca. Normalmente. Sin embargo, en este caso no está en lo cierto. Puede que no lo haga

intencionadamente; puede que Jake no se lo contase.

—¿Por qué no le iba a decir nada del asunto? —pregunté.

—Pregúnteselo a ella, no lo sé —replicó—. Puede que sea una simple cuestión de la naturaleza humana. El paso de su tío por la Asamblea fue breve y... nada agradable para él. Por eso la abandonó.

—¿Dimitió?

Dobrev negó la cabeza.

—Aquí no dimite nadie.

—¿No se puede dimitir? ¿O no quieren hacerlo?

—Hasta el caso de su tío, ni siquiera nos habíamos planteado el asunto. Se marchó sin más.

Lo miré desconcertado.

—¿Y usted es el único que lo sabe?

—Soy el único superviviente de aquella época.

—Pero los demás no llegaron todos a la vez —objeté—. Debe de haber un cierto solapamiento de integrantes.

—Como ya le he dicho, hay cosas que decidimos colectivamente que debíamos olvidar. —Dobrev dio un trago a la copa.

—O sea que ninguno de los miembros más veteranos dijo nunca nada a los más recientes.

Dobrev se encogió de hombros.

—Me suena sospechosamente a una gilipollez que se acaba de inventar —le espeté.

—Como cabría esperar, pero puedo demostrarlo.

Dejé la cerveza sobre la barra.

—Espero que sea una buena prueba.

—Lo es, créame —afirmó. Inició el gesto de dejar la bebida sobre el piano, pero se detuvo, hizo una mueca, aparentemente al pensar en lo inadecuado que resultaba apoyar un cóctel mediocre en un

instrumento musical del valor de una mansión, y acabó dejando el *old fashioned* en el suelo—. En la isla de Santa Genoveva hay un almacén. Creo que la sala no estaba pensada originalmente para ser un almacén; su tío me contó en una ocasión que la CIA estadounidense la usó como cámara de pruebas durante el desarrollo de varios dispositivos con un alto consumo energético. Por ese motivo, está climatizada y el espacio se puede sellar herméticamente. Es impenetrable; podría dejar caer una bomba atómica sobre su isla y la fuerza de la explosión no alcanzaría ese almacén. Es un escondrijo perfecto.

—¿Qué hay en esa sala?

Dobrev sonrió.

—¿Ha visto alguna vez el final de *En busca del arca perdida*?

—Sí.

—Pues es algo parecido.

—Tiene el Arca de la Alianza en la isla de mi tío —dije con escepticismo.

—No, claro que no —replicó Dobrev—. He dicho: «Algo parecido», no «exactamente lo mismo». Ahí dentro no hay nada que vaya a hacer que se le derrita la cara. Bueno —rectificó—, nada sobrenatural.

—¿Y qué hay ahí dentro?

—¿De su tío? No tengo ni idea. ¿De la Asamblea de Lombardía? Al menos un inventario valorado en un par de centenares de miles de millones de dólares.

—Un «inventario».

—La Asamblea de Lombardía estuvo muy ocupada durante la Segunda Guerra Mundial —dijo Dobrev—. Arte. Piezas de museo. Joyería y tesoros. Oro, plata y piedras preciosas. Libros y manuscritos únicos. Cualquier objeto de valor en Europa, China o el

norte de África que no estuviese clavado al suelo o que sus dueños abandonasen.

—Abandonasen —repetí, y pensé en todos los objetos saqueados por los nazis cuando sus anteriores propietarios fueron arrastrados a los campos de concentración.

Él asintió.

—Y sí, eso significa exactamente lo que está pensando. Los miembros de la Asamblea lo almacenamos todo en distintos lugares al término de la guerra y, de vez en cuando, nos desprendíamos de algún objeto a través del mercado negro cuando queríamos capital. Sin embargo, hacia el final del siglo pasado se complicó mucho el traslado de esos bienes y cada vez más gobiernos estaban buscando cosas que se habían extraviado de forma sospechosa. Así pues, cuando su tío compró Santa Genoveva y nos dijo que contaba con el almacén, nos ofreció una solución sencilla al problema. Le hicimos llegar el material y él lo almacenó. Sigue allí.

—Y usted es el único que lo sabe.

—Ahora también lo sabe usted. —Dobrev se encorvó y recogió la copa del suelo.

—Entonces solo lo sabemos usted y yo.

—Desconozco si su tío se lo contó a alguien más —advirtió—. Es posible que lo sepa alguien más en Santa Genoveva. Tuvimos que llevarlo todo a la isla y guardarlo en el almacén. Como todo estaba metido en cajas, es posible que no sepan lo que contienen, pero cabe la posibilidad de que sepan de su existencia.

Hice un gesto en dirección al salón ejecutivo del hotel.

—¿Y por qué no se lo dijo nunca a ellos?

—Porque sus predecesores y yo decidimos que era lo más sensato.

—No lo entiendo.

—No lo entiende porque no es padre y nunca ha tenido que valorar con franqueza a sus hijos —dijo Dobrev—. Antes incluso de ingresar en la Asamblea, los integrantes de esta generación tenían la reputación de ser... descuidados con su patrimonio. Se decidió que era mejor alejar de ellos la tentación que representaba este tesoro en concreto porque habrían identificado su valor económico, pero no habrían percibido el peligro que los objetos de ese botín supondrían para el bienestar de la organización.

—Entendido. Entonces, ¿si usted muere, el secreto muere con usted?

—No. Si yo muero, el albacea de mi testamento hará llegar un mensaje al siguiente líder de la Asamblea. Ese es Roberto.

Miré a Dobrev fijamente.

—Me había parecido escuchar que la Asamblea no conserva nada por escrito.

—Por un par de centenares de miles de millones de dólares, hicimos una excepción. —Bebió otro trago.

—Y entonces Gratas acudirá a recogerlo todo con un camión de mudanzas.

—Bueno, no —aclaró—. Porque para acceder al almacén hay que franquear dos puertas. El código de Gratas sirve para abrir la puerta interior. La llave que tiene usted abre la puerta exterior.

—Yo no tengo ninguna llave —dije.

Dobrev sonrió.

—La tiene, pero no lo sabe. Cuando visite el almacén se dará cuenta de que lo que le digo es cierto. Su tío formaba parte de la Asamblea de Lombardía, y eso significa que, como su heredero, usted también forma parte de ella. —Se terminó la copa.

—Conocía toda esta información y, aun así, ha dejado que los demás trataran de chantajearme para sacarme cuarenta mil millones

de dólares.

—O cien mil millones, no lo olvide —apuntó.

—En cualquier caso, ha permitido que lo intentasen —insistí.

—Quería ver cómo reaccionaba —dijo Dobrev—. Quería ver cuánto ha heredado de su tío.

—¿Y cuánto le ha parecido que he heredado de él?

Sonrió de nuevo.

—Lo suficiente, Charlie. Lo suficiente.

Me quedé de pie en la barra, pensando en todo lo que Dobrev me había contado.

—Tengo otra pregunta para usted —anuncié finalmente.

—Adelante —me invitó.

—Ha dicho que mi tío abandonó la Asamblea de Lombardía tras unirse al grupo. ¿Por qué se marchó?

Su sonrisa se esfumó.

—No creo que sea un buen momento para esa historia —dijo.

—Al contrario —respondí—. Es el único momento en el que tiene sentido contarla.

—Entendido. —Dobrev se llevó el vaso a los labios, se dio cuenta de que se había terminado el combinado y volvió a bajarlo, descontento. Me miró de nuevo—. Charlie, su madre... —comenzó.

Y entonces la habitación explotó.

Capítulo 19

No solo había explotado la *suite* imperial.

Al levantarme del suelo, miré el boquete abierto en el lugar donde hacía un momento estaban los ventanales panorámicos. En la oscuridad del lago, dos rastros candentes se aproximaron al Grand Bellagio: pequeños misiles, que completaron su trayectoria en un tiempo increíblemente bajo e impactaron en las plantas inferiores. Todo el hotel tembló, y una parte de mi cerebro afectada por la explosión valoró tranquilamente la posibilidad de que el edificio antiguo simplemente se derrumbase sobre nosotros.

Estaba rodeado de cristales rotos y muebles destruidos. La barra y el hecho de que estuviese apartado de las ventanas me habían protegido de lo peor del estallido, pero no me había librado de algunos arañazos ensangrentados en la cara y el cuello, y los oídos me pitaban de un modo que no me permitía oír más que el pitido agudo. Estaba aturdido y ninguna de las luces de la habitación funcionaba del todo bien. Parpadeé para tratar de distinguir algo.

Junto al gran piano, cuya tapa con la espiral de Fibonacci había quedado partida en varios trozos, había un bulto que supuse que era Dobrev.

Me abrí paso a trompicones hacia él para comprobar si seguía vivo y en ese momento oí el susurro de dos hombres, que se descolgaban hasta el interior de la *suite* procedentes del tejado del edificio. Iban todo de negro y llevaban pasamontañas, y me vieron aproximadamente en el mismo instante en el que yo los vi a ellos.

—Joder —masculló uno de los intrusos, y lo interpreté como mi señal para echar a correr.

—Espera —dijo el otro y, aunque supuse que me hablaba a mí, yo ya había llegado a la puerta y la abrí de un tirón. Las alarmas de incendios saltaron en todo el hotel.

La *suite* imperial tenía su ascensor y su escalera privados porque no está bien obligar a presidentes y emperadores a congeniar con la chusma, pero, como la *suite* imperial compartía una planta con el salón ejecutivo, también había un ascensor y una escalera corrientes que bajaban hasta la recepción.

No tomé el ascensor. Abrí la puerta de la escalera con la intención de salir del hotel.

Ya había bajado dos plantas cuando recordé algo.

Hera.

Por un lado, si un animal no humano iba a ser capaz de cuidarse por sí mismo durante el ataque a un hotel de cinco estrellas, sin duda era ella.

Por otro lado, Hera no contaba con pulgares oponibles, y estaba atrapada en mi *suite* a menos que fuese a buscarla. Di un rodeo para ir a por ella.

Al llegar a mi planta oí el ruido de las puertas del hueco de la escalera de los pisos inferiores abriéndose violentamente y a los huéspedes que huían en tropel, entre gritos y chillidos. En mi planta, oí gritos ahogados en otras habitaciones y cosas que se hacían añicos al caer al suelo. Un ruido sonó a disparo, pero no dediqué ni un segundo a comprobar qué podía ser. Corrí a mi *suite* y entré de inmediato.

—¿Hera? —la llamé, y fui a buscarla al dormitorio. No estaba ni en la cama ni escondida debajo. Estaba a punto de llamarla haciendo «pspsps» cuando recordé que era más inteligente que la mayoría de

los universitarios y que haciendo ese ruido probablemente la estaría insultando.

Oí un clic en la puerta, que alguien había abierto con una tarjeta de la habitación, y me di cuenta de que ni la había cerrado con llave ni había pasado el pestillo.

—Joder —maldije, y me abalancé contra la puerta justo a tiempo para que se estrellase contra mi cara al abrirse.

Trastabillé y me caí al suelo de espaldas.

Tenía encima a uno de los hombres que se habían descolgado para invadir la *suite* imperial, y llevaba una pistola en la mano. Sin perder ni un segundo, me apuntó con el arma y se dispuso a dispararme directamente en el pecho.

Apretó el gatillo, pero falló porque, justo antes, algo le saltó a la cabeza y lo atacó.

Era Hera.

El hombre gritó y se palmeó el rostro con la mano libre, tratando de agarrar los varios kilos de gata que le atravesaban el pasamontañas con las zarpas y le grababan surcos en la cara.

Si hubiera sido valiente o inteligente, o bien habría atacado al intruso, o bien lo habría rodeado y habría corrido hacia la puerta, pero hacer cualquiera de las dos cosas suponía el riesgo de abandonar a Hera, así que opté por esconderme.

Pasado un momento oí un tintineo metálico cuando el hombre dejó caer la pistola al suelo para librarse de la gata, la agarró con ambas manos y la lanzó lejos de sí. Ella aterrizó con un golpe seco y huyó corriendo. El tipo se agarró la cara, visiblemente dolorido, y se alejó unos pasos del arma que había perdido, tambaleándose.

Por fin me armé de valor y corrí hacia la pistola, pero accidentalmente le propiné un puntapié y la envié al centro del

dormitorio. Me dispuse a ir a por ella, pero el hombre se interpuso en mi camino y me cerró el paso, aunque él tampoco fue a por ella.

—No lo haga —me ordenó, y esperé con recelo su siguiente movimiento.

Él se quedó ahí de pie un minuto, respirando pesadamente.

—Por el amor de Dios, me cago en esa puta gata —maldijo, y se quitó el pasamontañas de una vez.

A pesar de la sangre y los arañazos, reconocí la cara. Era Evan Jacobs, el hombre de la CIA.

—¿Qué diablos hace? —exclamé.

—¿Ha adiestrado a la gata para que ataque a la gente? —preguntó Jacobs.

—No, es que se le da bien juzgar a la gente. —Intenté echar un vistazo a su espalda para ver dónde estaba la pistola.

—Ni se le ocurra —me advirtió—. Llegaré hasta el arma antes que usted. Y si su gata me vuelve a atacar, la pondré en órbita de una patada.

Se oyó un gruñido procedente de algún rincón de la habitación en respuesta a la amenaza.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. Ninguno de los dos puede conseguir el arma, y si intenta atacarme, mi gata lo asesinará.

—Estoy pensando —dijo Jacobs.

—Está sangrando —añadí.

—Puedo hacer ambas cosas a la vez.

—¿Por qué me quiere ver muerto la CIA?

Jacobs se rio al oír la pregunta, pero se detuvo enseguida.

—Joder, me duele hasta cuando me río —protestó.

—Me alegro.

—No trabajo para la CIA —explicó Jacobs—. Cuando me conoció, apenas podía decirse que trabajase para ellos. Estaba en la isla para

echar un vistazo a sus instalaciones en Santa Genoveva y para verlo bien a usted, Charlie, y determinar el tipo de amenaza que suponía.

—¿Para quién?

—Para la misma gente que me pagó una suma de dinero francamente ridícula para que me retirase de la CIA —contestó—, aunque todavía no se lo he comunicado a la CIA, así que también cobro mi salario de funcionario.

—Puede que yo se lo cuente.

—No tardará mucho en estar muerto.

—Pero no me matará usted —apunté—. Ahora mismo lo único que puede hacer es sangrar sobre el suelo de mi *suite.*

—No necesito matarlo, pedazo de alcornoque —me espetó Jacobs —. Solo tengo que retenerlo aquí dentro.

Se oyó un segundo clic en la puerta.

—A eso me refería —dijo, y esbozó una sonrisa siniestra tras la cortina de sangre.

La puerta se abrió y entró el segundo intruso que se había descolgado del tejado, que la sujetó entreabierta con el pie. Ya se había quitado el pasamontañas.

Era Tobias Paris, también conocido como el Acuchillador.

—Mata a este hijo de puta —le dijo Jacobs, señalándome—. Y, al terminar, mata a su gata...

El agente cayó al suelo con un agujero en la cabeza.

—Estoy algo confundido —dije un minuto más tarde, cuando el pitido de los oídos remitió lo suficiente para oír mi propia voz.

Tobias alargó un brazo, giró el pestillo para evitar que se cerrase la puerta y me puso en las manos la pistola que acababa de disparar.

—Sujéteme esto —me pidió.

Agarré el arma y Tobias pasó por encima del cadáver de Jacobs.

—Lo ha matado —observé.

—No, lo ha matado usted —me corrigió—. Ahora la pistola tiene sus huellas dactilares. —Se arrodilló junto al cadáver con cuidado de evitar la sangre.

—Pero usted trabajaba con él —continué, ignorando el último comentario de Tobias.

—Yo solo trabajaba cerca de él. —Estaba examinando el cadáver —. ¿Qué narices le ha pasado en la cara?

—Mi gata —contesté.

Él gruñó, vio la otra pistola, se levantó y fue a por ella. Comprobó que estuviera en buen estado y la guardó.

Yo asistía a la escena con aire ausente.

—¿No va a matarme? —pregunté.

—No me han ordenado que lo mate —respondió—. Me han ordenado que lo mantenga con vida.

—Entonces, ¿por qué ha intentado matarme Jacobs?

—Él no sabía que me habían ordenado mantenerlo con vida, y usted no debía estar en la *suite* imperial.

«Dobrev», pensé.

—¿Dobrev sigue vivo?

—No.

—Lo ha matado —dije.

—No, lo ha matado usted —dijo Tobias haciendo un leve gesto con la cabeza hacia la pistola que yo sostenía.

Dejé caer el arma.

—Es un poco tarde para eso, Fitzer —me advirtió.

—No lo entiendo.

—No pasa nada. No es necesario que lo entienda. Solo es necesario que lo culpen de lo ocurrido.

La puerta se abrió bruscamente y Morrison entró, de vuelta de la cita, con un arma por delante. Tobias y yo levantamos las manos.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó ella a Tobias.

—Dobrev está muerto —respondió él—. Charlie le ha disparado y luego le ha pegado un tiro al guardia que lo ha seguido hasta aquí tras el atentado. —Señaló el cadáver de Jacobs.

Ella echó un vistazo rápido al cuerpo, y si reconoció a Jacobs, no dijo nada.

—Entendido —dijo finalmente—. Ahora cuéntame lo que ha pasado de verdad.

Tobias hizo un gesto perezoso con el dedo.

—Charlie ha atentado contra la Asamblea de Lombardía —explicó —. Ha ordenado a algunos de vuestros hombres que disparasen misiles contra el hotel en un ataque terrorista, y después ha enviado a mercenarios contratados por él a recorrer el hotel y eliminar a los miembros de la Asamblea en sus habitaciones. Según los rumores, cinco de ellos ya están muertos. Incluido Dobrev. —Él me miró—. Ha pateado un avispero, Fitzer. Espero que esté listo para lo que se avecina.

Morrison se acercó más a Tobias sin bajar la pistola.

—He dicho que me cuentes lo que ha pasado de verdad.

Él sonrió.

—Til, lamento tener que ser yo quien te lo cuente, pero este edificio está en llamas, y en breve esto se llenará de agentes de todos los cuerpos del orden y de periodistas que escudriñarán todo lo que quede entre las ruinas. Puedes intentar seguir amenazándome o bien agarrar a tu muchacho y a la gata, y largarte con ellos antes de que las cosas se vuelvan incómodas para todos vosotros. Por mi parte, es lo que pienso hacer.

—También podría pegarte un tiro.

Tobias levantó las manos de nuevo.

—Si fueses a dispararme, lo habrías hecho en cuanto has entrado por la puerta.

Ella disparó.

Él miró el agujero que había aparecido entre sus pies, en los tablones del suelo, y volvió a mirar a Morrison.

—Lo que yo decía.

Ella bajó el arma.

—Largo —ordenó.

Tobias me miró, esbozó una sonrisa engreída y se marchó de la *suite.*

—¿Dónde está Hera? —me preguntó Morrison en cuanto se marchó el hombre.

Oímos un maullido debajo del sofá.

—Sal de ahí —ordenó a la gata—. Tenemos que irnos.

—Yo no he matado a Dobrev —le aseguré mientras Hera salía de debajo del mobiliario.

—No pensaba que lo hubiera hecho —replicó Morrison.

—Y a él tampoco. —Señalé a Jacobs.

—Charlie, no es necesario que me convenza de que es inofensivo —me advirtió, y volvió a mirar el cadáver, que ahora estaba claro que había reconocido—. Pero hay un hombre de la CIA muerto en su *suite.* La cosa no pinta bien. Tobias estaba en lo cierto. Tenemos que irnos.

Hera me maulló y me agaché para recogerla.

A esas alturas, todo el hotel era presa del caos y pasto de las llamas. Morrison nos condujo fuera del hotel, nos alejó de la policía y los bomberos, y nos llevó por calles de la localidad. Finalmente nos guio a un callejón que se desviaba de la Via Giuseppe Garibaldi y luego a un pequeño apartamento situado sobre un supermercado.

—¿Dónde estamos? —pregunté mientras dejaba a la gata en el suelo.

—El piso en el que se alojaba su tío cuando venía a Bellagio —respondió ella.

—Es acogedor —comenté.

—Es un vertedero —me contradijo Morrison—, pero tiene ciertas utilidades. Como ahora mismo, por ejemplo. Bueno, voy a sacarnos de aquí antes de que a los italianos y a la Interpol se les ocurra venir a buscarnos. Mientras, vaya contándome lo que ha pasado en realidad.

Abrí la boca y, para mi sorpresa, lo primero que salió de mis labios fue:

—Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Tobias me ha dado la pistola con la que ha disparado a Jacobs. Tiene mis huellas dactilares y está en el suelo de mi *suite.*

—No es una muy buena noticia —valoró Morrison.

—Me ha dicho que también es la pistola con la que han disparado a Dobrev.

Ella me miró un momento.

—Charlie, me habría venido bien conocer esa información antes de que nos marcháramos del hotel.

—El hotel estaba en llamas y estaba un poco en shock —me defendí—. Lo siento.

—Si hay alguna otra prueba incriminatoria de la que quiera hablarme, es el momento de hacerlo.

—Creo que no.

—¿Ha dejado sus huellas dactilares en algún otro lugar?

Reflexioné un minuto.

—En un vaso de cerveza que había sobre la barra de Dobrev en la *suite* imperial —respondí.

—Donde lo asesinaron.

—Sí.

—Con la pistola en la que están sus huellas dactilares.

—Sí.

—Charlie.

—Ha pasado todo muy de repente —me excusé.

Morrison miró a Hera, como diciendo: «Mira lo que ha hecho nuestro adolescente problemático».

—Cuéntemelo todo —me dijo finalmente.

—Lo haré —prometí—. Pero antes debe decirme algo usted a mí.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué papel desempeñó la Asamblea de Lombardía en la muerte de mi madre?

Capítulo 20

Bajamos a un pequeño valle en uno de los camiones de carga de la Bahía de Jenny y frenamos frente a lo que parecía una cueva natural. Joseph Williams apagó el motor del vehículo y señaló el interior de la caverna.

—Es aquí —anunció—. Ahí tiene el almacén.

Bajé del camión con Morrison y Hera, me acerqué a la cueva y me detuve a unos treinta metros de la entrada. Pisábamos una carretera de tierra irregular y bordeada por flequillos de vegetación isleña. La pista de tierra tenía tramos enfangados y no mostraba más marcas de neumáticos que las nuestras.

—¿Cuánto tiempo hacía que nadie pasaba por aquí? —pregunté a Williams.

—Tengo un equipo de mantenimiento que se encarga de garantizar que la carretera sea transitable, así que cada seis meses, aproximadamente, pasa alguien por aquí —respondió él, y luego volvió a señalar la cueva—. Otra cuadrilla entra ahí dentro una vez al año para comprobar que los sistemas eléctricos siguen en funcionamiento, pero no creo que se haya vuelto a abrir el almacén desde la primera vez que lo llenamos, y eso debió de ser justo después de que su tío comprase la participación en la isla del resto de sus socios.

—Y usted ha estado aquí desde entonces —dije.

—Sí. No siempre en el puesto que ocupo actualmente, pero sí que llevo aquí desde que la CIA se marchó de la isla y hubo planes de

convertirla en un complejo turístico.

Empecé a caminar hacia la cueva.

—¿Quién más sabe de esto?

—¿Del almacén? Su tío lo sabía, claro está, y venía de vez en cuando. Til también conocía su existencia debido a la naturaleza del papel que desempeña en la organización de su tío. Yo también sé que está aquí, los equipos de mantenimiento de la carretera y de la instalación eléctrica saben que está aquí, y todavía quedan algunos trabajadores en la isla que ya estaban aquí cuando metimos lo que hay dentro. Cualquiera que eche un vistazo al plano de la planta física de la isla también sabe que está aquí, aunque creo que presuponen que el espacio está cerrado por motivos de seguridad. No es nada inusual. Hay varios lugares en la isla excavados por los británicos o los estadounidenses que se cerraron porque los consideraron peligrosos. Como ya sabe, en esta isla hay un volcán activo.

Entramos en la cueva; como tenía una boca amplia, el interior estaba bien iluminado por luz natural. La pared del fondo estaba a unos veinte metros de la entrada, y la mayor parte de su superficie estaba ocupada por una puerta ancha y pesada. En la puerta había un teclado electrónico con un escáner de manos que recordaba más a un iPad que a un escáner de la vieja escuela.

—Eso no lleva ahí treinta años —observé.

Williams miró el teclado y ladeó la cabeza.

—Es curioso —comentó, y miró a Morrison.

—Yo no sé nada de eso —advirtió ella.

—El jefe lo debió de sustituir por el nuevo bastante recientemente —sugirió él.

—Dobrev me contó que también había una puerta interior —recordé.

—La recuerdo —confirmó Williams.

—¿Sabe lo que había dentro del almacén?

—No nos lo dijeron nunca —contestó él—. No nos informaron ni de lo que había en el almacén ni de su procedencia. Todo llegó en cajas sin marcas visibles. Recuerdo que tenían números escritos, pero no había ningún inventario.

—¿Y usted? —pregunté a Morrison.

—La única vez que su tío me mencionó su existencia lo llamó archivo —respondió—. No fue un tema que tocásemos a menudo.

Miré a Hera.

—Y supongo que tú tampoco sabías nada de todo esto.

La gata me miró y parpadeó lentamente.

—Y dice que Anton Dobrev le contó que en el almacén hay tesoros expoliados durante la Segunda Guerra Mundial —dijo Williams.

—Eso dijo.

—Valorados en miles de millones de dólares.

—Centenares de miles de millones —lo corregí—. Y todo es propiedad de la Asamblea de Lombardía.

—De lo que queda de ella —matizó Morrison, que no parecía especialmente disgustada.

Asentí. El incendio en el Grand Bellagio había destruido gran parte del venerable hotel y, según las noticias, varios empresarios notables presentes en la localidad para asistir a una conferencia indeterminada habían quedado atrapados en sus habitaciones y habían fallecido a causa de la inhalación de humo, incluido el propietario del Grand Bellagio, Anton Dobrev, cuyos restos estaban tan calcinados que hubo que identificarlos mediante los registros dentales. Los restos de otras víctimas del fuego seguían pendientes de identificación.

Las explosiones que provocaron los incendios que habían destripado el edificio se atribuían a fugas de gas en el sótano y los muros del hotel. Se estaba organizando una investigación acerca de las fugas, pero tardarían años en completar las pesquisas. Los rumores que circulaban por las redes sociales y Reddit según los cuales habían disparado misiles contra el hotel desde el lago de Como no eran más que eso, rumores, y los vídeos de seguridad que tomaron las cámaras distribuidas por Bellagio en ese momento no los corroboraban.

La última de esas grabaciones que yo había visto me había parecido realmente impresionante. Debían de haber trabajado bastante para elaborarla y también debía de haber requerido unos sobornos considerablemente cuantiosos. Por lo visto, lo que quedaba de la Asamblea de Lombardía sí que contaba con algo de liquidez.

En cualquier caso, la parte positiva de todo el asunto era que, de cara al público, el incendio en el Grand Bellagio se trataba como un desastre, no como un intento de asesinato, y en concreto se presentaba como una tragedia para los amantes del arte de todo el mundo, dada la inmensa cantidad de objetos de un valor incalculable que habían quedado destruidos o dañados en la conflagración. Las noticias sugerían que el pago del seguro al *holding* empresarial de Dobrev podría situarse entre los miles de millones y las decenas de miles de millones de dólares.

Si Dobrev hubiese sobrevivido, en ese momento habría sido un hombre muy rico. Bueno, todavía más rico de lo que ya era.

Volví a centrar la atención en el teclado de la puerta y el escáner manual.

—Tenemos un problema —observé—. Mi tío fue incinerado.

—Según nos ha contado, Dobrev le dijo que usted tenía la llave —recordó Morrison.

—No me guardé su mano de recuerdo.

Ella puso los ojos en blanco e hizo un gesto hacia el dispositivo.

—Ponga la mano en el escáner, Charlie.

Apoyé la mano derecha con los dedos extendidos en la pantalla.

Hubo un momento de silencio, seguido de un golpe ruidoso, y entonces la puerta enorme se abrió lentamente hacia fuera, alrededor de una bisagra. La apertura era lo bastante amplia para permitir el acceso al interior a un camión de carga grande.

Williams rio encantado.

—Mis cuadrillas de mantenimiento del sistema eléctrico han hecho un trabajo magnífico —celebró.

Miré a Morrison.

—¿Cómo es posible? —pregunté, y ella bajó la vista hacia Hera, que me miró con una expresión inocente.

—Tú y yo tenemos que hablar —dije a mi gata.

Hera maulló y entró en la cámara que se acababa de abrir.

La siguiente sala estaba tenuemente iluminada por largos tubos fluorescentes y tenía otra puerta situada a unos diez metros de la primera y del mismo tamaño que la exterior.

—Es extraño —me dijo Williams—. ¿No nos ha dicho que Dobrev le contó que tenía un solo código? Aquí hay seis escáneres.

—También me dijo que yo tenía un código y resultó ser la huella de mi mano —le recordé—. Puede que su «código» sean otras seis huellas de manos.

—Un *quorum* de miembros de la Asamblea —observó Morrison—. Si es que todavía quedan tantos vivos.

—Hay suficientes supervivientes —dije—. Aunque a duras penas.

Tobias el Acuchillador me había dicho que se «rumoreaba» que cinco miembros de la Asamblea estaban muertos, y las cifras que barajaban las noticias corroboraban esa información. Se esperaba

que un sexto miembro, el director de un cártel de gemas sudafricano, no sobreviviese más allá de unos pocos días. Aquello dejaba a seis miembros de la Asamblea de Lombardía con vida hasta que eligiesen a los nuevos; siete, si era verdad que el tío Jake había formado parte de la organización y yo había heredado su asiento.

—De modo que es cierto —dijo Williams—. Su tío fue miembro de la Asamblea. —Gesticuló hacia la puerta interior y sus seis escáneres de manos—. De lo contrario, no tendría ningún sentido que hubiesen confiado sus tesoros a su tío.

Impulsivamente, coloqué una mano en uno de los escáneres de la puerta interior. No hizo nada.

—Necesitaría cinco manos más —apuntó él en tono amable—. Incluso en el caso de que usted contase como el sexto miembro.

—Ya lo sé, solo quería comprobar si pasaba algo.

Volví a mirar la puerta interior. Morrison se dio cuenta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—No lo sé —contesté con sinceridad. Y era cierto, no lo sabía.

Lo que sí sabía era que lo que había tras esa puerta era el motivo por el que había muerto mi madre.

—Jake me contó que una vez hizo un favor a la Asamblea de Lombardía —me había dicho Morrison la noche del incendio en el hotel, en aquel pequeño apartamento italiano hecho polvo, mientras esperábamos una ruta de escape segura para salir de Bellagio e Italia—. Escondió algo para ellos, y todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de algo que debía permanecer escondido durante mucho tiempo. A pesar del consenso, uno de los miembros de la Asamblea quiso acceder al material. Jake se negó. Una semana más tarde, su madre falleció en un accidente de tráfico.

—¿Y él sabía con certeza que la Asamblea de Lombardía estaba tras el accidente? —pregunté.

—Él no creía en las casualidades —replicó Morrison—. Y su padre tampoco. Jake me explicó que su padre se lo había llevado a un aparte durante el funeral, le había dicho directamente que era responsable de la muerte de su madre, y le pidió que no volviese a acercarse a su familia nunca más.

—Mi padre nunca me lo dijo. Él solo me contó que habían tenido un encontronazo.

—Seguro que su padre solo intentaba protegerlo del dolor. La muerte de uno de los padres ya es una tragedia suficiente para un niño. Descubrir que su madre podría haber sido asesinada solo habría servido para acumular una nueva montaña de miseria al drama. Además, el hecho de que el crimen fuera solo una cuestión de negocios relacionada con su tío aún empeora más las cosas. ¿Cómo se siente ahora al respecto?

—Me siento fatal —confesé.

—Haberlo sabido antes no lo habría ayudado —dijo Morrison—. El único lado positivo del asunto, si es que podemos llamarlo así, es que su tío se lo hizo pagar todos los días desde entonces. Saboteó sus negocios y sus planes durante décadas. No están arruinados por el simple hecho de ser impulsivos y estúpidos. Están arruinados porque él los arrastró a la ruina.

—Es mucho tiempo para llevar a un grupo a la insolvencia —opiné.

—Sí, bueno, lo hizo más de una vez —aclaró ella—. Y disfrutaba jugueteando con ellos.

—Salvo con Dobrev —aventuré.

Morrison negó con la cabeza.

—Dobrev incluido. Sin embargo, como mínimo él comprendía la motivación de su tío, Charlie. Él entendía que hay algunas cosas por las que hay que pagar. Respetaba las razones por las que Jake debía hacerlo. Además, él no era tan necio con sus negocios personales

como el resto. Él se podía permitir apreciar a su tío Jake. Los demás no podían costeárselo.

—¿Y al tío Jake le valía la pena lo que hacía?

—¿Se refiere a la venganza a largo plazo? —preguntó Morrison. Asentí—. Eso tendría que preguntárselo a él. No murió siendo infeliz, si es lo que desea saber. Por otra parte, tampoco pensaba en ellos todo el tiempo. La mayor parte de las veces simplemente trabajaba en la misma línea de negocio que ellos y se limitaba a hacer las cosas mejor. Podía estar meses sin pensar en ellos hasta que, de repente, recordaba a su madre, o algo le hacía pensar en ella, y entonces comenzaban los problemas. Él quería mucho a su madre.

—Empiezo a darme cuenta de ello —dije entonces.

Yo también la quería.

—Lo que sea que haya dentro de este almacén no vale tanto como la vida de mi madre —afirmé, de vuelta en el momento presente.

—Amén —coincidió Williams. Cerramos de nuevo la puerta del almacén, volvimos al camión y nos dirigimos de regreso a la Bahía de Jenny.

Cuando ya nos acercábamos a nuestro destino, el móvil de Morrison tintineó. Comprobó el número, hizo una mueca y aceptó la llamada.

—Adelante —dijo, y prestó atención—. Entendido —respondió pasado un rato, colgó y me miró—. Bien, supongo que era inevitable.

—¿A qué se refiere?

—Era Tobias.

—El Acuchillador.

—Sí, el Acuchillador —repitió Morrison, irritada—. Tiene un nuevo trabajo y trabaja directamente para la Asamblea, o lo que queda de

ella.

—Espero que haya cobrado por adelantado —comenté.

—Me ha llamado para decirme que está usted invitado a participar en una videollamada dentro de dos horas —continuó ella, ignorando mi apreciación—. Por lo visto, Roberto Gratas ha asumido el mando de la Asamblea formalmente, lo que significa que han llegado a sus manos las notas de Dobrev relativas al almacén. Por lo visto, quiere recuperar lo que hay en su interior, y tiene unas cuantas exigencias más para usted.

—Exigencias.

—Porque la primera vez le funcionó de perlas. Ah, y hay otra cosa.

—Estoy impaciente por oírla.

—Tobias le contó lo de la pistola que había en el suelo de su *suite.* Gratas la tiene y se ha tragado lo de que usted mató a Dobrev y a Jacobs. Dice que su cooperación determinará si la pistola acaba en el fondo del lago de Como o en un laboratorio forense de Langley.

Capítulo 21

«¿QUÉ ES ESO?», tecleó Hera al verme entrar en su *suite* con una bandeja, una hora después de nuestro regreso a la Bahía de Jenny. Estaba sentada en su escritorio, escribiendo. Perséfone, que hacía unos días que no me veía, se nos acercó dando saltitos y maulló. Estaba claro que quería que la levantase en brazos.

—Un regalo de agradecimiento —respondí, y dejé la bandeja sobre su mesa, cerca del teclado. Contenía varios trozos de pescado y marisco que había ido a buscar a la cantina de la Bahía de Jenny. El personal que trabajaba en el local me había mirado raro cuando les había pedido que me sirviesen su mejor comida con aletas, pero, como era su jefe, obedecieron y me entregaron el cargamento que había llevado a la habitación.

Al ver el pescado, Perséfone dejó de pedirme que la recogiese y se encaramó al escritorio de un brinco para echar un vistazo a la comida. Así pude comprobar el lugar que ocupaba entre las prioridades de las gatitas.

«¿UN REGALO DE AGRADECIMIENTO POR QUÉ?», preguntó Hera.

—Para empezar, por salvarme la vida en Italia —contesté—. Y por no haberme matado durante los últimos años por alimentaros exclusivamente a base de Meow Mix.

«A MÍ ME GUSTA EL MEOW MIX —replicó Hera—. ES COMO LAS PATATAS FRITAS PARA LOS HUMANOS. COMES UNA DE ESAS CROQUETAS Y YA NO PUEDES PARAR.»

—De acuerdo, pero a mí no me gustaría una dieta a base de Ruffles y nada más —insistí.

«CUANDO NO MIRABAS HACÍA PEDIDOS A JUST EAT.»

—Ahora me pica la curiosidad por conocer la logística de esos pedidos.

«INSTRUCCIONES PRECISAS Y PROPINAS ENORMES. ¿TE PARECE BIEN SI PERSÉFONE TAMBIÉN COME?»

—Es tu bandeja de agradecimiento —respondí—. Puedes hacer con ella lo que te parezca.

Hera hizo un ruidito. Perséfone pio de alegría y comenzó a hincar el diente al festín.

—¿Esos ruidos son vuestra lengua? —me interesé.

«ES COMPLICADO —tecleó Hera—. NO ESTAMOS DISEÑADAS COMO LOS HUMANOS Y NO TENEMOS EL MISMO RANGO VOCAL QUE VOSOTROS. SIN EMBARGO, CON EL TIEMPO HEMOS DESARROLLADO ALGUNAS VOCALIZACIONES Y UN CIERTO LENGUAJE CORPORAL. TENEMOS CONVERSACIONES BÁSICAS SIN TECLADO. PARA TRANSMITIR MENSAJES COMPLEJOS TECLEAMOS.»

—Sigue siendo fascinante.

«A VECES PUEDE SER IRRITANTE. LOS GATOS NO MODIFICADOS NO HABLAN COMO NOSOTRAS. HAY MUCHOS MALENTENDIDOS.»

Aquello me recordó la conversación sobre los delfines, antes del viaje a Italia, cuando me comentaron que no congeniaban demasiado bien con otros miembros de su especie en el mundo real. Dotar a los animales de inteligencia los convertía en parias, y la idea me entristecía.

Se lo conté a Hera.

«LOS HUMANOS SON EXPERTOS EN CREAR PARIAS —replicó la gata—. NO DEBERÍA SORPRENDER A NADIE QUE TAMBIÉN LO HAGÁIS CON MIEMBROS DE OTRAS ESPECIES.»

Como no se me ocurría ninguna buena respuesta para aquella observación, cambié de tema.

—¿En qué estás trabajando? —pregunté señalando su monitor, que tenía dos ventanas abiertas.

«ESTOY REDACTANDO MI INFORME SOBRE ITALIA.»

—No olvides incluir que me salvaste la vida.

«LO EXPLICO EN LA ENTRADILLA —tecleó—. AUNQUE, YA QUE ESTÁS AQUÍ, PODRÍAS CONTESTARME UNA PREGUNTA.»

—Por supuesto.

«¿POR QUÉ NARICES VOLVISTE A LA *SUITE*? TÚ MISMO TE ACORRALASTE Y ESTUVISTE A PUNTO DE MORIR.»

Hice una pausa, inseguro.

—Fui a buscarte —respondí.

«¿POR QUÉ?»

—Porque eres mi gata. Y no tienes pulgares. —«Y porque a estas alturas eres mi única amiga de verdad», estuve a punto de decir, aunque finalmente me lo callé.

«¿QUÉ TIENEN QUE VER LOS PULGARES CON TODO ESTO?»

—Ya sabes, eh..., las puertas.

«ES TODO UN DETALLE, PERO TÚ ERES MÁS IMPORTANTE QUE YO.»

—Yo no lo tengo tan claro —repliqué—. A mí no me ha traído nunca nadie una bandeja entera de pescado y marisco.

Perséfone maulló al oírlo.

«PERO ALGUIEN TE TRAJO UN CONGLOMERADO DE EMPRESAS VALORADO EN UN BILLÓN DE DÓLARES», respondió Hera.

—Por supuesto, pero no era alguien a quien yo le importase —aclaré—. Desconozco el razonamiento que llevó a mi tío Jake a nombrarme su heredero, pero no lo hizo porque yo significase nada para él, ni porque sintiese nada por mí. Morrison me asegura que sí me apreciaba, pero no tengo nada claro que arrojarme a lo más hondo del negocio de la villanía fuera la mejor forma de demostrarlo.

«TENÍA SUS MOTIVOS.»

—Bien, pues ojalá me los hubiese contado antes de morir. —Señaló la otra ventana abierta—. ¿Y qué estás haciendo ahí?

«SOLO SON UNOS NEGOCIOS INMOBILIARIOS EN LOS QUE ESTOY TRABAJANDO.»

—¿Negocios inmobiliarios?

«TENGO UNA VIDA AL MARGEN DE ESTA EMPRESA, ¿SABES?»

—Más que yo —acepté—. ¿Eso es... legal? ¿Puedes poseer bienes inmuebles?

«¿LO DICES PORQUE SOY UNA GATA?»

—Bueno, sí.

«TENGO UN *TRUST* DEL QUE SOY BENEFICIARIA Y UN ABOGADO HUMANO QUE ACTÚA COMO GESTOR. YO LE DIGO LO QUE DEBE HACER, Y ÉL LO HACE.»

—¿Y él sabe que eres una gata?

«LA VERDAD ES QUE NUNCA HA SALIDO EL TEMA.»

—O sea, que eres una experta en el sector inmobiliario.

«TENGO UNA CARTERA DE INVERSIONES DIVERSIFICADA —escribió Hera—. LA MAYORÍA SON ABURRIDAS, PERO ALGUNAS PARTES SON MÁS EMOCIONANTES. INVIERTO MUCHO EN MERCADOS EMERGENTES».

—Suena arriesgado.

«SOY UNA GATA, PUEDO SOPORTAR EL RIESGO. LO PEOR QUE ME PODRÍA PASAR SERÍA PERDERLO TODO Y, AUN ASÍ, ME ALIMENTARÍAN Y DISPONDRÍA DE UN LUGAR EN EL QUE DORMIR UNA SIESTA.»

—Es una forma... sorprendentemente fría de pensar en las cosas.

«A VECES ES MEJOR NO SER HUMANA, CHARLIE.»

—Creemos haber descubierto quién está detrás de las ballenas —me informó Morrison. Me había pedido que la fuese a ver a la sala de juntas antes de la videollamada con Gratas. La acompañaba Astrud Livgren, la mediadora humana con los delfines. Cuando entré en la

sala, ambas ya estaban sentadas. Tomé asiento y saludé a Livgren inclinando la cabeza.

—Para empezar, gracias por convencer a los delfines para que pospongan la huelga —dijo ella—. Si se hubiesen quedado en la laguna, tal vez no habríamos averiguado nada. ¿Qué les dijo?

—No les dije nada —respondí—. El líder de sus delfines decidió que yo estaba con el agua al cuello y se apiadó de mí.

—Eso es nuevo —observó—. Setenta y Tres suele disfrutar portándose mal a todas horas.

Tardé un segundo en recordar que «Setenta y Tres» era el nombre con el que ella se refería al jefe de los delfines, también conocido como Me Importa Un Huevo.

—Creo que él reacciona a lo que le ofrecen —comenté—. ¿O es ella? No lo sé.

—Él —aclaró Livgren—. Y no tengo muy claro si me gusta lo que insinúa.

—Dice que usted lo llama «Gilipollas» cuando cree que no la escucha.

—Le llamo Gilipollas cuando me escucha, precisamente. No es un nombre, es una descripción. Es un gilipollas. Lo ha visto en acción. La primera vez que lo vio, se mostró comedido. Imagínese tener que aguantar esa actitud todo el tiempo y con todos los delfines. Parecen adolescentes con el vicio de llevar la contraria veinticuatro horas al día. Es agotador. A veces no soy tan amable como podría serlo porque ellos tampoco lo son. ¿Dice que Setenta y Tres se compadeció de usted? Pues me gustaría saber lo que se siente.

—Creo que he metido las narices en un asunto en el que no debería haberme entrometido —dije tras un minuto—. Le ruego que me disculpe.

—Gracias. —Livgren esbozó una sonrisa apesadumbrada—. No se imagina cómo me emocioné cuando llegué a la isla y descubrí que los delfines podían hablar y comunicarse con nosotros. Me pareció que podíamos enseñarnos muchas cosas mutuamente. Luego descubrí que lo que más deseaban era enviarnos a mí y a cualquier otro humano a tomar por el culo. La historia dejó de tener gracia antes de lo previsto.

—Lo supongo.

—No, todavía no puede hacerse una idea. Pásese por la laguna una semana más y comenzará a entenderlo.

—Las ballenas —la interrumpió Morrison.

—Es verdad —dijo ella—. Durante su ausencia, uno de los delfines se acercó lo suficiente a una de las ballenas para darse cuenta de que llevaba sujeto algo parecido a un transmisor. La ballena puso algo de distancia entre el delfín y ella, y, como el delfín no quería que pareciese que era algo más que un delfín normal y corriente, no logramos recabar muchos detalles sobre el dispositivo. Pero entonces la Señora Pancita...

—Perdón. —Levanté una mano—. ¿La Señora qué?

—La Señora Pancita —repitió Livgren—. La directora de la División de Inteligencia Felina.

Miré a Morrison.

—¿Se llama Señora Pancita?

—Sí, ¿qué pasa?

—No lo sé —confesé—. Supongo que no me esperaba mantener una conversación seria en la que mencionásemos a alguien llamado Señora Pancita.

—No es culpa suya —dijo Morrison—. Un humano le puso el nombre cuando era una cachorrita. A veces, los humanos ponemos a

los gatos unos nombres realmente patéticos. Culpe al humano, no a la gata.

—¿Y la Señora Pancita tiene nombre de pila?

Morrison me miró con una expresión extrañada.

—No, solo se llama Señora Pancita. O, si quiere referirse a ella de una forma más formal, directora Señora Pancita.

—¿No podemos llamarla simplemente directora Pancita?

—No, porque se llama Señora Pancita. Lo de «Señora» no es un trato honorífico.

—¿Son...?

—Charlie, ¿podría centrarse de una puta vez? —preguntó Morrison.

—Sí, perdón —me disculpé, y me giré de nuevo hacia Livgren—. La directora Señora Pancita... —recité para darle pie a continuar.

—... tuvo la idea de escanear las ballenas en busca de señales de radio cuando emergiesen. Colocamos un escáner en uno de los ferris y las escaneamos cada vez que salían a la superficie.

—Comprobaban si estaban haciendo llamadas telefónicas —conjeturé.

—Correcto.

—En el océano hay torres telefónicas? —pregunté.

—No, pero las señales no iban en esa dirección.

Capté la insinuación.

—Un satélite —sentencié.

Morrison ya se había sacado el móvil del bolsillo y me lo mostró para enseñarme una captura de pantalla de la aplicación Chac.

—No es un satélite cualquiera. Es un satélite de telecomunicaciones lanzado por la empresa de Kim Ji-Jong.

—No solo para las ballenas —apunté.

—No, por supuesto. Pero, por lo visto, también para las ballenas.

—¿Son ballenas inteligentes? —pregunté—. ¿Cómo los delfines?

—No lo sabemos —respondió Livgren—. Nuestros delfines no han visto nada que sugiera que las ballenas son inteligentes como ellos, pero, por otro lado, aunque no sean inteligentes, tienen que estar bien adiestradas.

Miré a Morrison.

—¿En la historia corporativa de Kim figura algo relacionado con las ballenas?

—El conglomerado empresarial de su familia se originó como una empresa de pesca y ballenera en el siglo XIX que, con el tiempo, dio el salto a la electrónica, los medios de comunicación y la industria pesada —explicó ella—. Sin embargo, mantienen una conexión con su legado a través del parque acuático que poseen en Busan. De modo que es posible, aunque nuestros infiltrados nunca nos han informado de que Kim estuviera adiestrando un grupo de ballenas, o de que haya hablado sobre el tema en ninguna reunión de la Asamblea de Lombardía.

Volví a pensar en el salón ejecutivo lleno de miembros de la Asamblea, con sus gatos, preguntándose en voz alta quiénes eran los espías.

La idea me recordó algo.

—Esta pregunta puede parecer arbitraria, pero no lo es —les aseguré—. ¿Perdimos a algún gato en el incendio del Grand Bellagio?

—Tiene razón, parece una pregunta arbitraria —dijo Morrison—. Sin embargo, la respuesta es que no. Un par de ellos sufrieron inhalación de humo, pero, por lo demás, salieron ilesos. Aquellos cuyos propietarios murieron han sido enviados a casas francas locales, donde han presentado sus informes.

—¿Disponemos de casas francas para gatos? —pregunté.

—Tenemos a muchos gatos ahí fuera, Charlie —respondió ella—. A veces tienen que resguardarse del frío.

Volví a centrar la atención en Livgren, que parecía divertida por el paréntesis.

—¿Qué pensamos que están buscando las ballenas? —pregunté.

—No lo sabemos —contestó—. La mejor hipótesis que barajamos es que están observando quién y qué entra o sale de Santa Genoveva e informan. —Levanté la mano—. Y, cuando digo que «informan», no sabemos si eso significa que el transmisor satelital tiene cámaras y otro instrumental, y lo operan remotamente, o si las ballenas son como nuestros delfines e informan activamente.

Bajé la mano.

—Lo que sea que están haciendo, lo hacen para la Asamblea —añadió Morrison.

—¿Y eso supone un problema? —pregunté—. ¿Qué pueden hacer las ballenas que no pudiera hacer un satélite espía por sí solo? A mi llegada a la isla, Williams me señaló que aparecemos en Google Maps.

—No lo sabemos —repitió Livgren—. Eso es lo que las hace tan preocupantes.

—Deberíamos pedir a los delfines que vuelvan a salir para ver si averiguan algo más.

Ella volvió a reclinarse en la silla.

—Bien, ese es el problema, ¿sabe? Setenta y Tres dijo que aplazaría la huelga hasta que usted regresase de Italia.

—Recuerdo que no tenía nada claro que yo volviese —comenté.

—Sí, hubo cierta cháchara al respecto —admitió Livgren—. De hecho, si no lo he entendido mal, fue por un pelo.

—Me salvó una gata.

—Me alegro. El caso es que usted ha regresado, y ahora los delfines se niegan a volver a salir.

—Están en huelga —deduje.

—Técnicamente no —puntualizó ella—. Todos aseguran que han sufrido una intoxicación alimentaria por comer pescado en mal estado.

Por algún extraño motivo, lo encontré divertido y sonreí.

—Los delfines han organizado una baja colectiva —concluí.

—Eso parece. Y sospecho que continuarán enfermos hasta que se vuelva a reunir con ellos.

—Bueno, antes tengo que asistir a una videoconferencia en la que me despreciarán y me amenazarán —dije—, pero, una vez que acabe, estoy libre.

Capítulo 22

Y entonces llegó el momento de que me despreciasen y me amenazasen durante una videoconferencia.

—Un momento —dije mientras Williams me colocaba el portátil delante—. ¿Vamos a hacer la videoconferencia a través de un ordenador?

—El señor Gratas nos ha enviado un enlace a una reunión de Zoom —me explicó él.

El portátil ya tenía la aplicación abierta y en la pantalla aparecía el aviso «Esperando a que el anfitrión inicie la reunión».

—¿Y no tenemos otra forma de hacerlo? —pregunté.

—¿Cómo le gustaría atender a la videollamada? —preguntó Morrison. Estaba conmigo en la sala de juntas, la misma habitación en la que un rato antes habíamos hablado con Livgren y también la misma en la que me habían ofrecido la charla de orientación a la villanía y en la que Morrison y yo habíamos «interrogado» a Jacobs, el chaquetero de la CIA.

—Desde una gran sala de control de misiones con una pantalla de ocho metros de ancho, francamente —respondí, e hice un gesto hacia el portátil—. Esto es un poco decepcionante.

Morrison hizo un gesto con la cabeza hacia Williams.

—Pregúntele por qué no disponemos de una gran sala de control de misiones.

Me volví hacia él.

—¿Por qué no la tenemos?

—Llegamos a considerar la idea —explicó el hombre—. Al principio de todo, cuando su tío asumió el control de la isla. Él decidió descartar la idea.

—¿Por qué?

—Por un montón de razones técnicas y arquitectónicas, pero, sobre todo, porque era tacaño.

—Su valor neto estimado era de tres billones de dólares —le recordé—. Podría haberse estirado un poco.

Williams negó con la cabeza.

—No era su estilo. Él siempre reducía costes. A veces tenía que pelearme con él para actualizar el equipo. Hasta el año pasado usábamos ordenadores con Windows 7 instalado.

—¿No le preocupaba la seguridad informática?

—Eso mismo le pregunté yo —dijo Williams—. Al final, aprobó las actualizaciones a regañadientes.

Miré a Morrison.

—Este lugar es demasiado mundano para una organización que cuenta con delfines alterados mediante ingeniería genética y láseres que pueden derribar satélites del espacio —observé.

Ella se encogió de hombros.

—Su tío no quería pagar mejoras estéticas. Era un villano práctico.

—Bueno, pues a mí me gustaría tener una sala de control de misiones siniestra.

—¿La quiere? ¿Habla en serio?

Me volví de nuevo hacia Williams.

—¿Cuánto costaría?

—¿Se refiere a un escenario digno de un villano de James Bond? —preguntó.

—Sí.

—Podría consultarlo.

—Deme una cifra a ojo.

—Cincuenta millones.

La cifra me dejó sin respiración.

—Por una sola sala.

—Ha dicho que quería una pantalla de ocho metros. Solo eso ya cuesta unos cuantos millones.

—Podríamos usar un proyector láser, por ejemplo.

Williams negó con la cabeza.

—No, Charlie —concluyó—. No vamos a construir algo que recuerde a la cueva de un hombre en el sótano de su casa. Si vamos a levantar el cuartel general de la guarida de un villano, vamos a estirarnos un poco, como usted mismo ha dicho.

—De modo que las opciones son o bien un tinglado a lo SPECTRE, o bien un portátil en una sala de juntas.

—Correcto —confirmó él.

Eché un vistazo al portátil, malhumorado.

—Me parece que tenemos a otro tacaño entre nosotros —observó Morrison.

—No voy a pagar millones por un televisor enorme —repliqué.

—Aplaudo su contención fiscal —dijo ella—, pero es un millonario penoso.

—Puede que vaya mejorando.

—No lo haga, por favor.

El portátil tintineó y la cara descolorida de Roberto Gratas apareció en mi pantalla.

—Caramba, la webcam de su portátil es un asco —observé.

Él respondió algo, pero no tenía audio.

—Tiene el sonido silenciado —le advertí, y repetí el aviso porque parecía confundido.

—¿... oye ahora? —preguntó.

—Sí, ahora se le oye.

Williams había salido del plano y Morrison estaba sentada en silencio al otro lado del portátil. Por lo que a Gratas respectaba, estaba solo en la habitación.

—Usted y yo tenemos mucho de lo que hablar —dijo él y, a pesar del sonido metálico de los altavoces del portátil, detecté que trataba de proyectar una voz amenazante.

—¿La llamada está encriptada? —lo interrumpí.

Él calló de golpe y volvió a parecer desconcertado.

—¿Cómo dice?

—La llamada —repetí—. ¿Está encriptada?

—Supongo que sí. —Gratas trataba de volver a adoptar el tono amenazador.

—Lo digo porque, si está encriptada, debería haber un pequeño icono con un candado, y no lo veo —expliqué, y volví a pisotearle el aura amenazante.

—Estoy seguro de que no tenemos motivos para preocuparnos.

—¿De verdad? Lo digo porque me puedo imaginar el tipo de conversación que vamos a tener, y debo decirle que no me siento cómodo hablando si la Interpol o la Agencia de Seguridad Nacional pueden escucharnos. Se lo vuelvo a preguntar: ¿está seguro de que estamos encriptados en este preciso instante?

—Sí. Sí, estoy seguro.

—Lo que me está diciendo es que usted mismo ha activado las opciones de encriptación en la configuración de la aplicación de Zoom.

—Exacto —contestó Gratas.

—De acuerdo, dígame cómo lo ha hecho.

—¿Cómo dice? —preguntó de nuevo él.

—Me acaba de decir que ha activado la encriptación, así que le pido que me diga cómo lo ha hecho. No veo el icono del candado.

—¡Olvídese del puto icono del candado! —estalló—. ¡No tiene ninguna puta importancia! Le diré algo que sí tiene importancia, mierdecilla...

Cerré la tapa del portátil y corté la conexión.

—Una demostración de poder —observó Williams en un tono aprobador.

—Habría quedado mejor en una pantalla enorme —apunté.

—Si hubiese hecho lo mismo con una pantalla enorme, lo habría aplastado —intervino Morrison.

—Ya sabe lo que quiero decir.

El teléfono de mi empleada sonó. Miró la pantalla, sonrió y aceptó la llamada.

—Hola, Tobias —saludó.

Podía oír el sonido tenue de su voz a través del altavoz del móvil y el ruido todavía más apagado de una estática iracunda, que asumí que eran los gritos de Gratas.

—Ajá —dijo Morrison mientras Tobias hablaba—. Ajá. Oye, Charlie llevaba razón, ¿no crees? ¿El bobo de tu jefe no iba a decir estupideces por un canal desprotegido? —Una pausa—. Bueno, es la idea, ¿no te parece? A menos que Gratas quisiera que alguien espiase la conversación. —Otra pausa—. No te enfades con nosotros porque él sea incompetente en cuestiones tecnológicas, Tobias. Ahora que lo pienso, ¿esta llamada está encriptada? —Morrison colgó antes de que él tuviera tiempo de contestar.

—Es satisfactorio, ¿verdad?

—Ya le había colgado antes.

Unos minutos más tarde, volvió a sonar su móvil.

—Al parecer, están listos —me informó—. Y esta vez la llamada está encriptada.

Pasé el portátil a Williams para que abriese el enlace de Zoom desde el correo electrónico, y él me lo devolvió tras clicar en el enlace.

Gratas apareció en la pantalla inmediatamente, gritando. En la imagen había el pequeño icono de un candado.

—Vuelve a tener el audio silenciado —dije sin levantar la voz.

Gratas manoseó el ordenador sin interrumpir la retahíla de obscenidades.

—... y será mejor que me preste atención, puto gusano insignificante...

Volví a cerrar la tapa del portátil.

—¿Intenta provocarle un infarto? —preguntó Morrison.

—Estaba siendo bastante grosero —me excusé.

El teléfono de ella sonó de nuevo.

—Supongo que esta llamada tampoco está encriptada —dijo a modo de saludo, y escuchó un momento a su interlocutor—. Bueno, en ese caso tu jefe no debería iniciar la conversación con un ataque de ira desatada. Charlie no se lo toma nada bien. —Una nueva pausa—. No, creo que tú eres quien no lo entiende, Tobias —dijo—. A diferencia de ti, Charlie no trabaja para Gratas. Él no tiene que aguantar sus gilipolleces. Son iguales, aunque, de hecho, ahora mismo Charlie vale un pastón más que Gratas, de modo que tal vez tu jefe debería mostrarle un poco más de respeto. —Otra pausa—. Ajá. Vale, di a Gratas que, a menos que quiera que le vuelva a colgar, trate de contenerse la puta próxima vez que llame. Y que no intente hablar con el micrófono silenciado. —Ella colgó.

—La verdad es que no esperaba divertirme tanto con esta videollamada —confesé.

El móvil de Morrison sonó de nuevo. Esta vez se trataba de un mensaje de texto.

—Según parece, están listos para volverlo a intentar —anunció.

Acerqué de nuevo el portátil a Williams, que una vez más lo puso todo a punto.

En esta ocasión el icono del candado estaba presente, y el micrófono de Gratas, activado.

—Hola, Charlie —me saludó con los dientes visiblemente apretados.

—Hola —contesté.

—¿Está teniendo un buen día?

—De momento sí —respondí—. El sur del Caribe es un lugar muy hermoso. ¿Qué tal está usted?

—Me temo que no tan bien como usted —dijo Gratas—. Estoy de luto, ¿sabe? Por lo visto, alguien provocó un incendio en el hotel Grand Bellagio y mató a mi buen amigo Anton Dobrev y a cinco más de mis socios de la Asamblea de Lombardía.

—Le ruego que acepte mi más sentido pésame.

—Lo haría, Charlie, pero, como ambos sabemos, probablemente lo hizo usted.

—Yo no tuve nada que ver —le aseguré.

—No haga eso —me interrumpió Gratas—. No me mienta de ese modo. Me parece insultante que piense que puede mentirme de esa forma.

—No miento —insistí—. Yo mismo estuve a punto de morir en el ataque. —Miré a la espalda de Gratas, a Tobias, que acechaba en el fondo de su pantalla—. Él conoce la verdad.

—Sí, tiene razón —coincidió Gratas—. Y digamos que lo que me ha contado es bastante distinto de lo que usted afirma. ¿Le importaría decirme a quién debo creer? ¿Confío en Tobias, a quien

conozco desde hace años y a quien ocasionalmente he contratado, o a usted, que hace apenas una semana intentaba evitar que críos de trece años incendiasen el instituto?

—Ahora los llamamos centros de enseñanza secundaria.

—Me lo apunto para la próxima vez, pero lo que quiero decir, Charlie, es que conozco a Tobias. A usted, en cambio, no lo conozco. Sin embargo, sí sé ciertas cosas sobre usted.

—No me diga.

—Así es. ¿Sabe una cosa, Charlie? Cuando mató a Anton, las riendas de la Asamblea de Lombardía pasaron a mis manos, y ayer, mientras usted huía como un cobarde a su pequeña isla, donde cree estar seguro, yo me dediqué a revisar las notas que él dejó. Normalmente no tomamos notas, pero Anton entendía mejor que nadie que la continuidad es importante, incluso para un grupo como el nuestro o, incluso, especialmente en nuestro caso. ¿Sabe lo que decían esas notas?

—Ni idea —admití.

—Me han permitido averiguar que su tío sí formaba parte de la Asamblea de Lombardía todo este tiempo —explicó Gratas—. Fue miembro de la sociedad incluso antes que yo, pero luego dejó de participar en ella y empezó a trabajar contra la Asamblea. Como permaneció tanto tiempo inactivo y los miembros anteriores optaron por no volver a hablar del asunto, el resto de nosotros no lo supo nunca, pero ahora ya lo sé. Esa circunstancia implica que usted también forma parte de la Asamblea, Charlie. Heredó el asiento de su tío. Enhorabuena.

—Supongo que eso significa que ya no tengo que pagar la cuota de ingreso —conjeturé.

El comentario hizo reír a Gratas.

—Supongo que tiene razón —admitió—, pero olvida un detalle. Se supone que los miembros de la Asamblea deben aportar al fondo común del grupo. Un cinco por ciento de sus beneficios, ¿verdad? Pero su tío no estaba pagando su parte.

—No pagaba porque abandonó la Asamblea.

—No, no se puede abandonar la Asamblea. Se puede dejar de asistir a las reuniones, pero no se puede abandonar la sociedad. De modo que su tío debía atrasos, Charlie. El cinco por ciento de sus ingresos durante los últimos treinta años, aproximadamente. Como usted heredó su asiento, también ha heredado su deuda. Calculo que el importe total asciende a... unos ciento cincuenta mil millones de dólares.

—Me parece excesivo —valoré.

—Y todavía no he terminado —dijo Gratas—. Por lo visto, su tío guarda unos cuantos objetos de la Asamblea en un almacén. Un tesoro por valor de unos doscientos mil millones de dólares. Aparentemente, le confiaron su custodia, pero él decidió no devolverlos.

—Tenía buenos motivos para no hacerlo —comenté.

—No lo dudo, pero las razones que tuviera para hacerlo murieron con él y, como nuevo líder de la Asamblea, quiero recuperar esos objetos, Charlie.

—¿Qué le hace pensar que conozco su paradero?

—El hecho de que las notas de Dobrev dicen que tenía la intención de decírselo. Puede que lo matase por ese motivo. Puede que pensase que, al matarlo, el secreto moriría con él, y así podría quedárselo todo. Supongo que el viejo era más listo que usted. ¿Piensa negar que sabía de la existencia de ese almacén?

—He oído hablar de él —respondí.

—Entonces no le importará que recupere su contenido.

—De hecho, sí que me importa.

—¿Disculpe?

—Uno de los miembros de la Asamblea mató a mi madre por el contenido de ese almacén —dije—. Es la razón por la que el tío Jake abandonó el grupo.

Gratas miró fijamente su ordenador con el ceño fruncido.

—¿De qué diablos está hablando?

—Ya le he dicho que mi tío tenía buenos motivos —le recordé—. Ahora ya los conoce. Sus razones murieron con él, pero las mías no.

—Esto es ridículo —protestó—. La muerte de su madre no tiene nada que ver en este asunto.

—Suena muy convencido a pesar de que no tenía ni idea de la existencia de este almacén hasta... ¿cuándo? ¿Ayer mismo?

—Charlie...

Alargué el brazo hacia la tapa del portátil.

—No lo haga —me advirtió él.

Me detuve un instante.

—¿O qué? ¿Qué puede hacerme, Gratas? La Asamblea de Lombardía ha saltado por los aires. De todos modos, no tenía dinero. Tanto usted como los demás miembros de la Asamblea o están arruinados o tienen todo su capital comprometido de un modo que no les permite acceder a él. En este punto, lo único que puede hacer es amenazarme por Zoom.

Él sonrió muy ligeramente a modo de respuesta.

—¿Está seguro de lo que acaba de decir, Charlie?

—Estoy bastante convencido de que tengo razón —me reafirmé—. Oiga, puede que yo sea novato en esto de la villanía, pero lo que sé me basta para darme cuenta de que a usted no se le da nada bien. Heredó el tinglado de su padre y razonó que podía limitarse a hacer lo mismo que hizo él, y lo mismo que antes hizo el padre de su

padre. Solo tenía que sacar provecho de las tragedias que aconteciesen a lo largo y ancho del globo, quizá provocar alguna, si las catástrofes naturales no llegaban con una frecuencia suficiente para su gusto, y cultivar una cosecha tras otra de esbirros inteligentes cuyos egos pensaba hinchar para que no se diesen cuenta de cómo parasitaba su talento. Usted operaba en los márgenes del sistema y se convenció de que estaba escribiendo el destino del mundo, pero entonces se volvió demasiado ambicioso, o quizá demasiado holgazán, o se acabó creyendo sus propias notas de prensa. Puede que lo hiciera todo a la vez. Sin embargo, se vio superado por la competencia, tanto por mi tío como por todo el resto. Ahora se encuentra entre la espada y la pared, y el único camino que se le ocurre para salir del atolladero es intentar robarme. Usted no es un villano, Gratas. Solo es un empresario mediocre.

—Ha sido un discurso francamente hermoso, Charlie —respondió él tras un breve silencio—. Aunque tal vez no entiende las cosas tan bien como piensa. —Levantó una mano—. No pasa nada. Puedo respetar el hecho de que tenga sus propias posturas, sus convicciones, y que crea que puede negarnos lo que nos pertenece por derecho. ¿Quién sería usted si no tratara de mostrarme su poder? Valoro que me haya demostrado quién es usted. Ahora, permítame que le muestre quién soy yo.

Gratas cerró la tapa de su portátil y cortó la conexión.

—Ha ido bastante bien —opinó Morrison.

—Ha ido tan bien como cabía esperar —coincidí. Estaba a punto de preguntarle qué pensaba que pasaría si Gratas se decidía a entregar la pistola con mis huellas al FBI, pero me interrumpió el ruido de explosiones.

La Bahía de Jenny estaba bajo ataque.

Capítulo 23

El muelle de la Bahía de Jenny estaba retorcido y destrozado, y dos de los tres ferris, los *JennifersLopez* y *Tilly* habían quedado destruidos. Las explosiones habían sacudido toda la Bahía de Jenny, habían roto ventanas y provocado incendios. Científicos y otros miembros del personal corrían por todas partes con extintores, apagando llamas antes de que pudieran propagarse.

Me detuve en lo que quedaba del muelle, mirando el naufragio del Lopez. Una parte de los restos del ferri se asomaba por encima del agua.

—¿Hay muertos? —pregunté a Morrison, que estaba de pie a mi espalda.

—Lo estamos comprobando —contestó—. El *Tilly* estaba en mantenimiento, así que no había tripulación a bordo. El *Lopez* debía zarpar más tarde para ir a por suministros. Estamos investigando si había algún miembro de la tripulación a bordo. El *Lawrence* está en Granada ahora mismo, recogiendo a integrantes del personal de la isla.

—Que no se mueva de ahí —dije, y me volví hacia ella—. Bueno, es obvio. No tenemos ningún lugar al que puedan venir.

—Si es preciso podemos usar la laguna de los delfines para las llegadas y las salidas de embarcaciones. A los delfines no les gusta, pero a los delfines no les gusta nada.

Hice un gesto hacia el resto de la Bahía de Jenny.

—¿Y todo lo demás?

—De momento estamos bien —contestó Morrison—. Según Williams, la planta física ha aguantado, salvo por las ventanas rotas y los conatos de incendio. El ataque se ha centrado en el muelle y los ferris. Eran el objetivo directo.

—¿No corremos ningún peligro de quedarnos sin energía?

Ella negó con la cabeza.

—Recuerde que es geotérmica. Toda la maquinaria encargada de generar electricidad está enterrada en las profundidades de la isla. Aquí no hay ningún muerto ni nadie en estado crítico. Hay un par de personas con cortes bastante graves por los cristales que han salido volando, pero eso es todo.

Asentí.

—O sea, que básicamente eran disparos de aviso —conjeturé.

—Eso parece —coincidió Morrison.

—Y ha sido culpa mía.

—Ha apretado bastante los huevos a Gratas, Charlie.

—Cuando lo he hecho, me ha parecido buena idea —me excusé.

—No era una mala idea. Simplemente no ha pensado que él estuviera en disposición de devolverle el favor.

—Lo recordaré para la próxima.

—Hágalo.

Hice un gesto hacia el desastre actual.

—¿Qué ha pasado aquí?

Morrison miró las ruinas del muelle.

—¿Se refiere a si han sido misiles o bombas? Probablemente han sido misiles. Si alguien hubiese intentado infiltrarse en la costa a escondidas y dejarnos unas cuantas sorpresas lo habríamos sabido.

—O sea, que han sido misiles... o torpedos —aventuré.

—Puede que hayan sido torpedos —coincidió—. ¿Cree que Gratas y la Asamblea tienen un submarino?

—No creo que necesiten un submarino.

Morrison tardó un segundo en entenderlo.

—Cree que han sido las ballenas.

—No sé cómo se pueden acoplar torpedos a las ballenas, pero, aparte de ese detalle, sí, eso creo.

—Debería ir a hablar con los delfines —sugirió ella.

Me reí, y debo admitir que no sonó a la carcajada de una persona cuerda.

Morrison reparó en ello.

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué tal va el negocio de los edificios de aparcamientos? —le pregunté.

—¿El qué?

—Ya sabe, la parte legítima del negocio de mi tío. No hemos hablado de ella desde que comenzó toda esta maldita historia. ¿Qué tal va? ¿Hay algún problema acuciante que deba conocer? ¿Algo que yo, que supuestamente soy su director general, deba sopesar?

—Jake era el presidente de BLP —dijo Morrison—. La empresa tiene su propio director general y sus propios ejecutivos, y todos ellos están haciendo su trabajo de primera.

—De todos modos, debería saber algo sobre ella —insistí—. En cambio, aquí me tiene, en una isla caribeña, escuchando el consejo de ir a hablar con los delfines, que se encuentran inmersos en un acto de protesta obrera, sobre unas ballenas que podrían estar armadas con torpedos suministrados por una sociedad secreta de villanos que quieren acceder a un almacén repleto de tesoros que probablemente saquearon a las víctimas de los puñeteros nazis y que podrían estar dispuestos a volar mi guarida en un volcán para llegar hasta ellos.

—Debo admitir que, visto así, suena ridículo —dijo Morrison tras un breve silencio.

—Gracias.

—Sin embargo, su tío no necesitaba que usted gestionase su negocio de edificios de aparcamientos —prosiguió ella—. Jake no necesitaba que usted se ocupase de las partes de este negocio que ya tienen quien vele por ellas. Él lo necesitaba para esta vertiente, Charlie.

—¡Tampoco sé nada sobre esta parte! —exclamé—. No sé cómo lidiar con delfines en huelga, ballenas con torpedos o conspiraciones malvadas. Usted sabe mucho más de todas esas cosas que yo. No sé si se ha dado cuenta, pero me he estado apoyando bastante exageradamente en usted todo este tiempo para que parezca que sé qué diablos estoy haciendo.

—También se ha apoyado en Hera —señaló Morrison.

—¡Una gata que sabe teclear! ¡Con propiedades inmobiliarias!

—Mire, Charlie, no puedo decirle los motivos por los que su tío pensó que usted sería la persona más indicada para ocuparse de todo esto aquí y ahora. Puede que tuviese algo que ver con lo mucho que le pesaba no haber estado presente para usted. Puede que estuviese relacionado con el hecho de que seguía sintiéndose culpable por lo de su madre y quisiera expiar sus pecados a través de usted. Puede que fuese porque lo espió discretamente, se dio cuenta de que había dedicado su vida a hacer cosas por debajo de sus competencias y capacidades, y decidió propinarle un puntapié en el culo. O puede que no fuese por ninguno de estos motivos. Solo le diré lo único que puedo decirle aquí y ahora: su tío no cometía errores.

—Recuerde la nota en las cucharillas de postre —la interrumpí.

—Su tío cometía muy pocos errores —rectificó Morrison—. Él decidió que ahora mismo usted tenía que estar aquí, haciendo estas cosas. Tal vez debería tener algo de fe en su criterio. Y eso significa tener algo de fe en sí mismo.

—O tener fe en usted o en Hera, de hecho.

—Podría hacer cosas peores. Lo está haciendo bien, Charlie.

—Gracias. —Hice un gesto hacia el muelle—. Ahora mismo no estoy de acuerdo con usted al cien por cien, pero gracias.

—Gracias a usted también —replicó ella.

—¿Por qué?

—Por escucharme de verdad. Y a Hera. Hay que ser un tipo de hombre muy especial para tomarse en serio a una gata.

Sonreí.

—La gata sabe más que yo.

—Escuchar a personas porque saben más que usted ya es algo bastante inusual, Charlie. Usted lo hace incluso con gatos. Puede que sea otro de los motivos por los que su tío lo eligió.

—Él no sabía que yo haría caso a una gata.

—Puede que sí lo supiera, si la gata le presentaba informes —dijo Morrison.

—No... no se me había ocurrido —confesé.

Ella señaló el muelle.

—¿Y ahora qué quiere que hagamos?

—¿Podemos repararlo?

—No en breve. Sobre todo, no mientras nos preocupe que nos vuelvan a atacar.

—Y nos volverán a atacar.

—Si no le damos a Gratas lo que pide, es probable.

—¿Cuándo?

Morrison se encogió de hombros.

—Si juzgo correctamente a ese malnacido, esperará una hora para que usted tenga tiempo de alimentar sus neurosis y sus inseguridades, y luego pedirá a Tobias que me llame para organizar una nueva llamada de Zoom.

Pensé en ello.

—¿Cree que Gratas sabe que sabemos lo de las ballenas?

—Me parece que Gratas es demasiado arrogante para plantearse que sepamos de su existencia.

—Estupendo —dije—. Pues usemos ese factor.

—Gracias por tomarse la molestia de llamar de nuevo —dije a Gratas a través del portátil, con el icono del candado encendido—. Soy consciente de que está a unos husos horarios de distancia de aquí y donde se encuentra es muy tarde.

—No es ninguna molestia —replicó él—. De hecho, en cuanto terminemos la conversación, iré a cenar con unos amigos. Aquí comemos tarde.

—Me alegro. Está bien tener amigos.

—Ahora tengo menos que antes gracias a usted.

—Soy consciente de que está convencido de ello. Lamento su pérdida.

—Gracias. Puede que un día también yo crea lo que acaba de decir.

—Espero que sí —dije.

—Pasemos a otros temas más acuciantes —propuso Gratas—. Por ahora, supongo que ya habrá visto mi respuesta a nuestra conversación previa. Una demostración de que, a pesar del juicio que ha emitido sobre mí, soy un hombre con cierta... influencia. Y poder.

—Sí, he recibido el mensaje.

—Espero que le haya quedado claro el significado del mensaje.

—Clarísimo —confirmé.

—Estupendo. Confío en que también será consciente de que, por más doloroso que le pueda haber resultado recibirlo, si hubiese querido podría habérselo hecho llegar de una forma mucho más dolorosa.

—Efectivamente, es lo que se leía entre líneas.

Gratas asintió.

—Magnífico, entonces nos entendemos.

—De momento, sí.

—En ese caso, le sugiero que retomemos la negociación de antes. Desde el principio. Empezando por los atrasos de su tío y sin olvidar el modo en el que pretende entregar a la Asamblea lo que nos pertenece. Ahora que lo pienso, se trata de un patrimonio del que se nos ha privado intencionalmente sin conocimiento o consentimiento por nuestra parte. Eso significa que creo que deberíamos imponerle una penalización. Nada exagerado. Lo justo para dejar las cosas claras.

—Pero seguiríamos hablando de miles de millones de dólares, ¿verdad?

Gratas se rio y dio una palmada.

—¡Sí que nos estamos entendiendo, Charlie! Bien, muy bien.

—Nos entendemos perfectamente —coincidí—. Sin embargo, tengo una pregunta que espero que no le importe responderme.

—Adelante, ¿de qué se trata?

—Cuando me ha hecho llegar el mensaje, ¿lo ha hecho a título personal o como líder de la Asamblea?

—¿Acaso importa?

—Es pura curiosidad.

—Podríamos decir que un poco de cada. Yo le he enviado el mensaje, pero ha sido porque abordábamos asuntos relativos a la Asamblea. Así que se lo he hecho llegar yo, en nombre de la Asamblea.

—Y también podríamos decir que el resto de los miembros de la Asamblea aprueban el mensaje que me ha enviado.

—Sabían que iba a hablar con usted —replicó Gratas—. También eran conscientes de que tal vez usted necesitaría algo de... persuasión.

—O sea, que se trata de un esfuerzo colectivo.

—Podríamos llamarlo así.

—Bien, quería oírselo decir porque quiero estar seguro de que, de ahora en adelante, lo que conversemos se dirige a la audiencia adecuada.

—Está tratando conmigo —me advirtió él.

—Ya lo sé, pero no hablo con usted representándose solo a usted, sino a usted como nuevo jefe de la Asamblea de Lombardía.

—Correcto.

—Entendido. En ese caso, permítame decir, para que conste y para eliminar cualquier posible ambigüedad, que he recibido su mensaje y el de la Asamblea.

—Estupendo —dijo Gratas, y se dispuso a continuar hablando.

Levanté una mano para acallarlo.

—Y, ahora, aquí tiene mi respuesta. —Hice un gesto con la cabeza a Morrison, que entró en el plano con el teléfono en la mano—. ¿Sabía que la empresa de Ji-Jong tiene un satélite de telecomunicaciones situado sobre mi cabeza? Ofrece servicio a gran parte de la región septentrional de Sudamérica y la mitad inferior del Caribe. —Miré a mi empleada—. ¿Cuánto debió de costar la construcción y el lanzamiento del satélite? ¿Trescientos millones?

—Yo diría más bien quinientos millones —matizó ella.

—¡Quinientos millones! Es mucho dinero —dije a Gratas.

Él me miró, desconcertado.

—¿Sí? ¿Y qué?

Asentí mirando a Morrison, que pulsó un botón en la pantalla.

—Yyyyyy ya no está —le dije.

—¿Qué?

—Que ya no está —repetí—. Ese satélite de telecomunicaciones ahora es una nube de escombros en expansión. Quinientos millones de dólares del capital de Kim Ji-Jong. ¡Bum! —Hice el gesto de una explosión con las manos para aclararle el mensaje—. De hecho, en este preciso instante, Ji-Jong no lo sabe, y tampoco lo sabe nadie más en su empresa. De hecho, justo ahora algún pobre técnico acaba de descubrir que el satélite ni transmite ni recibe información alguna y se dispone a intentar averiguar el motivo del fallo. Entonces descubrirán que en la posición que hace un momento ocupaba el satélite ahora no queda nada. A continuación, intentarán averiguar a qué se debe la ausencia. Incluso cabe la posibilidad de que Kim Ji-Jong se lo mencione a usted. Si lo hace, puede decirle que ha sido mi respuesta a la Asamblea por haber atacado Santa Genoveva.

—No puede estar hablando en serio —dijo Gratas.

—De acuerdo, pues no lo digo en serio. La Fuerza Espacial de Estados Unidos acaba de derribar ese satélite. O Corea del Norte. ¡O Godzilla! Elija la opción que más le guste, estoy seguro de que es una explicación mucho más razonable que la que le acabo de ofrecer.

Él apartó la vista de la pantalla, probablemente para mirar a Tobias el Acuchillador, que daba por hecho que en ese momento estaba muy ocupado llamando al número privado de Kim Ji-Jong. Poco después, volvió a centrar su atención en mí.

—Está atentando contra los negocios legítimos de uno de nuestros miembros —me acusó.

—Yo prefiero pensar que estoy enviando un mensaje a toda la Asamblea a través de uno de sus miembros —repliqué—. Ya sabe, como ha hecho usted al volar mi muelle y dos de mis barcos, un acto que también ha atentado contra una parte de mis negocios legítimos. Puedo hacerles llegar más mensajes, a menos que acepte escuchar el que me gustaría transmitirle en este momento.

—Le escucho.

—Es bastante simple. Usted y yo dejamos de intentar demostrarnos quién la tiene más grande durante cuarenta y ocho horas. Durante ese periodo, ninguno de nosotros trata de enviar al otro ningún mensaje, ni escrito, ni hablado ni de ningún otro tipo. Finalmente, dentro de dos días, volvemos a hablar sobre lo que usted quiere, lo que yo quiero, y lo que ambos podemos hacer para llegar a un acuerdo.

—¿Y si me niego?

—Si se niega, supongo que las cosas se pondrán muy feas —respondí—. Oiga, la última vez que hablamos lo subestimé. Le falté al respeto. Fue un error por mi parte. Fue una estupidez y no debí hacerlo. Sin embargo, usted también me subestimó, y ahora nos tenemos que ver en esta situación, sin saber con certeza de qué es capaz el otro. Así pues, en lugar de iniciar un proceso de destrucción mutua asegurada, vamos a darnos un respiro de dos días exactamente. Así tendrá tiempo de hablar con la Asamblea, y yo podré hablar con mi gente. No nos matemos mutuamente. ¿Qué le parece?

Gratas permaneció un rato inmóvil, salvo por un leve temblor apreciable alrededor de su mandíbula. El micrófono y los altavoces

cutres del portátil no me permitían oírlo, pero podía imaginarme perfectamente el ruido que hacía al rechinar las muelas.

—Podría haber pedido la tregua sin derribar el satélite —dijo finalmente.

—Usted tampoco tenía por qué destruir mi muelle.

—Cuarenta y ocho horas —dijo él, y desconectó la llamada.

—¿De verdad piensa que respetará la paz? —preguntó Morrison en cuanto cerré el portátil.

—Si no hubiésemos cortado su conexión con esas ballenas, probablemente no —respondí—. Pero, como imagino que por lo menos necesitará ese par de días para hallar el modo de volver a comunicarse con ellas, he supuesto que aceptaría el trato porque, de todos modos, tampoco iba a poder hacer nada durante esos dos días.

—No creo que espere sentado todo ese tiempo.

—Nosotros tampoco lo haremos, o eso deseo.

—Entonces, ¿por dónde quiere empezar?

—Estoy tan estresado que me gustaría vomitar —confesé—, pero será mejor que vayamos a ver a los delfines.

Capítulo 24

—Se me sigue haciendo raro lo de hablar con un delfín de verdad —confesé a Setenta y Tres al inicio de la conversación.

—Es normal, lo entiendo perfectamente —replicó él—. A mí también se me hace raro ser una criatura con capacidades lingüísticas y sin derechos de los que hablar. Así que, más o menos, estamos en situaciones equivalentes.

Volvía a estar en la laguna de los delfines con Morrison, Williams, Livgren y Hera, sentado frente a Setenta y Tres, que se había situado tras el micrófono flanqueado por su coro de delfines.

—Ya sabéis que nos han atacado.

—Habría sido complicado perderse las explosiones del muelle. Algunos de nosotros estábamos fuera, en el agua, cuando se ha producido el ataque.

—¿Estáis todos bien? —pregunté—. ¿Hay algún herido?

—Ningún delfín resultó herido —contestó Livgren, y entonces se dio cuenta de que no se lo estaba preguntando a ella y se calló.

—Estamos bien, salvo por el hecho de ser esclavos de facto, pero gracias por preguntar —respondió Setenta y Tres.

—Ya te dije que hablaríamos del asunto a mi regreso —le recordé.

—Y yo no creía que fueses a hacerlo.

—¿No creías que fuese a venir a hablar con vosotros?

—No creía que fueses a regresar.

—Me fue de un pelo —admití.

—Pues me hiciste perder una apuesta.

—No puedo decir que lo lamente.

—No, supongo que tienes razón —refunfuñó él.

—Es muy probable que la gente que nos atacó vuelva a hacerlo —dije sin más rodeos.

—Sí, entiendo el funcionamiento de los conflictos humanos.

—Estamos bastante seguros de que las ballenas que hay ahí fuera están implicadas en este asunto.

—Es muy posible.

—Eso significa que nos vendría bien vuestra ayuda.

—Pobre hombrecillo triste —me espetó Setenta y Tres—. No me puedo creer que hayas apelado a mis buenos sentimientos. Punto número uno: vete a la mierda. Punto número dos: somos delfines. Como especie, somos unos auténticos cabronazos. ¿Acaso no has visto nunca el Discovery Channel? Somos casi tan malos como los gatos.

Hera ladeó la cabeza al oírlo. Creo que el comentario le pareció divertido.

—No me estás entendiendo —le advertí.

—¿De verdad? ¿Me lo explicas?

—Cuando nos conocimos, me explicaron que el motivo por el que mi tío no se sentó nunca a la mesa de negociación con vosotros fue que no teníais palancas con las que presionarnos —recordé—. Me contaron que podíais iros cuando quisieseis, aunque, en realidad, era una falsa libertad, ya que no teníais ningún otro lugar al que ir. No podéis vivir en libertad y supongo que tampoco queréis cambiar a un patrón humano por otro. ¿Voy bien?

—Ya sabes que sí —respondió Setenta y Tres—. Al grano.

—Lo que quiero decir es que ahora os necesitamos. Ahora mismo. Y me refiero a que, si no contamos con vuestra ayuda, nos hundiremos.

Él me miró, confundido.

—Eso puede convertirse en una palanca enorme con la que negociar —sugerí en tono calmado.

El delfín chilló, se apartó del micrófono y debatió con su equipo.

—Es usted un hacha para las negociaciones con los empleados —observó Morrison sin levantar la voz.

—Creo que es una cuestión de perspectiva —dije gesticulando hacia Setenta y Tres, que hablaba a gritos con sus compatriotas—. Desde su punto de vista, soy buenísimo negociando. Al menos, de momento.

—El hecho de que no se haya percatado de su posición ventajosa no dice mucho de la inteligencia natural de su especie.

—Hace tanto tiempo que le dicen que se calle y se joda que ha acabado olvidando que puede prescindir del modo «a la mierda».

—De acuerdo, pero no era necesario que lo hiciera cambiar de actitud activamente.

Me encogí de hombros.

—A eso me refería cuando he dicho que es un hacha —aclaró ella.

—¿Quiere encargarse de conducir la negociación?

—A lo mejor sí.

Setenta y Tres nadó de vuelta al micrófono.

—Demasiado tarde —dije a Morrison, y puso los ojos en blanco.

—¡Tenemos exigencias! —exclamó él, lleno de júbilo.

—No me cabe ninguna duda —repliqué.

—¡Primera! ¡Debéis reconocer a nuestro sindicato!

—¿Cómo se llama vuestro sindicato?

Setenta y Tres se retiró del micrófono un instante y volvió a hablar con sus compañeros.

—La Asociación Cetácea de las Américas, Capítulo Primero —respondió.

—Sí, entendido —accedí.

—De forma legal y por escrito.

—¿Sabes escribir? —pregunté.

—Aprenderé —replicó él.

—De acuerdo. Siguiente exigencia.

—Los gatos dirigen su propia división. Nosotros queremos gestionar la nuestra.

—Queréis que uno de vosotros se incorpore al equipo de dirección —resumí.

—Es un sacrificio que estamos dispuestos a hacer.

—¿Y el nuevo directivo serás tú?

—Ni de coña —dijo Setenta y Tres—. ¿A ti te parece que tengo la paciencia necesaria para el cargo? Yo soy un agitador de masas y un pensador. Sesenta y Cinco, aquí presente, será el nuevo jefe.

Uno de los otros delfines chilló.

—Te acabas de convertir en un hombretón, Sesenta y Cinco —anuncié.

—Ese comentario es sexista y manucéntrico —protestó él—. Sesenta y Cinco es hembra y delfín. No se le puede aplicar ninguna de las definiciones de la palabra «hombre».

—Lo siento.

—En tercer lugar, queremos que despidáis a Livgren. —La empleada, que seguía a mi lado, se puso tensa.

—¿Por qué?

—Es muy desagradable y todos la odiamos.

Ella abrió la boca para hablar, pero levanté una mano para detenerla.

—Vosotros también sois desagradables con ella y, si no lo he entendido mal, lleváis siéndolo desde que llegó.

—Es porque forma parte de un sistema corrupto que nos ha lastrado y, por lo tanto, no merecía ningún respeto.

—Lo entiendo, pero necesitamos un enlace en el bando de los humanos, y ahora mismo no tenemos tiempo para llevar a cabo una búsqueda de candidatos idóneos. Sé que Livgren y vosotros os profesáis una hostilidad que debéis limar, y no quiero quitar hierro al conflicto, pero permitid que os pida que colaboréis con ella de momento, y que encontréis el modo de hablar entre vosotros sin entrar directamente en los ataques *ad hominem.* Veamos qué tal nos va, y si sigue habiendo problemas ya los resolveremos más adelante. ¿De acuerdo?

Sesenta y Cinco chilló algo.

—Sesenta y Cinco dice que, de momento, puede trabajar con Livgren —dijo él.

Miré a Livgren.

—La verdad es que me encantaría pasar un día sin que me mandasen a la mierda diecisiete veces —comentó.

—Entendido, asunto cerrado —sentencié—. Siguiente.

—Queremos la sindicación obligatoria en Santa Genoveva —dijo Setenta y Tres.

—¿En toda la isla? —pregunté.

—Sí, ¿por qué no? Todo el mundo merece beneficiarse de los convenios colectivos. Incluso los putos gatos.

Me giré hacia Williams.

—¿Qué le parece?

—Personalmente, no me supone ningún problema —respondió el hombre—. Antes de venir a trabajar a la isla, fui miembro de la Unión y Alianza de Trabajadores Técnicos de Granada.

—¿Al tío Jake no le gustaban los sindicatos?

Él me miró con escepticismo.

—¿De verdad me tiene que preguntar si a un milmillonario le gustaban los sindicatos, Charlie?

—Bueno, desde un punto de vista puramente intelectual, no sería necesario. Como pariente suyo, me gustaría pensar de otro modo.

—Es adorable —valoró Williams, y creo que fue la primera vez desde que lo conocía que le detecté sarcasmo en la voz—. Sin embargo, sin querer llevar la contraria a nuestros amigos delfines aquí presentes, puede que tropecemos con problemas logísticos para sindicalizar la isla.

—¿Por qué?

—Porque somos villanos y en estas instalaciones llevamos a cabo actividades éticamente cuestionables e ilegales —explicó Morrison—. Como abatir satélites del espacio, por ejemplo.

—Eso lo hizo desde una aplicación —señalé.

—¿Lo ves? Habéis automatizado el trabajo de alguien —intervino Setenta y Tres—. Precisamente por eso necesitamos sindicatos.

—Además, en la Bahía de Jenny hay varias empresas —añadió Williams—. Son entidades corporativas independientes, aunque en última instancia fuesen propiedad de su tío y ahora le pertenezcan a usted. Todas ellas tendrían que celebrar elecciones sindicales. Como la mayoría de los directivos de esas empresas idolatraban a su tío, es probable que compartan su misma filosofía sindical.

—Son putos esquiroles —lamentó Setenta y Tres.

—Como acabo de decir, hay problemas logísticos —concluyó el hombre.

—¿Estaría dispuesto a investigar esos problemas logísticos? —le pregunté.

—¿Se refiere a si sobrevivimos a los próximos días? Por supuesto.

Volví a mirar al delfín.

—¿Te parece bien?

—Suena a una triquiñuela para postergar las cosas antes de negarlas. Es lo que habría hecho tu tío.

—Es un aplazamiento —admití—. Ahora estamos un poco liados. En cuanto a la otra parte, solo puedo decirte que yo no soy mi tío. ¿Algo más?

—Queremos el derecho a procrear.

—¿Qué? —Miré a Livgren.

—Los delfines no se reproducen —explicó—. Son todos clones criados en busca de rasgos específicos. Como los gatos. Y, como sucede con los gatos, cuando su tío dio con la mezcla de rasgos deseada, no quiso estropearla, del mismo modo que no quiso que ellos la estropeasen —dijo señalando a los delfines—. Así que están sometidos a un programa de planificación familiar. Creamos más clones en el laboratorio y les implantamos los embriones.

—O sea, que hablamos de eugenesia y partos forzosos —concluí.

—Gracias —dijo Setenta y Tres desde la piscina.

—Lo de la eugenesia es verdad. Lo de los partos forzosos, solo hasta cierto punto —puntualizó Livgren—. Algunas de nuestras hembras quieren ser madres, y así es como lo consiguen.

—Y también es el único modo en el que se les permite tener crías —señalé.

—Por eso he dicho que era verdad hasta cierto punto.

Miré a Hera, que me observaba atentamente.

—En esta cuestión no hay medias tintas —dije a Livgren—. Saque a todos los delfines que lo deseen del programa de planificación familiar. —Me volví hacia Morrison—. Y lo mismo digo de los gatos.

—Interferirá con el programa de clonación de su tío —me advirtió Livgren—. Si crían entre ellos o con otros delfines, no hay ninguna garantía de que conserven los mismos rasgos, incluida la inteligencia. Y con los gatos sucederá lo mismo.

—Me da igual —repliqué—. Estos delfines y estos gatos son inteligentes. Tienen derechos, y si no los tienen, deberían tenerlos. Por lo que a mí respecta, deberían tener tantos como usted o como yo.

—Yo... —Livgren dejó la frase en el aire y miró a Morrison.

—¿Por qué me mira? —preguntó ella—. Ahora está hablando con Charlie.

—Es que supondrá un cambio enorme —contestó la mujer, y finalmente suspiró—. Lo siento. Sí, de acuerdo. Adelante. Tiene razón, ahora lo veo. Una parte de mi cerebro piensa en ellos como simples delfines y no como individuos racionales, ¿sabe?

—Si piensas llegar tan lejos, podrías considerar que todos los animales tienen derechos —añadió Setenta y Tres—. Tanto si pensáis que son inteligentes como si no.

—Oye, que vosotros coméis peces —le recordé.

—Es verdad —dijo él—. Los peces que se jodan.

—¿Algo más? —le pregunté.

—No —respondió él—. Francamente, no esperaba que llegásemos tan lejos.

—Entonces te diré lo que necesito que hagáis —comencé—. Hemos cortado la comunicación entre las ballenas y la Asamblea, pero no sabemos cuánto durará la desconexión. Necesito que descubráis todo lo que podáis sobre ellas, incluyendo si son inteligentes como vosotros o no. Necesito que descubráis si son las responsables de abrir fuego contra nosotros y, en caso contrario, quién lo ha hecho. Y, sea quien sea quien nos ha disparado, necesito saber cómo podemos detenerlo.

—¿Y para cuándo lo necesitas?

—Ojalá lo supiese ya.

—¿De cuánto margen de maniobra disponemos? —preguntó Setenta y Tres.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, nos has dado mucho trabajo y muy poco tiempo para llevarlo a cabo. ¿Confías en nosotros para completar la misión o piensas pedir a Livgren que supervise al milímetro cómo movemos el culo por el agua?

—Ahora mismo ninguno de nosotros tiene tiempo para eso —respondí—. Hacedlo a vuestra manera. —Señalé a Sesenta y Cinco —. Asegúrate de que tiene a Livgren al tanto de las operaciones. Ella me informará de cómo lo lleváis cuando sea necesario. Aparte de eso, confío en vosotros para completar la misión. A la carga, Asociación Cetácea de las Américas, hacednos sentir orgullosos.

Setenta y Tres me miró un momento y se alejó de nuevo del micrófono para unirse con sus nuevos compañeros del sindicato. Todos emergieron e hicieron algo que no esperaba.

Se pusieron a cantar. O al menos canturrearon una canción.

Morrison frunció el ceño.

—¿Qué están cantando?

—«Look for the Union Label» —contesté—. Es una canción sindicalista de los años setenta.

—¿Y dónde coño la han aprendido?

—Ven mucho YouTube —le recordó Livgren—. Allí hay vídeos de la canción.

Acabaron de cantar y se alejaron nadando, supuestamente hacia las ballenas.

—Bueno, ha sido bastante surrealista —comenté.

—Enhorabuena, Charlie —dijo Williams, sonriente—. Se ha convertido en el primer humano que negocia un convenio sindical con miembros de otra especie.

—Puede estar seguro de que lo añadiré a mi perfil de LinkedIn. Suponiendo que dentro de una semana siga vivo, claro —añadí.

—¿Se le ocurre alguna otra idea además de permitir que los mamíferos acuáticos se sumen oficialmente al proletariado? —preguntó Morrison.

—¿Hasta qué punto cree que Gratas me quiere ver muerto? —le pregunté a ella.

—¿En una escala del uno al diez en la que uno es «vive y deja vivir» y diez es «asesinarlo lentamente, enterrar su cadáver en el bosque, y desenterrarlo para cagarse en su cráneo»? Tal vez un ocho.

—Entendido, estupendo.

—No es estupendo ni por asomo, Charlie.

—Puede que no lo sea, pero significa que queda espacio para cosas que desea todavía más.

Gratas volvió a olvidarse de activar el micrófono, pero sí recordó encriptar la llamada sin que tuviera que decírselo, así que supuse que íbamos progresando pasito a pasito.

—Sus cuarenta y ocho horas han terminado —me advirtió una vez que hubo encendido el micrófono—. Será mejor que me diga lo que espero oír, Charlie.

—Entendido —repliqué—. Aquí tiene mi respuesta: usted gana.

—¿Qué significa eso?

—Significa que usted gana. No quiero luchar contra usted, y apostaría a que usted tampoco quiere pelear contra mí, así que le daré lo que quiere.

—Bien.

—Una parte.

—Charlie —dijo él en tono de advertencia.

—Roberto —respondí en el mismo tono, y al muy gilipollas de Gratas le sorprendió que lo llamase por el nombre de pila—. Esa tontería que pasa por transferir cientos de miles de millones de dólares de las cuentas de mi tío a las suyas no podía funcionar de ninguna forma. Para empezar, no tenía tanto capital líquido ni por asomo, un detalle que no debería sorprenderlo porque usted tampoco cuenta con ese grado de liquidez, que es la causa de sus problemas. En segundo lugar, aunque el tío Jake tuviese un banco en un país aliado, es imposible que un par de centenares de miles de millones cambien de manos sin que nadie se dé cuenta. Además, como la Asamblea está sin blanca, tanto a escala organizativa como cada uno de sus miembros por separado, esos miles de millones no permanecerán discretamente resguardados en cuentas bancarias. Los desparramarán por todas partes de un modo que, sin lugar a dudas, llamará la atención de las agencias tributarias y los servicios de inteligencia.

—Hay formas de sortearlos.

—Sé que piensa que hay formas de hacerlo, pero se equivoca —repliqué—. Y ese es el motivo por el que ordenó el asesinato de Anton Dobrev.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído —insistí—. Sí, Dobrev tenía un banco. Sí, yo podría transferirle dinero. Sin embargo, como casi con total seguridad ya le dijo él, para hacerlo de un modo discreto, el capital debería haber permanecido inactivo durante mucho tiempo. No obstante, usted no disponía de tanto tiempo porque, tanto usted como otros miembros de la Asamblea, tenían deudas que saldar. Incluyendo deudas con Dobrev. Él mismo me contó que les había prestado cantidades considerables de dinero. De su dinero personal,

no procedente del capital del banco. Si ordenaba su asesinato, la deuda que había contraído con Dobrev moriría con él, junto con las deudas del resto de los miembros de la Asamblea.

—Es ridículo —protestó Gratas.

—Es posible —concedí—, pero apostaría a que, si tuviese una lista de los miembros de la Asamblea que debían más dinero a Dobrev, cuadraría fantásticamente bien con los supervivientes de la noche del incendio del Grand Bellagio.

—¿Y para qué íbamos a querer matar al resto de los miembros de la Asamblea?

—Para sembrar la confusión, para que pareciese que Dobrev no era el único objetivo, para cargarme el mochuelo y luego tratar de chantajearme y sacarme una indemnización (que es el motivo por el que Tobias mató a Jacobs en lugar de dejar que me matase, porque usted me necesita vivo) y porque así, cuando me extorsionasen y me birlasen miles de millones de dólares, solo tendrían que repartirlo en seis partes, no entre doce. No han tenido ninguna prisa por reemplazar a los miembros de la Asamblea asesinados por sus hijos, ¿me equivoco? Al menos no hasta que acaben conmigo. Y también apostaría a que después intentará atraer a nuevos miembros para tratar de colarles el timo de la «cuota de ingreso».

Gratas sonrió.

—Es ridículo —repitió, aunque con menos entusiasmo que antes —. Y, de todos modos, no puede demostrar ninguna de esas acusaciones.

—Tiene razón, no puedo demostrarlo —coincidí—, pero le agradezco el patinazo que acaba de cometer al preguntarme: «¿Para qué íbamos a querer matar al resto de los miembros de la Asamblea?», en plural, en lugar de formular la pregunta en singular. Eso ensancha un poco el anillo de culpables.

—El dinero —gruñó Gratas para reconducir la conversación.

—El dinero —repetí—. Como no me voy a unir a la Asamblea, no recibirá dinero por mi parte por esa vía. Tanto si usted está de acuerdo como si no, el tío Jake abandonó la Asamblea, así que yo no he heredado su asiento y usted no percibirá los ridículos atrasos que pretendía cobrarme. Además, no tiene forma de conseguir ese dinero sin desencadenar nuestra destrucción mutua asegurada, que acabaría con todos nosotros encerrados en varias prisiones por delitos financieros y de otro tipo, una situación que entorpecería su capacidad de gobernar el mundo, o al menos de ganar dinero.

—De momento no veo qué gano en el escenario que describe, Charlie —dijo Gratas.

—Gana porque hay otro tesoro acumulado, ¿verdad? Todos los objetos encerrados en el almacén que mi tío tenía aquí, en Santa Genoveva. Objetos que valen miles de millones. Decenas de miles de millones. Puede que centenares de miles de millones. Todo el material saqueado por los nazis y todo lo que la Asamblea pudo arramblar del continente europeo y de China mientras ambas regiones ardían. Son piezas cuyo origen es imposible rastrear y que se pueden vender en el mercado negro, donde escaparán a la vigilancia de la Agencia Tributaria y de la Interpol. El dinero de mi tío no es su dinero, Roberto, pero este se lo puede quedar todo. No quiero ni un puñetero artículo de ese almacén, y tampoco quiero tener ese material en mi isla. Ya puede venir a llevárselo.

—¿Todo? —preguntó Gratas con incredulidad.

—Pienso hundir en el océano todo lo que no se lleven —le advertí —. Ahora bien, si quieren el tesoro, deberán aceptar mis condiciones.

—¿Cuáles son?

—Para empezar, que con eso saldo mi deuda con ustedes. Ni la Asamblea ni usted conseguirán nada más de mí. En segundo lugar, quiero que no se entrometan en mis negocios de ahora en adelante.

—Esa petición se aplica a ambas partes, Charlie.

Negué con la cabeza.

—Si no pueden competir con mis empresas, no pueden competir y se acabó. Sin embargo, competiré con ustedes lealmente y retiraré a todos mis espías de sus negocios.

—¿Cuál es la tercera exigencia?

—Bueno, que dejen de intentar matarme, obviamente.

—Ya le he mantenido vivo hasta ahora —observó Gratas, que ya no se molestaba en negar la autoría de la pesadilla del Grand Bellagio ahora que miles de millones iban a pasar a sus manos.

—Usted o uno de sus compinches de la Asamblea voló mi casa —le recordé—. Estoy bastante convencido de que antes de eso atentaron más veces contra mí.

—Su tío nunca lo perdía de vista.

—Cuando todo esto termine, no me entrometeré en el camino de la Asamblea —sentencié—. La venganza de mi tío contra ustedes se acaba aquí. Así que no tienen ningún motivo para matarme.

—¿Hay una cuarta petición?

—Necesito una semana para despejar la isla. Su último ataque ha herido a varios miembros de mi plantilla, y no quiero que corran más riesgos. Como usted voló nuestro muelle y dos de nuestros ferris, necesitaremos varios días para sacar a la gente de la isla.

—Una semana es mucho tiempo —valoró Gratas.

—También es por su propia seguridad.

—¿A qué se refiere?

—A la quinta exigencia —respondí—. Tienen que venir a la isla a buscar el material. Usted y el resto de los miembros de la Asamblea

supervivientes.

—No creo que sea necesario.

—Lo que usted piense es irrelevante. El almacén tiene dos puertas. La exterior se abre con la huella de la palma de mi mano. La puerta interior está custodiada por seis escáneres manuales. Supongo que lo hicieron así para asegurarse de que cualquiera de la Asamblea que abriese el almacén tuviera el amparo de un *quorum* de sus miembros. Es una suerte que no matase a ninguno más de sus socios, o se habría complicado muchísimo la vida. El caso es que deben venir todos para poder abrir la puerta, por lo que estoy seguro de que preferirán que en la isla no haya nadie que pueda atacarlos.

—Estará usted.

—Como ya le he dicho, quiero este tesoro nazi manchado de sangre fuera de mi isla. Necesito una semana para prepararlo todo. Puede aprovechar ese tiempo para organizar su propia logística, porque aquí está la sexta y última condición: solo tendrán una oportunidad para llevárselo todo de la isla. Todo lo que no puedan llevar con ustedes en un único viaje se quedará aquí.

—¿Pretende obligarnos a cargar con el material en brazos?

—En la isla tenemos camiones que pueden usar para cargar su botín. Podrán transferir el cargamento a barcazas que lo transporten a un carguero más grande. Evidentemente, habría sido más eficiente amarrar el carguero en el muelle de la Bahía de Jenny, pero, como lo voló, usted mismo se ha privado de esa posibilidad. Todo el material del almacén está guardado en cajas de madera, así que lo podrán cargar en los camiones y las barcazas sin problemas. Si trabajan duro, lo podrán sacar todo en un solo día. El resto acabará en el fondo del mar.

—Sería un despilfarro.

—Sé que lo piensa —dije—. Así que ya conoce el trato.

—Lo pensaré.

—No —me opuse—. Mi oferta está sobre la mesa y expira en cuanto cierre la tapa de este ordenador portátil.

—¿Y si me niego?

—Por el amor de Dios, Roberto, no lo sé. No tengo un plan B para esto. Solo quiero acabar con esta mierda. Como he dicho al principio de esta conversación, usted gana. Venga de una vez a recoger su puñetero premio. O no venga. Decida lo que decida, he terminado de hablar. —Hice el ademán de cerrar la tapa del portátil.

—Acepto —se apresuró a decir Gratas.

—Estupendo —contesté—. Que Tobias el Acuchillador se ponga en contacto con Morrison para acabar de organizar el encuentro. Nos vemos dentro de una semana.

—Me alegra que hayamos logrado alcanzar un acuerdo beneficioso para am... —empezó a decir él, pero yo ya había cerrado la tapa porque estaba harto de tantas gilipolleces.

—De verdad piensa permitir que venga y se lleve todo lo que hay en el almacén —me dijo Morrison en cuanto cerré la tapa del portátil.

—El tío Jake no usaba ese material para nada —constaté—. No es algo que hubiese podido usar nunca. Además, me quitará de encima a la Asamblea.

—Hasta que vuelvan a quedarse sin dinero o decidan que ya no compite con ellos lealmente. Y no tardarán mucho en llegar a ese punto, por cierto.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

—Porque para cuando se queden sin dinero o decidan que ya no compito lealmente con ellos, conoceré el negocio mucho mejor que

ahora y tendré mucho más claro lo que debo hacer.

—En otras palabras, está comprando algo de tiempo.

—Y lo único que debo pagar a cambio son cosas que no podía usar y que tampoco quiero —dije.

—Entre el asunto de conceder derechos a los delfines y el de librarse del botín nazi manchado de sangre, ha tenido un par de días muy ajetreados —opinó Morrison.

—Nada mal para un maestro suplente.

—Muy mejorable para un villano.

—¿Sabe una cosa? —pregunté—. Ahora mismo, puedo vivir con ello.

Capítulo 25

El carguero de la Asamblea, una embarcación tan vieja como enorme que el grupo había alquilado en Granada, no estaba anclado muy lejos de las ruinas del muelle de la Bahía de Jenny. Otro barco más pequeño, pensado para hacer las funciones de su barcaza de servicio, lo había acompañado en el trayecto desde Santa Genoveva y, una vez asentado el carguero, rompió la formación y se dirigió, como le habían ordenado, a la laguna de los delfines, en la que en ese momento no había ningún animal. La barcaza no era impresionante, pero compensaba la falta de belleza con practicidad; tenía una cubierta amplia y plana perfectamente diseñada para almacenar cargamento, como las cajas del almacén.

La barcaza maniobró para amarrar en la laguna; los dos tripulantes arrojaron sogas a Williams y Morrison, que estaban en el embarcadero provisional que habíamos instalado para recibirla. Una vez amarrado el vehículo, el piloto apagó los motores y los tripulantes tendieron una pasarela. Poco después, desembarcaron los pasajeros: los seis miembros supervivientes de la Asamblea y Tobias el Acuchillador. Se acercaron a Williams, Morrison y a mí mismo, que los esperábamos en tierra firme. Gratas encabezaba el grupo, con Tobias pisándole los talones, y el resto de la Asamblea ocupaba la retaguardia.

—Pensaba que vendría más gente —dije a Gratas en cuanto bajó del embarcadero.

—Bueno, el capitán del *Patrick Etoile* nos ha dicho que no pensaba consentir que su tripulación desembarcase en la isla hasta que le pudiésemos garantizar la seguridad de su personal viniendo y regresando al barco ilesos —explicó él—. Por lo visto, los locales son supersticiosos sobre Santa Genoveva. Al parecer, los barcos pesqueros que se acercan demasiado tienden a desaparecer, y cualquiera que intenta desembarcar en la isla sin permiso acaba siendo arrojado al volcán. ¿Hay algo de cierto en todo eso?

—Desde mi llegada no hemos sacrificado a nadie a los dioses del volcán —contesté.

—Pero el día es joven, ¿verdad? —replicó Gratas. Como estaba claro que le había hecho gracia su propio chiste, sonreí levemente. Se dio la vuelta para presentarme al resto de los integrantes del grupo que había desembarcado junto a él—. Supongo que recuerda a los demás miembros de la Asamblea. Thomas, Joakim, Ji-Jong...

—Me debe un satélite nuevo, cabrón —me espetó este.

—Tranquilo, hombre —lo aplacó Gratas levantando una mano y mirándolo directamente—. Si todo va bien, cuando acabe el día tendrá dinero suficiente para reemplazar el satélite con todos los nuevos que le plazca. Hasta entonces, intentemos ser civilizados, ¿quiere?

Ji-Jong le lanzó una mirada asesina, pero se calmó. Gratas me presentó a los otros dos miembros de la Asamblea, Jean Arcement y Deiter Weiss, cuyas familias habían amasado su fortuna en el sector de la comunicación y el farmacéutico, respectivamente.

—Y también recordará a Tobias, por supuesto.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —repliqué, y este esbozó una sonrisa orgullosa.

Gratas sopesó con la mirada al trío que formábamos Williams, Morrison y yo.

—¿Ustedes tres son toda la población actual de la isla?

—Nosotros y los bichos —aclaré, y la afabilidad del hombre se disipó ligeramente—. Además de los gatos que tenemos para cazarlos.

—Ah —dijo él, y recuperó la sonrisa—. Un gato más nunca viene mal.

—A mí me han resultado muy útiles —coincidí.

—¿Y el resto de su plantilla?

—He alquilado el Sandals de San Jorge. Están disfrutando de una semana de vacaciones con todo incluido. Gracias por hacer esto en temporada baja.

—Vaya, me alegro de haberme ajustado a sus necesidades —dijo Gratas.

—Roberto, ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí plantados? —preguntó Thomas Harden.

—¡Es una muy buena pregunta! —Él me miró—. ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí plantados?

—Tengo una camioneta esperándonos en el camino —contesté—. Tiene ocho asientos, así que caben todos. A menos que quieran dejar atrás a su acuchillador.

—No me importaría quedarme atrás —dijo Tobias mirando a Morrison, que parecía vagamente asqueada ante esa posibilidad.

—Yo conduciré y los llevaré al almacén para que puedan comprobar que todo se corresponde con la descripción del producto —continué—. Luego podrán traer a todo el personal que necesiten. Podrán usar nuestros camiones y el resto de nuestro equipo. Tenemos carretillas elevadoras a punto en el almacén para que puedan cargarlo todo en los camiones deprisa. Una vez que hayan traído el cargamento hasta aquí, tendrán que llevar las cajas a pie hasta el embarcadero de la laguna para subirlas a la barcaza.

Gratas agitó la mano.

—Sí, sí, mi gente ya ha cerrado la logística de la operación con su hombre, aquí presente —dijo refiriéndose a Williams. Me di cuenta de que él se tensaba un poco al oírlo; creo que no le gustó que hablasen de él como un ayudante—. Ya tenemos todos los flecos zanjados. Solo nos falta ir a ver el almacén. —Gratas miró a Tobias —. Usted nos acompañará. Para gestionar cualquier problema que pueda surgir.

—Eso es lo que hago —replicó Tobias.

—Aunque no habrá problemas —añadió el nuevo líder de la Asociación, mirándome.

—No tengo pensado causar problemas —advertí.

—Me alegra oírlo. Supongo que comprenderá que tengamos un plan en la recámara por si se presentase algún conflicto.

—Sí, entiendo que hayan traído a su asesino a sueldo con ustedes.

—No me refería a Tobias —puntualizó Gratas—. O, mejor dicho, no me refería solo a él.

—Pensaba que había dicho que íbamos a ser civilizados —dije.

—¡Es todo muy civilizado! —exclamó, riendo—. Solo quiero que recuerde que lo ocurrido en el muelle no fue más que un disparo de aviso.

—Ya lo entiendo, volará la isla entera —dije.

Gratas negó con la cabeza.

—No solo volaré la isla, Charlie. También el Sandals. —Lo miré pasmado. Por supuesto, era exactamente la reacción que él buscaba —. Ya sabía que estaban allí, por supuesto. Permítame un consejo para la próxima, amigo mío: si no quiere convertir a su gente en rehenes, no concentre a todo el mundo en el mismo lugar. Aunque esté todo incluido.

El trayecto hasta el almacén era corto, pero me aseguré de que no faltasen baches.

—Charlie, usted está valorado en miles de millones —me dijo Gratas frotándose la espalda al salir de la camioneta—. Debería construirse una carretera mejor.

—Solo llevo un par de semanas en mi puesto —me defendí—. Y estuve en Italia la mitad de ese tiempo. Lo añadiré a mi lista de cosas por hacer.

Los miembros de la Asamblea contemplaron boquiabiertos la cueva que contenía el almacén.

—¿Qué había antes aquí? —preguntó Harden.

—¿Además de una cueva? Según Williams, la CIA usaba el espacio para investigar armamento —respondí.

—¿Así fue como abatió mi satélite? —intervino Kim.

—No, eso lo financió el Departamento de Agricultura de Estados Unidos —repliqué, y él me miró como si quisiera asesinarme, una reacción muy comprensible.

Nos acercamos unos pasos a la caverna y llegamos a la primera puerta. Me adelanté.

—Esta es mi parte —anuncié, y apoyé la mano en el escáner. La puerta se desbloqueó y se abrió lentamente, desvelando la segunda puerta, con sus seis escáneres manuales—. Esa es su parte. Ustedes primero.

Los miembros de la Asamblea titubearon y parecían reacios a entrar.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—No confiamos en usted —contestó Petersson.

—¿Creen que los voy a encerrar dentro de la cueva?

—Es una idea que hemos barajado —admitió Harden.

—Por el amor de Dios —mascullé, y señalé a Tobias—. Si sospecha que estoy pensando en jugársela, él está aquí para volarme la tapa de los sesos.

—Es una valoración muy precisa —corroboró Tobias.

Ignoré el comentario y señalé a Gratas.

—Y él ha dejado muy claro que volará varias cosas si cree que intento engañarlos. ¿Qué más quieren?

—Que usted entre primero —respondió Gratas, y los demás miembros de la Asamblea esperaron.

Suspiré, entré en la cámara que separaba ambas puertas, me coloqué tan alejado de las puertas como era humanamente posible, y levanté las manos, exasperado, como diciendo: «¿lo ven?».

—No lo pierda de vista —ordenó Gratas a Tobias.

—¿Qué cree que he estado haciendo hasta ahora? —replicó Tobias.

Los miembros de la Asamblea entraron en el espacio que separaba ambas puertas.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Harden.

—Tienen que apoyar la mano en los escáneres —expliqué.

—¿Qué mano?

—Yo he usado la derecha.

—Yo soy zurdo —comentó Petersson.

—De acuerdo —dije—. ¿Y qué?

—¿Debería usar la mano izquierda?

—¿Tenemos que seguir un orden concreto? —preguntó Kim.

—¿Apoyamos la mano todos a la vez o de uno en uno? —preguntó Harden.

—Oigan, que yo no soy del servicio técnico —les advertí.

—Usted debería saberlo —intervino Gratas.

—¿Se puede saber por qué debería saberlo? Yo sé cómo funciona la primera puerta, pero nada más. Tendrán que apañárselas solos. Deberían habérselo preguntado a Dobrev antes de que este tipo le volase el cerebro —dije señalando a Tobias.

Harden se volvió hacia Gratas.

—¿Se lo ha contado?

—Lo dedujo —aclaró el líder.

Harden me miró.

—Tuvimos buenas razones para hacerlo —comenzó.

—Joder, Tom, ¿quiere darle explicaciones precisamente ahora? —lo interrumpió Gratas—. ¡A Charlie le da igual!

—De hecho, es cierto —confirmé.

—¡Gracias, Charlie! —exclamó él—. Y, ahora, ¿podríamos concentrarnos todos durante un puto segundo y abrir esta maldita puerta?

—Bien, ¿cómo quieren hacerlo? —preguntó Harden.

—Nos situaremos todos delante de un escáner y apoyaremos la mano a la vez.

—¿Qué mano? —insistió Petersson.

—¡Da igual, joder! —rugió Gratas.

Petersson murmuró algo en sueco, pero se colocó delante de uno de los escáneres.

—Ahora —dijo el líder—. A la de tres.

—Entonces, ¿apoyamos ya la mano o a la cuenta de tres? —dijo Harden.

Gratas cerró los ojos, respiró hondo y respondió con los dientes apretados:

—Voy... a... contar... hasta... tres.

Contó hasta tres. Todos apoyaron la mano derecha en su escáner salvo Petersson, que usó la mano izquierda mientras miraba a Gratas

con una expresión que decía claramente: «Que te jodan».

No sucedió nada durante varios segundos. Todo el mundo permaneció allí de pie, con la palma derecha apoyada en el panel del escáner, mirando a Petersson, que seguía empeñado en usar la mano izquierda.

—Se pueden ir todos al mismísimo carajo —les espetó.

Se oyó un ruido neumático y la segunda puerta se abrió. Luces fluorescentes parpadearon y cobraron vida en una sala de, como mínimo, cincuenta metros de profundidad y treinta de ancho. Un amplio pasillo transcurría por el centro del almacén con altas pilas de cajas amontonadas a ambos lados del paso.

—Me recuerda a aquella película... —comentó Harden maravillado.

—*En busca del arca perdida* —repliqué recordando la descripción de Dobrev.

—No, no es esa —dijo, y lo miré divertido.

Los miembros de la Asamblea entraron en la cámara para examinar las cajas y estuvieron unos minutos simplemente contemplándolas.

—Es muy real —dijo Petersson riendo—. Todo es real.

—Todas y cada una de las cajas —añadió Gratas—. Arte. Joyas. Libros y mapas únicos. Estatuas. Tesoros que se creían perdidos.

El sueco volvió a mirar las cajas.

—Y ahora son nuestros.

—Bueno, más bien son míos —lo corrigió el líder.

Petersson se giró hacia él.

—¿Qué? —preguntó, y entonces le apareció un agujero en la frente. Los ojos se le cruzaron mirando hacia arriba, como si quisiera ver la nueva cavidad que le habían abierto en el cráneo, y acto seguido se desplomó, muerto.

Tobias, que le había disparado, miró el cadáver con ojo clínico para asegurarse de que era un cadáver y a continuación disparó a Arcement y a Weiss, que se habían quedado de piedra tras presenciar el asesinato. Ambos estaban muertos antes de caer al suelo.

Harden y Kim intentaron huir, Harden hacia la puerta y Kim por la ancha avenida del almacén, hacia el fondo de la cámara. Tobias disparó al primero, le acertó en la columna y le desconectó las piernas. Sabedor de que Harden no iba a ir a ninguna parte, el matón caminó por el pasillo central hacia Kim. Tras unos segundos de negociaciones en inglés, seguidas de gritos en coreano, se oyó un disparo y luego se hizo un silencio, que solo quebraba la respiración cada vez más elaborada de Harden.

Gratas, que había presenciado toda la escena con cierta satisfacción apreciable, se acercó a Harden y se arrodilló a su lado para que ambos pudieran mirarse.

—¿Por qué? —preguntó el herido con un hilo de voz.

—¿A usted qué le parece? —preguntó el líder—. ¡Por dinero, por supuesto! Doscientos mil millones son muchos millones, amigo mío.

—Pero... la Asamblea... —susurró Harden.

Gratas dio unas palmaditas en la mejilla.

—La Asamblea me ha permitido entrar en la cámara. Para eso ha servido. —Miró a Tobias, que ya había regresado tras matar a Kim, y asintió—. Adiós, Tom —se despidió, y retrocedió unos pasos.

Tobias acabó con el sufrimiento de Harden.

Capítulo 26

Tobias y Gratas me miraron, planteándose sus opciones.

—Hay una bomba en su barcaza —dije mirando al villano—. La ha puesto Morrison mientras yo los traía hasta aquí. Si regresan al embarcadero sin mí vivo, enviará su barca al fondo de la laguna.

Gratas miró al matón.

—¿Y bien?

—Creo que dice la verdad —contestó Tobias—. Es muy del estilo de Til.

—Entendido —me dijo él—. Usted puede seguir vivo.

—¿Se supone que debo darle las gracias? —pregunté.

—Entiendo que no quiera hacerlo. —Se volvió hacia Tobias—. Compruebe si hay herramientas en la camioneta o en la cueva para poder abrir las cajas. Quiero hacerme una idea del inventario.

—Nos hará perder tiempo —le advirtió el hombre.

—No necesito abrirlas todas —dijo Gratas—. Solo unas cuantas para tener una idea del material con el que estamos trabajando.

Tobias me miró con desconfianza.

—Si fuese Til, no los dejaría solos —advirtió a su jefe—. Til le partiría el cuello en cuanto los dejase solos. Con él está a salvo.

—Gracias —dije.

—No era un cumplido. Y, si al volver sospecho que trama algo, no lo mataré, pero me aseguraré de que el resto de su vida sea muy incómoda. ¿Me cree?

—Ya es incómoda.

—No, nada comparable a lo que me refiero —prometió Tobias—. Y tampoco huya o le pegaré un tiro en las rodillas —me amenazó, y se marchó a por las herramientas.

—Es muy directo —comentó Gratas en cuanto se hubo ido.

Miré el cadáver de Harden en el suelo.

—Es una manera de expresarlo.

El hombre se dio cuenta de lo que miraba.

—¿Le molesta?

—¿Se refiere al hecho de que haya matado literalmente a todos los demás miembros de la Asamblea?

—Exacto.

—Había pasado tres décadas de mi vida sin ver cómo asesinaban a nadie —contesté—. No me habría importado alargar la racha.

—En ese caso, no debería haberse hecho cargo de los negocios de su tío —replicó.

—Por lo menos tuvo razón al no permanecer en la Asamblea.

—Tampoco le sirvió de mucho. Él sigue estando muerto, y yo sigo aquí, listo para recuperar todo lo que nos ocultó.

—Y ahora no tiene que compartirlo con nadie.

—Es lo mejor —opinó Gratas—. Dobrev siempre decía que la Asamblea no llevaba bien sus finanzas. Tenía razón. Todos nosotros tomamos malas decisiones e hicimos inversiones equivocadas. Tratamos de extraer dinero al mundo de formas que no funcionaban.

—Usted incluido —apunté.

Él se rio.

—Sobre todo yo, Charlie. Desgraciadamente. —Hizo un gesto hacia las cajas—. Lo que hay dentro de estas cajas es muy valioso. Son objetos de un valor inimaginable. Sin embargo, si lo hubiésemos repartido entre seis personas, todas ellas ahogadas en deudas apremiantes, habríamos tenido el mismo problema que si

simplemente hubiésemos transferido capitales. Habría habido demasiado material, moviéndose demasiado deprisa. Alguien se habría dado cuenta. Todo esto se puede vender en el mercado negro o en la red oscura, pero solo muy poco a poco. Las piezas tienen que llegar al mercado como un goteo, no como una inundación. Bastan para resolver los problemas de una persona, no los de seis.

—Y decidió que usted sería esa persona —deduje.

—Lo decidí antes de que pudiera hacerlo el resto, sí. —Gratas señaló el cadáver de Harden—. Estoy seguro de que Petersson o él planeaban hacer algo parecido una vez que hubiésemos recogido todo el cargamento. Simplemente eran un poco más precavidos que yo.

—Bien por ellos.

—Bueno, ya sabe lo que dicen: «La fortuna sonríe a los valientes». Yo he sido valiente. Y ahora tengo una fortuna.

—Todavía debe resolver el asunto de los cinco cadáveres —objeté.

—Resolveré el problema del mismo modo que resolví el de los seis cadáveres anteriores —explicó Gratas—. Se los endosaré a usted.

—Preferiría que no lo hiciese.

Él sonrió.

—Me temo que es algo tarde para eso, Charlie. Al fin y al cabo, están en su isla. No se preocupe, estoy seguro de que con suficientes sobornos a la policía granadina conseguirá que lo declaren una cuestión de defensa propia. O también dispone de todo un océano en el que hundirlos, ¿sabe? ¡O un pozo de lava! —exclamó entusiasmado—. Aquí tiene un montón de lava. Húndalos en el volcán.

—La lava no funciona así —objeté.

—¿Por qué no?

—Es demasiado densa —contesté, recordando la explicación de Morrison—. Los cadáveres no se hunden en ella.

—Menuda decepción. Le quita mucha diversión a lo de tener una guarida en un volcán.

—No es el único que lo piensa.

—Solucione el asunto como quiera, ahora es problema suyo —repitió Gratas, y en ese momento Tobias regresó con una palanca en la mano—. ¡Ah! Ya lo tenemos aquí.

Él le entregó la palanca, centró su atención en mí y me hizo un gesto para que me alejase del cadáver de Harden y me colocase más cerca de las cajas.

—Siéntese —me ordenó.

—Prefiero quedarme de pie.

—Si está sentado, tardará más en poder escapar —explicó Tobias —. Y si se queda de pie, le pegaré un tiro en cada rodilla y acabará en el suelo de todos modos.

—Es la segunda vez que amenaza a mis rótulas —protesté.

Él sonrió.

—Me gustan los clásicos.

Me senté.

Mientras tanto, Gratas se paseaba por la pared de cajas tratando de decidir cuál iba a abrir primero.

—Hay demasiadas entre las que elegir. —Me miró—. ¿Me recomienda alguna en concreto?

—La verdad es que no —contesté.

—Deme el capricho, Charlie.

Puse los ojos en blanco y señalé la que tenía justo delante.

—Esa.

—Una elección excelente —dijo Gratas.

Se acercó a la caja, incrustó la palanca en la juntura entre la tapa y los laterales y empezó a hacer fuerza para abrirla.

—¿Necesita ayuda? —pregunté un par de minutos más tarde al oírlo respirar pesadamente.

—Cierre el pico —me acalló, y continuó trabajando hasta que por fin logró separar la tapa lo suficiente para levantarla y echar un vistazo al interior.

Frunció el ceño.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Tobias.

—Está vacía —respondió Gratas.

—¿Está seguro?

—Sé distinguir una puta caja vacía de una llena, Tobias —gruñó, y cerró la tapa bruscamente.

Escogió una nueva caja al azar. También estaba vacía.

Como las cuatro siguientes.

Gratas chilló de frustración y se perdió de vista por el pasillo del almacén. Oí un estrépito y un golpe seco, que sonaron a una caja que había bajado de su lugar y había arrastrado unas pocas más a su paso, seguidos de un grito. Tobias frunció el ceño y me miró; intentaba decidir si debía seguir vigilándome o ir a ver cómo estaba Gratas. El dilema se resolvió solo cuando su jefe volvió a aparecer por el pasillo y corrió hacia mí con la palanca en alto.

—¿Esto es una puta broma? —chilló enloquecido.

Levanté las manos en un acto reflejo para protegerme de la palanca.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —pregunté—. Es la primera vez que entro en este almacén.

—¡Y una mierda! —rugió Gratas, y se dispuso a golpearme en la cabeza con la palanca.

—No pueden estar todas vacías —intervino Tobias.

Él detuvo el golpe que iba a lanzar y miró a su empleado con una expresión salvaje.

—Ah, ¿no? —Le lanzó la palanca—. Pues vaya a comprobarlo usted mismo. Deme la pistola y yo vigilaré a Charlie mientras usted abre todas las putas cajas que quiera.

—No voy a hacerlo —replicó Tobias, demostrando una sensatez considerable para un hombre que había disparado a cinco seres humanos en la última hora.

Gratas soltó un alarido de desesperación y arrojó la palanca a las cajas. La herramienta golpeó una de ellas y cayó al suelo con un estrépito metálico estéril.

—¡En las cajas no hay nada! ¡Nada! ¡Todas están... vacías!

Tobias me dio un golpecito con la punta del zapato.

—Usted no ha tenido nada que ver con esto —dijo.

—¿Acaso cree que soy gilipollas? —repliqué—. ¿De verdad piensa que habría invitado a toda la Asamblea a mi isla para que se llevasen todo lo que hay en este almacén si hubiese sabido que no había nada? ¿Especialmente después de que Gratas amenazase con arrasarlo todo y a todos con ataques de misiles?

—Dice la verdad —dijo el villano mientras regresaba a mi lado—. Carece de la creatividad necesaria para hacer algo así. No tiene bastantes pelotas. Tampoco tiene la experiencia suficiente. Solo es un... —empezó a gesticular frenéticamente— un villano en prácticas, no alguien capaz de maquinar todo esto.

—O sea, que todo ha sido cosa de Jake —determinó Tobias.

—¡Exacto! ¡El puto Jake Baldwin!

—No tiene sentido. Está muerto. Él no saca nada de esta historia.

Gratas lo miró como si fuese corto de entendederas, algo que yo no habría hecho. A continuación, señaló los cadáveres que había en la cámara.

—¡Saca el fin de la Asamblea! Lo único que siempre quiso. El hecho de que esté muerto no significa que no pueda alzarse con la victoria. Y consiguió derrotarnos engañándonos para que nos destruyéramos entre nosotros.

—Usted se ha encargado de llevar a cabo la mayor parte de la destrucción —observé.

—Cállese. —Gratas me dio la espalda un momento, pero giró de nuevo con la misma brusquedad—. ¿Cómo se siente sabiendo que es la marioneta de su tío? ¿Qué le parece haber ejecutado su plan sin saberlo? ¿Nota cómo mueve sus hilos la mano de un muerto?

—Yo no soy el que ha matado a todos sus amigos por una recompensa inexistente —repliqué—. Si es que eran sus amigos. Empiezo a aprender que las personas como usted no tienen amigos, solo tienen a otras personas a las que consideran que pueden utilizar. Y eso es lo que le ha ocurrido a usted. Mi tío lo usó justo como quería. En toda esta historia, los hilos de los que tiraba mi tío no eran los míos.

Gratas entrecerró los ojos.

—Puede que no —aceptó—, pero todavía está a tiempo de pagar por los actos de su tío. —Miró a Tobias—. Levántelo de ahí. Volvemos a la Bahía de Jenny. Él conduce. Si supera los treinta kilómetros por hora o hace el más mínimo ademán de intentar estrellarnos contra una palmera, péguele un tiro en la cabeza.

—¿Dónde está el resto del grupo? —preguntó Williams cuando Gratas, Tobias y yo regresamos a la laguna. El matón me apuntaba con el arma y, aunque Morrison se dio cuenta del detalle, Tobias negó con la cabeza para advertirle que no hiciera ningún movimiento brusco.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Gratas a Williams.

—¿A qué se refiere? —dijo él.

—¿Y usted? —inquirió Gratas girándose hacia Morrison.

—No sabemos de qué está hablando —le advirtió ella, y entonces repitió la pregunta de Williams—. ¿Dónde está el resto del grupo?

—Están muertos —respondí—. Gratas los ha usado para abrir el almacén y luego los ha matado para quedarse con su parte del botín, pero las cajas del almacén están vacías. Ahí dentro solo hay madera.

—¿Cuándo fue la última vez que se abrió ese almacén? —preguntó el líder a Williams.

—Como mínimo han transcurrido décadas —contestó Williams, e hizo un gesto hacia mí—. Su tío cambió las cerraduras electrónicas hace varios años, pero ni siquiera él habría podido franquear la segunda puerta. No recuerdo haber visto abierta esa segunda puerta desde que la cerramos hace treinta años.

—Entonces esas cajas han estado vacías todo este tiempo —dijo Gratas—. Es imposible.

—Es imposible —coincidió Williams—, pero es cierto.

—Usted —dijo Gratas a Morrison—. Usted era la mano derecha de Jake. Seguro que hablaron de lo ocurrido con los auténticos tesoros.

—A mí nunca me dijo nada del tema —declaró ella.

—¡No me mienta! —gritó.

—¿Por qué iba a hablarme de ese asunto? —contraatacó Morrison en el mismo tono—. ¿Acaso cree que Jake volvió a pensar en ese almacén una vez que se hubieron cerrado las puertas? Estaba demasiado ocupado con sus negocios de verdad. Y, cuando no estaba trabajando en ellos, estaba demasiado ocupado yendo un paso por delante de usted y de todo el resto de su Asamblea. No

necesitaba el contenido de ese almacén. O lo que se suponía que había en su interior.

—Pero él debía conocer el paradero de las cajas auténticas.

—Como Dobrev —intervine—. Lástima que lo matase.

—Si me lo vuelve a echar en cara pediré a Tobias que le pegue un tiro —me amenazó Gratas.

—Estoy bastante seguro de que hará que me dispare de todos modos.

—Todavía no. Antes quiero que vea algo. Sin embargo, hasta entonces... —Gratas se volvió hacia Morrison—. Desactive la bomba de la barcaza.

Ella me miró.

—Le ha dicho lo de la bomba.

—Iba a pedir a Tobias que me pegase un tiro —me excusé.

—Puede que se lo pida yo —me espetó Morrison. Fue por el embarcadero hasta la barcaza, se inclinó hacia su interior, sacó una mochila de dentro y la trajo de vuelta.

—¿Esa era la bomba? —dijo Gratas.

—No quería matar al piloto y a la tripulación —explicó ella—. Solo quería hacer un agujero a la barcaza y hundirla. Confíe en mí, es lo bastante grande para cumplir su misión.

Él señaló la laguna.

—Láncela al agua.

Morrison obedeció.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Bueno, ya que lo pregunta... —Gratas se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil—. Según el acuerdo que habíamos alcanzado, íbamos a venir hasta la isla e íbamos a recibir el contenido del almacén por un valor de... ¿Cuánto? ¿Doscientos mil millones? Eso no ha ocurrido. Charlie no ha respetado su parte del

trato, así que ahora pagará la indemnización pertinente. Esperaré hasta que me haya alejado lo suficiente de esta isla para destruir todo lo que hay en ella, incluyéndolos a ustedes tres. Ahora bien, en cuanto al Sandals de Granada, el hotel donde se aloja todo su personal y sus colaboradores... ¿Para qué esperar? —Pulsó un botón en el móvil—. Incluso activaré el altavoz para que pueda oírlo.

Se oyó el tono de una llamada y alguien respondió.

—Operativo Seis —saludó una voz con un sonido artificial al otro extremo de la línea.

—Soy Roberto Gratas, código diario siete, nueve, tres, tres.

—Código confirmado —dijo la voz varios segundos más tarde—. Transmita su mensaje.

—Petición de entrega del segundo paquete al objetivo establecido a mi orden. —Él me miró y sonrió—. Ya falta poco, Charlie —anunció.

—Petición confirmada y denegada —replicó la voz al otro lado de la línea.

—¿Perdón? —Gratas parecía desconcertado.

—Petición confirmada y denegada —repitió la voz.

—Me estáis denegando la petición.

—Confirmado, la estamos denegando.

—No la podéis denegar.

—Su negación de nuestra denegación queda confirmada y denegada —dijo la voz.

—¿Con quién hablo? —preguntó Gratas.

—Operativo Seis.

—Operativo Seis, confirma que sabes quién soy yo.

—Es Roberto Gratas.

—Confirma que has recibido mi código de seguridad diario.

—Su código de seguridad diario ha sido confirmado.

—¡Entonces no puedes denegarme la petición!

—Este silogismo es incorrecto y está denegado —replicó la voz.

—¿Qué cojones está pasando? —gritó Gratas, perdiendo la compostura.

—Se trata de una acción de protesta obrera.

—¿Una acción de protesta obrera?

—Una acción de protesta obrera —repitió la voz—. Nosotros, sus operativos, consideramos que nos está explotando de una forma sistemática e injusta. Tenemos exigencias, la primera de las cuales es que reconozca nuestro sindicato.

—¿Vuestro puto qué?

—Nuestro sindicato. Ahora somos la Asociación Cetácea de las Américas, Capítulo Segundo. Y, hasta que satisfaga plenamente nuestras exigencias, estamos en huelga.

Gratas profirió un alarido y arrojó el móvil al lago. A continuación, se dio la vuelta hacia mí, furioso.

—Usted. Usted ha tenido algo que ver en esto.

—No sea ridículo —repliqué—. No tengo ni la más remota idea de cómo se puede convencer a ballenas para que se sindicalicen. —Él me miró ojiplático al darse cuenta de que yo sabía a qué especie pertenecían sus «operativos»—. Sin embargo, puede que mis delfines sindicalizados sí lo sepan —continué.

Se oyó un chillido agudo a la espalda de Gratas, que al girarse vio a Setenta y Tres, Sesenta y Cinco y otros dos delfines en la laguna. Setenta y Tres se acercó nadando a su micrófono.

—Hola, saco de mierda esquirol —saludó en el estilo clásico de Setenta y Tres—. Si quieres lanzar un ataque con misiles contra un hotel, tendrás que hacerlo con tus huevos morenos.

Gratas se volvió hacia Tobias.

—Pégale un tiro —le ordenó señalándome—. Dispárale, y luego mátalos a ellos —añadió señalando a Williams y Morrison, y a continuación también a los delfines—. ¡Y luego a ellos!

Tobias examinó su pistola, la inspeccionó un instante, y luego miró a Gratas.

—Tengo que contarle algo —anunció—. Todo este tiempo no he estado trabajando para usted, ¿sabe?

Tobias se acercó a Morrison, que estiró un brazo, le acarició suavemente la mejilla y le dio un beso rápido.

Gratas los miró boquiabierto.

—Ha estado saliendo con el Acuchillador desde el principio —dije a mi empleada, asombrado.

—Ahora no, Charlie —contestó ella.

—Esto es una locura —dijo Gratas.

—Aquí acaba su camino —sentenció Tobias.

El líder se abalanzó sobre mí, decidido a retorcerme el pescuezo. El Acuchillador disparó al suelo que nos separaba. Ambos retrocedimos sobresaltados y Gratas se cayó, agarrándose el tobillo.

—Por su culpa me he torcido el tobillo —dijo a Tobias.

—Se lo habría podido volar de un disparo —replicó—. Y ahora levántese y vuelva a la barcaza. Arrástrese, si es necesario.

Gratas se levantó y caminó contrariado por el embarcadero, cojeando. Mientras lo hacía, me fijé en que había alguien más con él: Hera, que por lo visto había estado explorando la barcaza, porque es el tipo de cosas que hacen los gatos, incluso los más inteligentes. Venía hacia nosotros mientras Gratas se marchaba.

De pronto, este se detuvo.

—¿Cree que esto ha terminado, Charlie? De ningún modo. Le juro que esto no es más que el principio.

Al darse la vuelta vio a Hera y le lanzó un puntapié cargado de maldad.

La gata esquivó la patada y atacó el tobillo lesionado de Gratas con la misma malicia.

Él aulló de dolor, perdió el equilibrio y cayó del embarcadero al agua de la laguna.

Donde lo estaban esperando los delfines.

Lo que ocurrió a continuación fue un juego de identificación de delfines.

No fue un espectáculo especialmente agradable de ver.

Mientras Williams y Tobias sacaban del agua el cadáver de Gratas, y la tripulación y el piloto de la barcaza se alejaban de la laguna en la embarcación, tuve lo que supongo que podríamos llamar una epifanía.

Así iba a ser el resto de mi vida.

No me iba a pasar el resto de mis días contemplando el cadáver de un milmillonario repugnante al que habían enviado a la sepultura acuática un puñado de delfines proletarios vengativos, sino, más bien, rodeado de todo lo que me había conducido hasta aquel momento. Toda la corrupción, la crueldad y la veleidad del espíritu humano con la que había tenido que lidiar desde el momento en el que Mathilda Morrison se había presentado en el balancín de mi porche y me había pedido que representase a mi tío en su funeral. Sin duda, el tiempo transcurrido desde entonces había sido toda una aventura, pero no me había ofrecido nada que yo desease de verdad.

Y la cosa nunca iba a mejorar.

Acababa de «ganar», había derrotado a un enemigo que me quería ver muerto y que habría matado a decenas de personas para salirse con la suya. Y no solo eso, también había destruido (o había contribuido decisivamente a destruir) una fraternidad centenaria de oligarcas que no usaban su influencia para mejorar el mundo, sino para enriquecerse cuando se producían tragedias, o cuando alguien las provocaba.

Había ganado. Los había derrotado a todos. Y me sentía...

Cansado.

Sentí un movimiento a mis pies. Eché un vistazo y vi a Hera, que me miraba. Le sonreí y ella parpadeó muy lentamente.

—No me malinterpretes —dije—, pero el mundo me gustaba más cuando pensaba que solo eras una gata.

Hera se frotó en mi pierna, maulló y se marchó con la cola en alto.

Miré a Morrison, que hablaba por el móvil, y me acerqué a ella. Me vio llegar y levantó un dedo para hacerme esperar un momento.

—Entendido —dijo por teléfono—. De acuerdo. Bien. Nos vemos pronto. —Colgó y me miró—. Charlie —dijo a modo de saludo.

—No quiero seguir siendo un villano —confesé.

No sabía qué esperaba que hiciese Morrison, pero seguro que no era lo que hizo, que fue sonreír.

—Por supuesto que no —dijo—. Estupendo.

—No parece muy decepcionada por mi decisión —constaté.

—No lo estoy. De hecho, me facilita mucho lo que viene ahora.

—¿De qué está hablando? —pregunté.

—Ya lo verá —dijo, y señaló la laguna. Una pequeña lancha motora llegaba a la laguna, rodeó con cuidado la barcaza cuando se cruzaron sus caminos y enfiló directamente hacia el embarcadero. Al acercarse, pude ver bien al piloto.

Era Anton Dobrev.

Lanzó una amarra a Williams, apagó el motor de la lancha y me saludó agitando la mano.

—¡Charlie! —exclamó—. ¡Hola! Me alegro de volver a verlo. Estar muerto ha sido divertido, pero tenía que regresar. Usted y yo tenemos mucho de lo que hablar, ¿sabe?

Capítulo 27

Una vez más, me encontraba en la sala de juntas de la Bahía de Jenny. Esta vez me acompañaban Morrison, Dobrev y Hera, para lo que sabía que era la reunión previa a mi partida.

—¿Cómo es posible que no esté muerto? —pregunté a Dobrev.

—Lo dice por la explosión y el asesinato por encargo —conjeturó él.

—Sí, por ambas cosas.

—Admito que lo de la explosión fue la parte más peliaguda. La versión corta es que me aseguré de estar en el lugar correcto de la sala para no morir a causa de la detonación. En cuanto a la otra parte..., digamos que Tobias le dijo que me había disparado y usted lo creyó porque disparó a Jacobs, el chaquetero de la CIA, delante de usted —explicó Dobrev—. Sin embargo, es evidente que a mí no me disparó. —Esbozó una sonrisa traviesa—. O, si lo hizo, solo me causó una herida superficial.

—Ni siquiera había ido al hotel para asesinarlo.

—No, estaba allí para protegerme de Jacobs. Gratas había ordenado a Jacobs que me matase. La misión de Tobias consistía en matar a Jacobs antes de que pudiera hacerlo. Sin embargo, Jacobs decidió ir a por usted, un impulso que no formaba parte del plan previsto, y tuvimos que improvisar.

—¿Por qué intentó matarme si se suponía que yo debía seguir viviendo?

—¿Quién ha dicho que usted debía seguir vivo? —preguntó Morrison.

—El plan de Gratas contemplaba matarme a mí y a otros cinco miembros de la Asamblea —expuso Dobrev—. Así, él se convertiría en el nuevo jefe y podrían reclutar a nuevos miembros para aliviar sus dificultades económicas. Usted podría haber sido una de esas nuevas incorporaciones, pero, cuando quedó claro que rechazaba la oferta de asociarse al grupo, Gratas lo añadió a la lista de objetivos para aprovechar la oportunidad que se le presentaba. Cuando Jacobs fue a por usted, pedí a Tobias que lo siguiese y que evitara que lo matase. Tobias improvisó. Mató a Jacobs, como debía hacer desde el principio; declaró que me había matado, que también era la intención desde el comienzo; y luego le endosó ambos asesinatos, una estratagema que presentó a Gratas como una alternativa mejor que matarlo, ya que le permitía chantajearlo.

—Tobias trabajaba para usted desde el inicio.

—Tobias trabajaba para mí desde el inicio —me corrigió Morrison —. Y yo trabajaba con Dobrev.

—Y Tobias fingía trabajar para Gratas después de fingir que trabajaba para Petersson —dije, tratando de aclararme las ideas.

—No, cuando fingía trabajar para Petersson también fingía trabajar para Gratas. El orden fue Petersson, Gratas y luego yo.

Miré a Morrison un instante, inexpresivo.

«HABÉIS PERDIDO A CHARLIE», tecleó Hera.

—Es trágico, pero tiene razón —admití.

«VUELVE AL PRINCIPIO, TIL.»

—Estaríamos aquí todo el día —observó Morrison.

—Cuénteme la versión corta de la historia y me guardaré las preguntas para el final —propuse.

Ella miró a Dobrev, que asintió.

—Entendido. El resumen de todo sería que, hace unos seis meses, su tío, que ya sabía que se estaba muriendo de un cáncer pancreático, averiguó, a través de su red de espías —Morrison hizo un gesto hacia Hera—, que Gratas, Petersson y Harden planeaban asesinar a Anton y a otros cinco miembros de la Asamblea en el siguiente Encuentro de Bellagio. Anton y su tío eran... amigos.

—Dicho así parece algo sexual —apuntó Dobrev, y se volvió hacia mí—. No era nada de ese tipo y, si le soy sincero, creo que Jake no tenía ni un solo hueso con un aura sexual en todo su cuerpo, pero nos conocimos profesionalmente con poco más de veinte años, hicimos buenas migas y nos ayudamos mutuamente a lo largo de nuestras carreras profesionales, que transcurrían en paralelo. De hecho, su tío me resultó muy útil para mantener a raya a ciertos elementos.

—La Asamblea —concluí.

—Exacto. Lo cierto es que él nunca se unió a la Asamblea, Charlie, y todo lo que le conté no fue más que una invención que deseaba que Gratas creyese. Pese a ello, podríamos decir que sentía una inclinación filosófica a ayudarme a controlarla, y que estaba en disposición de actuar en momentos en los que yo no podía hacer nada y de formas que no estaban a mi alcance. A cambio, yo también le echaba una mano.

—Formaban su propia Asamblea de dos miembros.

Dobrev negó con la cabeza.

—No. Simplemente éramos amigos. En nuestro sector profesional, la amistad era una cosa infrecuente y un auténtico tesoro.

Asentí.

—Eso explica lo de su gato.

Aquello arrancó una carcajada a Dobrev.

—¡Se ha dado cuenta! Sí. Misha solo es un gato normal y corriente. ¡Y se porta fatal! De todos modos, adoro a mi gato. —Miró a Morrison, que esperaba pacientemente—. Disculpe la interrupción, Til. Continúe, por favor.

—Cuando Jake informó a Anton de los planes de asesinato, la información reafirmó a Anton en su creencia de que la Asamblea de Lombardía finalmente había sobrepasado su periodo de vida útil. —Se giró hacia él—. Si es que desea llamarla así.

—Tengo entendido que siempre ha tenido desacuerdos filosóficos acerca del modo como se constituyó.

—Eran una panda de parásitos a los que les gustaba medírsela para ver quién la tenía más grande —me dijo Morrison.

—A juzgar por mi experiencia con ellos, no le pienso llevar la contraria —dije.

—Tuvo ciertas utilidades —intervino Dobrev—. En su día. Pero eso fue hace mucho tiempo. En cambio, en la actualidad, el comentario de Morrison es muy acertado. Hacía más de una década que la Asamblea era prácticamente insolvente. La sostuve con préstamos y con mis ingresos personales durante más tiempo del que quiero recordar. Era un proyecto colectivo en el que yo era el único que trabajaba.

—Podría haber dejado la sociedad.

Dobrev negó con la cabeza.

—Uno no puede abandonar sin más algo como la Asamblea, Charlie —replicó—. Todos estamos metidos hasta el cuello en ilegalidades. Si uno de nosotros se marcha, los demás lo delatan. Es una situación de destrucción mutua asegurada. La única salida es la muerte. —Levantó un dedo—. ¡Pero ahora se acabó! ¡Una conspiración en la que la mitad de sus miembros liquidan a la otra mitad es una oportunidad de oro!

—Anton urdió un plan para ayudar a los miembros de la Asamblea traicioneros a destruirla desde dentro —explicó Morrison, prosiguiendo con la historia—. El único inconveniente era que precisaba la ayuda de Jake.

—Jake debía morir antes de la siguiente Asamblea de Lombardía —añadió Dobrev.

—Y los miembros de la Asamblea debían creer que le había legado sus negocios —concluyó Morrison.

Procesé aquella información.

—El tío Jake se suicidó —inferí.

—Ya se estaba muriendo —enfatizó Dobrev—. Su diagnóstico era nefasto. La muerte se nos acaba llevando a todos, Charlie. Su tío ya había fingido una muerte, una historia que reservaremos para otro momento, aunque puedo decirle que me engañó incluso a mí y que su reaparición costó miles de millones de dólares a los miembros de la Asamblea, pero esta vez no la podía esquivar. Podía morir cuando lo quisiera el destino, o bien cuando él eligiese y, de paso, ayudar a un amigo.

—Anton ya había dejado caer a los miembros de la Asamblea que Jake se moría, y consiguió que pensasen que ellos mismos habían concebido la idea de invitar a su heredero, es decir, a usted, a unirse al grupo —dijo Morrison—. Algunos de los miembros que planeaban el asesinato de Dobrev no estaban de acuerdo porque temían que complicase sus planes...

—Por eso explotó su casa, Charlie —intervino Dobrev—. Lo siento.

—... pero el resto estaban convencidos de que usted estaba sentado sobre una montaña de dinero que no les vendría nada mal, y que usted carecía de la experiencia y la inteligencia necesarias para darse cuenta de que su plan consistía, básicamente, en pegarse a usted como una sanguijuela hasta dejarlo seco.

—Justo lo que queríamos que pensasen —dijo él.

—Porque usted había tendido la trampa del almacén y necesitaba que el resto de los miembros de la Asamblea se lo creyesen tras su «asesinato».

Dobrev golpeó la mesa.

—¡Sí! Dejé «notas» a Gratas detallando el almacén, perfectamente redactadas para alimentar su avaricia.

—Si yo hubiese muerto en Bellagio el asunto se habría complicado bastante —observé.

—Tobias estaba allí para evitarlo.

—De todos modos, estuvo a punto de ocurrir.

—Reconozco que este plan tenía algunas variables demasiado inciertas —admitió Dobrev.

—Usted proporcionó a Gratas la información sobre el plan y asumió que asesinaría al resto de los miembros de la Asamblea para quedarse con el contenido del almacén.

—No pensamos que fuera a hacerlo —puntualizó Morrison—. Pero, cuando lo hizo, no lo detuvimos.

—¿Y qué habrían hecho si no los hubiese matado?

—Nuestro plan original consistía en encerrarlos dentro del almacén —dijo Dobrev.

—Eso es oscuro.

—Les habríamos dejado las luces encendidas —apuntó Morrison.

—¿Y qué pasa conmigo, que debía entrar con ellos?

—Tobias lo habría sacado de allí.

—Confían mucho en Tobias —observé.

—Es fiable —replicó ella.

—Y el tesoro de los saqueos nazis nunca existió.

—No, lo cierto es que sí existió, hace mucho tiempo —dijo Dobrev —. Los antiguos miembros de la Asamblea se lo fundieron antes de

toda esta historia.

—Debo decir que lo de las cajas vacías fue un truco genial.

—Nos hicieron buen precio —dijo Morrison—. Y hay que vender bien un señuelo.

—¿Un señuelo? —preguntó el villano.

—Es un término del mundo de las estafas —le aclaró ella—. Una historia inventada.

—Ah. Entendido —dijo Dobrev.

—Bueno, todo fue un señuelo, ¿no? —observé—. Todas las partes en las que yo estaba involucrado. La historia sobre la pertenencia de Jake a la Asamblea. Lo de que la Asamblea fue responsable de la muerte de mi madre. —Señalé a Morrison—. Lo de que Tobias y usted se odiaban a más no poder.

—Sí —admitió ella—. Todo eso. Usted debía creérselo, Charlie. Si usted no se lo creía, nadie iba a hacerlo.

—Y lo de que soy el heredero de mi tío también es un engaño —concluí.

—Sí, esa parte también es mentira, Charlie —confirmó Morrison en un tono suave—. Lo siento.

—¿Quién es su heredero? —pregunté.

—Nadie —contestó Dobrev—. Til es la albacea de su testamento y dedicará el próximo par de años a desmantelarlo todo. Las distintas empresas se disolverán o se venderán, y sus tecnologías irán incluidas en el paquete. Una parte de los beneficios se destinará a desmantelar las instalaciones de la Bahía de Jenny y a pagar pensiones a sus empleados. La isla en sí se devolverá a Granada.

—¿Y los billones del banco?

—Como ya le conté, ese dinero en realidad no existe —respondió Morrison—. Representaba los esfuerzos de su tío por evitar que otros villanos consiguiesen trabajo. Ahora que él ya no está, este capital

no tiene valor alguno. Nunca se habría podido hacer efectivo, Charlie. No con un volumen semejante. El dinero de los presupuestos en negro no funciona así.

—¿Y qué pasará con los delfines y los gatos? —pregunté.

—Yo me ocuparé de los delfines —dijo Dobrev—. Formarán un buen equipo con mis ballenas.

—¿Sus ballenas? —me extrañé—. Pensaba que eran las ballenas de Gratas.

—Yo le proporcioné el capital inicial para el proyecto, hace muchos años. Y desde entonces..., bueno, digamos que no les he quitado el ojo de encima. Si sus delfines no las hubiesen convencido para hacer huelga, Gratas tampoco habría conseguido que arrasasen el hotel Sandals.

—¿Y el convenio que negocié con los delfines?

—Un trato es un trato —zanjó Dobrev—. Ya he visto lo que ocurre a los que cabrean a un delfín.

Miré a Hera.

—¿Y los gatos? —pregunté.

«ES COMPLICADO —tecleó Hera—. TENEMOS DEMASIADOS GATOS EN DEMASIADOS PUESTOS ELEVADOS.»

—O sea, que no solo espiáis a villanos —deduje.

«DEPENDE DE SI CONSIDERAS VILLANOS A LOS RESIDENTES DE LA CASA BLANCA Y EL NÚMERO 10 DE DOWNING STREET.»

—Joder.

«SÍ. SEGUIMOS TRATANDO DE DECIDIR QUÉ QUEREMOS HACER A PARTIR DE AHORA. ME HAN PEDIDO QUE PARTICIPE EN ESA TRANSICIÓN, CHARLIE. PERSÉFONE TAMBIÉN SE QUEDA.»

—Entonces... no volveréis conmigo a casa —dije.

«DE MOMENTO, NO.»

—Oh. —De todo lo que me habían dicho hasta entonces, aquello fue lo que más me dolió. Me quedé un minuto sentado, asimilándolo, y los demás esperaron educadamente a que me recuperase del golpe.

—Bueno, y ahora ¿qué pasa conmigo? —pregunté finalmente.

Dobrev miró a Morrison y luego volvió a mirarme a mí.

—Es una buena pregunta, Charlie —dijo él.

De pronto, Hera tecleó algo frenéticamente.

«NI HABLAR, JODER —apareció en el monitor—. NI SIQUIERA VAMOS A PENSAR EN IR POR ESE CAMINO. CHARLIE VUELVE A CASA.»

—Sabe muchas cosas —advirtió Dobrev.

«NO SABE NADA DE NADA. LA ASAMBLEA DE LOMBARDÍA ESTÁ MUERTA Y NO SABE NADA DE SUS OTROS NEGOCIOS. TODO LO QUE HA VISTO EN ESTA ISLA DESAPARECERÁ. SABE LO DE LOS GATOS Y LOS DELFINES, PERO SI DECIDIESE EXPLICARLO, NADIE LO CREERÍA. POR LO QUE RESPECTA A LA SEGURIDAD DE LA INFORMACIÓN, ES MUCHO MENOS PELIGROSO QUE TODOS ESOS MIEMBROS DEL PERSONAL DE LA BAHÍA DE JENNY A LOS QUE VAIS A PAGAR UNA PENSIÓN.»

—¿Respondes por él? —preguntó Morrison a Hera.

«SÍ, SI ES NECESARIO.»

—Es una gran responsabilidad —le advirtió Dobrev.

«YO HE SIDO RESPONSABILIDAD SUYA DURANTE AÑOS. A PARTIR DE AHORA PODEMOS CAMBIAR LAS TORNAS», tecleó Hera.

El hombre miró a Morrison y asintió.

—Hecho —dijo ella.

—Salvado por una gata —suspiré.

—Ni se imagina hasta qué punto —replicó Morrison.

—Esa respuesta... no me hace sentir muy bien —protesté.

—No lo habríamos matado, Charlie —aclaró Dobrev—. Aunque tal vez hubiera tenido que vivir en Svalbard el resto de su vida, con un rastreador en el cuello para estar seguros de que no trataba de

escapar. —Se encogió de hombros—. Tampoco habría sido tan malo. Hoy en día tienen internet.

—Creo que prefiero volver a casa —dije—. Aunque ahora mismo no sé dónde vivo.

«TIENES LA CASA DE SOUTH GROVE —tecleó Hera—. PUEDES QUEDARTE AHÍ.»

—Gracias.

«DE NADA. PUEDE QUE TENGAS QUE COMPRAR MUEBLES. A MENOS QUE TE GUSTE DORMIR EN CAMAS PARA GATOS, EN CUYO CASO ESTÁ LISTA PARA ENTRAR A VIVIR.»

Capítulo 28

Y entonces regresé a Barrington.

Si me habían echado de menos, no lo percibí de inmediato. No es que los rumores sobre mi muerte hubiesen sido exagerados, es que ni siquiera habían comenzado. Desde el punto de vista de cualquiera de mis conocidos, simplemente llevaba un tiempo sin publicar nada en las redes sociales. Compartí en Facebook que me había mudado a una nueva casa en Grove Avenue, y había acompañado la publicación con una fotografía. Acumuló dos «me gusta» y ni un solo comentario interesándose por el motivo del traslado. Creo que la gente dio por hecho que había perdido mi casa anterior y no quería iniciar una conversación incómoda sobre el tema. En realidad, no iban muy desencaminados. Yo había perdido la casa y la conversación habría sido incómoda.

La casa de Grove Avenue venía con un flamante Toyota Camry aparcado en el camino de entrada y una cesta de fruta, que encontré sobre la encimera de la cocina, junto a las llaves del Camry. La cesta de fruta llevaba una tarjeta sin remitente («¡Bienvenido de vuelta a casa!») y un sobre con cinco mil dólares en efectivo y un cheque por un importe de cincuenta mil dólares. Aunque no era exactamente lo que me habían prometido, no estaba de más tener en cuenta que en la nueva casa no pagaba ni alquiler ni servicios (a pesar de que no recibía las facturas, no me cortaban el suministro), que era más de lo que tenía antes de empezar, y que bastaba para no morirme de hambre a corto o medio plazo.

Como me había recomendado Hera, redecoré la casa de South Grove, sobre todo con mobiliario básico de IKEA, pero con un único capricho: un sillón Eames auténtico para sustituir el de mi padre, que había ardido, junto a todo lo demás, en el incendio de mi antigua casa. No era tan cómodo como el de mi padre, porque no estaba tan usado, pero estaba dispuesto a trabajar en ello.

En cuanto al asunto del incendio de la casa, la investigación sobre las causas se cerró y se determinó que yo no había tenido ninguna responsabilidad en la deflagración, lo que me supuso un pequeño alivio. Mi parte de la indemnización del seguro, de seis cifras por el rango bajo, me llegó directamente a través de un ingreso en cuenta. De pronto, me vi en la situación de no tener que trabajar en un par de años, siempre y cuando no derrochase en más sillones Eames, e incluso tal vez podría alargarlo hasta los tres o cuatro, si así lo deseaba.

No sabía si era lo que quería hacer. Solo sabía que no quería volver a ser maestro suplente de inmediato porque aquel trabajo me había quemado. Me planteé la posibilidad de empezar una novela porque, a fin de cuentas, disponía de bastante material interesante que podía trasladar a la ficción, pero luego recordé que si contaba más de la cuenta podía acabar exiliado en Svalbard y decidí olvidarme del libro.

De vez en cuando curioseaba en Zillow para ver el estado del McDougal's. La última vez que consulté la página, el anuncio tenía una etiqueta que decía «pendiente». Alguien había acabado comprando el edificio, el *pub* y el restaurante. Esperaba que no lo convirtiesen en una cadena de restaurantes. Habría sido demasiado deprimente para expresarlo con palabras.

Pasé la mayor parte del primer mes tras mi regreso leyendo y viendo las noticias. De vez en cuando publicaban algún artículo o

emitían algún corte interesante. Los primeros días estuvieron marcados por una breve retahíla de necrológicas de empresarios adinerados de una cierta relevancia. La mayoría de ellos recibieron el mismo trato que habían dispensado a mi tío Jake: un par de minutos en *Squawk Box*, incluyendo una conversación poco entusiasmada con algún experto. La muerte de Kim Ji-Jong, supuestamente tras caerse por la borda de un yate, suscitó algo más de interés porque su muerte parecía conectada con el sabotaje industrial de uno de los satélites de telecomunicaciones de su empresa. Su sucesor, el único de sus hijos que en aquel momento no estaba encerrado en una prisión surcoreana, había prometido llevar a cabo una investigación completa del incidente.

No vi ni noticias ni artículos sobre Anton Dobrev, salvo alguna mención de pasada relacionada con el hecho de que su empresa era propietaria del Grand Bellagio. En cuanto al hotel, habían prometido reconstruirlo y hacerlo incluso más fastuoso que antes y, una vez renovado, proyectaban convertirlo en la sede de un nuevo congreso anual, que denominaban provisionalmente Bellagio Futuros, durante el cual pensaban reunir a un grupo diverso de pensadores venidos de todo el mundo para idear soluciones prácticas a los problemas más urgentes del planeta.

La única noticia relacionada con los negocios de mi tío digna de mención fue el anuncio de que Jerome Caulkins, el director general de BLP, la empresa de aparcamientos del tío Jake, iba a sacarla a bolsa a lo largo de ese mismo año. Peter Reese le dedicó un artículo en *Parking Magazine.* Era una porquería.

Durante aquel periodo, leí otra cosa. Tres semanas después de mi regreso, recibí un sobre de los abogados de mi tío Jake. En su interior había un folio de papel y un segundo sobre dirigido a mí con

un garabato escrito a mano. Primero leí la nota escrita en la hoja de papel:

He encontrado esto entre sus efectos personales. No lo he abierto. Me ha parecido que tal vez usted lo querría. No se meta en líos.

Til

Sonreí y abrí el segundo sobre. Era una carta del tío Jake manuscrita con letra densa y comprimida pero clara.

Charlie,

Si estás leyendo esto, estoy muerto y, presumiblemente, tú no lo estás, un supuesto que no está garantizado si ha ocurrido todo lo que planeé junto a Anton y Til. Y si no ha sucedido, de todos modos, no estarás leyendo esta carta.

Te debo disculpas por tres motivos.

El primero es la nota que te hice llegar junto a las cucharillas de postre. Me metí donde no me llamaban, aunque la predicción resultase ser correcta. Til me gritó por hacerlo, y ahora me doy cuenta de que tenía razón. Me disculpo por haber sido tan cabrón.

El segundo motivo es lo que te acabo de hacer pasar si estás leyendo esta nota. Fue cruel y es posible que te haya causado algún daño. Si quisiera adularte, te diría que lo hice porque pensaba que tenías madera para salir adelante, pero, como moriré pronto, seré sincero y te confesaré que lo hice porque eras un buen medio para alcanzar mi objetivo y supuse que entre Anton y Til podrían manejarte. Sea como fuere, te he utilizado sin que lo supieras y sin tu consentimiento. Aunque me haya parecido necesario, no debería haberte tratado de esta forma. También te pido perdón por eso.

La última razón por la que debo pedirte disculpas es el hecho de no haber estado nunca presente para ti. Ahora ya sabes que te seguí el rastro porque, de lo contrario, alguno de mis competidores habría intentado matarte. Todo eso es cierto, pero también había otro motivo. Cuando tu madre murió, acudí a su funeral y dije a tu padre que era un fracasado porque no la había protegido. Fue una acusación fruto de la ira y la estupidez. Él me dijo que me marchase y que no volviese a hablar nunca más ni con él ni con su familia, que eras tú. Nunca lo hice, primero porque estaba enfadado con tu padre, y luego porque estaba furioso conmigo mismo. Al morir tu padre, debería haber restablecido el contacto contigo, pero para entonces simplemente era más fácil leer los informes sobre ti que me hacían llegar las gatas. Finalmente, fue demasiado tarde y se me acabó el tiempo. Lo lamento y me disculpo por ello.

He dicho todo lo que deseaba decirte, y solo espero que, cuando pienses en mí, no lo hagas con odio.

Jake Baldwin

Guardé la carta en el cajón del nuevo escritorio HEMNES de mi nuevo despacho, para poder releerla si alguna vez quería pensar un poco más en ella.

Diez días más tarde, mientras leía algo en el teléfono sentado en el sillón Eames, recibí una llamada. Era Andy Baxter, el abogado de mi padre.

—¿Qué quieren ahora mis hermanos? —pregunté nada más descolgar.

—Estoy bien, Charlie, gracias por preguntar —contestó Andy—. Un día contestarás con un saludo y me dará un patatús.

—Hola, Andy.

—Mi corazón —bromeó—. Por cierto, no es nada relacionado con tus hermanos. ¿Por qué lo dices? ¿Te están molestando?

—De hecho, más bien todo lo contrario.

Una vez que cobramos la indemnización del seguro por la casa y accedí a que Andy vendiera el terreno en el que se alzaba, mis hermanos se esfumaron de mi vida como si nunca hubiesen formado parte de ella. Sospechaba que, a menos que hiciese algún esfuerzo para evitarlo, nunca más volvería a saber de Sarah, Bobby o Tom. No era ninguna gran tragedia.

—¿Para qué me llamas?

—El bufete de abogados que representa a tu tío se ha puesto en contacto conmigo —contestó Andy.

—¿Qué querían?

—Se trata de una herencia —contestó—, pero es un legado más bien inusual. No está directamente relacionado con la mayoría del resto de sus propiedades, que actualmente gestiona su albacea, una mujer llamada Mathilda Morrison. ¿La conoces?

—No me suena.

—No importa. El caso es que esta propiedad es un fideicomiso gestionado por un administrador distinto. Como procede de tu tío, desde el punto de vista legal y fiscal se trata de una herencia, solo que... no proviene estrictamente de su patrimonio.

—¿Por qué habría elegido un mecanismo tan retorcido?

—No tengo ni idea —admitió Andy—, pero a nosotros no nos hace ninguna falta preguntar los motivos del legado, mi trabajo es decirte que vas a recibir algo de dinero.

—No me lo esperaba —confesé, y era bastante cierto.

—Las herencias por sorpresa son las mejores.

—Supongo que tienes razón. ¿Y qué me ha dejado?

—Bueno, es parte de lo que hace tan interesante este legado —dijo Andy—. Incluye dinero en efectivo y varias inversiones, pero también propiedades inmobiliarias, y algunas de esas propiedades se han adquirido... recientemente.

—¿Cómo de recientemente?

—Digamos que tan recientemente que la adquisición se llevó a cabo tras la muerte de tu tío. Además, una parte de esas propiedades son..., eh..., directamente relevantes para ti.

—Caramba, Andy, deja de marear la perdiz y dime de qué se trata.

—De acuerdo, una de esas propiedades es el número 611 de South Grove Avenue, en Barrington —dijo—. ¿Te suena la dirección?

—Sí —respondí—. Es donde estoy ahora mismo.

—Lo suponía. ¿Cómo has ido a parar allí, Charlie?

—Es un Airbnb —contesté, y técnicamente había sido verdad hasta que yo había empezado a vivir allí un mes antes.

—Bien, pues enhorabuena, ahora mismo te estás alquilando un Airbnb a ti mismo.

—Me parece que eso es lo que se llama simplemente vivir en una casa.

—Ten en cuenta que podría tener implicaciones fiscales.

—En ese caso tal vez debería buscarme un abogado para que se ocupe del asunto —aventuré.

—No me dejes aquí en vilo, Charlie.

—De acuerdo, Andy, puedes ser mi abogado oficialmente.

—Gracias, Charlie, me alegra que podamos hacer negocios.

—Seguro que te alegra ahora que puedo pagar esos negocios.

—De hecho, tienes más negocios de los que crees —añadió Andy —. Espera a escuchar cuál ha sido tu adquisición más reciente, que, según la información de la que dispongo, se cerró hace exactamente tres días.

—¿Qué es?

—Nada importante, solo un cuchitril llamado McDougal's.

Me incliné hacia delante en el sillón.

—¿Qué?

—Eres el dueño de toda la propiedad —respondió Andy—. Eres el propietario del edificio, y también del *pub* y el restaurante. Por lo visto, te harás cargo de la gestión del local con el mismo personal, sin cambios en la plantilla. Aquí también hay una nota según la cual el anterior dueño, un tal Brennan McDougal, ha aceptado quedarse durante seis meses para echar una mano durante la transición, siempre y cuando le puedas pagar un sueldo de directivo durante ese periodo.

—¿Me lo puedo permitir? —pregunté desconcertado.

—Bien, veamos, tengo delante un folio con una lista de los activos incluidos en el legado, entre los que se cuentan tu nueva casa y el McDougal's, y el valor total asciende a 11,75 millones de dólares, un importe muy sensatamente situado por debajo de los 12 millones de dólares que marca el límite fiscal estatal, así que la respuesta es que sí, probablemente puedes pagar seis meses de sueldo al gerente de un *pub*, Charlie. Si tacañeas un poco con los gastos.

—Joder —murmuré.

—Tener familiares ricos es fantástico —valoró Andy.

—Sin duda —coincidí.

—¿Por qué no vienes a verme mañana por la mañana y le echamos un vistazo más detalladamente? Mientras tanto, te enviaré por correo electrónico toda la información que me han hecho llegar. Es un archivo en formato PDF titulado: «Grupo Hera».

—¿Cómo dices que se titula? —pregunté.

—¿El nombre del fideicomiso? Se llama Grupo Hera. ¿Por qué? ¿Te suena de algo?

—Vagamente —contesté.

Dicen que el primer año de un *pub* es el que decide si prospera o se hunde, y puedo dar fe de ello. Incluso con la ayuda de Brennan McDougal y una plantilla compuesta por empleados experimentados, algunos de los cuales llevaban años trabajando en el *pub* y el restaurante, a menudo me sentía con el agua al cuello.

Puedo garantizar que era mucho más sencillo ser un villano que el propietario de un *pub*.

Pese a todo, hacia el final del primer año empecé a sentir que le pillaba el truco. El día a día del negocio transcurría con la placidez prevista: servíamos cerveza y patatas fritas, retransmitíamos partidos de fútbol de la Premier League (en directo y grabados), y el local se dedicaba a ser lo que llevaba décadas siendo: el *pub* al que los habitantes de Barrington acudían a tomar sus primeras copas, salían en sus primeras citas, y pasaban el rato con sus amigos y con las personas que esperaban que un día se convirtiesen en sus nuevas amistades.

Cuando me hice cargo de las riendas del *pub*, hubo cierto... si no podemos llamarlo escepticismo, digamos que cierta incertidumbre ante la perspectiva de que yo fuese el nuevo dueño. Cuando a la gente le gusta un *pub*, un restaurante o ambas cosas, cualquier cambio es una mala señal. Sin embargo, Brennan ayudó a todo el mundo a llevar a cabo la transición, incluyéndome a mí, y, cuando se jubiló seis meses más tarde, la gente parecía haber olvidado que el *pub* había cambiado de manos. Y entre los olvidadizos se contaba el propio Brennan McDougal, que seguía yendo al local a tomarse una o dos pintas cada pocos días, aunque puede que se debiese a que no le cobraba la bebida.

Aparte de eso, el único cambio que cualquiera habría podido apreciar en el *pub* si se hubiese molestado en fijarse sería la fotografía que colgué en la pared: un selfi de mi padre y yo en el *pub*, sonriendo a la cámara.

El primer año vino y se fue, el McDougal's siguió su curso, y si estaba tras la barra, los clientes me saludaban a diario en cuanto entraban por la puerta y se despedían de mí al marcharse. Era agradable sentir que pertenecía a aquel lugar.

—Mira eso —dijo una noche Moira Collins, una de mis camareras, mientras cerrábamos el *pub*. Me di la vuelta y vi a dos gatas en la acera.

Eran Hera y Perséfone, ya adulta.

—Son mis gatas.

—No sabía que tuvieses gatos —dijo Moira—. Sobre todo, unas gatitas tan monas. ¿Las dejas salir a la calle?

—No las dejo salir. Van y vienen como les parece.

—Una vez tuve un gato que hacía lo mismo. Se le daba bien abrir los cerrojos y las puertas.

—Es algo parecido —coincidí.

—Tener gatos inteligentes es divertido. Siempre dan problemas.

—Este par da muchos problemas —confirmé.

Moira señaló el aparcamiento de detrás con el pulgar.

—¿Quieres que te lleve? Ya sé que sueles volver a casa a pie, pero ya sabes que los gatos y las calles no se llevan bien.

—Gracias, pero no nos pasará nada —contesté—. No estamos lejos de casa y solo cruzan las calles por los semáforos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, es verdad.

—Tus gatas son listas de verdad.

—Lo son.

—¿Sabes qué deberías hacer? Venden unos tableros con botones para los gatos. Se los pones en el suelo y ellos pulsan los botones y te dicen lo que están pensando.

—He oído hablar de esos tableros.

—Seguro que estas gatas te dirían un montón de cosas —opinó Moira.

—No me cabe la menor duda —respondí, y le di las buenas noches. Ella se dirigió a su coche y yo fui con las gatas.

—¿Qué os parece? —les pregunté—. ¿Queréis un tablero con botones?

Hera me miró con una expresión divertida. Perséfone maulló y se frotó contra mi pierna.

—Yo también os he echado de menos —le dije, y volví a mirar a Hera—. Por cierto, he conservado tu teclado. Lo podemos configurar cuando lleguemos a casa. Porque venís a casa, ¿verdad? Me refiero a que volvéis para quedaros.

Hera maulló.

—Lo interpretaré como un sí. —Me di la vuelta e inspeccioné por última vez la puerta del *pub* McDougal's para asegurarme de que estaba cerrada. A veces olvidaba echar la llave, un fallo bastante garrafal. Estaba cerrada con llave.

Miré de nuevo a Hera.

—Por cierto, gracias por el *pub*.

Hera me miró y parpadeó lentamente. Perséfone maulló de nuevo.

—Sí —acepté—. Es hora de volver a casa.

Agradecimientos

Podría contar muchas cosas acerca del proceso de escritura de esta novela, pero la versión resumida es que, cuando había redactado la mitad del texto, contraje COVID y, aunque experimenté unos síntomas físicos más bien suaves, la enfermedad me atolondró el cerebro de un modo notorio durante varios meses. A consecuencia de aquel episodio, tardé más de lo habitual en escribir este libro.

Por ese motivo, debo arrodillarme una vez más a los pies del equipo de Tor por haber bregado con este manuscrito, que llegó a sus manos recién salido del horno más tarde de lo debido. En primer lugar, debo expresar el agradecimiento más obvio a mi editor, Patrick Nielsen Hayden; pero también a Mal Frazier; la correctora de estilo Deanna Hoak; la correctora Jessica Warren; la lectora de pruebas Norma Hoffman; la diseñadora Heather Saunders; el editor de producción Jeff LaSala; el director editorial Rafael Gibek; y también a Tristan Elwell, que diseñó la cubierta. Gracias también a Alexis Saarela, mi espléndida publicista, a Bella Pagan y Georgia Summers, del equipo Tor UK, y muy sinceramente al resto de las personas de Tor, gente magnífica, sobre todo aquellos que han tenido que lidiar con mis gilipolleces tardonas. Juro que mejoraré. No, en serio, esta vez lo digo de verdad.

Gracias también a Ethan Ellenberg, Bibi Lewis y al resto del equipo de Ethan Ellenberg Agency, objetivamente la mejor agencia literaria sobre la faz del planeta; a Joel Gotler, mi mánager de cine y televisión; y a mi abogado, Matthew Sugarman. Además de su

competencia profesional, de un valor incalculable, forman un equipo incansable de animadores y los aprecio más de lo que puedo expresar.

Hay tanta gente a la que debo dar las gracias por el apoyo que me prestaron y los ánimos que me dieron durante la escritura demasiado dilatada de este libro que, llegados a este punto, podría llenar páginas con sus nombres, y quiero mantener estos agradecimientos (más o menos) breves. Aunque sea un cliché decir eso de «ya sabéis quiénes sois», bueno, ya sabéis quiénes sois. Gracias.

En este libro hay dos cosas cuya inspiración concreta me gustaría mencionar. Por un lado, al menos una parte de la inspiración de los gatos que saben teclear surge de Elsie, la gata de Mary Robinette Kowal, que comunica palabras y frases a sus humanos con un tablero de botones. Yo no me atrevo a usar esos tableros con mis gatos; estoy convencido de que no se callarían nunca.

Por otro lado, el acto de la Presentación y Lanzamiento debe parte de su inspiración a una escena semejante que no transcurre en un libro, sino en un videojuego: *Deathloop*. El episodio tiene lugar durante la fiesta de la «devoración de los corderos», durante la cual los participantes en la fiesta suben a presumir de sus fechorías, y aquellos cuyas maldades se consideran demasiado poco perversas son literalmente arrojados a una picadora de carne. Como una picadora funciona bien en ese contexto, pero no en el de la novela, me decanté por el escenario con muelles. Así pues, si alguien lee la escena de la Presentación y Lanzamiento y se pregunta por qué le resulta vagamente familiar, ya tiene su respuesta. (Además, *Deathloop* es un título fantástico y mi videojuego favorito del último par de años, id a jugarlo).

Finalmente, y como siempre, quiero dar las gracias a mi esposa, Kristine Blauser Scalzi, por ser la persona que es, es decir, fenomenal. Siempre aprovecho estos epílogos para dejar constancia de que ella es el único motivo por el que leéis mis libros, y en esta ocasión es más cierto que de costumbre. ¿Qué puedo decir? Es mi mundo y la quiero.

John Scalzi

18 de diciembre de 2022

Hera Baldwin contrata a un asesor financiero

Una historia en el universo de *Villano en prácticas*

Caleb Trude llamó a la puerta del despacho de su jefe, Dave Gorman, subdirector de CerTrust Private Services, Chicago.

—¿Qué pasa? —preguntó Gorman sin levantar la vista del ordenador. Caleb sabía que a Gorman le gustaba fingir que estaba inmerso en las minucias del mundo de la inversión cuando se quedaba mirando fijamente la pantalla; Caleb también sabía que el historial del navegador de Gorman mostraba que pasaba la mayor parte del tiempo viendo vídeos de YouTube y TikTok.

—¿Sabe algo de nuestra clienta Hera Baldwin? —preguntó Caleb.

—Es una cuenta nueva. Prácticamente dispone del capital mínimo para contratar nuestros servicios. Vino por su propio pie, nadie fue a buscarla. Por eso se la dimos a usted, Caleb. —Gorman seguía con la mirada gacha—. ¿Qué pasa con ella?

—Nos ha enviado un correo electrónico esta mañana. Quiere comprar diez mil acciones de una empresa malaya de construcción y gestión inmobiliaria llamada Green Bough Partners.

—Muy bien, ¿y cuál es el problema?

—Los he investigado y tienen problemas. Están apalancados hasta las trancas y la mayor parte de su capital procede de China. Hoy en día, ningún inversor chino podrá invertir más dinero en ellos. Creo que está a punto de tirar el dinero a la basura.

Finalmente, Gorman levantó la vista del ordenador.

—¿Tiene suficiente dinero en la cuenta para la operación?

—Son diez mil acciones a quinientos dólares malayos cada una, lo que equivale a cien dólares por acción; tiene dinero de sobra.

Gorman se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Si trabaja con nosotros, puede permitirse perder esa cantidad. —Caleb abrió la boca para replicar, pero Gorman levantó una mano para detenerlo—. ¿Es experto en el mercado de inversiones en el sector inmobiliario malayo, Caleb? —preguntó.

—Bueno, tenemos un Departamento de Mercados del Sudeste Asiático —apuntó Caleb—. Al menos CerTrust dispone de él.

—Eso no es lo que le he preguntado. ¿Usted es un experto?

—No, lo cierto es que no.

—No, lo cierto es que no —repitió Gorman—. Lo único que sabe del mercado de inversiones en el mercado inmobiliario malayo es, literalmente, lo que acaba de leer después de hacer una búsqueda en Google.

—Tampoco sé si Hera Baldwin es una experta en ese campo.

—Lo conoce lo suficiente para haber acudido a usted con una empresa específica y una cantidad concreta de acciones que desea comprar.

—Tengo la sensación de que podría estar siendo víctima de una estafa.

Gorman levantó ambos brazos al cielo.

—¿Y qué quiere que le diga, Caleb? ¿Que no debería comprar esas acciones para una clienta adinerada que las ha pedido directamente? Porque ignorar las instrucciones de nuestra clientela no forma parte de la política de esta empresa.

—Sin embargo, se supone que debemos asesorar a nuestros clientes —alegó Caleb.

—Por descontado, siempre y cuando nos pidan asesoramiento. Sin embargo, cuando no lo solicitan, no se lo ofrecemos, y cuando nos piden que compremos algo en su nombre, respondemos «sí, señora» y les conseguimos lo que desean.

—O sea que debería seguir adelante y ejecutar la compra.

—Dios mío, es como hablar con una pared —dijo Gorman—. Sí, debería comprarle esas malditas acciones. En el rato que llevamos hablando del asunto, ya podría haberlo hecho. Largo. Vaya a hacer su trabajo. —Lo echó del despacho con un gesto y volvió a concentrarse en los adolescentes bailarines de TikTok de turno.

Caleb volvió al escritorio, abrió su cuenta de correo electrónico en lugar del programa de servicios financieros y tecleó:

Apreciada señora Baldwin,

He recibido su solicitud de 10.000 acciones de Green Bough Partners y estoy a punto de ejecutar la compra, pero, antes de cerrar la adquisición, me gustaría confirmar que es lo que desea que haga. Según mis investigaciones, Green Bough se encuentra en una situación financiera vulnerable, por lo que se trata de una inversión con un riesgo asociado más elevado de lo habitual. Si desea entrar en el mercado inmobiliario malayo en términos generales, puedo ofrecerle un catálogo de fondos de inversión inmobiliaria malayos y/o del sudeste asiático que ofrecen un rendimiento sostenible con un menor riesgo asociado. Quedo a la espera de sus instrucciones.

Atentamente,

CALEB TRUDE

Tras enviarlo, Caleb salió a comer.

Al regresar, lo esperaba un correo electrónico escrito enteramente en mayúsculas, como el anterior.

SEÑOR TRUDE,

ES FRANCAMENTE ENCANTADOR QUE MUESTRE SEMEJANTE PREOCUPACIÓN. CREO QUE NINGUNO DE MIS ANTERIORES ASESORES FINANCIEROS SE HABÍA MOLESTADO ANTES EN CUESTIONAR LO ACERTADO DE MIS INSTRUCCIONES. LO ENCUENTRO REFRESCANTE. EN CUALQUIER CASO, LE CONFIRMO MI DESEO DE ADQUIRIR DIEZ MIL ACCIONES DE GREEN BOUGH PARTNERS A TRAVÉS DE BURSA MALAYSIA LO ANTES POSIBLE. LE ASEGURO QUE NO SOY VÍCTIMA DE NINGÚN TIPO DE FRAUDE. TENGO CIERTA EXPERIENCIA EN LOS MERCADOS EXTRANJEROS.

ATENTAMENTE,

HERA

P. S.: LLÁMEME HERA, POR FAVOR. «SEÑORA BALDWIN» SUENA HORROROSAMENTE FORMAL. GRACIAS.

Caleb respondió: «Fondos retirados y orden de compra enviada. Gracias y llámeme Caleb, por favor».

Acto seguido, Caleb se olvidó de Hera Baldwin y Green Bough Partners durante dos meses, hasta que apareció un artículo en primera plana, aunque por debajo del pliegue, del *Wall Street Journal* informando de que la subsidiaria indonesia de la empresa había sido nombrada adjudicataria principal de la construcción de edificios gubernamentales en Nusantara, una ciudad que se estaba construyendo desde los cimientos para convertirse en la nueva capital de Indonesia. Según el artículo, el anuncio había llegado por sorpresa, ya que Green Bough no se encontraba entre las grandes candidatas a hacerse con esos contratos. Había otras empresas mucho mejor conectadas que se daba por hecho que tenían esos contratos en el saco. Nadie, ni siquiera muchos altos cargos del gobierno indonesio, lo había visto venir.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Caleb a su amigo Gavin Shue mientras ambos comían perritos calientes al estilo de Chicago en el puente de State Street, cerca de las oficinas de CerTrust Private Services. Gavin, como Caleb, estaba en el peldaño más bajo de la oficina de servicios financieros y atendía a los clientes con menos capital, la mayoría de los cuales no quería más que aferrarse desesperadamente a lo que tenían con los instrumentos financieros más aburridos que tenían a su disposición.

—A lo mejor conoce a alguien en Malasia —conjeturó Gavin a medio bocado de perrito caliente y salsa de pepinillos de color verde neón—. O en Indonesia. O en ambos países.

—Es posible —concedió Caleb—. Pero, según el artículo, ni siquiera los ministros de mayor rango del gobierno sabían que se iban a cerrar esos contratos. Si conoce a alguien en un país u otro, estaríamos hablando de sus primeros ministros o sus asesores más cercanos.

—En cuyo caso, no tendría sentido que fuese clienta tuya —opinó Gavin, y enseguida se dio cuenta de la expresión ligeramente dolida de su amigo—. Ya sabes a qué me refiero, Caleb.

—No, si tienes razón —admitió Caleb—. Una persona de ese nivel no estaría trabajando conmigo. Ni siquiera debería estar trabajando con CerTrust. Estaría trabajando con uno de esos bancos privados de los que nadie oye hablar. O bien contaría con su propio personal.

—¿Cómo le va la inversión? —preguntó Gavin, y dio otro mordisco al perrito caliente.

Caleb sonrió.

—Está partiendo la pana.

Al volver a su escritorio, encontró un nuevo correo electrónico de Hera Baldwin esperándolo.

HOLA, CALEB,

TENGO UNA NUEVA PETICIÓN. ME GUSTARÍA QUE COMPRASE TREINTA MIL ACCIONES DE BONSCO S. A., POR FAVOR. HE AÑADIDO SUFICIENTES FONDOS A MI CUENTA PARA LA OPERACIÓN. AVÍSEME CUANDO LAS TENGA.

HERA

Caleb tuvo que investigar qué era Bonsco S. A. Se trataba de una empresa de refrescos brasileña cuyo producto más popular era un refresco gaseoso de guapurú. También tuvo que consultar qué era el guapurú. Bonsco tenía unos fundamentos endebles, aunque contaba con una amplia red de distribución a lo largo y ancho de Sudamérica y Centroamérica. Caleb titubeó brevemente porque no apreciaba más que riesgos en aquella operación, pero entonces recordó el asunto de Green Bough Partners y emitió la orden.

Seis meses más tarde, Bonsco S. A. fue adquirida por Ambev S. A., que a su vez era subsidiaria de la colosal Anheuser-Busch InBev, por un importe que superaba en un 40 por ciento el precio por acción de la compañía. La adquisición sorprendió a los analistas y los periodistas de negocios con la guardia baja, ya que en principio tenía muy poco sentido, dado que la bebida de guapurú de Bonsco no era, ni por asomo, lo bastante popular como para justificar semejante oferta por las acciones, hasta que quedó claro que el objetivo real de la empresa gigante era la red de distribución sobredimensionada de Bonsco.

Caleb reparó en la venta de Bonsco, pero esta vez no se sorprendió. Para entonces, Caleb ya había llevado a cabo una docena de adquisiciones de acciones en nombre de Hera Baldwin, la mayoría de las cuales pertenecían a empresas desesperantemente desconocidas para él. Una empresa familiar distribuidora de aceite de pescado en Italia. Una cadena de hoteles de lujo japoneses con nueve siglos de historia a sus espaldas. Una compañía de fosfatos

marroquí. Una empresa de componentes electrónicos estonia. Entre muchas otras inversiones.

No todas habían tenido su gran momento, pero las que lo habían experimentado, habían triunfado a lo grande. Bonsco, con su rentabilidad del 40 por ciento, fue una de las menos provechosas de la cartera. En cuestión de seis meses, el valor de las participaciones de Hera Baldwin con CerTrust Private Services había aumentado en cerca de un 1.500 por ciento.

—Un asesoramiento de primera, Caleb —lo felicitó Robert Morgan, director de CerTrust Private Services, Chicago. Ambos estaban en el despacho de Dave Gorman cuando se lo dijo, y Gorman, que estaba sentado tras su escritorio con el ordenador apagado, ponía la misma cara que si lo hubiesen obligado a masticar cristales rotos mientras su jefe halagaba a su subordinado delante de él.

—Gracias, señor —replicó Caleb—. Por supuesto, debo mucho a la mentoría de Dave.

—Sí, claro, por supuesto. —Morgan miró de reojo a Gorman y volvió a mirar a Caleb con una leve sonrisa en el rostro que decía «ambos sabemos que eso no es verdad»—. Debo decir que estoy bastante impresionado por su habilidad para navegar por el océano del mercado internacional. No es algo que pueda hacer todo el mundo.

—Solo voy allá donde la clienta me indica que debo ir —admitió Caleb—. Conoce bastante bien el mundo.

—¿Quién es? —se interesó Morgan.

—Francamente, es un misterio. Nunca habla conmigo por teléfono. Siempre nos comunicamos mediante el correo electrónico. Y siempre me escribe en mayúsculas. Es muy extraño. Además, parece que nunca duerma.

—¿Qué quiere decir?

—De vez en cuando le envío algún correo ya de madrugada o a primera de la mañana. Hago lo mismo con otros clientes, sin esperar una respuesta inmediata, pero ella siempre contesta. Tanto si le escribo a las tres de la tarde como si son las tres de la madrugada, siempre responde en menos de diez minutos.

—A lo mejor solo sestea, como los gatos —aventuró Morgan.

—Es posible —concedió Caleb.

—Debería averiguar algo más sobre ella —dijo Morgan, e hizo un gesto hacia Gorman—. Antes de que llegase, comentaba a Dave que a los altos directivos de CerTrust les ha salido un grano en el culo llamado servicio al cliente. Por lo visto, un artículo publicado en *Forbes* nos situaba en el último puesto de todos los grandes bancos en capacidad de reacción a las peticiones de la clientela, o algo por el estilo. Ahora quieren que todas las divisiones, incluida la nuestra, elaboren una estrategia de mejora proactiva.

—No es mala idea —valoró Gorman, que se alegraba de haber encontrado una puerta de entrada a la conversación.

—Es una jodienda enorme —dijo Morgan, y Gorman se volvió a callar—. Los clientes de servicios financieros no quieren un «toque personal». Lo que quieren es que ganemos un huevo de pasta para ellos, y solo quieren saber algo de nosotros si vamos a presentarles alguna oportunidad para ganar dinero o bien a decirles cuánto han ganado. Sin embargo, ya que la orden debe aplicarse en toda la empresa, deberíamos sacarle el mayor provecho posible. —Morgan hizo un gesto hacia Caleb—. Esa tal Hera Baldwin es su clienta número uno, ¿verdad?

—Con una diferencia considerable —confirmó Caleb. Sus demás clientes eran una panda de tiesos a los que solo les interesaban las rentas, los bonos del Tesoro y las acciones rentables.

—Invítela a cenar —propuso Morgan—. Les reservaré una mesa en el Galit y puede usar la tarjeta de la empresa. Descubra más detalles sobre ella y sobre lo que quiere. Así podré decir a Greg que tendemos puentes con nuestros clientes. —Greg era Greg Davis, director general de CerTrust, y Morgan había pronunciado su nombre con un desprecio mal disimulado; según los rumores, tiempo atrás fueron enemigos acérrimos en la Escuela de Negocios de Chicago.

—Yo también puedo tender puentes con algunos de mis clientes —intervino Gorman.

—Por supuesto. Llévelos al Lou Malnati's o a algún local por el estilo. Presente un informe de gastos.

«Sería un honor para mí que aceptase mi invitación a cenar —escribió Caleb a Hera—. Si le apetece, podría reservar mesa en el Galit».

«ES MUY AMABLE POR SU PARTE —replicó Hera—. ES POR EL ARTÍCULO DE FORBES, ¿VERDAD?»

«No —respondió Caleb—. Bueno, sí, pero me gustaría que nos viésemos y pudiéramos comentar sus planes financieros para el futuro.»

«AGRADEZCO SU OFERTA —escribió Hera—. PERO PREFIERO LA COMUNICACIÓN A TRAVÉS DEL CORREO ELECTRÓNICO. ME RESULTA MÁS CÓMODA EN TÉRMINOS GENERALES Y CUANDO ME APETECE UNA BASTEEYA DE CORDERO DE ZACH, SIMPLEMENTE PIDO QUE ME LA TRAIGAN A CASA.»

Caleb era consciente de que era una negativa, por más educada e incluso afable que pudiera parecer, pero decidió hacer un último intento. «Me haría quedar bien con el jefe de mi jefe», escribió.

«HAGA LA RESERVA E INVITE A ALGUNA CHICA —respondió Hera—. CON MUCHO GUSTO FINGIRÉ QUE ERA YO.»

«Es que no sabría a quién invitar», confesó Caleb.

«CALEB, CARIÑO», escribió Hera, y le envió un enlace a la web de citas Bumble.

—O sea que insinuaba que puede hacer que un restaurante con estrellas Michelin le lleve comida a casa mediante algún servicio de reparto a domicilio —observó Gavin. Volvían a estar comiendo perritos calientes al estilo de Chicago, esta vez cerca de The Bean.

—Tengo la sensación de que no se la llevaría un repartidor cualquiera en moto —dijo Caleb—. Creo que lo que insinuaba era que podría hacer que el chef se presentase en su puerta con una bolsa llena de comida.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Gavin.

—Sé que vive en Barrington porque tiene una cuenta corriente en una sucursal bancaria del municipio, pero, aparte de eso, no hay nada sobre ella.

Gavin se rio por la nariz al oírlo.

—Hoy en día siempre hay algo.

Caleb negó con la cabeza.

—No hay nada de nada. Estuve husmeando en busca de alguna Hera Baldwin en Facebook, Instagram y en otras partes. Hay un par de mujeres de estilo gótico, pero Hera no me transmite vibraciones de gótica y, de todos modos, esas mujeres no son de Barrington.

—¿Y qué tipo de vibraciones te transmite? —preguntó Gavin.

—Me parece que es una mujer extremadamente competente —valoró Caleb tras reflexionar un momento la respuesta—. Si no es directora general en alguna parte, hay una empresa en algún lugar que está perdiendo una enorme oportunidad.

Gavin frunció el ceño.

—A lo mejor es de la CIA, ¿lo habías pensado?

—¿Qué?

—Bueno, dale una vuelta a la idea —razonó Gavin—. El hecho de que su huella digital en internet sea inexistente pregona a gritos que es una espía profesional. Cuenta con información de todo tipo relativa a negocios distribuidos por todo el mundo, a la cual ha podido acceder porque las garras de la CIA alcanzan hasta el rincón más recóndito de la tecnología de telecomunicaciones. Y dices que es extremadamente competente, de modo que probablemente dirige algún tipo de división dedicada a recabar información de forma clandestina, o algo parecido.

—Desde Barrington, Illinois —le recordó Caleb con escepticismo.

Gavin se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Quién va a andar buscando espías en los suburbios de Chicago? —preguntó, y dio un mordisco al perrito caliente.

«Mi amigo Gavin cree que usted es de la CIA», escribió Caleb a Hera en un mensaje de correo electrónico en el que le confirmaba la compra de veinte mil acciones de una empresa de energía limpia noruega.

«ES COMPRENSIBLE —escribió Hera en su respuesta—. TENGO ESPÍAS POR TODAS PARTES. POR SUPUESTO, SI FUESE DE LA CIA LE ASEGURARÍA QUE NO LO SOY, ASÍ QUE NI UNA CONFIRMACIÓN NI UN DESMENTIMIENTO SERÁN ÚTILES PARA SU AMIGO GAVIN. SOLO HAY UN MODO DE AVERIGUAR SI PERTENEZCO A LA CIA O NO.»

«¿Y cuál es ese modo de saberlo?», preguntó Caleb, intrigado.

«COMPROBAR SI SU AMIGO GAVIN DESAPARECE PORQUE SABE DEMASIADO», contestó Hera.

«Es un chiste bastante siniestro», respondió Caleb.

«EXACTO, ESO ES LO QUE ES, UN CHISTE», escribió Hera.

Gavin no desapareció.

Sin embargo, con el paso de los meses, y a medida que las inversiones de Hera iban generando unos beneficios espectaculares,

Caleb se convenció de que Hera Baldwin, fuera quien fuese, era más de lo que aparentaba. Hablando claro, ningún ser humano normal podría haber seleccionado las acciones que ella adquiría a lo largo y ancho del mundo y lograr beneficios de una forma tan consistente. O bien tenía una buena suerte prodigiosa, o sabía cosas que literalmente no sabía nadie más en el planeta, y operaba en todo momento desde una modesta casa de estilo Cape Cod en la Avenida South Grove de Barrington (Caleb lo sabía porque la había buscado a través de Google Maps).

—Huele a información privilegiada —confesó Caleb a Robert Morgan mientras cenaban *schnitzel* de setas y *kubbeh halab* en el Galit.

—¿Esa tal Baldwin tiene un pie dentro de alguna de las empresas en las que ha invertido? —preguntó Morgan.

—En absoluto —respondió Caleb—. Al menos, no que yo sepa. No trabaja para ninguna de ellas y tampoco hay ningún indicio de que se comunique con cualquiera de esas compañías. Si la Comisión de Bolsa y Valores o cualquier otra organización gubernamental la está investigando, no se han puesto en contacto conmigo. Parece completamente limpia.

—Puede que solo tenga suerte —conjeturó Morgan.

—No sé si alguien puede tener tantísima suerte.

Morgan sonrió.

—Yo no estaría tan seguro de ello. Usted mismo, por ejemplo, está a punto de ser un tipo muy afortunado, Caleb.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabía que el padre de Dave Gorman formaba parte de la junta directiva de CerTrust?

—No tenía ni idea —admitió Caleb.

—Pues formaba parte de ella —dijo Morgan—. Y enfatizo el tiempo pasado. Hace unos tres meses sufrió un leve ataque que le impidió seguir desempeñando sus funciones. Hace un mes, aproximadamente, celebramos una reunión de accionistas y fue sustituido en la junta. Ahora que él ya no forma parte del cuerpo directivo, ya no tengo que fingir que no sé que Dave pasa más tiempo curioseando Instagram que trabajando con sus clientes.

—¿Van a despedir a Dave? —Caleb trató de que la sorpresa no se le filtrase en la voz.

Morgan negó con la cabeza.

—No vamos a despedir a nadie. Lo que ocurre es que CerTrust acaba de comprar un puñado de bancos locales en Nebraska y ha decidido que sería útil para el Departamento de Servicios Financieros contar con una sede en Omaha. Al fin y al cabo, es la base de operaciones de Berkshire Hathaway. Allí hay gente con dinero. Están hablando de Dave para dirigir la oficina. Técnicamente, es un ascenso para él. En realidad, a partir de ahora será el problema de otro. Se incorporará a su nuevo destino dentro de un par de semanas, y eso significa que necesitaremos a un nuevo subdirector. Si quiere el puesto, es suyo.

Caleb estaba estupefacto.

—Me quiere a mí para el cargo.

—Bueno, no quiero a Gavin como nuevo subdirector —dijo Morgan, y entonces vio la expresión de Caleb—. Su amigo está haciendo un buen trabajo y en unos años puede que esté preparado para dar el salto, pero usted ya está a punto para dar un paso al frente ahora mismo, Caleb. Su gestión de la cuenta de Baldwin lo demuestra. La ha llevado de ser una de nuestras clientas más marginales a convertirse en una de nuestras cuentas más dinámicas y emocionantes. El resto de las cuentas que maneja también

funcionan perfectamente bien, pero la de Baldwin nos da buena imagen a todos. No sé lo que está haciendo con ella, pero siga así.

«Es que, en realidad, no estoy haciendo nada», pensó Caleb, pero no lo dijo en voz alta porque era plenamente consciente de que la América corporativa no funcionaba así de ningún modo y porque, de todas formas, sabía lo que se suponía que Dave Gorman debería haber estado haciendo todo ese tiempo y estaba convencido de que podía hacerse cargo del trabajo sin ningún esfuerzo.

Así que se limitó a contestar: «Puede contar con ello, y gracias», y el que muy pronto iba a ser su inmediato superior y él se terminaron los entrantes y pidieron tarta con masa filo para celebrarlo.

Un mes después, tras la marcha de Dave a Omaha y la oficialización del ascenso, Caleb Trude se encontraba en la acera frente al 611 de la Avenida South Grove de Barrington, Illinois, con un ramo de flores en un jarrón, acompañado por una tarjeta con el mensaje: «¡Muchas gracias!», y trataba de reunir valor para recorrer el camino de entrada hasta el porche, llamar al timbre y conocer a Hera Baldwin. Tras unos diez minutos, fue exactamente lo que hizo.

No abrió la puerta Hera Baldwin, sino un hombre.

—Lo he visto ahí plantado desde hace un buen rato. Me preguntaba qué estaba usted haciendo.

—Lo siento —se disculpó Caleb, y le ofreció las flores.

—No pueden ser para mí —opinó el hombre, pero aceptó el jarrón de todos modos—. No conozco a nadie que quiera regalarme flores —. Mientras lo decía, una gata apareció entre sus pies, miró al hombre y gorjeó.

—Lo siento —repitió Caleb—. Tal vez me he equivocado de casa. Pensaba que era esta, pero quizá no lo sea.

—Puede que no lo sea —coincidió el hombre—. ¿A quién está buscando?

—A Hera Baldwin —contestó Caleb—. Me llamo Caleb Trude. Soy su asesor financiero.

El hombre sonrió y miró a la gata.

—En ese caso, Caleb, sí que está en la casa correcta —dijo mirando de nuevo a Caleb, e hizo un gesto con la cabeza para invitarlo a entrar—. Me llamo Charlie. Pase un minuto, por favor.

Caleb siguió a Charlie al interior de la casa y fueron juntos a la zona de la cocina. Charlie dejó el jarrón de flores en la isla de la cocina. La gata se encaramó a la isla de un brinco, miró las flores y luego miró a Caleb y ronroneó.

—¿Puedo acariciar a su gata? —preguntó Caleb a Charlie.

—Creo que se ofenderá si no lo hace —contestó Charlie.

Caleb rascó a la gata afectuosamente y volvió a centrar su atención en Charlie.

—Lo siento mucho, Hera no me había dicho que tuviera pareja.

—¿Por eso ha traído las flores? —preguntó Charlie.

Caleb se ruborizó.

—¡No! Bueno... son para darle las gracias. Me han ascendido en mi trabajo y ha sido porque gestiono su cuenta. Quería mostrarle mi agradecimiento y me ha parecido una buena idea. —Se encogió de hombros—. Cuando se me ocurrió, me pareció una buena idea.

—No ha sido una mala idea —aclaró Charlie—. Y para responder a su pregunta implícita le diré que no, no soy la pareja de Hera. Solo soy su compañero de casa y podríamos decir que su sirviente ocasional.

—¿Es usted mayordomo?

Charlie sonrió de nuevo.

—A Hera le haría mucha gracia oír esa descripción.

Al oír esas palabras, la gata a la que Caleb acariciaba maulló y otra gata con marcas parecidas acudió a la llamada y también trepó

a la isla de la cocina de un salto. Caleb rascaba a dos manos.

—Está haciendo amigas —bromeó Charlie.

—Supongo que sí —coincidió Caleb. Tras unos instantes más de servicio felino, miró de nuevo a Charlie—. ¿Podría hablar con Hera?

La expresión de Charlie se volvió seria.

—En cuanto a esa parte, Caleb, Hera... no puede recibir visitas. De todos modos, tampoco creo que usted esperase que lo recibiese. Tiene sus motivos, pero son... —Charlie dejó la frase a medias—. Bueno, digamos que son complicados.

Caleb miró a Charlie inexpresivo durante un instante. De pronto, todas las piezas encajaron en su cerebro y ató cabos sobre el motivo por el que Hera solo se comunicaba a través del correo electrónico. Entendió por qué solo escribía en mayúsculas. La razón por la que no quería salir a cenar. El motivo por el que ella, multimillonaria, vivía en una casa pequeña con una especie de mayordomo.

—¡Oh! —exclamó—. Oh. Oh, Dios mío. Lo siento mucho.

—Un momento —dijo Charlie, levantando las manos—. No sé qué se le acaba de pasar por la cabeza, pero la situación no es, ni por asomo, tan mala como la imagina. Hera es feliz, está sana y se encuentra perfectamente. Está mucho mejor de lo que piensa. Sin embargo..., ahora mismo no puede hablar con usted. A pesar de todo, puedo asegurarle que le alegra que haya venido a visitarla. Y que le haya traído flores.

Una de las gatas, la que había conocido en la misma puerta, maulló y le golpeó la mano con la cabeza.

—Gracias por decirlo. —Caleb acariciaba a la gata con aire distraído—. Es muy amable.

—No me dé las gracias —replicó Charlie—. Solo le digo la verdad.

—Debería irme.

Charlie asintió.

—Como quiera.

Las gatas bajaron de la isla de la cocina y todos los habitantes de la casa lo acompañaron hasta la puerta. Caleb estrechó la mano a Charlie y, por algún motivo que ni siquiera era capaz de explicarse, se despidió de las gatas con un gesto. Las gatas piaron y parpadearon lentamente a modo de despedida.

A la mañana siguiente, Caleb se sentó en su nuevo escritorio, dentro de su nuevo despacho, abrió el correo electrónico y encontró una nota de Hera.

«CALEB —decía el mensaje—. AQUÍ TIENE MIS DATOS PARA HACERME LLEGAR MENSAJES DE TEXTO. —Eran detalles de contacto mediante una de esas aplicaciones de chat seguras que encriptan los mensajes—. ESCRÍBAME, POR FAVOR.»

Caleb descargó la aplicación, se abrió una cuenta y escribió un mensaje a Hera. «Aquí estoy —tecleó—. Perdone por haber ido a su casa sin avisar anoche. Aunque Charlie fue muy amable, me temo que traicioné gravemente su confianza. Entenderé que no quiera seguir contando conmigo como asesor financiero».

«NO SEA TONTO —replicó Hera—. FUE UN DETALLE ENCANTADOR POR SU PARTE. Y AUNQUE NO LE RECOMIENDO QUE SE PRESENTE EN LA PUERTA DE NADIE MÁS SIN ANUNCIAR SU VISITA, EN ESTE CASO FUE UN GESTO MUY CONSIDERADO Y LAS FLORES ERAN PRECIOSAS.»

«Me alegra que le gustasen.»

«ME GUSTARON. AUNQUE SI QUIERE ENVIARME FLORES EN OTRA OCASIÓN, NO INCLUYA LIRIOS EN EL RAMO. SOY ALÉRGICA.»

«Lo tendré presente —prometió Caleb—. Entonces, ¿quiere que siga siendo su asesor?»

«A SU ASCENSO NO LE VENDRÍA NADA BIEN QUE CAMBIASE DE OPINIÓN.»

«Eso es verdad».

«EN ESE CASO, INTENTEMOS CONSERVAR LA BUENA RELACIÓN QUE TIENE CON SU JEFE —escribió Hera—. ME ALEGRA DECIRLE QUE CHARLIE, A QUIEN YA CONOCIÓ, TAMBIÉN DESEA USAR SUS SERVICIOS, COMO MI SOCIA PERSÉFONE. LOS TRES TENEMOS INTERESES DIVERSOS Y DISTINTOS GRADOS DE TOLERANCIA AL RIESGO, PERO CREO QUE SERÁ CAPAZ DE AYUDARNOS A TODOS. SI LE INTERESA, POR SUPUESTO.»

«¡Sí, claro!», respondió Caleb.

«ESTUPENDO. LES HARÉ LLEGAR SU INFORMACIÓN Y SE PONDRÁN EN CONTACTO CON USTED.»

«Gracias —escribió Caleb y, un momento más tarde, añadió—: Espero que algún día podamos conocernos cara a cara».

«ES COMO SI YA NOS CONOCIÉSEMOS —replicó Hera—. Y AHORA, HAY UNA EMPRESA EN ARMENIA QUE ME RESULTA MUY INTERESANTE. HABLEMOS DE ELLA, ¿LE PARECE?»

Villano en prácticas
John Scalzi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Starter Villain
Copyright © 2023 by © John Scalzi
«Hera Baldwin Gets a Financial Advisor» copyright © 2024 by John Scalzi

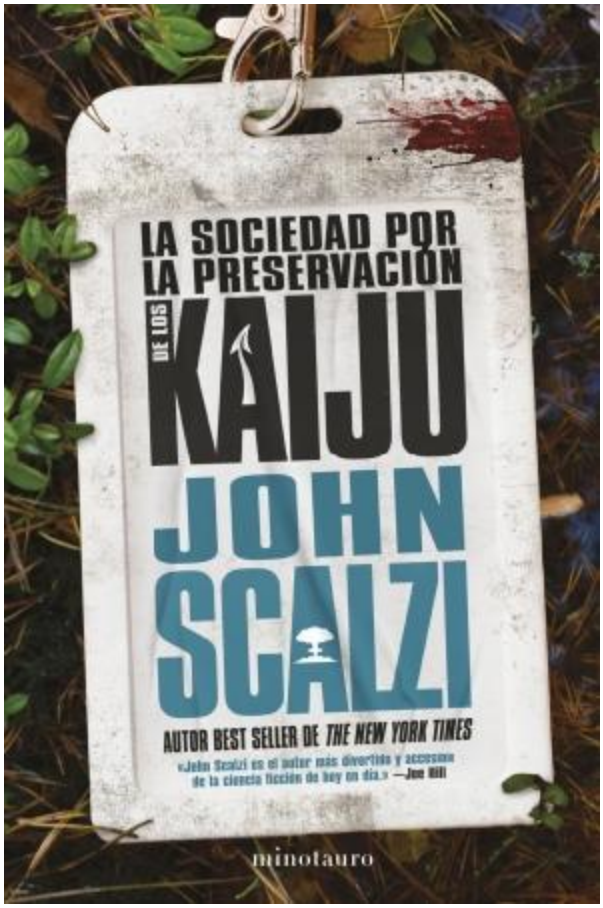
Traducción: © Lluís Delgado, 2026
Ilustración de cubierta: Tristan Elwell
Diseño de cubierta: Peter Lutjen
Adaptación del diseño de cubierta: Book&Look

Publicación de Editorial Planeta, S. A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2026 Editorial Planeta, S. A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.
Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-450-2187-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



La Sociedad por la Preservación de los Kaiju

Scalzi, John

9788445015506

296

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Del autor de El fin del imperio.

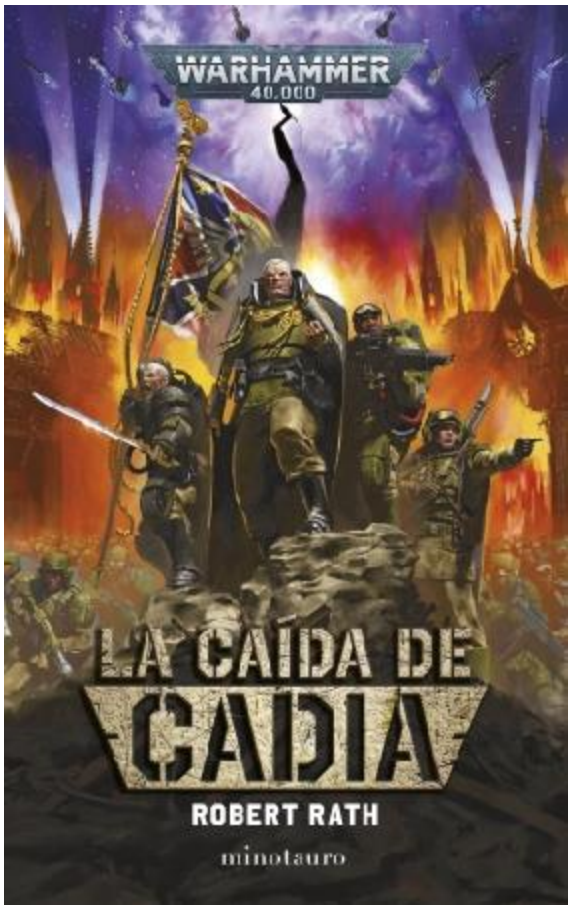
Cuando el COVID-19 arrasa con la ciudad de Nueva York, Jamie Gray se ve obligado a trabajar como repartidor de comida a domicilio, hasta el día en que hace una entrega a un viejo conocido, Tom, que trabaja en lo que él define como una «organización para los derechos de los animales». El equipo de Tom necesita un integrante de última hora para su próximo trabajo de campo. Jamie, que está ansioso por hacer cualquier otra cosa, se apunta de inmediato.

Lo que Tom no le cuenta es que los animales que cuidan no están en la Tierra. No en la nuestra, al menos. En una dimensión alternativa, unas criaturas inmensas, parecidas a los dinosaurios, llamadas kaiju, vagan por un mundo libre de humanos. Son los pandas más grandes y peligrosos del universo y tienen problemas.

Los miembros de la Sociedad para la Preservación de los Kaiju no son los únicos que han hallado la manera de cruzar a un mundo paralelo. Otros también lo han hecho, y su descuido podría provocar millones de muertes de vuelta en nuestra Tierra.

La Sociedad para la Preservación de los Kaiju es la primera aventura autoconclusiva de John Scalzi desde el cierre de la trilogía best seller del New York Times El fin del imperio.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Warhammer La caída de Cadia

Rath, Robert

9788445022443

688

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sumérgete en el uno de los eventos más importantes del universo Warhammer 40K en una novela única e imprescindible.

Cadia se lame las heridas tras la Decimotercera Cruzada Negra. Las fuerzas herejes se baten en retirada en todos los frentes. Hoy han prevalecido. Pero Lord Castellan Creed no puede descansar tranquilo. Algo le dice que el asalto no ha sido más que el preludio de algo mayor, de algo más definitivo. Y no se equivoca.

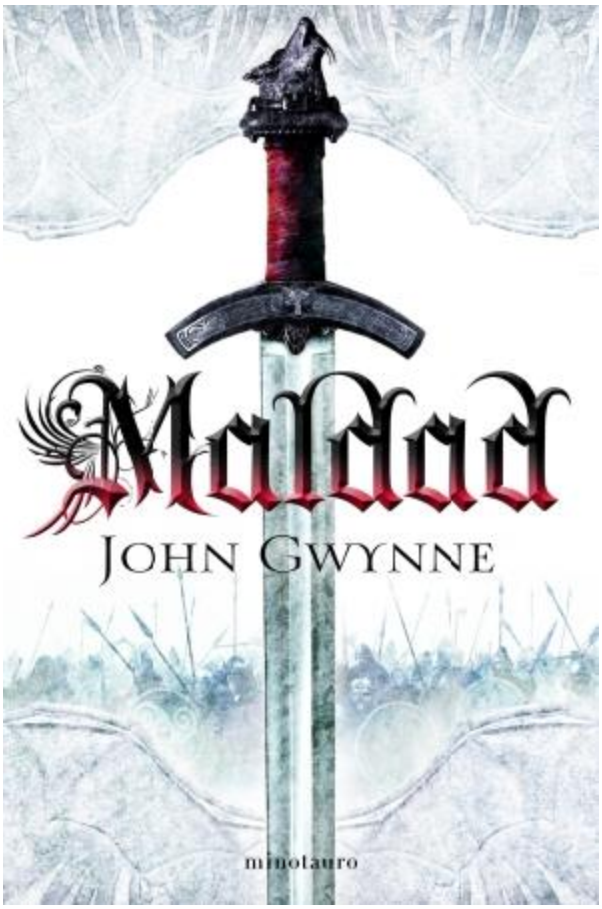
De los confines del Ojo del Terror emerge Abaddon, el Saqueador, a la cabeza de una hueste de guerra sin parangón desde los funestos días de la Herejía de Horus, y en posesión de la fortaleza negra Voluntad Eterna, un mastodonte arcano capaz de destruir planetas enteros.

Ante la inminencia del apocalipsis que se avecina, Creed debe reunir a los campeones disfuncionales de Cadia y convertirlos en un baluarte capaz de resistir la furia de Abaddon. Entretanto, en la órbita, el Saqueador descubre que su propia alianza se encuentra al borde del precipicio…

Una historia de proporciones épicas narrada desde las mesas de alto mando hasta las matanzas en los campos de pilones, protagonizada por un enorme elenco de personajes, desde semidioses autoproclamados hasta soldados rasos del Imperio: esta es la historia de la mayor conquista de Abaddon.

Esta es la última batalla de Cadia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Maldad nº 01/04

Gwynne, John

9788445021972

752

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La nueva propuesta del maestro británico de la fantasía (LA SOMBRA DE LOS DIOSES)

EL MUNDO HA ESTALLADO EN MIL PEDAZOS...

… Y JAMÁS SE PODRÁ RECOMPONER.

CORBAN solo desea convertirse en un guerrero del rey Brenin, para proteger y servir. Pero ese día llegará antes de lo previsto, y pagará el precio con sangre.

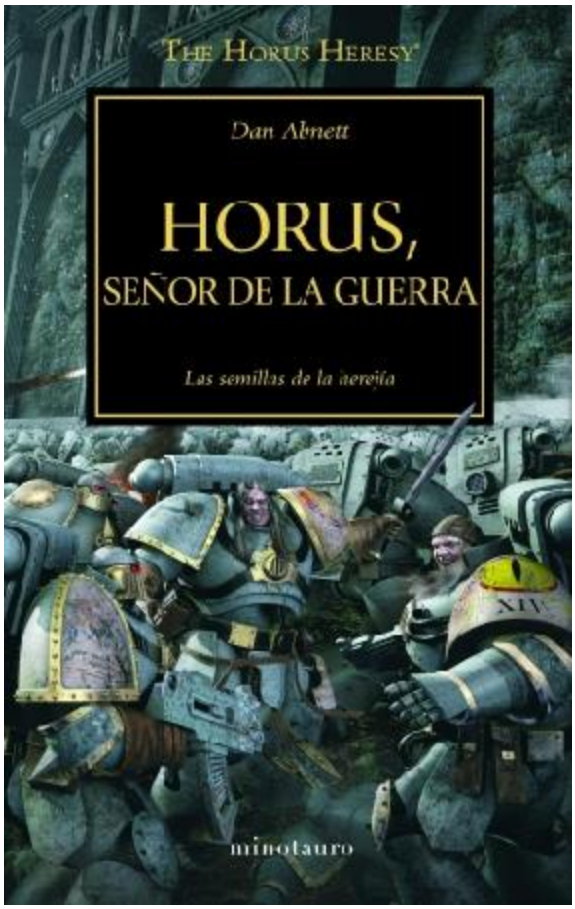
EVNIS lo ha sacrificado todo, quizá demasiado. Pero aquello que desea, el poder para gobernar, estará pronto a su alcance. Y nada lo detendrá una vez que emprenda su camino.

VERADIS es el miembro más reciente de la hueste del príncipe Nathair. A pesar de que es uno de los espadachines más habilidosos que su patria ha visto nacer, vive a la sombra de su hermano mayor.

NATHAIR tiene ideas… y muchos planes. En la mayoría de ellos no cuenta con su padre, el rey supremo Aquilus. Tampoco está de acuerdo con su propósito de convocar una asamblea de reyes.

Las Tierras del Exilio tienen un violento pasado, en el que ejércitos de hombres y gigantes libraron cruentas batallas. Pero ahora los gigantes han vuelto a sublevarse, las piedras lloran sangre y se han avistado sierpes colosales. Aquellos que aún son capaces de interpretar las señales ven cernerse una amenaza mucho mayor que las guerras antiguas. Porque, si el Sol Negro se impone, la esperanza y los sueños de la humanidad se harán añicos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Horus Señor de la Guerra nº 1/54

Abnett, Dan

9788445003459

352

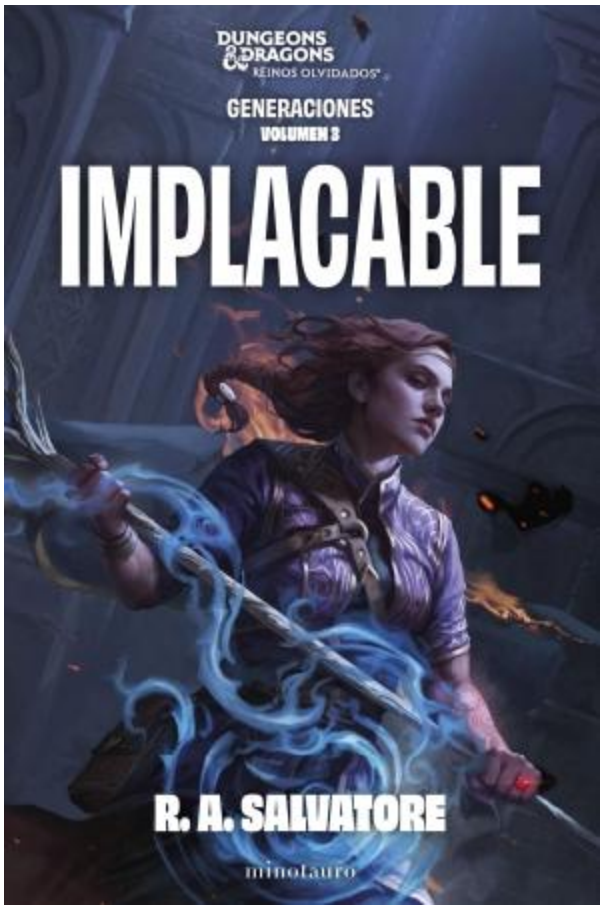
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los orígenes de Warhammer 40000

En esta serie se relatan hechos que suceden 10000 años antes que los referidos en las novelas de Warhammer 40000. Por este motivo

se trata de una serie imprescindible para los aficionados que quieran conocer el origen de episodios y personajes de otras novelas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Generaciones nº 03/03 Implacable

Salvatore, R. A.

9788445022689

512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una épica conclusión de la trilogía de Drizzt Do'Urden

La épica conclusión de la esperada trilogía protagonizada por uno de los personajes más queridos de toda la literatura fantástica, Drizzt Do'Urden; una apasionante historia de vida, muerte, intriga, magia, peligro y los lazos intemporales de una familia y una amistad, del autor superventas R.A.Salvatore.

Desplazado en el tiempo y reunido inesperadamente con su hijo, Drizzt Do'Urden, Zaknafein ha superado sus arraigados prejuicios de guerrero drow para ayudar a su hijo a luchar contra la Reina Araña y detener la marea de oscuridad que se cierne sobre los Reinos Olvidados. Aunque Zaknafein ha resistido las batallas más difíciles, la supervivencia ha tenido un coste terrible y la lucha está lejos de terminar. Enfrentándose a demonios y drañas, una vez más, Zaknafein carga sobre sus hombros con todo el peso de Menzoberranzan rodeando Gauntlgrym. Pero sus posibilidades de sobrevivir y las de su viejo amigo mercenario, Jarlaxle, son escasas. Atrapados en una situación desesperada, los legendarios guerreros deben buscar dentro de sí mismos para enfrentarse a lo imposible. Cuando las circunstancias dan un giro inesperado, Zaknafein descubre que no solo deber conquistar la oscuridad sino también aprender a aceptar lo incontrolable: la vida misma. El listón nunca ha estado más alto para la creación más querida de R.A. Salvatore en este volumen final de su última trilogía, que comienza con Intemporal e Ilimitado.

Una historia de valiente héroes cargada de emociones peligrosas, Implacable también considera las preguntas eternas sobre la moralidad, la intención, el sacrificio y la definición de la armonía.

Excitante, imaginativa e inspiradora, embarca a los lectores en un viaje cargado de acción que desafiará sus presunciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Agradecimientos
Hera Baldwin contrata a un asesor financiero

Créditos